

En torno a san Agustín de Hipona



(Óleo de Philippe de Champaigne entre 1645 y 1650. Se halla en Los Angeles County Museum of Art.)

«Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. (Blas Serna cita a San Agustín)

Jorge Capella Riera

Lima 16 de julio del 2020

Contenido

Introducción	5
Primera parte.	
Contexto histórico y religioso en que se desarrolló la vida de San Agustín.	10
Contexto histórico.	10
El imperio romano de Occidente y el norte de África.	10
Localizaciones	13
Tagaste	13
Madaura	14
Hipona	15
Cartago	15
Contexto religioso	16
La Iglesia en esa época.	16
El Papado	17
Herejías	19
Maniqueísmo	19
Donatismo	21
Pelagianismo	22
Semipelagianismo	23
Arrianismo	23
Segunda parte	
Los padres y la vida de Agustín	25
Los padres de Agustín	25
Vida de Agustín	28
Nacimiento e infancia de Agustín	28
Agustín estudiante	30
Estudiante en Madaura	30
Regreso a Tagaste	32
Estudiante en Cartago	33
Agustín profesor	35
Fallecimiento de un amigo	37
Profesor en Cartago	38
¿Profesor maniqueo?	39
Profesor en Roma	41
Profesor en Milán	42
La influencia de San Ambrosio	44
Nuevamente Mónica	46
Influencia de los neoplatónicos	47
Influencia de Simpliciano y Ponticiano	48
La conversión	50
Casiciaco	51

El bautismo	52
Éxtasis en Ostia	53
Muerte de Mónica	54
Regreso a África	55
Agustín sacerdote de Hipona	56
Agustín obispo	58
Última enfermedad y muerte	60
Tercera parte	
Las obras de Agustín	62
Obras de apostolado	63
Su predilección por los pobres	63
Pastor y guía de su pueblo	64
Fundador de conventos	66
Milagros en vida	68
Milagros después de su muerte	70
Polémicas y diatribas	71
a) Maniqueos	72
b) Donatistas	72
c) Pelagianos	73
d) Semipelagianos	74
e) Arrianos	74
f) Paganos	75
g. Los malos católicos	75
Obras literarias	80
Confesiones	85
La ciudad de Dios	85
Sobre la Trinidad	86
El símbolo de la fe	89
Pensamiento de san Agustín	90
Aspectos globales	91
La superación del escepticismo académico	91
La certeza de la autoconciencia	92
La investigación agustiniana de la verdad	93
La doctrina de la iluminación agustiniana	94
La verdad y los niveles del conocimiento	95
El problema del tiempo	96
Elementos fundamentales de la ética agustiniana	97
El amor	98
Clases de amor: caritas y cupiditas	100
La distinción uti-frui	102
El problema del mal	103
Libertad, voluntad y destino	104
Aspectos específicos	106
La amistad	106
El alma	106
La vida es una lucha	107
La ociosidad	108

La libertad	109
Camino de la interioridad	109
La humildad	110
El amor	111
Buscando a Dios	111
Cristo	112
La Virgen María	113
Sagrada Escritura	114
Iglesia Católica	115
El cielo	116
Cuarta parte	
Permanencia o vigencia de San Agustín	117
Las órdenes religiosas de san Agustín	117
La Orden de San Agustín (OSA)	118
Los agustinos en el Perú	119
La Orden de Agustinos Recoletos (OAR)	120
Primera orden o Rama masculina	120
Segunda orden o Rama femenina	121
Agustinas recoletas contemplativas	121
Agustinas descalzas de San Juan de Ribera	122
Hermanas Agustinas Recoletas (AR)	122
Agustinas recoletas del Sagrado Corazón de Jesús (ARCJ)	122
Misioneras agustinas recoletas (MAR)	123
Agustinas recoletas de los enfermos (ARE)	124
Tercera orden o Fraternidad Seglar Agustino Recoleta (FSAR)	124
Juventudes Agustino Recoletas (JAR)	125
Los agustinos recoletos en el Perú	125
La voz de personalidades que admiran y siguen creyendo en las portentosas obras de san Agustín	128
San Juan Pablo II	128
Benedicto XVI	133
Francisco	136
Cardenal Giacomo Biffi	137
Mensajes del Padre Ángel Peña Benito, OAR	139
San Agustín y los jóvenes	141
Agustín y los Milagros en la Historia	151
Elementos de economía en San Agustín	154
Epílogo	156
Fuentes de información	160

Introducción

Son muchas y variadas las razones que me han llevado a estudiar y escribir sobre san Agustín.

La primera y sin duda la más importante es que el hermano de mi madre se llamaba Agustí Riera Soler. Él tuvo la desgracia de tener que luchar contra su cuñado Jaume Galí en la famosa batalla del Ebro ¹ durante la guerra civil española. Al terminar la guerra regresó al pueblo de Bâscara² del que era oriundo como mi madre y mi tía Pilar Riera Soler. A la muerte de mi padre quedamos muy desvalidos y el tío Agustín nos traía de su huerto toda suerte de legumbres, tubérculos, frutas y pan cuando podía pues escaseaba mucho.

Luego ya casado hemos visitado con mi esposa a él, a su esposa Paquita y a sus hijos Albert y Dolors. Siempre se mostró muy cariñoso y obsequioso.

Mucho más tarde, los primeros años en el Perú los veranos solía ir a la antigua Escuela Normal de Arequipa que quedaba a un paso de la iglesia San Agustín. Allí

¹ La batalla del Ebro fue una batalla librada durante la guerra civil española. Fue la batalla en que más combatientes participaron, la más larga y una de las más sangrientas de toda la guerra. Tuvo lugar en el cauce bajo del valle del Ebro, entre la zona occidental de la provincia de Tarragona (Tierra Alta) y en la zona oriental de la provincia de Zaragoza y se desarrolló durante los meses de julio a noviembre de 1938. Constituyó el enfrentamiento decisivo de la contienda, ya que en ella se decidió el final de la Guerra Civil, en un contexto europeo inmerso en la crisis de los Sudetes, que parecía a punto de estallar, y que, efectivamente, acabaría uniendo la guerra europea con la guerra de España. Aunque el ejército republicano logró obtener una importante victoria inicial, la victoria final fue para los sublevados. Un gran número de bajas humanas y materiales y cuatro meses de lucha después, las tropas republicanas volvieron a cruzar el río Ebro. Tras una decisiva ofensiva sublevada, quedó sellado el destino de la Segunda República Española.

² Bâscara es un municipio español de la provincia de Gerona situado en la comarca del Alt Ampurdà, Catalunya. La base económica del municipio es la agricultura de secano y de regadío, así como la ganadería. El primer documento que menciona Bâscara es del año 817, un juicio celebrado en Borrassá en el que se fijaron los límites de la «villa Baschara», posesión del obispado. Las murallas que rodeaban la población se encuentran bastante bien conservadas en algunos tramos (s. XIII-XIV, rehechas durante los siglos XVIII-XIX). La situación fortificada en el camino principal de Gerona a Francia acentuó la importancia estratégica de la villa en época moderna. Así, en 1675, la población fue tomada por los franceses, que en 1683 se establecieron un campamento base para el sitio de Gerona en 1808 y 1809, otra vez, las tropas francesas ocuparon Bâscara, donde instalaron los almacenes y el hospital de sangre, al final de la guerra el general Suchet hizo volar las fortificaciones de la villa. En marzo de 1814 Napoleón liberó en esta población al rey Fernando VII de su presidio en Francia.

seguía cursos de complementación pedagógica y de vez en cuando iba a rezar a la iglesia.

En 1952 tuve a mi cargo el curso Historia de la Iglesia en el Instituto Superior Pedagógico La Salle de Arequipa y pude explicar cómo san Agustín, llamado «Doctor de la Gracia», fue el máximo pensador del cristianismo del primer milenio y uno de los más grandes genios de la humanidad. También señalé cómo en la historia del pensamiento fue el primero que puso en contacto la filosofía griega con la dogmática cristiana, ambas piedras angulares de la civilización occidental. Y en tal sentido cómo con él se marca un jalón muy significativo en la Patrística latina. Asume la herencia griega de Platón, los estoicos y Plotino, cumpliendo su síntesis y superación desde una concepción original basada en la sabiduría cristiana. Por otro lado pude exponer que San Agustín es el primer moderno, como se desprende de su tratamiento de la subjetividad y de la influencia que ha tenido en la fenomenología, de modo especial en Max Scheler ³, Dietrich von Hildebrand ⁴ o Edith Stein ⁵.

³ Max Scheler nace el 22 de agosto de 1874 en Múnich. Fue en su juventud, dirigente estudiantil por lo que pudo percibir directamente la problemática de la universidad Alemana y Europea de su época. Al finalizar esos estudios se matricula en la facultad de Medicina de la Universidad de Múnich, pero el año siguiente se traslada a la Universidad de Berlín para estudiar filosofía y sociología. En 1897 presenta ya su tesis doctoral titulada *Contribuciones a la determinación de las relaciones entre los principios lógicos y éticos*. En 1900 le merece el nombramiento de Docente en la Universidad de Jena. En 1902 Scheler conoció en Halle a Edmund Husserl. A partir de esto quedó marcado, por el método fenomenológico. En 1907 Husserl le apoya para que se traslade a la Universidad de Múnich. Pasada la guerra, la genialidad y el espíritu católico de Scheler resonaba ya en toda Alemania. Hasta tal punto que Konrad Adenauer le llama a ocupar la cátedra de filosofía y sociología, y a dirigir asimismo el reciente Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales. Lo incómodo de su situación en Colonia —donde los creyentes lo consideraban apóstata y los no creyentes cristiano disimulado— le mueve a aceptar una oferta en la Universidad de Frankfurt. Pero al llegar allí, sin comenzar siquiera su docencia, fallece de un repentino ataque cardíaco, el 24 de mayo de 1928. Fue autor de muchas obras especialmente sobre ética.

⁴ Pasó su juventud entre Italia y Alemania. Obtuvo su título de bachiller en 1906. Se trasladó a la Universidad de Múnich y luego a Gotinga, donde fue alumno de Edmund Husserl. También contó con la influencia y la amistad de Max Scheler. Obtuvo el título de Doctor en Filosofía en 1912 y enseñó en la Universidad de Múnich de 1918 a 1933. Abandonó Alemania en marzo 1933 y marchó a Viena, donde fundó una revista antinazi y enseñó filosofía en la Universidad. Por su trabajo en la revista, von Hildebrand fue incluido en la lista de la muerte de Hitler. Escapó a Suiza y luego a Francia, donde enseñó en la Universidad Católica de Toulouse de 1939 a 1940. A finales de 1940 tuvo que huir de nuevo y llegó a los Estados Unidos donde fue catedrático en la Universidad de Fordham en Nueva York desde 1941 hasta 1960. Murió el 26 de enero de 1977. A lo largo de su vida escribió muchas obras sobre la fe y la moral del catolicismo. Su pensamiento tuvo una marcada influencia sobre algunos de los mejores trabajos del Concilio Vaticano II.

⁵ Edith Stein, nació en Breslavia, Imperio alemán, el 12 de octubre de 1891 en el seno de una familia judía y pasó por una etapa de ateísmo. Estudiante de filosofía, fue la primera mujer que presentó una tesis en esta disciplina en Alemania. Continuó su carrera a la vez que trabajaba como colaboradora del filósofo alemán Edmund Husserl, fundador de la fenomenología. Una larga evolución intelectual y espiritual la condujo al catolicismo, al que se convirtió en 1921. Enseñó y dio conferencias en Alemania, desarrolló una teología de la mujer y un análisis de la filosofía de santo Tomás de Aquino y de la fenomenología. El régimen nacional-socialista le prohibió la enseñanza. Edith Stein decidió entrar en la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo, donde tomó los hábitos bajo el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. Detenida por la Gestapo, fue deportada el 2 de agosto de 1942 e internada en el campo de exterminio nazi de Auschwitz, en el territorio polaco ocupado, donde sería asesinada siete días después. Fue beatificada en 1987 y canonizada el

Más tarde a partir de 1996 frecuentaba la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa para dictar cursos a estudiantes de maestría y doctorado. Además desde enero de 1998 soy Profesor Principal Honorario de esa Universidad.

En Lima he visitado solo o con mi esposa la Basílica Menor y Convento de San Agustín que se encuentra en el centro histórico.

Cuando llegamos al distrito de Pueblo Libre íbamos con mi esposa a Misa en la Parroquia Nuestra Señora de la Caridad y allí conocimos a los Padres Agustinos Recoletos Jacinto Anaya Morán⁶, Párroco, y Angel Peña Benito ⁷ con quienes entablamos una buena amistad.

Cuando cumplí 75 años el P. Jacinto me confirió el Sacramento de la Unción de los Enfermos en compañía de mi esposa.

11 de octubre de 1998 por el papa Juan Pablo II. Este pontífice también la nombró copatrona de Europa el 1 de octubre de 1999 en la apertura del sínodo de los obispos denominado Segunda Asamblea especial para Europa, junto con Brígida de Suecia y Catalina de Siena, sumándose así a los ya declarados copatronos Benito de Nursia, Cirilo y Metodio. Escribió un considerable número de obras sobre filosofía y espiritualidad. (Para mayor información ver mi trabajo Ocho pensadores y pensadoras católicos (2015))

⁶ El P. Jacinto Anaya Morán nació en Hernán Pérez, provincia de Cáceres, España. Su vida ha transcurrido en el Perú, desde el año 1980. Ha vivido en Cutervo, Chota, donde trabajó durante 20 años y estrenó su sacerdocio, y ahora en Cajamarca capital. Cabe señalar que en 1993 el P. Jacinto recibió el encargo de hacer realidad el sueño evangelizador de los frailes agustinos recoletos. Él se tomó en serio la empresa y puso todo su talento personal y sus habilidades para concretar el sueño de Santa Mónica Radio. Kirche In Not y Manos Unidas le financiaron el proyecto". La empresa no fue fácil. El P. Jacinto tuvo que sortear una serie de dificultades para sacar adelante la emisora católica. . Poco a poco la Radio se constituye en una de las más importantes de la ciudad. Actualmente cuenta con un surtido grupo de profesionales y equipos de alta tecnología que le dan el brillo que posee. Llamado por el pueblo Taita Chutín ha creado un blog para escribir y contar lo relacionado con su vida y su trabajo. Formó parte del Acuerdo Provincial para la Gobernabilidad y Desarrollo de Cajamarca, formado por autoridades, organizaciones y movimientos políticos, directores sectoriales, colegios profesionales, sindicatos, organizaciones sociales y representantes de la sociedad civil.

⁶ El Padre Ángel Peña nació el 16 de diciembre de 1943 en Grávalos (Rioja), al norte de España. Su infancia transcurrió en Murillo del río Leza, de la misma comarca. A los 11 años ingresó al colegio apostólico de los padres agustinos recoletos de Logroño. Allí estudió durante cuatro años, pasando luego a San Millán de la Cogolla y en seguida al Seminario de Salamanca, donde estudió Filosofía y Teología durante siete años. En esa ciudad se ordenó sacerdote el 14 de julio de 1968. Ese mismo año, el 1 de diciembre, llegó al Perú como misionero. Estuvo cuatro años en la parroquia Santa María Magdalena de Lima. Después fue destinado al pueblo de Pimpincos, del departamento de Cajamarca. Luego estuvo en la parroquia Santa Rita de Casia en Miraflores. De esta parroquia fue trasladado a la parroquia de San Antonio Abad de Arequipa y después de unos meses, fue nombrado párroco de la parroquia Nuestra Señora de Chapi de la misma ciudad donde estuvo de párroco durante 14 años. El 8 de marzo de 1995 es destinado de nuevo a Lima a la parroquia de Nuestra Señora de La Caridad. Actualmente se halla en España. Su vocación de escritor comenzó con un librito de testimonios, que le comunicaban personalmente las religiosas contemplativas con quienes se escribía. Sus libros están traducidos al italiano en la Editorial Villadiseriane.

En la Pontificia Universidad Católica del Perú tuve de alumnos a varios religiosos agustinos y agustinos recoletos entre los que destacó el P. Pablo Larrán ⁸.

Actualmente con mi esposa asistimos a la Santa Misa en la iglesia Santa María Magdalena regentada por los Padres Agustinos Recoletos.

He elegido el título “En torno (acerca de) a San Agustín de Hipona” porque en este trabajo trato no solo de la vida del santo sino también del contexto histórico y religioso en que vivió Agustín y de su proyección religiosa en el tiempo.

Como habrá podido observar el lector he dividido este trabajo en cuatro partes precedidas de una introducción y seguidas de un epílogo.

Como he hecho en todos mis estudios, antes de iniciar esta exposición diré lo siguiente:

- Este texto es de divulgación, no se trata, de ninguna manera, de un trabajo académico como muchos de los que se han escrito sobre el santo.
- El mérito de este trabajo corresponde a los autores que he consultado, sobre todo al P. Angel Peña, a quienes cito literal o referencialmente, según me ha aconsejado el discurso. Si en algún caso ha habido omisiones les pido que me disculpen. Mi aporte ha consistido en sistematizar la información que he acopiado.
- He quedado realmente impresionado de la calidad de los libros y artículos que he tenido la oportunidad de leer, y que he empleado en mayor o menor extensión. A quienes los han escrito, mil gracias.
- En muchos casos hago uso libremente de Wikipedia lo que también agradezco.
- En la redacción del escrito uso varios estilos pues trato de respetar el de cada uno de los autores.
- Los textos de San Agustín van en letra cursiva.
- Me he permitido una serie de anotaciones a pie de página para referirme a datos, hechos y sobre todo personas, que me han parecido significativos para una mejor comprensión del texto, especialmente para el caso de los lectores que no tienen por qué conocer ciertos detalles de los que hago uso.

⁸ El Padre Pablo Larrán García, O.S.A. nació en San Román de los Caballeros, en la provincia de León (España), el 8 de mayo de 1956. Hizo sus estudios sacerdotales en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de Comillas. Fue ordenado sacerdote agustino en Valladolid, el 23 de setiembre de 1979. Una semana más tarde ofició su primera Misa. Su llegada al Perú se produjo el 28 de octubre del mismo año. Es Licenciado en Educación por la Pontificia Universidad Católica del Perú. En el Colegio San Agustín, donde labora, tiene a su cargo la Dirección de Pastoral. Es autor del libro: “*De persona a persona - reflexiones para el camino*” (abril de 1997).

- He colocado las fuentes a las que he acudido para recabar información sobre cada uno de los aspectos abordados en el estudio, aun cuando al final no las haya usado. Así el lector, si lo desea, podrá seguir indagando sobre este tema.

- En la introducción y en el epílogo empleo la primera persona del singular para dar al escrito mayor identificación y en el resto la primera del plural pues en realidad la autoría corresponde también a los autores que he estudiado.

Agradezco a mi esposa, Nilda Vargas San Román, por el invalorable apoyo que me brinda al revisar el borrador de mis trabajos.

Finalmente dedico este artículo a los pecadores como yo que buscamos salir del pecado para seguir el camino a la santidad convencidos de aquel dicho de Jesús: "Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto" (Mateo 5:48).

Lima, 16 de julio del 2020.



Primera parte.

Contexto histórico y religioso en que se desarrolló la vida de San Agustín.

Contexto histórico.

Debemos señalar que vamos a referirnos básicamente a alrededor del período comprendido entre los años 354 y 430 después de Cristo, tiempo en que vivió San Agustín.

El imperio romano de Occidente y el norte de África.

A lo largo del siglo III, el Imperio romano experimentó una etapa de guerras civiles y divisiones internas que parecían no tener fin: se denominó la Crisis del siglo III.

En algunos períodos álgidos, se dieron alzamientos militares cada pocos meses y con generales que se proclamaron «emperadores», especialmente en Britania⁹ y Galia¹⁰ debido a la conflictividad de sus fronteras. A este complicado cuadro que hacía tremendamente difícil mantener el gobierno sobre el Imperio, se unían las continuas incursiones de los pueblos bárbaros sobre las fronteras del imperio.

Por todo ello, Occidente sufrió de forma mucho más contundente las consecuencias de esta crisis, mientras que Oriente, mejor administrado, más urbanizado y con mayor renta per cápita, lograba recuperarse poco a poco, a pesar de las amenazas fronterizas de los godos y los persas, debido a los ingresos procedentes de los fértiles campos de Anatolia y Egipto, su mayor cohesión interna y su población más abundante y menos golpeada por las guerras civiles, la corrupción y las pestes.

A finales del siglo III apareció Diocleciano para instaurar la «Tetrarquía», un nuevo sistema de gobierno que proporcionó una paz y estabilidad momentánea al imperio. Hubo dos emperadores, uno en el occidente, y otro en el oriente. En 293 Galerio y Constancio Cloro fueron elevados al rango de *césares* (herederos) de los dos *augustos*. Constantino, hijo de Constancio Cloro, fue proclamado emperador por sus soldados en Britania. Constantino consiguió imponerse a todos sus rivales por el trono y gobernó en solitario durante veinte años, acabando con cualquier rastro de la Tetrarquía.

En 383 Magno Clemente Máximo fue proclamado emperador por su ejército y desató una cruenta guerra civil que expulsó al emperador occidental hacia el este. Una nueva guerra se desató entre las dos mitades del imperio, hasta que la llegada de Teodosio I volvió a restaurar la paz, con un breve gobierno unificado de Teodosio.

A la muerte del emperador Teodosio I, el Imperio romano se dividió a efectos administrativos en dos mitades. Arcadio, hijo mayor de Teodosio I, quedó a cargo del trono del Imperio romano de Oriente, mientras que a su hijo menor, Honorio, fue nombrado emperador del Imperio romano de Occidente. Después de la división Occidente quedó conformado por Hispania,

⁹ Britania designaba a la isla de Gran Bretaña antes de que se produjeran las invasiones germanas. El nombre de Britania procede de la denominación latina Britannia que se dio en el Imperio romano a la isla. El nombre Britannia en latín proviene de la denominación griega Πρεταννικά Νησιά (Pretanniká Nesiá) que le dio Piteas de Marsella a las islas exploradas al norte de la Galia Comata (o Galia Cabelluda) por él en el 330 y 320 a. C. El término Πρεταννικά (Pretanniká) o Πρεταννική (Pretanniké), proviene quizás de la designación en dialecto celta britano (galés antiguo) para ese territorio que Piteas escuchó nombrar.

¹⁰ Galia es el nombre romano dado a una región de la Europa occidental actualmente ocupada por Bélgica, Francia, el oeste de Suiza, el norte de Italia y zonas de Alemania y los Países Bajos al oeste del Rin. También las islas británicas (Gales, Inglaterra e Irlanda) actuales estaban pobladas por tribus celtas. El gentilicio se conservó a través de los tiempos solamente en la extensión de tierras que hoy componen Francia y aún hoy sigue llamándose *galos* a los franceses, y de hecho *Gallia* (en griego Γαλλία) es el nombre griego moderno de Francia. También el nombre de Galicia, Portugal, País de Gales y Galitzia tienen el mismo origen referido a la población gala o celta.

Italia, Galia, Britania, Mauretania ¹¹ y norte de África, mientras que Oriente estaba conformado por la península de los Balcanes, Anatolia, Oriente Próximo y Egipto.

La crisis política de Occidente se agravó cuando los visigodos, bajo el mando de Alarico I, invadieron Italia en el año 401. En la Navidad del 406 los vándalos

¹¹ Mauretania es el nombre de una antigua región del norte de África, que se correspondería con el territorio septentrional del actual Marruecos, las ciudades españolas de Ceuta y Melilla, y el oeste y centro de los territorios argelinos situados al norte de las montañas del Atlas. El reino de Mauritania no estaba situado en el lugar donde en la actualidad se encuentra la moderna Mauritania (al sureste del Sáhara Occidental). Hacia el año 288, Diocleciano separó la parte oriental de Mauretania Cesariense, creando una nueva provincia denominada Mauretania Sitifense. A la llegada de los vándalos al norte de África, la mayor parte de Mauritania era virtualmente independiente. El cristianismo, que se había extendido por la región durante los siglos IV y V, desapareció con la llegada de los árabes en el siglo VII.

¹², suevos ¹³, francos ¹⁴, y en menor medida los gépidos ¹⁵, alanos¹⁶, sármatas ¹⁷ y hérulos ¹⁸ de apoderaron de la Galia y, posteriormente de Hispania.

¹² Los vándalos fueron un pueblo germano de Europa central que habitaban las regiones ribereñas del Báltico, en las actuales Alemania y Polonia. Su lengua pertenecía a la rama germánica oriental. El 31 de diciembre del año 406 atravesaron cruzaron el Rin en las cercanías de Moguntiacum e invadieron la Galia, posteriormente se dirigieron a la península ibérica donde penetraron en el otoño del año 409 y se instalaron durante unos años en el valle del Guadalquivir. En mayo del 429 pasaron el estrecho de Gibraltar y, dirigidos por Genserico, crearon un reino en el norte de África, centrado en la actual Túnez, desde donde saquearon Roma en el 455. El reino vándalo del norte de África duró más de 100 años, hasta que finalmente fue destruido por los bizantinos en el 534.

¹³ Los suevos eran un gran grupo de los pueblos germánicos. No eran como los catos o téncteros, constituyentes de una sola nación". En realidad ocupaban más de la mitad de Alemania, y se dividían en una serie de tribus distintas bajo nombres distintos, aunque todos en general eran llamados "suevos". En un momento, la etnografía clásica había aplicado el nombre de "suevos" a tantas tribus germánicas que parecía como si en los primeros siglos este nombre nativo reemplazaría el nombre extranjero "germanos". Algunos se trasladaron hasta Gallaecia (actuales Galicia, Asturias y León en España, y el norte de Portugal) y establecieron un reino allí que duró 170 años hasta su integración en el reino visigodo.

¹⁴ Los francos fueron una comunidad de pueblos procedentes de Baja Renania y de los territorios situados al este del Rin (Westfalia), que al igual que muchas otras tribus germánicas occidentales entró a formar parte del Imperio romano en su última etapa en calidad de *foederati*, asentándose en el *Limes* (Bélgica y norte de Francia actuales). Las poderosas y duraderas dinastías establecidas por los francos reinaron en una zona que abarca la mayor parte de los actuales países de Francia, Bélgica y Países Bajos, así como la región de Franconia en Alemania.

¹⁵ Los gépidos fueron un pueblo germano procedente del bajo Vístula, que se situó en Transilvania. Combatieron junto a Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos. Los gépidos estaban estrechamente relacionaos con los godos, e inclusive se considera que pudieron ser un subgrupo de los godos.

¹⁶ Los alanos eran un grupo étnico de origen iranio relacionado con los sármatas, pastores nómadas muy belicosos de diferentes procedencias, que hablaban la lengua irania y compartían con ellos la misma cultura en muchos aspectos.

¹⁷ Los sármatas fueron un pueblo iranio al que Heródoto ubica en el siglo V a. C. en la frontera occidental de Escitia, más allá del actual río Don. En el siglo III a. C. los sármatas avanzaron desde el Cáucaso invadiendo gran parte del territorio que hasta entonces ocupaban los escitas. En el siglo II a. C. se encuentra a los sármatas fuertemente instalados en las estepas que rodean al mar Negro, principalmente en territorios que en la actualidad corresponden a Ucrania y Polonia. Los sármatas nunca llegaron a constituir un Estado unificado, ya que se encontraban divididos en varias «tribus» o parcialidades.

¹⁸ Los hérulos eran una tribu germánica que invadió el Imperio romano en el siglo III, provenientes de Escandinavia, seguramente tras ser expulsados. Según algunos historiadores medievales, sus integrantes se aliaron con los godos y participaron con ellos en varias expediciones de merodeo por las costas de los mares Negro y Egeo.. A principios del siglo VI, los lombardos vencieron a los hérulos y disolvieron su reino, situado en la cuenca del río Elba. Algunos de sus integrantes emigraron a Escandinavia y otros se enrolaron como mercenarios en el ejército del Imperio romano de Oriente.

En muchas partes del Imperio la autoridad estatal era débil, y solo las sucesivas capitales de Milán y Rávena contaban con las fuerzas suficientes para defenderse adecuadamente.

A consecuencia de ser atacados por los godos ¹⁹, los vándalos fueron expulsados de Hispania en el 429, dirigiéndose a África y tomando Cartago. Allí se apoderaron de lo que quedaba de la flota romana y extendieron su nuevo imperio marítimo sin problemas por Córcega, Cerdeña, parte de Sicilia y las Baleares.

Reducido a la Galia, Italia y parte de Hispania, el Imperio romano de Occidente vivió una nueva amenaza: las incursiones de los hunos. Pueblo estepario, los hunos habían sido causa directa de las emigraciones de los pueblos germanos al occidente y atacaron al Imperio romano, demasiado débil como para responder a esta nueva fuerza.

Localizaciones

Veamos por último las ciudades del norte de África en las que San Agustín realizó sus estudios

Tagaste

La ciudad Numidia de Thagaste o Tagaste, fue originalmente un pequeño poblado nómada, habitado por una tribu bereber.

Bajo el Imperio romano, floreció gracias al comercio —especialmente durante el mandato de Septimio Severo—. Se convirtió en un *municipium* romano en el primer siglo de dominio. Estuvo habitada por inmigrantes itálicos, pero la mayoría de su población se trataba de bereberes romanizados.

Aparece mencionada por Plinio el Viejo ²⁰ en su *Historia natural* como un importante centro cristiano en África. Tuvo una basílica y una diócesis católica, siendo la más importante de la Numidia bizantina.

¹⁹ El pueblo godo fue un pueblo germánico oriental, dos de cuyas ramas, los visigodos y los ostrogodos, tuvieron un importante papel en la caída del Imperio romano de Occidente y la emergencia de la Europa medieval. Los godos dominaron una vasta zona, que en su momento cumbre posiblemente se extendió desde el Danubio al Don, y desde el mar Negro hasta el Báltico.

²⁰ Gayo Plinio Segundo conocido como Plinio el Viejo nació en Comum (la actual Como) en Italia) el año 23 . Sus obras fueron la base de muchos exploradores occidentales como Odorico de Pordenone, Marco Polo, Antonio Pigafetta, Cristóbal Colón y Fernando de Magallanes, así como del conquistador español Hernán Cortés, quienes hacían coincidir las descripciones geográficas y etnológicas de Plinio con sus propios descubrimientos. Plinio fue miembro de la clase social de los caballeros romanos. Su padre lo envió a Roma y fue educado por el poeta y general Publio Pomponio Segundo y por los gramáticos y retóricos Remio Palemón y Aurelio Fusco. En Roma estudió botánica en el jardín de Antonio Cástor. Bajo la influencia de Séneca, llegó a ser un estudiante de la filosofía y la retórica y ejerció la profesión de abogado. A los veintitrés años inició su carrera militar en Germania a las órdenes de Corbulón. En el año 47 tomó parte en la construcción de un canal entre el Rin y el Mosa. Llegó a ser comandante de caballería. A partir del año 69 desempeñó varios cargos oficiales al servicio del emperador Vespasiano. Fue procurador romano en Galia e Hispania alrededor del año 73. Bajo el principado de su amigo Vespasiano, se reincorporó al servicio del estado como procurador en la Galia Narbonense en el 70 y en la Hispania Tarraconense el 73.

Durante el Imperio bizantino, fue fortificada con muros. A finales del siglo VII, cayó en poder del Califato Omeya. Tras siglos de olvido, fue reconstruida por colonos franceses, cambiando su nombre a Souk Ahras en 1830. Actualmente es una provincia de Argelia.

Madaura

Madaura o Madaurus fue una ciudad de la antigua provincia romana de Numidia una pequeña parte del país al que los romanos dieron en un principio este nombre, y se extendía desde los límites del territorio de Cartago hasta el río Malva, correspondiendo al norte de lo que actualmente es Argelia. Se dividía en una multitud de pueblos con jefes independientes, siendo los más notables los masilios y masesilos. La raíz “*masi*” que aparece en diversos etnónimos y nombres propios númidas está relacionada con el apelativo *amazigh*.

Numidia estuvo sometida en un principio a los cartagineses. Fue anexionada al reino de Syphax al final de la segunda guerra púnica por Masinisa. Se convirtió en una colonia romana al final del primer siglo y fue famosa por sus escuelas. En la lista de mártires cristianos, Madaura figura entre las ciudades donde vivieron muchos de ellos.

Las ruinas de Madaura se encuentran cerca de Mdaouroch, en la actual Argelia. En las mismas se han localizado numerosas inscripciones cristianas, un mausoleo romano, los restos de una fortaleza bizantina y una basílica cristiana.

Hipona

Hipona era la segunda ciudad romana más importante del norte de África después de Cartago. Fue una ciudad de Numidia a la orilla del río Ubus. Era una colonia de Tiro, residencia de los reyes de Numidia. Estaba ubicada a 80 kilómetros de Tagaste en una bahía o golfo, del que traía su nombre de *Hipponensis Sinus*, en un promontorio llamado *Hippiprom*. La ciudad tenía al sur Tipasa, a unos 70 km. Se llamaba *Hippo Regius*. La actual Hipona está situada a dos kilómetros de la antigua y se llama Annaba en Argelia. Los romanos la convirtieron en colonia. Fue una ciudad importante hasta que fue destruida por los vándalos en el año 430 d.C. y parcialmente incendiada. Fue reconstruida por los árabes en el siglo VII. A unos 3 km se fundó Beleb al-Anab. Fue ocupada por Carlos I de España durante unos

Luego visitó la provincia de África (VII. 37). No quiso que se publicara “*Historia Natural*” hasta después de su muerte. El 24 de agosto de 79, cuando se produce la erupción del Vesubio que sepultó las ciudades de Pompeya y Herculano, se encontraba en Miseno. Queriendo observar el fenómeno más de cerca y deseando socorrer a algunos de sus amigos que se encontraban en dificultades sobre las playas de la bahía de Nápoles, se dice que atravesó con sus galeras la bahía llegando hasta Estabia donde falleció el 25 de agosto del 79 posiblemente asfixiado por los gases volcánicos.

años en el siglo XVI, pero evacuada en 1541 y quedó bajo soberanía otomana. Los franceses la ocuparon el 1832 y lo denominaron *Bône* (Buena).

En tiempos de Agustín era una ciudad muy rica en cereales, vinos y olivos, con canteras de mármol dorado con vetas de púrpura y con seis hermosas basílicas. Tenía teatro, anfiteatro, foros, termas y guarnición de soldados de la XIII cohorte militar con su puerto marítimo. Tenía unos 40.000 habitantes.

Cartago

Cartago fue una antigua ciudad del norte de África. Estaba situada en una península comprendida entre el golfo y el lago de Túnez.

El consenso actual es afirmar que la ciudad fue fundada entre los años 825 y 820 a.C. con el nombre de *Qart Hadašt*.

El diseño urbanístico y la arquitectura eran una mezcla de modelos con antecedentes sirio-palestinos de tipo predominantemente orgánico y de modelos de lógica hipodámica, en parte creada por su propia práctica de la construcción y, en parte, sobre todo en su última fase, por influencia griega y helenística.

Tras la caída de Tiro en poder de los caldeos, Cartago se independizó y desarrolló un poderoso Estado que llegó a rivalizar con las ciudades-estado griegas de Sicilia primero y con la República romana siglos después.

En el siglo III a. C. se enfrentó a la República romana en tres guerras (conocidas como primera, segunda y tercera guerras púnicas por la hegemonía en el Mediterráneo occidental y de las que salió derrotada. A mediados del siglo II a. C., fue destruida por Escipión Emiliano en la llamada tercera guerra púnica.

En el año 29 a. C. Augusto fundó en el mismo lugar una colonia romana con el nombre de Colonia Iulia Concordia Carthago, que se convirtió en la capital de la provincia romana de África, una de las zonas productoras de cereales más importantes del Imperio romano. Su puerto fue vital para la exportación de trigo africano hacia Roma. La ciudad llegó a ser la segunda en importancia del Imperio con 400 000 habitantes.

Tenía teatro, anfiteatro y un gran circo capaz para 200.000 espectadores. Era un prodigio de gracia y belleza arquitectónica con el famoso pórtico de mármol de 46 columnas acanaladas de doce metros de altura, formando un rectángulo de 88 metros de longitud y 32 de anchura. Después de Roma ninguna otra ciudad del Imperio la aventajaba en bellezas monumentales.

En el año 425, los vándalos liderados por Genserico tomaron la ciudad y la convirtieron en la capital de su nuevo reino. Fue reconquistada por el general bizantino Belisario en el año 534, permaneciendo bajo influencia bizantina hasta el año 705.

En el siglo III el cristianismo empezó a consolidarse notablemente en Cartago. La ciudad contaba con su propio obispado y se convirtió en un importante lugar para la cristiandad.

Contexto religioso

Como es lógico nos ocuparemos de la Iglesia católica y de los papas en la época alrededor de la cual vivió San Agustín.

La Iglesia en esa época.

El Concilio de Nicea I (325) condenó el Arrianismo excluyendo de la Iglesia los seguidores de esta opinión teológica. Otros Concilios también definieron más precisamente la fe católica y excluyeron a otros grupos, en particular los Concilios de Éfeso (431) y de Calcedonia (451). La Iglesia oficialmente dejó de sufrir persecución a los cristianos en el Imperio Romano a partir del 313, cuando el emperador Constantino dio libertad de culto a toda religión con el Edicto de Milán, pero no llegó a ser religión oficial del Estado hasta el 380, cuando Teodosio I el Grande, decretó el Edicto de Tesalónica.

La Iglesia católica, en el siglo V, se había extendido por casi todo el territorio del Imperio romano (desde Hispania hasta Siria, con las zonas costeras del norte de África). Posteriormente, se realizaron misiones hacia zonas del norte de Europa, que llegaron hasta Irlanda, Gran Bretaña, Germania, y posteriormente zonas de Escandinavia, Centroeuropa y las poblaciones eslavas del Este. Este largo proceso abarca de los siglos V al XI. Buena parte de estas misiones, así como el trabajo de recristianizar los territorios del antiguo Imperio romano de Occidente, fue posible gracias a los monasterios, sobre todo a los benedictinos.

La expansión de poblaciones convertidas al islam llevó a un progresivo declive de las poblaciones católicas del norte de África, que llegaría a ser casi completo en el mundo moderno.

Un hecho posterior significó la división entre numerosas Iglesias: el Gran Cisma entre sus porciones de Occidente y Oriente (cuya Iglesia, aún denominada como "católica ortodoxa", pasaría a ser conocida solo por esta última palabra) ocurrido en el año 1054 a causa de las rivalidades entre los patriarcados de Roma y Constantinopla y, teológicamente, alrededor de la cláusula Filioque.

El Papado

Liberio nació en Roma y fue elegido el 17 de mayo de 352. Durante su mandato Constancio II quería imponer el arrianismo en Occidente y como Liberio se oponía en 355 lo desterró a Berea de Tracia.

Los arrianos nombraron al diácono Félix como nuevo papa pero el pueblo rechazó a este antipapa y exigió al Emperador la reinstauración de Liberio como legítimo obispo de Roma.

En 359 se convocaron simultáneamente dos concilios de obispos, de Oriente y Occidente, celebrados en Seleucia y Rímini respectivamente. Bajo presión imperial, ambos concilios adoptaron sendas profesiones de fe semi-arrianas.

Cuando Constancio II murió en 361, Liberio anuló los decretos tomados en el concilio de Rímini.

Fundó la basílica papal Santa María La Mayor, la principal iglesia romana dedicada a la Virgen María.

Falleció en 366.

San Dámaso I nació en Galicia en 304 y fue Papa desde el año 366 hasta su muerte en el año 384 en Roma. San Jerónimo fue su secretario.

Fue un Papa erudito. Introdujo el uso de la voz hebrea «*Aleluya*», el Gloria Patri, restauró la Basílica de San Lorenzo Extramuros, y ordenó la traducción de la Biblia al latín, conocida como la «Vulgata».

San Siricio nació en Roma y comenzó su pontificado en 384. Fue el primero en usar el título de papa. Tendió a reforzar la autoridad de la Iglesia de Roma, a través de decretales pontificias y epístolas a obispos que contenían reglas, disposiciones y decisiones conciliares. Colaboró en repetidas oportunidades con Ambrosio de Milán.

Consagró la primera basílica de San Pablo Extramuros.

Apoyó la necesidad del celibato para los sacerdotes y diáconos.

Murió el 26 de noviembre de 399.

San Anastasio I nació en Roma el 27 de noviembre de 399. Fue famoso por su vida en la austeridad y pobreza. Reconocido amigo de san Agustín y san Jerónimo. Condenó a Orígenes por algunas de las exageraciones hechas en sus comentarios bíblicos. También escribió varias cartas a las iglesias de África en contra del cisma donatista. Concilió los cismas entre Roma y la Iglesia de Antioquía. Combatió tenazmente a los secuaces de costumbres inmorales convencidos de que también en la materia se escondiese la divinidad.

Murió el 19 de diciembre de 401.

San Inocencio I era natural de Albano. Fue elegido el 22 de diciembre de 401.

Su gran amigo Juan Crisóstomo fue expulsado como Patriarca de Constantinopla debido a hostilidades personales con la emperatriz Elia Eudoxia y las intrigas de Teófilo de Alejandría. Intervino para reintegrarlo a su sede.

Se enfrentó firmemente a Pelagio y al pelagianismo. También condenó el priscilianismo.

El 24 de agosto de 410 el rey visigodo, Alarico, conquistó y saqueó a Roma. Hizo lo posible por reparar los daños hechos por los godos.

Estableció la observancia de los ritos romanos en Occidente, el catálogo de los libros canónicos y reglas monásticas. Obtuvo de Honorio la prohibición de las luchas en el circo entre gladiadores.

Murió el 12 de marzo de 417

San Zósimo nació en Mesoraca, Calabria el 18 de marzo. Fue elegido papa el 18 de marzo del 417. Pelagio y Celestio, condenados por dos concilios por sus herejías, apelaron a Zósimo, quien los absolvió. Parece que se mostraba demasiado complaciente, quizás por ser muy impulsivo en sus decisiones. Muy moral, prescribió que los hijos ilegítimos no podían ser ordenados sacerdotes.

Falleció el 26 de diciembre de 418.

San Bonifacio I nació en Roma el 28 de diciembre del 418. Fue elegido el 29 de diciembre de 418 cuando estaba muy enfermo.

Un grupo de diáconos que estaban descontentos ya desde tiempos del papa Zósimo, eligieron a Eulalio quién se instaló en el palacio Laterano como antipapa pero el emperador Flavio Honorio resolvió la cuestión a favor de Bonifacio I.. Dio su apoyo a los obispos africanos en su campaña contra el pelagianismo.

Murió el 4 de septiembre de 422.

San Celestino I nació en Campania el 19 de septiembre de 422. Fue diácono en Roma y, según la tradición, durante un tiempo vivió en Milán donde conoció a San Antonio Abad. Fue elegido papa por aclamación el 10 de septiembre de 422. Tuvo que hacer frente al nestorianismo, el pelagianismo, el donatismo, el maniqueísmo y el novacianismo y que culminaron en los últimos días de su pontificado con la celebración del Concilio de Éfeso en 431. En este concilio, estuvo representado por Cirilo de Alejandría quien defendió la unidad de las dos naturalezas de Cristo y que servirá de base en un futuro para que Eutiques elabore la doctrina que dará lugar al monofisismo. Murió el 27 de julio de 432.

Herejías ²¹

En la historia, ya desde el tiempo de los Apóstoles aparecieron las herejías como heridas a la unidad de la Iglesia, polarizando elementos de la doctrina cristiana y negando otros o sosteniendo visiones que pretendían unir sincréticamente la doctrina cristiana con otras religiones.

²¹ Una herejía es una oposición voluntaria a la autoridad de Dios depositada en Pedro, los Apóstoles y sus sucesores.

El Concilio Vaticano II nos dice que «en esta una y única Iglesia de Dios, aparecieron ya desde los primeros tiempos algunas escisiones que el apóstol reprueba severamente como condenables; y en siglos posteriores surgieron disensiones más amplias y comunidades no pequeñas se separaron de la comunión plena con la Iglesia católica y, a veces, no sin culpa de los hombres de ambas partes». (UR 3)

En este estudio abordaremos solo aquellas que San Agustín condenó explícitamente: maniqueísmo, donatismo, pelagianismo y arrianismo

Maniqueísmo

Maniqueísmo es el nombre que recibe la religión universalista fundada por el sabio persa Mani o Manes (c. 215-276), quien decía ser el último de los profetas enviados por Dios a la humanidad.

El maniqueísmo se concibe desde sus orígenes como la fe definitiva, por cuanto pretende completar e invalidar a todas las demás. Al rivalizar en este sentido con otras religiones, como el zoroastrismo, el budismo, el cristianismo y el islam, de sus contactos con ellas se derivaron numerosos fenómenos de fusión doctrinal.

La definición teológica del maniqueísmo ha dividido a la crítica. Mientras que, para algunos eruditos, el fenómeno maniqueo no es reductible a una concepción dualista de la divinidad y el cosmos, ni es definible como gnosticismo,¹ para otros muchos estudiosos es esencialmente gnóstico y dualista.

Babilonia era un centro del sacerdocio pagano y allí Manes se empapó totalmente de las especulaciones antiguas. El domingo, 20 de marzo de 242 d.C., Manes proclamó su evangelio por primera vez en la residencia real, Gundesapor, el día de la coronación de Sapor I, cuando se reunían enormes multitudes de todas partes. "Como una vez Buda llegó a la India, Zoroastro a Persia y Jesús a las tierras de Occidente, así vino en el momento actual, esta profecía a través de mí, el Manes, a la tierra de Babilonia", sonaba la proclamación de este "Apóstol del Dios verdadero". Parece que tuvo poco éxito inmediato y se vio obligado a abandonar el país. Durante muchos años viajó por el extranjero, fundando comunidades maniqueas en Turkestán y la India. Cuando por fin regresó a Persia logró convertir a su doctrina a Peroz, el hermano de Sapor I, y le dedicó una de sus obras más importantes, el "*Shapurikan*". Peroz obtuvo para Manes una audiencia con el rey y Manes pronunció su mensaje profético en la presencia real.

Pronto encontramos a Manes como fugitivo de su tierra natal; aunque aquí y allá, como en Bet Garmia, su enseñanza parece haber echado raíces temprano. Mientras viajaba, Manes diseminó y afianzó su doctrina mediante epístolas, o cartas encíclicas, de las cuales conocemos por título unas ochenta. Se dice que después Manes cayó en manos de Sapor I, fue echado a la prisión, y sólo fue liberado a la muerte del rey en 274. Parece cierto que el sucesor de Sapor, Ormuz I, fue favorable al nuevo profeta; tal vez incluso personalmente lo liberó

de su calabozo, a menos que, de hecho, Manes ya había efectuado su fuga tras sobornar a un guardia y huir a través de la frontera romana. Sin embargo, el favor de Ormuz le fue de poca utilidad, ya que ocupó el trono persa solo un año, y Bahram I, su sucesor, poco después de su advenimiento al trono, ordenó la crucifixión de Manes, mandó a desollar el cadáver, a disecar la piel y colgarla en la puerta de la ciudad, como un espectáculo aterrador para sus seguidores, a los que persiguió con severidad implacable.

Se divulgó desde la Antigüedad tardía por el Imperio romano e Imperio sasánida, y en la Edad Media, por el mundo islámico, Asia Central y China, donde perduraría, al menos, hasta el siglo XVII.

Por ello, sus escritos litúrgicos sagrados y fuentes propias se encuentran registrados en múltiples lenguas, entre ellas, latín, griego, copto, persa medio, chino, parto, sogdiano, etcétera. Por lo demás, existen fuentes no maniqueas que informan sobre las creencias y costumbres de esta religión.

Comenzando en el siglo III en Babilonia, en el Imperio sasánida, se extendió a través del Oriente hasta China por la cuenca del río Tarim, y en muchas partes del Imperio romano. Fue una religión universalista, que aprovechó la Ruta de la Seda para su expansión, pero que se vio pronto perseguida en el área islámica y el Occidente cristiano, perdurando sobre todo en el Extremo Oriente.

La fecha de su muerte se fija en el año 276 a 277 d.C.

La comunidad maniquea se dividía en dos grupos:

- Los elegidos, pasaban su tiempo en oración, practicaban el celibato y eran vegetarianos. Tras su muerte, según la teología maniquea, los elegidos alcanzaban el Reino de la Luz.
- Los oyentes debían servir a los elegidos, podían contraer matrimonio (aunque les estaba desaconsejado tener hijos) y practicaban ayuno todas las semanas. A su muerte, esperaban reencarnarse en elegidos.

Para que el Reino de la Luz triunfara sobre las tinieblas, todos los elegidos y oyentes debían alcanzar el Reino de la Luz. En realidad, no era un triunfo lo que buscaban los maniqueos, sino un retorno al estado original, la separación del Bien y del Mal. Como el mal es indestructible, la única forma de alcanzar el Reino de la Luz es huir de las Tinieblas.

Donatismo

Existía una fuerte rivalidad entre dos grupos de obispos africanos, los denominados *traditores* y los *numidios*. En el 311, los obispos africanos numidios se opusieron a la elección de Ceciliano como nuevo obispo de Cartago, realizada por el "traidor" Félix de Aptonga. Ceciliano también era acusado de haber sido un *traidor*, por haber entregado ejemplares de las Sagradas Escrituras a las autoridades, durante una persecución anterior. Sus oponentes, en su lugar, consagraron a un efímero Mayorino como nuevo obispo, que sería sucedido al

poco por Donato Magno. Los ahora llamados donatistas apelaron a Constantino, que decidió que el problema fuera dirimido por el obispo de Roma Melquíades en un concilio en la misma ciudad. Se celebró el 1 de octubre de 313 y fue favorable a Ceciliano, como único obispo de Cartago, lo que dará origen a un movimiento cismático.

Este movimiento se denominó inicialmente Iglesia de los Mártires y tomó su otro nombre por Donato, al que eligieron obispo sus propios correligionarios a finales del 312.

Donato aseguraba que solo aquellos sacerdotes cuya vida fuese intachable podían administrar los sacramentos, entre ellos el de la transustanciación del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y que los pecadores no podían ser miembros de la Iglesia. Así es cómo se inicia el movimiento cismático que nació como una reacción ante el relajamiento de las costumbres de los fieles y cuando los emperadores romanos comenzaron a convertirse a la fe cristiana, los pobladores de las regiones aludidas buscaron un nuevo credo con el cual seguir oponiéndose al dominio imperial, pues permanecer en la fe de la Iglesia Romana les parecía tanto como aceptar la dominación del Imperio. He aquí el caldo de cultivo en el cual la doctrina del donatismo encontró numerosos fieles no solo en la población común sino también en los obispos cristianos de aquella época, especialmente en Numidia.

Donato afirmaba que todos los ministros sospechosos de traición a la fe durante las persecuciones del emperador romano Diocleciano, en las que se obligaba a los cristianos a abjurar de su religión o elegir el martirio, eran indignos de impartir los sacramentos.

El donatismo encontró un amplio apoyo entre los grupos sociales más desfavorecidos, en especial entre los obreros agrícolas, que en varias ocasiones se rebelaron no sólo contra la Iglesia "oficial" sino contra el propio poder imperial romano.

Este movimiento fue rechazado por la Iglesia católica, reafirmando la doctrina de la objetividad de los sacramentos, es decir, la idea de que una vez transmitida la potestad sacerdotal a un hombre mediante el sacramento del Orden Sagrado, los sacramentos que éste administrara son plenamente válidos por intercesión divina, independientemente de la entereza moral del clérigo.

Esta doctrina fue condenada sin éxito en el concilio de Arlés del año 314 aunque sobrevivió hasta la invasión árabe musulmana, en el siglo VII.

Pelagianismo

La doctrina del pelagianismo recibe su nombre de Pelagio de cuya vida, aparte de los principales episodios de la controversia pelagiana, poco o nada se conoce. Son más abundantes las fuentes tras su salida de Roma en el 411, hasta después del 418, cuando de nuevo se produce un silencio sobre su persona en la Historia.

En cuanto al lugar de nacimiento todo parece indicar que fue Britania.

Alto de estatura y corpulento de apariencia tenía educación superior, hablaba y escribía bien, con gran fluidez, tanto el latín como el griego, además era versado en teología. Fue monje, entregado consecuentemente a prácticas de ascetismo, pero nunca fue clérigo.

Vivió en Roma «por largo tiempo», podemos suponer que residió allí al menos desde el pontificado del papa Anastasio I (398-401). Allí gozó de reputación por su austeridad. Mantuvo una edificante correspondencia —que más tarde usó para su defensa personal— con San Paulino de Nola (405) y otros prominentes obispos.

Tuvo una influencia de largo alcance, la amistad que Pelagio contractó en Roma con Celestio, un abogado de noble ascendencia (probablemente italiana). Celestio había sido ganado para el ascetismo debido a su entusiasmo por la vida monástica y, en su condición de hermano lego.

Pelagio negaba la existencia del pecado original, falta que habría afectado solo a Adán, por tanto la humanidad nacía libre de culpa y una de las funciones del bautismo, limpiar ese supuesto pecado, quedaba así sin sentido. Además, defendía que la gracia no tenía ningún papel en la salvación, sólo era importante obrar bien siguiendo el ejemplo de Jesús.

Interpretaba la Biblia basándose en ideas principalmente en la filosofía estoica y otras antiguas filosofías paganas. Consideró que la fuerza moral de la voluntad humana, cuando está fortalecida por el ascetismo, es suficiente en sí misma para desear y conseguir la virtud. Por lo tanto, consideró que el valor de la redención de Cristo está limitado principalmente a la formación y al ejemplo, que servían de contrapeso frente al mal ejemplo de Adán. Por lo tanto, la naturaleza, según Pelagio, es capaz de someter el pecado y ganar la vida eterna sin la ayuda de la gracia. Según Pelagio, somos lavados de nuestros pecados por justificación mediante la sola fe, pero este perdón no implica una renovación interior del alma.

Fue condenado en el Concilio de Cartago y Mileve, en 416, confirmado el año siguiente por el Papa Inocente I. Pelagio engañó al próximo papa, Zosimo, quien al principio lo exoneró, pero pronto (418) el papa se retractó. Pero no fue sino hasta el segundo Concilio de Orange (529) cuando el pelagianismo exhaló su último aliento en Occidente.

Semipelagianismo

Se denomina semipelagianismo a la doctrina sobre la gracia defendida por los monjes del sur de la Galia y alrededor de Marsella después del año 428. Intentaba llegar a un compromiso entre los dos extremos del Pelagianismo y el Agustínismo.

El nombre Semipelagiano fue desconocido tanto en la antigüedad cristiana como a lo largo de la Edad Media. Durante estos períodos era costumbre designar los puntos de vista de los Massilianos simplemente como “reliquias de los pelagianos.

En oposición al Pelagianismo, en el Concilio general de Cartago del 418 se mantuvo como principio de la fe que la gracia cristiana es absolutamente necesaria para el conocimiento correcto y la realización del bien y que la perfecta impecabilidad es imposible en la tierra hasta para los justificados

Sus doctrinas fueron condenadas por el Segundo Concilio de Orange en 529. Los orígenes del semipelagianismo se atribuyen a San Juan Casiano, célebre monje que pasó gran parte de su vida entre los solitarios de la Tebaida y posteriormente recibió el diaconado en Constantinopla de manos de San Juan Crisóstomo, y fue ordenado sacerdote en Roma por el papa Inocencio I.

Las más recientes investigaciones muestran que la palabra fue acuñada entre 1590 y 1600 en relación con la doctrina de la gracia de Molina, porque los adversarios veían en ella un gran parecido con la herejía de los monjes de Marsella. Una vez que esta confusión fue aclarada como un error, el término Semipelagianismo se retuvo en los círculos intelectuales como una designación apropiada de la antigua herejía únicamente.

Arrianismo

El arrianismo es obra de Arrio probablemente, descendiente de bereberes de la antigua Libia. El nombre de su padre era Ammonius. Se cree que Arrio fue discípulo de San Luciano en la escuela exegética de Antioquía. De vuelta a Alejandría se posicionó con Melecio de Licópolis en su disputa con Pedro de Alejandría sobre la readmisión de aquellos que habían renegado del cristianismo por miedo a la tortura romana, y fue ordenado diácono bajo el auspicio de Melecio.

Parece haber sido un hombre con un comportamiento ascético, moral pura y firmes convicciones. Era alto y delgado, de aspecto distinguido y finos modales. Las mujeres le adoraban, encantadas por sus buenas maneras, tocadas por su apariencia de asceta. A los hombres les impresionaba su aura de superioridad intelectual. En 313 se hizo presbítero del distrito de Baucalis de Alejandría.

La cristología arriana sostiene que Dios Padre y Dios Hijo no habían existido juntos desde siempre, sino que el *Logos* era un ser divino creado por Dios Padre antes que el mundo y que estaba subordinado al Padre. Arrio y sus seguidores apelaban al texto del *Evangelio de Juan*, donde Jesús declara: Han escuchado que les he dicho: «Me voy y vuelvo a ustedes». Si me amaran se alegrarían de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. (Evangelio según san Juan 14:28); y además a *Proverbios*, donde la Sabiduría Divina proclama: El Señor me creó al principio de su obra, antes de que él comenzara a crearlo todo. (Proverbios 8:22)

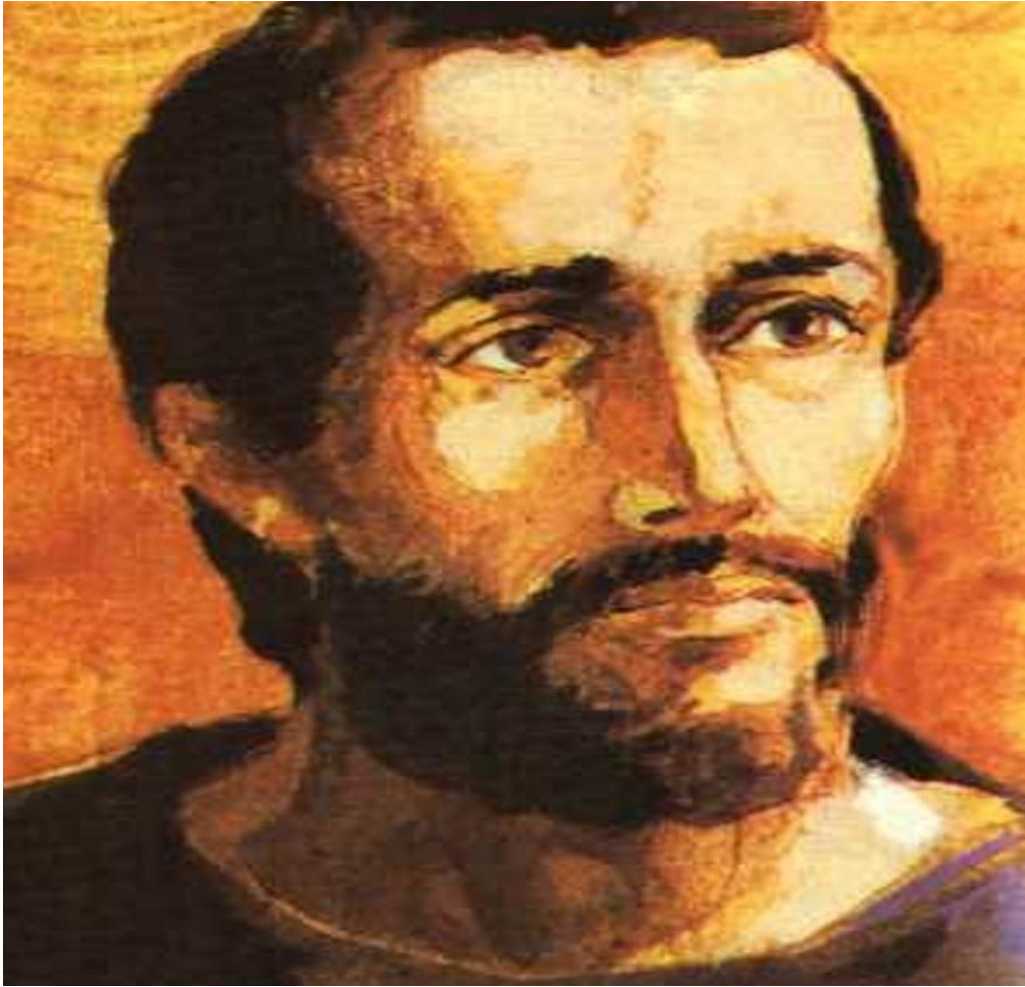
El Primer Concilio de Nicea del 325 consideró que las doctrinas arrianas eran heréticas y el Primer Sínodo de Tiro, en el 335, exoneró a Arrio.

Arrio falleció en 335 camino de Constantinopla. Tras su muerte, fue anatemizado de nuevo y fue declarado herético otra vez en el Primer Concilio de Constantinopla del 381.

El arrianismo continuó existiendo durante varias décadas, aunque el aparente resurgimiento del arrianismo después de Nicea fue, más bien, una reacción antinicensa explotada por los simpatizantes de los arrianos que algo propiamente arriano.¹² A finales del siglo IV, se había derrotado todo resto de arrianismo en el seno de la jerarquía oficial de la iglesia romana, que era trinitaria.

Segunda parte

Los padres y la vida de Agustín



Los padres de Agustín

El padre de Agustín se llamaba Patricius o Patricio y según Peña (2011) “era un pequeño burgués de escasos recursos que pertenecía al concejo municipal de Tagaste y era pagano, Agustín nos dice de él: *Mi padre era un hombre sumamente cariñoso, pero también extremadamente colérico.* Lo envió a estudiar a Madaura, pensando en que continuara después sus estudios en Cartago. Dice: *A mi regreso de Madaura ya se estaban haciendo los preparativos para un viaje más lejano, a Cartago. Estos corrían por cuenta de mi padre que vivía en Tagaste y era de una posición muy modesta, pero con un temple digno de todo elogio... Quién no iba a alabar a aquel hombre que era mi padre que, por encima de sus posibilidades económicas, se gastaría en el hijo todo cuanto fuera necesario, tanto para un viaje tan largo como para los estudios que iba a realizar? Había personas mucho más ricas que no hacían igual por sus hijos. Ciertamente que mi padre no tenía especial interés en los progresos que yo pudiera hacer en tus caminos, Señor. Tampoco le preocupaba el problema de mi castidad. Lo que a él le importaba era que yo llegara a ser un personaje capaz de disertar”.*

A Patricio solo le interesaba que Agustín sobresaliera en los estudios, fuera reconocido y celebrado socialmente y sobresaliese en los ejercicios físicos.

Los autores coinciden en que era un buen trabajador pero mujeriego, jugador y pagano, que no tenía gusto alguno por lo espiritual. Hizo sufrir muchísimo a su esposa y por treinta años ella tuvo que aguantar sus estallidos de ira ya que gritaba por el menor disgusto, pero éste jamás se atrevió a levantar su mano contra ella

Aunque criticaba el mucho rezar de su esposa y su generosidad tan grande hacia los pobres, nunca se opuso a que dedicará de su tiempo a estos buenos oficios. Quizás, el ejemplo de vida de su esposa logro su conversión. Mónica rezaba y ofrecía sacrificios por su esposo y al fin alcanzó de Dios la gracia de que en el año de 371 Patricio se hiciera bautizar junto con su madre, cuando Agustín tenía unos 18 años y estudiaba ya en Cartago.

La madre de Agustín se llamaba Mónica y nació en Tagaste. Sus padres eran cristianos y de una familia de vieja tradición cristiana. Ellos encomendaron la formación de sus hijas a una mujer muy religiosa y estricta en disciplina. No las dejaba tomar bebidas entre horas pues les decía: "Ahora cada vez que tengan sed van a tomar bebidas para calmarla. Y después que sean mayores y tengan las llaves de la pieza donde está el vino, tomarán licor y esto les hará mucho daño." Mónica le obedeció los primeros años pero, después ya mayor, empezó a ir a escondidas al depósito y cada vez que tenía sed tomaba un vaso de vino. Más sucedió que un día regañó fuertemente a un obrero y éste por defenderse le gritó ¡Borracha ! Esto le impresionó profundamente y nunca lo olvidó en toda su vida, y se propuso no volver a tomar jamás bebidas alcohólicas.

Pocos meses después fue bautizada y desde su bautismo su conversión fue admirable. Ella deseaba dedicarse a la vida de oración y de soledad pero sus padres dispusieron que tenía que esposarse y lo hizo a corta edad con Patricio.

Mónica iba a la iglesia cada día y soportó con paciencia el adulterio y las cóleras de su marido. Se ganó el afecto de su suegra en poco tiempo. Las demás esposas le preguntaban a Mónica porqué su esposo era uno de los hombres de peor genio en toda la ciudad, pero que nunca la golpeaba, y en cambio los esposos de ellas las golpeaban sin compasión. Mónica les respondió : "Es que, cuando mi esposo está de mal genio, yo me esfuerzo por estar de buen genio. Cuando él grita, yo me callo. Y como para pelear se necesitan dos y yo no acepto entrar en pelea, pues....no peleamos".

Mónica y Patricio tuvieron tres hijos que sobrevivieron a la infancia: dos varones, Agustín, Navigio y una mujer, Perpetua. Se afligió mucho cuando Agustín

enfermó y el alivio y alegría de Mónica debido a la recuperación de Agustín se transformaron en ansiedad debido a que él desperdiciaba su nueva vida siendo indisciplinado y, como él mismo contó, vago.

Su suegra era una mujer terriblemente colérica que por meterse demasiado en el hogar de su nuera le había amargado grandemente la vida a la pobre Mónica.

Mónica era bondadosa pero no cobarde, ni débil de carácter, así que al volver su hijo de vacaciones y escucharle argumentar falsedades contra la verdadera religión, lo echó sin más de la casa y cerró las puertas, porque bajo su techo no albergaba a enemigos de Dios como los maniqueístas.

Un día Mónica tuvo un sueño en el que se vio en un bosque llorando por la pérdida espiritual de su hijo. Se le acercó un personaje muy resplandeciente y le dijo "tu hijo volverá contigo", y enseguida vio a Agustín junto a ella. Le narró a su hijo el sueño y él le dijo lleno de orgullo, que ello significaba que se iba a volver maniquea, como él. A eso ella respondió: "En el sueño no me dijeron, la madre irá a donde el hijo, sino el hijo volverá a la madre". Su respuesta tan hábil impresionó mucho a su hijo Agustín, quien más tarde consideró la visión como una inspiración del cielo. Esto sucedió en el año 437. Aún faltaban 9 años para que Agustín se convirtiera.

En cierta ocasión Mónica contó a un Obispo que llevaba años y años rezando, ofreciendo sacrificios y haciendo rezar a sacerdotes y amigos por la conversión de Agustín. El obispo le respondió: "Esté tranquila, es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas". Esta admirable respuesta y lo que oyó decir en el sueño, le daban consuelo y llenaban de esperanza, a pesar de que Agustín no daba la más mínima señal de arrepentimiento.

A los 29 años, Agustín decide irse a Roma a dar clases. Mónica se decide a seguirle para intentar alejarlo de las malas influencias. Su hijo por medio de un engaño se embarca sin ella y se va a Roma sin ella. Pero Mónica, no dejándose derrotar tan fácilmente toma otro barco y va tras de él.

En Milán; Mónica conoce al santo más famoso de la época en Italia, el célebre San Ambrosio, Arzobispo de la ciudad. En él encontró un verdadero padre, lleno de bondad y sabiduría que le impartió sabios consejos.

Una vez que Agustín se convirtió y fue bautizado, Mónica se fue con su hijo y su nieto al puerto de Ostia a esperar el barco para regresar a África. Pero Mónica ya había conseguido todo lo que anhelaba en esta vida y podía morir tranquila. Poco después le invadió una fiebre, que en pocos días se agravó y le ocasionaron la muerte. Murió a los 55 años de edad del año 387.

Santa Mónica es puesta por la Iglesia como ejemplo de mujer cristiana, de piedad y bondad probadas, madre abnegada y preocupada siempre por el bienestar de su familia, aun bajo las circunstancias más adversas.

A lo largo de los siglos, miles han encomendado a Santa Mónica a sus familiares más queridos y han conseguido conversiones admirables.

Vida de Agustín

“Confesiones” es una de las autobiografías más famosas del mundo. Comienza de esta manera: *“Grande eres Tú, Oh Señor, digno de alabanza. Tu nos has creado para Ti, Oh Señor, y nuestros corazones estarán errantes hasta que descansen en Ti”* (Confesiones, Capítulo 1).

Nosotros nos contentaremos con presentar lo que algunos autores consideran importante en la vida del santo y lo completaremos con extractos de las Confesiones.

Nacimiento e infancia de Agustín

Agustín, Aurelius Augustinus, nació el 13 de noviembre del año 354 en Tagaste que en esa época tenía unos 35.000 habitantes.

Peña (2011) escribe que “Mónica lo crió de sus propios pechos, lo que no era habitual entonces, y al recién nacido lo inscribieron entre los catecúmenos y le hicieron la señal de la cruz y le dieron la sal bendita”.²²

“No lo bautizaron porque era costumbre aplazar el bautismo hasta la edad adulta para que así pudieran borrarse todos los pecados, que seguramente iba a cometer. Pero su madre, desde niño, le hablaba de Cristo. Él nos dice: *El nombre de Cristo lo había mamado piadosamente mi tierno corazón con la leche de mi madre, lo había mamado por tu misericordia, Señor, y lo conservaba metido en lo más hondo de mi ser.*”

De niño era irascible, soberbio, díscolo, rebelde y desobediente, aunque excepcionalmente dotado. Tenía una gran imaginación y una extraordinaria inteligencia. Daba muestras de vivo ingenio. Le gustaba jugar y destacaba como un líder entre sus compañeros.

En aquellos primeros años, la familia disfrutaba de relativas comodidades, razón por la cual el pequeño Agustín pudo disfrutar de una buena educación. Es así como aprendió los rudimentos del latín y de la aritmética con un maestro de su ciudad

²² Como hemos visto tuvo un hermano y una hermana, y todos ellos recibieron una educación cristiana. Su hermana llegó a ser abadesa de un convento y poco después de su muerte San Agustín escribió una carta dirigida a su sucesora incluyendo consejos acerca de la futura dirección de la congregación. Esta carta llegó a ser posteriormente la base para la “Regla de San Agustín”, en la cual San Agustín es uno de los grandes fundadores de la vida religiosa.

natal hasta los 11 años. Ya luego Romaniano, mecenas y notable de la ciudad, se hizo cargo de sus estudios, pero Agustín, a quien repugnaba el griego, prefería pasar su tiempo jugando con otros mozalbetes. Tardó en aplicarse a los estudios, pero lo hizo al fin porque su deseo de saber era aún más fuerte que su amor por las distracciones.

“Desconozco aún los motivos que me hacían odiar el griego, que me enseñaron desde niño. En cambio, me gustaba mucho el latín, no el que enseñan los profesores de primaria, sino el que explican los llamados gramáticos. Pues la enseñanza de la lectura, de la escritura y de la matemática en la primaria, se me hacían tan aburridas como el griego”.

Veamos cómo él mismo nos lo cuenta: *“Dios mío, ¡cuántas miserias y engaños experimenté cuando, siendo niño, se me proponía como norma de buen vivir la obediencia a mis profesores, para hacerme famoso y sobresalir en el Arte del lenguaje! Con este fin me mandaron a la escuela a estudiar las letras de cuya importancia no tenía yo, pobre infeliz, ni la más remota idea. Con todo, cuando era perezoso en aprenderlas, me ganaba buenos azotes. Este rigor recibía el apoyo de los mayores, muchos de los cuales que, cuando eran niños habían sufrido este género de vida, nos trazaron caminos tan difíciles por los que se nos obligaba a pasar, multiplicando de este modo el trabajo y el dolor de los seres humanos. Y no es que me faltase memoria ni talento, pues Tú me habías dotado de ellos en abundancia para la edad que tenía. Pero me gustaba jugar. Y me castigaban por esto”.*

Y luego nos dice: *“Siendo un niño, un día me subió de repente la fiebre como consecuencia de una oclusión intestinal y estuve en trance de muerte. Tú, Dios mío, que eras mi custodio, viste con qué empeño mi corazón y con qué fe solicité de la piedad de tu Iglesia, madre mía y madre de todos nosotros, el bautismo de tu Cristo, mi Dios y Señor. Asustada mi madre carnal, que con más amor en su corazón puro me estaba dando a luz para la vida eterna, trabajaba atenta y preocupada para que fuese iniciado y purificado con los sacramentos de la salvación, para que recibiera el bautismo y, confesándote, Señor Jesús, para que se me perdonasen los pecados. Cuando, de pronto, comencé a mejorar”.*

“Fue así como se quedó postergada mi purificación, como si fuera inevitable que la vida fuera ensuciándome de lodo y pensando que después del lavado bautismal sería mayor y más peligrosa la recaída en las salpicaduras de los pecados”.

“En mi niñez, para mí menos alarmante que la adolescencia, no me gustaba estudiar ni que me obligaran a ello. Sin embargo, me obligaban, y con ello me hacían un bien ya que estoy convencido de que, si no me hubieran obligado, no hubiera aprendido nada: No se hace bien lo que se hace a desgana, aunque sea bueno lo que se hace. Tampoco hacían bien los que me obligaban; el único que me hacía bien eras Tú, Dios mío. Los que se empeñaban en que yo estudiara, no

tenían otro fin que satisfacer los apetitos insaciables de una opulenta miseria y de una gloria denigrante”.

Agustín estudiante

Sus padres viendo que su hijo tenía futuro les dieron todas las facilidades necesarias. Y cuando tuvieron dificultades por falta de dinero aceptaron que el benefactor Romaniano les ayudara.

Estudiante en Madaura

Agustín, con 11 años, el año 365, fue enviado a Madaura que se enorgullecía de ser la patria del gran orador Apuleyo ²³, autor del *Asno de oro* y de *Sobre el demonio de Sócrates*. En Madaura debía estudiar la lengua latina con un maestro de gramática, que les hacía leer y analizar los escritos de los historiadores y poetas latinos. Agustín aspiraba a lo máximo que podía aspirar un hombre culto de su tiempo: la profesión de la retórica. En Madaura tuvo que estudiar la literatura romana, especialmente a los autores: Virgilio, Cicerón, Plauto, Terencio, Séneca, Salustio, Horacio y Apuleyo.

Pronto brilló entre sus compañeros por su inteligencia. Un día tuvo que declamar un discurso que él mismo había compuesto. Se trataba del dolor y de la cólera de Juno, que no podía impedir que los troyanos arribaran a Italia. Lo hizo tan bien que sus compañeros lo aplaudieron. Todos se sentían orgullosos de sus cualidades intelectuales.

“En los concursos, me preocupaba por no cometer un barbarismo; pero no

²³ Lucio Apuleyo fue un escritor latino que nació en Madaura en el año 125. Se formó en retórica en Cartago y acudió a Atenas para iniciarse en la filosofía de Platón. Viajó por diversas ciudades y países, hasta que se instaló definitivamente en Cartago. Desarrolló una brillante carrera de orador en esa ciudad, donde sus discursos tenían mucho éxito. Su fama como literato se debe a *La metamorfosis*, conocida en la Antigüedad como *El asno de oro*, novela en once partes que ofrece una penetrante y divertida sátira de la sociedad de su tiempo. Escrita en prosa hacia el año 180 y considerada una de las primeras novelas de la historia, la obra nos ofrece una visión caleidoscópica del mundo, entre crítica y mística, y relata la historia de Lucio, un héroe interesado por la magia que acaba siendo su víctima para peregrinar por el mundo metamorfoseado en asno. Lucio sortea difíciles peripecias y pruebas rituales y, gracias a su iniciación en los misterios de la diosa Isis, recupera finalmente su forma humana. Para componer *El asno de oro*, Apuleyo se basó en *Lucius o el asno*, obra que había sido escrita a finales del siglo I a.C. por Lucio de Patrás y que narraba distintos sucesos de conversión de hombres en animales, y también en las numerosas situaciones humorísticas que formaban parte de las narraciones del griego Aristides y de algunos sofistas. Muchos siglos después, *El asno de oro* ejercería una notable influencia en la narrativa europea, desde Giovanni Boccaccio hasta Henry Fielding, pasando por la novela picaresca española y algunos pasajes de Miguel de Cervantes. Otras obras de Apuleyo son *Florida* (158-170), una antología de sus discursos, y algunos tratados filosóficos en torno a Platón y Sócrates, como los titulados *Platón y su doctrina* y *Acerca del dios de Sócrates*. Falleció en Cartago en el año 180

evitaba los celos o la envidia contra quienes no lo cometían. Te digo esto, Dios mío, y reconozco ante Ti aquellas pequeñeces que eran objeto de felicitación por parte de aquellos cuyo aprecio equivalía entonces para mí a vivir honradamente”.

“En las competiciones, lo que más me atraía eran los triunfos resonantes y que hubiera quien halagara mis oídos con relatos fabulosos que fomentaban en mí una comezón que me consumía cada día más”.

Pero en Madaura, a la vez que estudiaba, descubrió Agustín el mundo de los vicios. La mayor parte de la población era pagana y el cristianismo era considerado como religión de pueblos bárbaros. En ese ambiente pagano el jovencito Agustín se fue olvidando de las lecciones de su madre y se fue contagiando de las costumbres paganas.

Él nos dice sobre esta etapa de Madaura, con sus 15 y 16 años. *“Quiero hacer memoria de mis torpezas pasadas y de la desolación en que los vicios dejaron mi alma. No lo hago para deleitarme, sino por amor tuyo, Dios mío. Y lo hago por amor de tu amor. Voy a recordar mis caminos llenos de perversión con toda la amargura que supone remover esos recuerdos. Los evoco para que Tú sigas siendo bueno conmigo, que eres bondad sin engaño, bondad dichosa y garantizada y me recojas de la dispersión en que anduve dividido cuando lejos de Ti, que eres Unidad, me disipé en la variedad de las cosas”.*

“Hubo un tiempo en mi adolescencia en que me abrasé en deseos de hartarme de las cosas más bajas. Tuve asimismo la audacia de liarme en la espesura de amores diversos y sombríos. Quedó quebrantada mi hermosura y me convertí en un ser infecto ante tus ojos, por darle gusto a los gustos personales y por desear quedar bien ante los ojos de los hombres”.

“Iba alejándome cada vez más de Ti y Tú hacías la vista gorda. Me veía entregado sin freno al vicio, diluido y en estado de ebullición a consecuencia de mis fornicaciones, y Tú callabas. Oh alegría mía tardía, Tú callabas entonces y, mientras tanto, yo iba alejándome de Ti en busca de semillas de dolor a cual más estéril, en una degradación arrogante, y con un agotamiento lleno de frustración”.

“Mis padres no se preocuparon de hacerme casar para evitarme el precipicio. Su única preocupación era que yo aprendiera las mejores técnicas de la oratoria y de la persuasión por medio de la palabra”.

Regreso a Tagaste

Por falta de dinero tuvo que regresar a Tagaste en vez de ir a estudiar a Cartago la tercera etapa que le faltaba y que abarcaba la retórica y la filosofía.

Peña (2011) afirma que “Durante este año de vacaciones forzadas en su pueblo, teniendo ya 16 años, se juntó con algunos amigos que lo llevaron por mal camino. No hacía caso de los consejos de su madre. Quería vivir como un jovencito independiente como había vivido en Madaura”.

En las Confesiones reconoce sus errores durante este año pasado en Tagaste y nos dice: *“A mis dieciséis años, cuando por falta de recursos tuve que tomar unas vacaciones forzadas en casa de mis padres, es cuando las espinas de mis pasiones tomaron fuerza y crecieron por encima de mi cabeza. Y no había mano que las arrancara de raíz. Más bien al contrario. Porque recuerdo que cierto día, estando yo en los baños, mi padre vio los signos de mi pubertad y de mi inquieta adolescencia, y se le caía la baba de satisfacción ante la ilusión de los nietos que yo podría darle. Así se lo insinuó a mi madre. Él estaba como embriagado de esa borrachera que le hace al mundo olvidarse de su Creador y amar a la criatura. Mi padre estaba borracho con ese vino invisible de una voluntad maleada e inclinada a las cosas de aquí abajo. Pero Tú, Señor, ya habías inaugurado tu templo y puesto los cimientos de tu morada en el corazón de mi padre. Mi padre se estaba preparando al bautismo desde hacía poco. Mi madre, por su parte, se estremecía de tanto temor, porque, aunque yo no estaba bautizado aún, temía que me metiera por sendas tortuosas que son el camino ordinario de los que te vuelven la espalda y no te dan la cara”.*

“¡Ay de mí! ¿Y tengo el atrevimiento de decir que Tú guardabas silencio, Dios mío, cuando era yo el que me iba alejando más y más de Ti? ¿Es cierto que te hacías el callado conmigo? ¿Y de quién sino tuyas eran aquellas palabras que me decía mi madre, tu sierva fiel, y que susurrabas a mis oídos? Cierto que ninguna de ellas caló hondo en mi corazón como para ponerlas en práctica”.

“Ella quería verme evitar la fornicación. Así me lo recalcó con gran interés, haciendo especial hincapié en que me alejara del adulterio con mujeres casadas. Me parecía humillante hacer caso de los consejos de una mujer. Pero eran avisos tuyos a los que no hacía ningún caso. Es más, estaba convencido de que Tú seguías mudo y era ella la que hablaba. Gracias a ella, no estabas callado conmigo, pero yo te desaprobaba en ella. Yo, que era su hijo, el hijo de tu servidora y servidor tuyo también”.

Estudiante en Cartago

Felizmente, ante la falta de recursos para poder ir a estudiar a Cartago, Romanoiano²⁴ quiso ayudar a Agustín a quien veía con futuro y le ayudó económicamente para continuar los estudios.

Peña (2011) nos dice que “en Cartago abundaba el paganismo con un fervoroso culto a la diosa celeste Tanit o Venus cartaginesa. En la gran ciudad se sentía un perfume lascivo y tentador. Había innumerables diversiones: juegos circenses, combates de gladiadores, espectáculos teatrales; y hechiceros y charlatanes por doquier. La licencia de costumbres era normal y Agustín se contagió del ambiente con toda la fogosidad de sus 17 años”. Él nos dice en las Confesiones: “*Recuerdo que en cierta ocasión me atreví a desear y poner en práctica dentro del recinto de tu iglesia y en medio de la acción litúrgica el modo de procurarme frutos de muerte*”.

Siendo obispo, aclaró este punto el 22 de enero del año 404 al celebrar la fiesta de san Vicente de Tarragona en la catedral de Cartago, donde manifestó: “*Cuando yo acudía a las vigilijs de las fiestas en esta ciudad, me pasaba la noche rozando a las mujeres junto con otros muchachos, deseosos de impresionar a las chicas, a ver si surgía la oportunidad de tener algo con ellas*”.

Aprovechaba las fiestas en las que las iglesias estaban llenas de gente para buscar a las chicas dentro de la iglesia. Felizmente para él, muy pronto, probablemente el mismo año de su llegada a Cartago, se buscó una joven concubina de baja condición social con la que no podría contraer matrimonio plenamente legal y con ella convivió durante 15 años, siéndole fiel.

En cuanto a sus estudios, los tomó con seriedad. Le disgustaba la compañía de muchos de sus compañeros estudiantes, gamberros que hacían desórdenes en las clases y tenían costumbres groseras. Agustín era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta que por ese camino nunca podría triunfar y él quería hacerse digno de la confianza que sus padres y su bienhechor Romanoiano habían puesto en él.

Pero veamos cómo él mismo nos habla de sus experiencias en Cartago: “*Llegué a Cartago (año 371), y a mi alrededor hervían aquellos amores impuros. Por aquella época no amaba todavía, pero deseaba amar y, hallándome en un*

²⁴ Romanoiano era un hombre muy rico que concedía a sus conciudadanos de Tagaste muchas gracias y beneficios como juegos públicos y espectáculos. Era respetado por todos y considerado como su principal bienhechor. Su nombre estaba grabado en una placa de bronce y le habían erigido estatuas en su honor. Agustín lo convertiría al maniqueísmo y luego lo convertiría al catolicismo. Dos de sus hijos serían discípulos suyos. El año 374 al regresar Agustín de Cartago lo recibió en su casa. En su libro *Contra los cadémicos*, dedicado a él, le manifiesta su agradecimiento. El año 408 quedó viudo. Era ya católico y se había casado con una mujer católica. Al quedarse viudo le encomendó a Agustín el panegírico de su esposa difunta, pero Agustín se enteró de que había conseguido una concubina que lo consolase de la pérdida de su esposa y se negó a hacer el panegírico hasta que saliera de su casa la concubina. Agustín fue siempre amante de la verdad y no se dejó manipular ni siquiera por su gran amigo y bienhechor. Para él era más importante la verdad que los honores o los halagos o el dinero.

estado de pobreza íntima, estaba resentido conmigo mismo. Andaba en búsqueda de un objeto de amor, deseoso como estaba de amar. Odiaba la seguridad, y me aburría el camino sin peligros. Amar y ser amado era para mí una dulce ocupación, sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada. Lo que hacía, pues, era manchar la fuente de la amistad con las impurezas de la pasión y oscurecer su esplendor con mi infernal pasión sensual. Feo y deshonesto, sentía un orgulloso deleite ante el hecho de que me consideraran como un personaje elegante y un hombre de mundo. Por fin, caí también en las redes del amor, en que quería ser atrapado. Dios mío y misericordia mía, ¡qué bueno fuiste al rociar de tanta amargura aquella suavidad! Porque mi amor fue correspondido y llegué a disfrutar de un enlace secreto. Una gran satisfacción me iba atando con lazos angustiosos”.

“En cuanto a mis estudios, tenían como meta la carrera de abogado, los tribunales y los pleitos. Uno sobresalía tanto más en esas profesiones cuanto con mayor éxito recurría a procedimientos fraudulentos. La ceguera humana es tan grande que llega a gloriarse de su misma ceguera. Yo era el número uno de mi promoción en la escuela de retórica, y disfrutaba de mi vanidad soberbiamente, y me hinchaba de pedantería”.

Al año siguiente de su llegada a Cartago (372) nació su hijo Adeodato, que significa dado por Dios o regalo de Dios, a quien llegó a querer mucho, aunque no lo había deseado. Pero Dios le seguía sus pasos y se le hizo el enconradizo el año 373 al leer el libro *Hortensio* de Cicerón.

Peña (2011) considera que “en este libro encontró una exhortación para buscar la verdad en la filosofía. Al leer este libro fue tal el estímulo recibido que, a partir de ese momento, se convirtió en un incansable buscador de la verdad. Algunos autores han denominado a este momento la *primera conversión* de san Agustín”.

Veamos cómo lo explica él mismo: “Siguiendo el programa normal de mis estudios, me di de repente con un libro de un tal Cicerón, cuyo lenguaje todos admiran, aunque no admiren su contenido. Este libro contiene una exhortación a la filosofía y lleva por título “Hortensio”. Su lectura realizó un cambio en mi mundo afectivo. También encaminó mis oraciones hacia Ti, Señor, e hizo que mis proyectos y deseos fueran otros. De golpe todas mis expectativas de frivolidad perdieron valor, y con increíble ardor de mi corazón ansiaba la inmortalidad de la sabiduría. Y comencé a levantarme para iniciar el retorno a Ti. Ya no leía para depurar mi estilo, a expensas del dinero que mi madre me hacía efectivo cuando tenía ya diecinueve años y dos años después de la muerte de mi padre”.

“No releía aquel libro para dar más brillo a mis expresiones, ni me interesaba ya tanto su estilo elocuente como lo que contenía esta elocuencia. ¡Qué ardor sentía, Dios mío, qué ganas tenía de retornar por el vuelo hacia Ti desde las realidades terrenas, sin darme realmente cuenta de lo que estabas haciendo conmigo! Porque de hecho en Ti tiene su morada la sabiduría, y este amor a la sabiduría recibe en griego el nombre de filosofía”.

“Aquel tipo de literatura me iba encendiendo en ese amor. Lo único que entibiaba en mí un fuego tan grande era no hallar en aquel libro el nombre de Cristo... Por eso, aunque este libro fuera una obra literaria seria y bien escrita, en el fondo no acababa de entusiasmar me del todo”.

Peña (2011) escribe que “a raíz del fuego interior que sintió el leer el *Hortensio* se dedicó en cuerpo y alma a buscar la sabiduría verdadera, en la que esperaba encontrar la felicidad. Leía y leía libros de filosofía, preguntaba y preguntaba a sus profesores. Por fin, ese mismo año 373, encontró unos hombres que le prometían descubrirle la Verdad. Eran los maniqueos”.

Cuando escribe el libro de las *Confesiones*, con la perspectiva de los años y con la experiencia vivida, dice de ellos: *“Vine a caer en manos de unos hombres sumamente orgullosos, superficiales y charlatanes a más no poder. En su boca sólo había trampas diabólicas y una especie de cinta pegajosa hecha a base de las sílabas de tu nombre, del de nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Santo Paráclito, consolador nuestro. Estos nombres estaban en sus labios, pero no pasaban de ser puros sonidos articulados por su boca y su lengua”.*

“Por lo demás, su corazón estaba hueco y vacío de toda verdad. Y repetían insistentemente: verdad, verdad. Me hablaban muchas veces de ella, pero nunca se hallaba en ellos, sino que sus palabras eran pura falsedad. No sólo lo que decían de Ti, que eres realmente la Verdad, sino también de los elementos de este mundo, creación tuya. Acerca de estos elementos, tuve que dejar de lado los argumentos de los filósofos, incluso cuando han formulado la verdad sobre ellos. Debí hacerlo por amor tuyo, Padre mío, Bien supremo, Belleza de toda belleza”.

“Me vi sutilmente inducido a hacerles el juego a aquellos engañabobos que me hacían preguntas como éstas: ¿Cuál es el origen del mal? ¿Está Dios demarcado por una forma corporal? ¿Tiene pelo y uñas? ¿Son justos los que practican la poligamia, el homicidio y el sacrificio de animales? Y yo, que era analfabeto en esos temas, estaba hecho un lío”.

Agustín profesor

Peña (2011) nos dice que el año 374, terminados sus estudios en Cartago, regresó a su pueblo natal para enseñar. Se hallaba en todo su entusiasmo por la secta maniquea. Convirtió a maniqueos a sus amigos Alipio, Romaniano y Honorato entre otros.

Mónica, su madre, podía tolerar que trajera una concubina, pero no pudo soportar su audacia y su fervor maniqueo y que pudiera hacer de su casa un lugar de reunión para ellos. Por eso le negó la entrada en casa, y Romaniano, su bienhechor, le ofreció la suya”.

Mónica estaba profundamente preocupada por la salvación de su hijo. Él escribe: *“Mientras tanto mi madre, tu fiel servidora, lloraba en tu presencia por mí mucho más de lo que lloran las madres la muerte física de sus hijos, porque por la fe y el espíritu que le habías dado ella veía mi muerte. Y Tú la escuchaste, Señor. La escuchaste y no despreciaste sus lágrimas que profusamente regaban la tierra allí donde hacía oración. Tú la escuchaste. Porque si no, ¿cómo explicar aquel sueño con que la consolaste hasta el punto de readmitirme a vivir y compartir con ella la mesa y el hogar que había comenzado a negarme ante el horror y el rechazo que le provocaban las blasfemias de mi error?”.*

“Lo que vio en sueños es que ella se encontraba sobre una regla de madera y un joven resplandeciente, alegre y risueño, se le acercaba a ella, que estaba llena de tristeza y amargura. Al preguntarle este joven el porqué de su tristeza y de sus lágrimas de cada día, no con ánimo de enterarse, como ocurre de ordinario, sino con intención de aconsejarla, y al responderle ella que lloraba mi perdición, le mandó que se tranquilizase y observara con atención que donde ella estaba ahora, allí estaba yo también. Cuando ella fijó su vista en este punto, me vio a su lado de pie sobre la misma regla”.

“Recuerdo que, al contarme mi madre esta visión, y al tratar yo, por mi parte, de convencerla de que no perdiera las esperanzas de que un día andando el tiempo ella sería lo que yo era en la actualidad, al momento y sin dudar lo más mínimo, me respondió: “No me dijo que donde está él también estas tú, sino donde estás tú, allí está él”.

“Me impresionó más esa respuesta que el sueño mismo con que anunciaste a esta piadosa mujer con tanta anticipación y para consolar sus inquietudes, lo que había de realizarse mucho más adelante”.

“Transcurrieron casi nueve años. En este lapso de tiempo, volviste a dar otra respuesta a mi madre por medio de un sacerdote tuyo, obispo además, educado en tu Iglesia y conocedor de tus Escrituras”.

“Al rogarle mi madre para que hablara conmigo, rebatiera mis errores, me desengañara de mi mala vida y me adoctrinara en el bien costumbre que practicaba cuando se encontraba con alguien dispuesto a escucharle, este hombre no consideró oportuno acceder a sus demandas, y creo que con buen criterio por lo que pude observar más adelante. Por toda respuesta le dijo que yo me oponía a todo consejo, porque estaba orgullosamente convencido de la herejía maniquea, que consistía en atribuir la creación a dos principios, uno esencialmente bueno, Dios, y el otro, esencialmente malo, el diablo, la materia, las tinieblas”.

“Déjale como está, dijo. Límitate a pedir al Señor por él. Él mismo en sus lecturas irá viendo por sí mismo en qué errores y en qué clase de impiedad se halla metido”.

*“Pero como mi madre no se tranquilizaba ni a pesar de las manifestaciones de este hombre, sino que seguía insistiendo y llorando mucho para que tuviera una entrevista conmigo para tratar este asunto, ya cansado de su insistencia, le dijo: “Anda, vete y que vivas muchos años. **Es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas**”. Esta respuesta sonó en sus oídos como un anuncio celestial, según me contó muchas veces cuando charlaba conmigo”.*

Fallecimiento de un amigo

“Durante su estadía en Tagaste como profesor de retórica, sigue diciendo Peña (2011), tuvo lugar un acontecimiento muy triste en la vida de Agustín. Un íntimo amigo suyo, de su misma edad, murió. Esto le afectó muchísimo”. Él lo cuenta así: “Apenas comencé a dar clases en mi ciudad natal, adquirí un amigo que llegué a querer mucho por ser condiscípulo de mi misma edad y hallarnos ambos en la flor de la juventud. Juntos habíamos crecido desde niños, juntos habíamos jugado. Pero entonces no era tan amigo como lo fue más tarde. Aunque, a decir verdad, ni siquiera después fue el amigo que pretende la verdadera amistad, porque ésta no es auténtica sino entre los que Tú unes entre sí por medio de la caridad derramada en “nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5)”.

“La mente de este joven estaba conmigo en el error y mi alma no podía vivir sin él. Pero he aquí que Tú, yendo al alcance de estos dos fugitivos tuyos, te lo llevaste de esta vida cuando apenas hacía un año que yo disfrutaba de su amistad. Este amigo mío era para mí más entrañable que todos los placeres de aquella época de mi vida”.

“Al estar atacado por una fuerte fiebre, privado de sentido y con un sudor mortal, se temió por la vida de mi amigo y se le administró el bautismo en estado de inconsciencia. Yo apenas si le di importancia a este gesto, convencido de que su alma conservaría con mayor firmeza lo que había aprendido de mí y no lo que había recibido mediante ese rito sin él saberlo”.

“Pero sucedió exactamente lo contrario. Luego que se repuso y pasó la convalecencia, le volvieron las fuerzas y pude hablar con él, pues no me aparté ni un momento de su lado y nuestro grado de dependencia mutua era muy grande. En presencia suya y creyendo que iba a estar de acuerdo conmigo, traté de ridiculizar el bautismo que había recibido inconscientemente y privado de los sentidos, una vez que le habían informado ya de la administración del sacramento”.

“Reaccionó ante mí con horror, mirándome como a un enemigo, y me advirtió con una espontaneidad tan admirable como inesperada que, si quería seguir siendo amigo suyo, me abstuviera de hablar de este modo. Yo, lleno de asombro y confusión, calmé mis ímpetus esperando que mejorara y que, una vez recuperada la salud, estuviese preparado y dispuesto a tratar conmigo todos los temas que

fueran de mi agrado. Pero Tú, Señor, le salvaste de mi locura y te lo guardaste para mi consuelo. Pocos días después, en ausencia mía, le volvió la fiebre y murió”.

“Estaba yo hecho un lío. Me dirigía a mi alma para preguntarle por qué estaba triste y alterada hasta ese punto, pero mi alma no tenía respuestas que darme. Y si yo le replicaba: “Espera en Dios”, se me rebelaba, y no le faltaba razón, porque aquel amigo íntimo que había perdido era más real y auténtico que el fantasma del dios de los maniqueos. Solo el llanto me resultaba dulce”.

Profesor en Cartago

Agustín, tremendamente apenado por la muerte de su amigo, quiso huir de su pueblo y, con la ayuda de Romaniano, se estableció en Cartago, donde abrió una escuela de retórica.

Él manifiesta que, poco a poco, se fue consolando de la pérdida del amigo con la compañía de otros amigos y discípulos. *“Lo que más me ayudaba a levantarme era la paz que me proporcionaban mis nuevos amigos. Había en mis amigos cosas que me hacían cautivadora su compañía: charlar y reír juntos, servirnos mutuamente unos a otros, leer en común libros bien escritos, bromear dentro de los límites de la estima y respeto mutuos, discutir a veces, pero sin aspereza, como cuando uno discute consigo mismo”.*

“Por aquellos años enseñaba yo oratoria. Víctima de la ambición, vendía palabrerías destinadas a cosechar laureles. Sin embargo, Tú sabes, Señor, que prefería tener buenos discípulos, pero buenos de verdad. Y yo sin engaños les enseñaba el arte de engañar, no para que lo utilizaran contra los inocentes, sino para valerse de estas técnicas de modo eventual en favor de algún culpado”.

“Había entonces un hombre prudente, muy conocedor de la medicina y por eso muy famoso. Fui familiarizándome poco a poco con él, escuchaba con toda atención sus conversaciones, agradables y profundas, no por su lenguaje culto, cosa que no tenía, sino por la agudeza de sus expresiones. Pronto se dio cuenta, por el tono de mi conversación, que yo era adicto a la lectura de los libros de los astrólogos. Me aconsejó benévola y paternalmente a que los dejara a un lado y no gastara inútilmente en aquellas necedades mi atención ni mis esfuerzos, necesarios para tareas más provechosas”.

“Luego añadió que también él se había dedicado al aprendizaje de la astrología hasta el punto de haber querido abrazar esa profesión en sus años mozos, como medio de ganarse la vida. Pensaba que si había logrado entender a Hipócrates, también podría entender este tipo de literatura. Finalmente, acabó por dejar tales libros y por dedicarse a la medicina. Llego a darse cuenta de que eran falsísimos, y que no estaba bien que un hombre, que se considerara serio, se ganara la vida engañando a los demás”.

Y dirigiéndose a mí, me dijo: “Pero tú tienes el sustento asegurado con tus clases de oratoria y buscas estas falacias, no por necesidad económica, sino por pura curiosidad. Razón de más para que creas lo que te he dicho sobre la astrología. Personalmente me esforcé en estudiarla tan a fondo e hice tantos progresos que quise vivir exclusivamente de ella”.

“Le pregunté por qué muchos de los pronósticos de la astrología resultaban ciertos. Me respondió que eso era producto del poder del azar, extendido por todos los rincones de la naturaleza. Estos son los consejos que me diste por medio de este hombre, dejando en mi memoria las huellas de lo que iba a constituir el objeto de mi ulterior búsqueda. Pero entonces ni este anciano ni mi querido amigo Nebridio, un jovencito muy bueno y muy casto que se reía de todas estas técnicas adivinatorias, fueron capaces de persuadirme de que dejara de una vez todos esos disparates. En aquellos momentos era para mí mucho más convincente la autoridad de los autores que habían tratado estos temas. Por otra parte, andaba buscando, y todavía no lo había encontrado, un argumento irrefutable que me demostrara sin ambigüedades que la certeza de los horóscopos astrológicos se debía a la casualidad o al azar y no a las técnicas de observación de los astros”.

¿Profesor maniqueo?

Peña (2011) señala que “durante nueve años estuvo metido en la secta de los maniqueos, buscando la verdad y la felicidad. Él nos manifiesta: *“En este período de nueve años, que abarca desde los diecinueve hasta los veintiocho, fuimos seducidos y seductores, engañados y engañadores, como juguetes de nuestros apetitos contradictorios”.*

“En público, a través de aquellas disciplinas que se llaman liberales. A escondidas, a nombre de una pseudo religión. En un sitio éramos orgullosos; en otro, supersticiosos; y en todos estábamos vacíos. Por un lado, andábamos a la caza de fama popular vacía, de los aplausos del teatro, de los certámenes poéticos, de la lucha por coronas de paja, de los espectáculos, de las frivolidades y del desborde de las pasiones. Por otro, deseábamos la purificación de semejantes inmundicias, llevando alimentos a los llamados “elegidos” y “santos” para que fabricaran ángeles en sus estómagos y dioses que nos liberaran. También yo iba detrás de esas aberraciones maniqueas y las practicaba con mis amigos, engañados conmigo y por mí”.

“Voy a declarar en presencia de Dios lo que me ocurrió a los veintinueve años. Acababa de llegar de Cartago cierto obispo maniqueo, llamado Fausto, gran trampa del diablo. Eran muchos los que caían en sus redes, hechizados por su elocuencia y estilo elegante. También yo era de los que alababa en exceso su bello modo de hablar, pero sabía distinguir bien entre la oratoria y la verdad real. Y lo que a mí me interesaba era la verdad. No me llamaba la atención el valor

artístico de los recursos con que me servía el manjar del lenguaje. Lo que me importaba era el contenido doctrinal que me ofrecía aquel mentado Fausto”.

“Como yo había leído mucho sobre temas filosóficos y retenía muchos de sus contenidos en la memoria, hacía que me sirvieran parcialmente como punto de referencia frente a las confusas invenciones de los maniqueos. Me parecían más dignas de crédito las reflexiones de los filósofos ya conocidos”.

“Estos fueron capaces de aproximarse a una concepción bastante acertada del mundo, aunque no llegaran a descubrir a su autor. Porque Tú eres grande, Señor, y fijas tu mirada en los humildes, mientras que a los que son orgullosos los miras desde lejos”.

“Tan pronto como llegó Fausto, vi que era un hombre lleno de simpatía, de grata conversación, que decía lo mismo que los otros, pero con más dulzura y desenfado. Cuando se me ofreció una oportunidad, en compañía de unos amigos, comencé a hablarle en ocasión y lugar más oportunos. Le puse algunas objeciones que me tenían preocupado. Entonces fue cuando me di cuenta, por vez primera, de que era un sujeto que carecía de la cultura que dan las artes liberales”.

“Una vez que pude comprobar que aquel tipo era ignorante en aquellas artes en que yo le creía una eminencia, comencé a perder las esperanzas de que fuera capaz de despejar y resolver las incógnitas que me tenían angustiado”.

“Rotas, pues, las ilusiones que tenía depositadas en los libros de Manes, y desconfiando mucho más del resto de los sabios maniqueos, visto que el más famoso de todos había demostrado su ignorancia en muchos de los problemas que me tenían preocupado, continué mis relaciones con él dado el interés que había mostrado por las enseñanzas literarias, que por aquel entonces yo impartía a mis jóvenes alumnos de Cartago, en calidad de profesor de Oratoria”.

“Todos los proyectos que me había forjado acerca de mi promoción personal en la secta se vinieron abajo. Sin embargo, no rompí del todo. Al no encontrar otra cosa mejor que aquellas doctrinas en que me había precipitado un poco a lo loco, tomé la resolución de quedarme de momento en la secta hasta que apareciera algo mejor”.

Profesor en Roma

Como acabamos de ver, Agustín había sido profesor de retórica en Cartago desde el año 374-375 hasta el 383. Este año decidió ir de profesor a Roma, donde los alumnos eran más tranquilos que en Cartago. Él lo cuenta así: *“Mi determinación de ir a Roma no fue por ganar más ni alcanzar mayor reputación como me prometían mis amigos aunque*

también esto pesaba en mi ánimo, sino que la razón principal y casi única era la referencia que me habían dado de que los estudiantes de allí eran más pacíficos en clase, debido a la rigurosa disciplina a que estaban sujetos. Así, por ejemplo, no les estaba permitido entrar en las aulas de quien no era su maestro en desorden y cuando les diera la gana. Ni eran admitidos a ella bajo ningún pretexto sin el debido permiso del maestro”.

“Yo, que en Cartago aborrecía la verdadera miseria, anhelaba en Roma una falsa felicidad. Pero las verdaderas razones de mi marcha de Cartago y de mi viaje a Roma las sabías Tú, Dios mío. No nos las dejabas traslucir ni a mí ni a mi madre, que lloró amargamente mi partida y que me fue siguiendo hasta el mar. Yo la engañé cuando estaba fuertemente abrazada a mí tratando de convencerme de que desistiera de mi propósito o le permitiera venir en mi compañía. Inventé el pretexto de que no quería dejar solo a un amigo que esperaba vientos favorables para zarpar”.

“Como, a pesar de todo, mi madre se negaba a volver sin mí, apenas si logré convencerla de que aquella noche se quedara en un lugar cercano a nuestra nave, donde había una capilla dedicada a la memoria de san Cipriano. Y aquella misma noche me escapé a escondidas, y ella se quedó en tierra rezando y llorando”.

“Y, después de acusarme de mentiroso y de inhumano y de volver a pedirte por mí una vez más, se volvió a sus quehaceres habituales, y yo me fui a Roma. Cuando llegué a esta ciudad, me azotó una grave enfermedad corporal. Ya me veía ir al sepulcro con la carga de todas las maldades que había cometido, no sólo contra Ti, sino también contra mí y contra el prójimo. Estas maldades eran muchas y graves, además del vínculo del pecado original por el que todos morimos en Adán. Ninguna de ellas me habías perdonado en Cristo todavía, ni éste había dado muerte en su cruz a la maldad que contigo había contraído por mis pecados”.

“El caso es que ni siquiera en aquel trance tan peligroso, deseaba tu bautismo. Era más bueno de niño, cuando con insistencia lo solicité de mi buena madre, como ya lo he señalado en mis recuerdos y confesiones. Me sanaste, pues, de aquella enfermedad y salvaste al hijo de tu servidora. Por entonces te limitaste a restablecerme corporalmente, esperando la oportunidad de regalarme una salud mejor y más segura”.

“Al recuperarme comencé a reunir en mi casa a un pequeño grupo de estudiantes para introducirme a ellos y a través de ellos darme a conocer a los demás. Me di cuenta de que en Roma los estudiantes practicaban otro tipo de travesuras que yo desconocía entre los estudiantes de Cartago. Es cierto que me habían asegurado que en Roma los adolescentes no hacían aquellas mataperradas. Pero también me dijeron que los estudiantes de aquí, para no tener que pagar al maestro, se unían y se pasaban en bloque a otro maestro, faltando así a la palabra dada y no haciendo caso de la justicia por amor al dinero”.

Tras restablecerse, y gracias a su amigo y protector Símaco ²⁵, prefecto de Roma, fue nombrado *magister rhetoricae* en Mediolanum, la actual Milán.

“Mi pecado más incurable era el no crearme pecador. Seguía frecuentando los círculos de los elegidos maniqueos. Pero en el fondo, ya había perdido la esperanza de toda responsabilidad de progreso en aquella falsa doctrina. Es más, ya no era tan intransigente en defender aquellos puntos o proposiciones que había decidido mantener en caso de no hallar otra cosa mejor”.

“En cuanto a mi anfitrión, le reproché la excesiva credulidad que vi tenía en los temas de ficción de que están llenos los libros maniqueos”.

“Cuando mi espíritu intentaba recurrir a la fe católica, al momento sentía un rechazo, porque lo que yo pensaba no era la fe católica. La Iglesia católica no enseña lo que pensábamos y sin razón censurábamos”.

Profesor en Milán

Después de casi dos años en Roma, Agustín decidió ir a Milán. Una de las causas de su partida era que sus alumnos, aunque no eran tan bulliciosos como los de Cartago, no pagaban. Por eso, al presentarse la oportunidad de quedar vacante la cátedra de retórica de Milán, después de un examen y con la influencia de su amigo Símaco consiguió que se la concedieran.

Era el año 384 Agustín tenía unos 30 años y lo encontramos en Milán con sus dos grandes amigos: Alipio y Nebridio. Allí ejercía de profesor de oratoria. Leía sin descanso a los clásicos, profundizaba en los antiguos pensadores y devoraba algunos textos de filosofía neoplatónica. La lectura de los neoplatónicos, probablemente de Plotino ²⁶, debilitó sus convicciones maniqueístas y modificó su

²⁵ De noble familia romana fue educado en la Galia, amigo de Ausonio y un buen conocedor de la literatura grecolatina, ocupó importantes cargos dentro de la administración imperial bajo Valentiniano II: fue procónsul de África en 373,¹ prefecto de Roma en 384 y cónsul en 391. En 387, durante la invasión de Italia por parte de Magno Clemente Máximo, se mostró partidario de éste llegando a pronunciar un panegírico en su honor, por lo que tuvo que ser perdonado por Teodosio I tras la derrota de Máximo. Es conocido por sus *Relaciones* que escribió cuando ocupaba el cargo de prefecto, y por ser uno de los principales componentes del partido pagano durante el Bajo Imperio, al favorecer el mantenimiento de los cultos y costumbres de la religión tradicional romana. Por ello entró en una ferviente polémica con San Ambrosio en ocasión del asunto de la restauración del Altar de la Victoria en la curia del Senado romano.

²⁶ Plotino fue natural de la provincia romana Egipto nació hacia 203 o 204 d.C. En 232 entró en el círculo de Amonio Saccas (o Sakkas) en Alejandría, de quien también fueron discípulos Orígenes, Longino y Erenio. Se embarcó en 242 en la expedición bélica del emperador Gordiano III a Persia con el propósito de conocer la filosofía persa. Fracasada la expedición y asesinado el emperador, logró dificultosamente refugiarse en Antioquía. Abrió en Roma una escuela (246) donde gozó muy pronto del favor de los más conspicuos personajes de la corte, incluyendo al emperador Galieno y su esposa Cornelia Salonina. Llevaba una vida muy ascética, era de carácter dulce y afectuoso.² Era vegetariano, no se casó ni se dejó retratar. Se le atribuyeron dotes místicas de visionario. Su discípulo Porfirio, autor de su biografía *Vida de Plotino* y de la sistematización y publicación de su obra central *Enéadas*, refiere que en los seis años que estuvo con él, Plotino llegó a «aunarse y allegarse con el Dios omnitrascendente» hasta cuatro veces. Fue el principal

concepción de la esencia divina y de la naturaleza del mal; igualmente decisivo en la nueva orientación de su pensamiento fueron los sermones de San Ambrosio, arzobispo de Milán, que partía de Plotino para demostrar los dogmas y a quien Agustín escuchaba con deleite, quedando "*maravillado, sin aliento, con el corazón ardiendo*".

Peña (2011) escribe que "a partir de la idea de que «Dios es luz, sustancia espiritual de la que todo depende y que no depende de nada», Agustín comprendió que las cosas, estando necesariamente subordinadas a Dios, derivan todo su ser de Él, de manera que el mal sólo puede ser entendido como pérdida de un bien, como ausencia o no-ser, en ningún caso como sustancia".

Respecto a todo ello Agustín nos dice: "*De manera especial compartía mi vida con gran familiaridad con Alipio y Nebridio. Alipio había nacido también en Tagaste, de padres pertenecientes a la aristocracia del lugar. Era más joven que yo, pues lo había tenido de alumno en los comienzos de mi profesorado en nuestra villa natal y posteriormente en Cartago. Me quería mucho, porque me consideraba bueno y preparado académicamente. Yo también sentía aprecio por él, debido a su gran personalidad y a su fondo de virtud muy notable para sus pocos años*".

"*Cuando lo encontré en Roma, Alipio se apegó a mi persona con un lazo de amistad muy fuerte. Partió conmigo a Milán por dos razones: para no separarse de mí y para hacer algunas prácticas de derecho, pues había acabado la carrera más por agradar a sus padres que por gusto propio*".

"*También Nebridio había venido a Milán sin otra razón que la de vivir conmigo para participar en la búsqueda ardiente de la verdad y de la sabiduría. Para ello había abandonado su ciudad natal, cerca de Cartago. Había dicho adiós a la misma Cartago adonde viajaba con frecuencia, había abandonado una magnífica finca de su padre, había dejado su casa y había dicho adiós a su madre, que no le acompañaría en el viaje*".

"*Mientras tanto, yo me decía: "Mañana hallaré la verdad. Mañana aparecerá con toda claridad y me abrazaré a ella. ¡Oh grandes hombres de la Academia! ¿Es cierto que no hay ninguna certeza posible que nos sirva de apoyo para defendernos en la vida?"*".

filósofo del neoplatonismo, corriente que integró también Numenio de Apamea, Porfirio, Jámblico y Proclo. Fue alumno de Amonio Saccas (que había intentado armonizar Aristóteles y Platón). La obra de Plotino es en esencia un original comentario de las obras de Platón, de una forma mucho más estructurada de como lo hizo Filón de Alejandría. Atraído por el idealismo platónico, desarrolló su filosofía incorporando elementos cristianos con ideas filosóficas griegas y orientales. Su obra principal fueron las *Enéadas*, una compilación de los tratados que empezó a escribir a partir del año 253 hasta pocos meses antes de su muerte, 17 años más tarde.

“Lo que hay que hacer es buscar con mayor interés y no desanimarse. Mira, para comenzar ya no me parecen absurdos aquellos pasajes de los libros eclesiásticos que antes me parecían absurdos. Admiten otra interpretación distinta y razonable”.

“Señalemos un horario y hagamos una distribución del tiempo de modo que podamos atender a la salud del alma. Estamos en los albores de una gran esperanza: las enseñanzas de la fe católica no son las que pensábamos, ni las que como necios le atribuíamos. Sus expertos consideran algo despreciable creer que Dios está configurado por los perfiles del cuerpo humano. ¿Y aún dudamos en llamar a su puerta para que a la vez se nos descubra todo lo demás?”

“¡Consagrémonos exclusivamente a la búsqueda de la verdad! La vida es miserable, la muerte es incierta. Si nos asalta de improviso, ¿en qué situación saldríamos de este mundo? ¿Dónde vamos a aprender aquello que aquí desatendimos? Mirándolo bien, ¿no tendremos que reparar el castigo de este descuido? Pero, ¿y si la muerte trunca y pone fin a todas las preocupaciones al dar término al mundo de los sentidos? También hay que estudiar este punto”.

“Pero vamos poco a poco: también el mundo tiene su encanto y no pequeño. No hay que precipitarse en cortar radicalmente el impulso que nos lleva hacia él, porque el gesto de volver de nuevo a las realidades mundanas resultaría algo indecoroso. Mira, ya te queda poco tiempo para obtener algún título honorífico. ¿Hay más que pedir? Cuento con un buen número de amigos influyentes. Sin llevar las cosas con demasiada precipitación, te pueden dar una presidencia. Me casaré con una mujer de buena posición económica, para no cargar excesivamente mis gastos. Todo ello será la culminación de mis ambiciones. Ha habido muchas y grandes personalidades, hombres muy dignos de imitar quienes, en compañía de sus mujeres, se han consagrado al estudio de la sabiduría”.

La influencia de San Ambrosio

El año 382 había habido un gran revuelo en Roma, porque el emperador Graciano había dado unas leyes ordenando la supresión del *ara de la Victoria*, uno de los más venerables símbolos del paganismo que estaba en decadencia. También ordenó la abolición de las rentas que se entregaban a las vestales y a los otros cuerpos sacerdotales de Roma.

Símaco, se opuso con un grupo de paganos influyentes. El año 384 al morir el emperador Graciano, Símaco y una legación del senado de Roma, se presentó ante el emperador Valentiniano II demandando la revocación de los edictos de Graciano.

Entonces San Ambrosio ²⁷ entró a luchar y consiguió que no se revocaran esos edictos. Todos los católicos milaneses amaban al arzobispo Ambrosio, que era su

²⁷ Ambrosio nació en una familia cristiana romana alrededor de 340 y se crio en Galia, Bélgica. Su padre era un prefecto pretoriano de la Galia. Su madre era una mujer de intelecto y piedad y miembro de la familia

defensor y una gran fuerza moral y política, pues era hijo del prefecto del pretorio de las Galias y había sido anteriormente él mismo gobernador de la Provincia de Emilia y Liguria. Por ello, era muy respetado incluso por las autoridades.

Agustín quedó impresionado por la valentía de Ambrosio y dirá en las *Confesiones*: *“Llegué a Milán y me encontré con Ambrosio el obispo, célebre y popular en todas partes entre los mejores y tu servidor piadoso. Sus elocuentes sermones proporcionaban generosamente a tu pueblo la flor de la harina, la alegría de tu aceite y la sobria embriaguez de tu vino. Inconscientemente me veía llevado a él por tu mano para que, siendo yo consciente, él me encaminara hacia Ti. Aquel hombre de Dios me acogió paternalmente y con afabilidad se interesó por los pormenores de mi viaje. Por mi parte, comencé a estimarle, pero inicialmente no lo hice como a maestro de la verdad, pues no tenía la más mínima esperanza de hallarla en la Iglesia. Lo estimé principalmente por su benevolencia para conmigo”*.

“No tenía interés en aprender lo que Ambrosio decía sino en escuchar cómo lo decía. Desilusionado y escéptico de que el hombre hallara un camino que le llevara hasta Ti, ya solo contaba con esta inútil preocupación... Luego me fui convenciendo de que no era aventurado sostener la fe católica, aunque hasta la fecha hubiera estado convencido de la imposibilidad de responder a las impugnaciones maniqueas. Principalmente después de oír resolver repetidas veces algunos pasajes enredados del Antiguo Testamento, que interpretados literalmente por mí me estaban causando la muerte. Pero al recurrir a la interpretación espiritual de muchos pasajes de aquellos libros, comencé a

romana Aurelii Symmachi. Fue el menor de tres hijos, que incluía a Marcelina y Sátiro también venerados como santos. Después de la temprana muerte de su padre, Ambrosio fue a Roma donde estudió literatura, derecho y retórica. Luego siguió los pasos de su padre y entró en el servicio público. El prefecto pretoriano Sexto Claudio Petronio Probo lo convirtió en gobernador de Liguria y Emilia, con sede en Milán hasta 374, cuando se convirtió en obispo de Milán cuando su discurso fue interrumpido por un llamado: "¡Ambrosio, obispo!", que fue retomado por toda la asamblea. Al principio, rechazó enérgicamente el cargo y huyó a la casa de un colega pero al recibir una carta del emperador Gratian alabando la conveniencia de que Roma nombrara individuos evidentemente dignos de posiciones santas, el anfitrión de Ambrosio lo entregó. En una semana, fue bautizado, ordenado y debidamente consagrado obispo. Adoptó de inmediato un estilo de vida ascético, repartió su dinero a los pobres, donando toda su tierra, haciendo solo provisiones para su hermana Marcellina que se había convertido en monja. Ambrosio estudió teología con Simpliciano, un presbítero de Roma. Estudió también el Antiguo Testamento y autores griegos como Filo, Orígenes, Atanasio y Basilio de Cesarea. Sus habilidades retóricas impresionaron a Agustín quien hasta entonces había pensado mal de los predicadores cristianos. El tema del arrianismo estaba en pleito y en consecuencia un sínodo se celebró en Aquileia en el año 381. Ambrosio fue elegido presidente. Sin embargo, la creciente fuerza de los arrianos resultó una tarea formidable para Ambrosio. En 385 o 386 el emperador y su madre Justina, junto con un considerable número de clérigos y laicos, especialmente militares, profesaron el arrianismo. Exigieron que dos iglesias en Milán se asignaran a los arrianos. Ambrosio se negó y se le pidió que respondiera por su conducta ante el consejo. Su elocuencia en defensa de la Iglesia supuestamente sobrepasó a los ministros de Valentiniano. A pesar de la oposición imperial, Ambrosio declaró: "Si me exiges a mi persona, estoy listo para someterme: llévame a prisión o a la muerte, no resistiré; pero nunca traicionaré a la iglesia de Cristo. No invocaré a la gente que me socorre; moriré al pie del altar en lugar de abandonarlo. El tumulto de la gente no alentaré; pero solo Dios puede aplacarlo ". Cuando Magnus Maximus usurpó el poder supremo en la Galia y meditaba un descenso sobre Italia, Valentiniano envió a Ambrosio para disuadirlo de la empresa, y la embajada tuvo éxito pero más tarde el enemigo entró en Italia y Milán fue tomada. Teodosio I, el emperador de Oriente, defendió la causa de Justina y recuperó el reino. En su "Tratado sobre Abraham" Ambrosio advierte contra los matrimonios mixtos con paganos, judíos o herejes. Falleció el 4 de abril de 397.

censurar aquella desconfianza personal mía que me llevaba a creer imposible de resistir a quienes se burlaban y ridiculizaban la Ley y los profetas”.

“Y tomé la resolución de abandonar a los maniqueos. Pensaba que, mientras siguiera el proceso de mi duda, no debía permanecer en aquella secta. Y a la espera de que surgiera algo seguro adonde encaminar mis pasos, tomé la resolución de ser catecúmeno en la Iglesia católica, que me había sido recomendada por mis padres”.

Nuevamente Mónica

Para no estar angustiada por su lejanía, en el verano del año 385 Mónica acudió a Milán con su otro hijo Navigio, quienes le convencen para que finalice de una vez por todas su relación extramatrimonial, ponga orden en su vida y se busque una buena esposa. Agustín acepta...a su manera, Abandona a la madre de su hijo Adeodato y se compromete con otra mujer que Mónica le había insinuado en 386, no sin antes buscarse otro par de amantes ya que se vio incapaz de esperar el tiempo necesario hasta contraer matrimonio formal.

Sobre este suceso nos dice: “Cuando apartaron de mi lado, como impedimento para el matrimonio a aquella mujer con quien solía compartir lecho, el corazón, rasgado precisamente en la parte por la que estaba pegado a ella, quedó llagado y manando sangre. Ella se marchó a África, tras hacer la promesa de no conocer a otro hombre y dejando en mi compañía al hijo natural que yo había tenido de ella. Yo, desventurado, incapaz de imitarla y sin poder soportar la espera de los dos años que me restaban para casarme con la joven que había pedido, y porque no era un enamorado del matrimonio, sino un esclavo de la pasión, me busqué otra mujer. Claro que no me la procuré en calidad de esposa, sino para fomentar y prolongar la enfermedad de mi alma, sirviéndome de sostén en mi mala costumbre, mientras llegaba el deseado matrimonio”.

Mónica seguía orando y llorando por su hijo Agustín, esperando que Dios cumpliera la palabra que le había revelado en un sueño sobrenatural de que se había de convertir.

Él nos dice: “A mí me encontró en una situación realmente crítica, cuando ya desesperaba de encontrar la verdad. Sin embargo, cuando le conté que ya no era maniqueo, aunque tampoco cristiano católico, no exteriorizó su alegría, como si la noticia no constituyera novedad alguna. Como si ya estuviera segura que iba a ocurrir así. Desde hacía tiempo estaba tranquila respecto a esta parte de mi desventura, que le hacía llorarme en tu presencia como a un muerto, pero como a un muerto que iba a resucitar”.

“Asimismo acudía con mayor entusiasmo a la iglesia, quedando extasiada ante los labios de Ambrosio como ante un surtidor de agua viva que brota hasta la vida eterna. Amaba a aquel hombre como a un ángel de Dios desde el momento

en que supo que por medio de él yo había llegado a aquella situación de incertidumbre, que iba a ser como una etapa transitoria entre la enfermedad y la salud, una vez superado el momento de mayor peligro, algo así como ese momento de la enfermedad que los médicos califican de crítico”.

En esos días Mónica demostró obediencia a la Iglesia. Dice Agustín: *“Sucedió que mi madre, siguiendo las costumbres de África, fue a llevar a las tumbas de los mártires una ofrenda de manjares, pan y vino. El guardián le salió al paso y se lo impidió. Cuando ella se enteró de que el obispo había prohibido este tipo de ofrendas, acató esta decisión con espíritu de fe y obediencia. Yo mismo quedé admirado de la facilidad con que mi madre se convirtió más en acusadora de aquella costumbre que ella tenía que en censuradora de semejante prohibición”.*

“Aprendió asimismo a dar lo que podía a los pobres. De este modo, celebraba allí la comunión del cuerpo del Señor, a ejemplo de cuya pasión fueron inmolados y coronados los mártires”.

Mónica obedeció también en la cuestión del ayuno. Dice Agustín: *“Cuando mi madre fue en pos de mí a Milán, halló que aquella Iglesia no ayunaba los sábados. Comenzó a turbarse y vacilar en su práctica. Yo no me preocupaba entonces de tales problemas, pero por ella fui a consultar sobre este punto a Ambrosio. Este me respondió que no ayunásemos en sábado... Cuando se lo comuniqué a mi madre, lo aceptó de buen grado”.*

Influencia de los neoplatónicos

Peña (2011) afirma que “Agustín no conseguía llenar el vacío que sentía en su alma. Buscaba la verdad y la felicidad y le parecía que era una meta inalcanzable. En medio de sus incertidumbres, leyó el libro de las *Enéadas* de Plotino (234-305) que le devolvió la esperanza. Este libro de filosofía neoplatónica abrió su alma hacia las alturas del espíritu y pudo así desembarazarse definitivamente de la concepción materialista de Dios”.

Dice: *“Amonestado por aquellos escritos que me intimaban a retornar a mí mismo, penetré en mi intimidad guiado por Ti. Lo pude hacer porque Tú me prestaste apoyo. Entré y vi con el ojo de mi alma, tal cual es, sobre el ojo mismo de mi alma, sobre mi inteligencia, una luz inmutable. No esta luz vulgar y visible a todo ser creado, ni algo por el estilo. Era una luz de potencia superior, como sería la luz ordinaria si brillara mucho y con mayor claridad y llenara todo el universo con su esplendor. Nada de esto era aquella la luz, sino algo muy distinto, algo muy diferente a todas las luces de este mundo. Quien conoce la verdad, conoce la eternidad”.*

“Entonces caí en la cuenta de que Tú has aleccionado al hombre sirviéndote de su maldad. Tú hiciste que mi alma se secara como una tela de araña. Y yo me pregunté: ¿Acaso la verdad carece de entidad al no estar extendida en el espacio,

sea finito o infinito? Y Tú me respondiste desde lejos: Al contrario. “Yo soy el que soy” (Ex 3, 14)”.

“Estas palabras las oí como se oye dentro del corazón. Ya no había motivos para dudar. Me sería mucho más fácil dudar de mi propia vida que de la existencia de aquella verdad que se hace visible a la inteligencia a través de las cosas creadas”.

Entonces, comprendió el origen del mal, no en un principio eterno malo y material, que hacía al hombre pecar sin responsabilidad de su parte, como decían los maniqueos, sino que el mal era *“la perversidad de la voluntad que se aparta de Ti, suma sustancia, Dios mío, la perversidad de la voluntad que se vacía por dentro y se hincha por fuera”.*

Pero no pudo llegar a reconocer en Cristo a Dios, porque no era humilde. Así lo dice él: *“Yo, que no era humilde, no tenía a Jesús humilde por mi Dios. Tampoco comprendía de qué podía ser maestra su debilidad... La idea que yo tenía de mi Señor Jesucristo era la de un hombre extraordinariamente sabio, de un hombre inigualable”.*

En ese momento, *“si no me ponía a reconocer tu camino en Cristo, Señor Nuestro, de ser instruido iba a pasar a ser destruido. Había comenzado a querer parecer sabio y me hinchaba con la ciencia”.*

Entonces comenzó a leer las cartas de San Pablo y se dio cuenta de que todo lo que había aprendido de los neoplatónicos estaba en san Pablo y mucho mejor, con la autoridad de las Sagradas Escrituras. Dice: *“Me concentré con toda avidez en las Escrituras, con preferencia en el apóstol Pablo, y fueron desapareciendo todos aquellos problemas en que a veces me parecía descubrir: contradicciones e incoherencias entre sus palabras y el testimonio de la Ley y de los profetas... Inicié la lectura y descubrí que todo cuanto de verdadero había leído allá en los neoplatónicos, también se decía aquí, pero con la garantía de tu gracia”.*

Para seguir adelante en su búsqueda fue a consultar al sacerdote Simpliciano, un santo sacerdote que sucedería a san Ambrosio en la diócesis de Milán. Agustín lo refiere en las Confesiones: *“Me sugeriste la idea, que me pareció excelente, de acudir a Simpliciano, que me parecía un buen servidor tuyo, y en quién resplandecía tu gracia. A mis oídos habían llegado comentarios de su vida piadosísima consagrada a Ti desde la juventud. En la actualidad era ya un anciano. Por eso pensé que una existencia tan larga, empleada en el estudio de tu vida, estaría muy experimentado e instruido en muchas cosas. De hecho así era. Por eso quería entrevistarme con él y exponerle mis inquietudes, para que me indicara el método adecuado para caminar por tus sendas en el estado de ánimo en que yo me encontraba”*.

“Me dirigí, pues a Simpliciano, padre espiritual del entonces obispo Ambrosio, y a quien éste amaba como a verdadero padre. Le conté el recorrido de mi error. Cuando hice una referencia a mis lecturas de algunos libros de los platónicos, en la versión latina de Victorino, antiguo retórico de Roma y muerto después de convertirse al cristianismo, me felicitó por no haber tropezado con los escritos de otros filósofos, llenos de errores y engaños, a base de los elementos del mundo. En los platónicos, por el contrario, hay múltiples alusiones a Dios y a su Palabra”.

“A partir del momento en que tu siervo Simpliciano concluyó su relato sobre Victorino, sentí un inmenso deseo de imitarle”.

Por otra parte Agustín nos dice: *Cierto día, no recuerdo los motivos de la ausencia de Nebridio, llego a casa a visitarnos a Alipio y a mí un tal Ponticiano, africano y compatriota nuestro, que entonces desempeñaba un alto cargo en la corte. En realidad no sé lo que pretendía de nosotros. Casualmente, encima de la mesa de*

²⁸ Simpliciano nació hacia 320 probablemente en Roma y todavía joven se hizo sacerdote. Fue experto en Sagrada Escritura y muy educado. Cerca de 355 tomó parte activa en la conversión al cristianismo del filósofo Mario Victorino. Cuando en 374 Ambrosio fue elegido obispo de Milán y bautizado Simpliciano se convirtió en su profesor de doctrina. Ambrosio acostumbraba llamarlo padre como un signo de relación espiritual. También participó en la conversión de Alypio of Thagaste. En su lecho de muerte Ambrosio propuso a Simpliciano como su sucesor. Así en abril de 397 Simpliciano fue elegido obispo de Milan. Un hecho importante de su episcopado fue el recibimiento de las reliquias de los mártires Sisinnio, Martyrio y Alejandro enviados desde Trento por el obispo Vigilio. Se le pidió juzgar algunos asuntos de doctrina en el Concilio de Cartago en 397 y en el Primer Concilio de Toledo. Simpliciano murió entre fines del 400 y la primera mitad del 401.

²⁸ Sobre este personaje no hemos encontrado información salvo la referida por Agustín. Se tiene información más bien de Ponciano que fue papa desde 230 a 235 y por lo tanto no cabe confusión alguna.

juego que teníamos delante, vio un códice. Lo cogió, lo abrió y vio que se trataba de las cartas del apóstol Pablo. Se quedó sorprendido, porque había estimado que se trataría de uno de tantos textos que mi profesión me obligaba a consultar”.

“Sonriéndose y mirándome en actitud complaciente, manifestó su sorpresa por haberse topado de improviso precisamente con ese libro y con ningún otro más”.

“Él era cristiano, estaba bautizado y muchas veces se postraba ante Ti, Dios nuestro, en la iglesia, con frecuentes y largas oraciones”.

“Tan pronto como le expresé mi interés personal por aquellos escritos, tomando él la palabra, comenzó a hablarnos de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre gozaba de merecida fama entre tus fieles, pero que nosotros desconocíamos hasta ese momento. Al darse cuenta de que así era, se demoró en aquella conversación, dándonos a conocer a una personalidad tan importante, que nosotros desconocíamos, cosa que a él le causó profunda extrañeza”.

“Quedamos sorprendidos oyendo tus probadísimas maravillas realizadas en la verdadera fe e Iglesia católica y en época tan reciente y cercana a nuestros tiempos. Todos nos quedamos maravillados: nosotros por tratarse de hechos tan notables; él de nuestra ignorancia sobre el particular”.

Entonces, en medio de aquella encarnizada pelea de” mi casa interior, y que yo había avivado fuertemente en la intimidad de mi propio corazón, alterado tanto mi rostro como mi mente, me acerco a Alipio exclamando: “Pero, qué es lo que nos pasa? ¿Qué significan esas palabras que acabas de oír? ¡Se levantan los que no han estudiado y conquistan el cielo, y ahí tienes: nosotros, con toda nuestra ciencia pero sin corazón, nos revolcamos en la pasión y la sangre! ¿O es que sentimos vergüenza de seguirlos, porque se nos han adelantado y no nos da vergüenza siquiera el no seguirlos?”.

La conversión

Veamos lo que nos dice por experiencia propia: “En la residencia donde nos hospedábamos había un pequeño huerto. Disfrutábamos de él como del resto de la casa al no ocuparlo su propietario. Me retiré al huerto, Alipio iba detrás de mí, pisándome los talones. Su presencia no me impedía sentirme solo. Yo decía para mis adentros: “Rápido! Ya! Ahora mismo!”, y de la palabra casi pasaba a la obra. Casi lo hacía, pero no lo hacía. Vacilaba entre morir a la muerte y vivir a la vida. Podía más conmigo lo malo inveterado que lo bueno desacostumbrado. Y cuanto más se acercaba aquel momento en que yo iba a cambiar, tanto mayor horror me invadía. Cierto que no me hacía volver atrás ni cambiar de propósito, pero me dejaba en suspenso. ¿Por qué no poner fin ahora mismo a todas mis torpezas?”. Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón”.

Peña (2011) apunta que “de repente oyó a un niño que gritaba desde lo alto de un muro: “Toma y lee”. Agustín Interpretó esto como una exhortación divina a leer las Escrituras y leyó el primer pasaje que apareció al azar el relativo a San Pablo en la Carta a los Romanos: “... nada de comilonas y borracheras, nada de lujurias y desenfrenos, nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias” (Rom. 13, 13-14).

Tal como Agustín cuenta en su obra más personal, *Confesiones*: “Al llegar al final de la página se desvanecieron todas las sombras de duda”. Por fin se siente libre, transformado, lleno de paz. Y comprometido con esa experiencia que atribuye a Dios, abandona, de un plumazo, su vida anterior. Deja a su prometida, a sus amantes y su empleo, y toma la decisión de dedicar por completo su vida a Dios y al estudio de la Biblia”.

“A continuación, registrando el libro con el dedo o con no sé qué otra señal, con ademán sereno, le conté a Alipio todo lo sucedido. Por su parte, me contó lo que también a él le estaba pasando y que yo desconocía. Me rogó le mostrara lo que había estado leyendo. Se lo enseñé y él prosiguió leyendo el pasaje que venía detrás, y que seguía así: “Reciban al que es débil en la fe”. Él se aplicó a sí mismo estas palabras y así me lo dio a entender. Esta orden le dio ánimo para seguir en su honesto propósito, tan de acuerdo con sus costumbres en las que tanto distaba ventajosamente de mí desde siempre. Sin turbación ni vacilación de ningún tipo se unió a mí”.

Acto seguido, se dirigieron los dos hacia su madre. Le contaron lo sucedido y Mónica llena de gozo alabó al Señor por haberle concedido lo que tanto anhelaba.

Este acontecimiento marcó su vida, y a partir de ese momento en adelante él estuvo firme en su resolución y pudo permanecer casto por el resto de su vida. Esto sucedió en el año 386.

Casiciaco

“Aquel verano (del año 386) comenzaron a enfermarse mis pulmones debido al exceso de trabajo académico. Comenzaba a tener dificultades respiratorias. Los dolores de pecho eran síntoma de que tenía una lesión que me impedía hablar con voz clara y prolongada”.

“Finalizadas las vacaciones de la vendimia avisé a tu obispo, el santo varón Ambrosio, de mis proyectos actuales, rogándole que me aconsejara cuál de tus libros sería preferible para mis lecturas, en vistas a una preparación más adecuada para recibir una gracia tan grande. Me recomendó la lectura del profeta Isaías, porque según creo, es entre todos los profetas el que preanuncia con mayor claridad el Evangelio y la vocación de los gentiles”.

Peña (2011) nos cuenta que: “en otoño de ese mismo año 386, Agustín, con un pequeño grupo de amigos, fue a prepararse para el bautismo a la finca de Casiciaco de su amigo Verecundo³⁰ quien a cambio, le ruega se emplee y cuide de los trabajadores que atienden el campo”.

Agustín dice: *“Estaba en primer lugar nuestra madre a quien le corresponde, de ello estoy convencido, todo el mérito de mi vida; Navigio mi hermano; Trigetio y Licencio, mis conciudadanos y alumnos; también mis primos Lartidiano y Rústico, a los que no quise excluir, aunque nunca se habían sometido a las enseñanzas del gramático. Estaba también entre nosotros el más joven de todos, pero dueño de una inteligencia que, si mi afecto no me engaña, promete grandes cosas: mi hijo Adeodato”*. Alipio llegó un poco después.

En esos días de retiro Agustín dirigía y programaba las actividades. Tenían ratos de oración en común y momentos de reflexión. El día empezaba y terminaba con la oración, sin faltar el rezo de los salmos y el estudio de las Sagradas Escrituras. Como resultado de sus disquisiciones filosóficas escribió Agustín los llamados *Diálogos de Casiciaco*, que incluyen el libro *Contra los académicos*, *De la vida feliz* y *Del orden*. También escribió el famoso libro de los *Soliloquios*.

Dice de su madre: *Con nosotros se hallaba nuestra madre, cuyo ingenioso y ardoroso entusiasmo por las cosas divinas había observado yo con larga y diligente atención. Pero entonces, en una conversación que sobre un grave tema tuvimos con motivo de mi cumpleaños y asistencia de algunos convidados y que yo redacté y puse en el volumen “Sobre la vida feliz”, se me descubrió tanto su espíritu que ninguno me parecía más apto para el cultivo de la sana filosofía”*.

El bautismo

Después de prepararse durante nueve meses para el bautismo en la finca de Casiciaco regresó a Milán. Veamos lo que él mismo nos dice: *“Tan pronto como llegó la fecha en que tenía que dar mi nombre para el bautismo, abandonamos la finca y retornamos a Milán. También Alipio quiso recibir el bautismo junto conmigo”*.

“Ya estaba revestido de la humildad conveniente a tus sacramentos. Domaba con tanta violencia su cuerpo que anduvo con los pies descalzos por el suelo helado de Italia, cosa que requiere un valor poco común”.

³⁰ Era profesor de Gramática y estaba casado con una cristiana. Estuvo profundamente impresionado por la conversión de Agustín. Participaba de la idea de aquella comunidad con que había soñado su amigo. Más quiso vivir en una comunidad pero nunca pudo. Finalmente, en su lecho de muerte fue bautizado.

“También llevamos en nuestra compañía al joven Adeodato, nacido de mi carne y fruto de mi pecado. Tú, Señor, lo habías hecho bueno. Tenía unos quince años y superaba en inteligencia a muchas personalidades renombradas y doctas”.

Fue bautizado por san Ambrosio el 25 de abril de 387, sábado santo, junto con Alipio y Adeodato. *“En aquellos días, después del bautismo, no me hartaba de considerar, lleno de una asombrosa dulzura, tus profundos designios sobre la salvación del género humano. ¡Cuántas lágrimas derramé escuchando los bellos himnos y cánticos que resonaban en tu Iglesia! Me producían una honda moción”.*

Agustín permaneció en Milán hasta casi el otoño continuando sus obras: *"Acerca de la inmortalidad del alma"* y *"Acerca de la música"*.

Éxtasis en Ostia ³¹

Mónica estaba feliz por la conversión de Agustín. Él la amaba con todo su corazón y ambos tuvieron un éxtasis en Ostia del Tíber, donde esperaban el barco para ir a su tierra africana.

Agustín lo relata así: *“Estando ya cercano el día de su partida de esta vida y ese día sólo lo conocías Tú, nosotros lo ignorábamos sucedió por tus disposiciones misteriosas, que ella y yo nos hallábamos asomados a una ventana que daba al jardín de la casa donde nos hospedábamos. Era en las cercanías de Ostia Tiberina. Allí, apartados de la gente, tras las fatigas de un viaje pesado, reponíamos fuerzas para la navegación”.*

“Conversábamos, pues, solos los dos con gran dulzura, y, olvidándonos de lo pasado y proyectándonos hacia las realidades del mas allá, profundizábamos juntos, en presencia de la verdad que eres Tú, en un solo punto: cuál sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni llegó al corazón del hombre (1 Cor 2, 9). Abríamos con avidez la boca del corazón al agua fresca de tu fuente, de la fuente de la vida que hay en Ti para que, rociados por ella según

³¹ Ostia fue una ciudad antigua en la costa del mar Tirreno, en el antiguo *Latium*, Italia, que funcionó como puerto de la antigua Roma y quizás su primera colonia. Estaba ubicada en la boca del río Tíber. Según la leyenda, fue fundada por Anco Marcio, uno de los reyes de Roma, en el siglo VII a. C. Los hallazgos arqueológicos, en cambio, sugieren que su pasado remonta hasta el siglo IV a. C. La mayoría de los edificios visibles más antiguos que se pueden apreciar hoy día, datan del siglo III a. C., el llamado *Castrum* o campamento militar y el *Capitolium* de una fecha más tardía, el templo del dios Júpiter, Juno y Minerva. Con el tiempo, se convirtió en un puerto comercial y muchas de las mercancías que Roma recibía de sus colonias y provincias pasaban por Ostia. Finalmente, Ostia reemplazó a Pozzuoli, Puteoli, cerca de Nápoles. En el año 87 a.C. la ciudad fue arrasada por Mario, y de nuevo en 67 a. C. saqueada por piratas. Tras este segundo ataque se reconstruyó la ciudad y Cicerón la proveyó con murallas de protección. La ciudad se desarrolló durante el siglo I, principalmente bajo el mandato de Tiberio quien ordenó la construcción del primer foro. La ciudad se vio enriquecida también por la construcción de un puerto en la desembocadura superior del río Tíber, el cual llega al mar a través de una desembocadura mayor en Ostia, Fiumara Grande, y una más estrecha cerca de donde hoy se encuentra el aeropuerto internacional de Fiumicino. Creció hasta los 50 000 habitantes hacia el siglo II y en todo el tiempo enfocó sus actividades hacia el Portus.

nuestra capacidad, pudiéramos en cierto modo imaginarnos una realidad tan maravillosa”.

“Tras elevarnos con el afecto amoroso más ardiente hacia el Ser mismo, recorrimos gradualmente todas las realidades corporales, incluyendo el cielo desde donde el sol, la luna y las estrellas mandan sus destellos sobre la tierra”.

“Seguimos ascendiendo aún más dentro de nuestro interior, pensando, hablando y admirando tus obras y llegamos hasta nuestras mismas almas, y seguimos nuestro avance remontándolas hasta llegar a la región de la abundancia inagotable, donde apacientas a Israel eternamente en los pastos de la verdad, allí donde la vida es la Sabiduría por la cual todo fue hecho, las cosas presentes, pasadas y futuras, mientras que Ella no es creada por nadie, sino que hoy es como ayer y como será siempre. Mejor dicho, en Ella no hay un fue ni un será, sino sólo un es, porque es eterna”.

“Mientras hablábamos y suspirábamos por Ella, llegamos a tocarla un poquito con todo el ímpetu de nuestro corazón y, suspirando, dejamos allí cautivas las primicias del espíritu”.

Muerte de Mónica

Después del éxtasis, “apenas pasados cinco días, no muchos más, cayó con fiebre. Estando enferma, cierto día sufrió un desmayo, y se quedó sin reconocer a los que la rodeaban. Acudimos corriendo, pero pronto recuperó el sentido. Viéndonos presentes a mi hermano y a mí, nos dijo como quien pregunta algo: “¿Dónde estoy?”. Luego, viéndonos abatidos por la tristeza, nos dijo: “Sepulten aquí a su madre”. Yo estaba callado mientras contenía mis lágrimas, en tanto que mi hermano decía no sé qué palabras alusivas al deseo de que la muerte no la sorprendiera en tierra extranjera, sino en su patria. Ella, al escuchar esta sugerencia, mostró en su rostro una gran ansiedad, y le lanzó una mirada reprochándole esta manera de pensar. Fijando los ojos en mí, dijo: “Mira lo que dice”. Y luego, dirigiéndose a los dos, exclamó: “Pongan mi cuerpo en cualquier sitio, sin que les dé pena. Sólo les pido que donde quiera que estén, se acuerden de mí ante el altar del Señor”. Y habiéndonos comunicado esta resolución como pudo, guardó silencio. Poco a poco, al agravarse el mal, creció también su fatiga”.

“Finalmente, el día noveno de su enfermedad, a los cincuenta y seis años de edad y treinta y tres de la mía, aquella alma fiel y piadosa quedó liberada de su uerpo”.³²

³² El cuerpo de santa Mónica, enterrado en la cripta de la iglesia de santa Áurea permaneció oculto en ella hasta que fue descubierto en 1430 en tiempos del Papa Martín V y fue trasladado con toda pompa a la iglesia de san Trifón en Roma, obrándose numerosos milagros en su traslado. Hoy se conservan sus restos en la iglesia de su nombre en Roma.

“Tras levantar el cadáver, la acompañamos y luego volvimos sin llorar. Ni siquiera en aquellas oraciones que te dirigimos cuando se ofrecía por ella el sacrificio de nuestro rescate, con el cadáver al pie de la tumba y antes de su entierro según costumbre de allí, ni siquiera en estas oraciones, repito, lloré, sino que toda la jornada me invadió una profunda tristeza interior”.

“Ahora, Señor, te confieso todo esto en estas páginas. Que las lea el que quiera y que las interprete como quiera. Y si estima pecado el que yo haya llorado durante una hora escasa a mi madre de cuerpo presente mientras ella me había llorado durante tantos años para que yo viviera ante tus ojos, que no se ría. Al contrario si tiene caridad, que llore también él por mis pecados en presencia tuya”.

“Descanse Mónica en paz con su marido, antes y después del cual no tuvo otro. A él sirvió ofreciéndote el fruto de su paciencia, a fin de conquistarle para Ti. Inspira, Señor y Dios mío, a todos cuantos lean estas palabras que se acuerden ante tu altar de Mónica, tu sierva, y de Patricio, en otro tiempo su marido, por los cuáles no sé cómo me trajiste a este mundo”.

Peña (2011) dice que “Agustín, en vez de ir directamente a su tierra, decide quedarse un tiempo en Roma. Quizás ya había llegado el invierno y el viaje por mar era muy peligroso o quizás también pudo tener noticias de que las costas de África estaban bloqueadas por la flota del usurpador Maximino, en lucha con el emperador Teodosio, y podían ser capturados por el enemigo. Lo cierto es que decidió postergar su viaje hasta el año siguiente”.

“Regresó a Roma y se dedicó con el entusiasmo de su nueva fe a convertir a todos sus amigos, a quienes había convertido anteriormente a los maniqueos. A la vez, aprovechó el tiempo para visitar algunos conventos de la capital, estudiando sus normas para el futuro monasterio que pensaba fundar. Durante este tiempo, escribió varios libros. No podía estar ocioso, debía emplear todo su tiempo al servicio del Señor. Sus libros escritos en este año de permanencia en Roma fueron *Sobre las costumbres de los maniqueos, Sobre la costumbres de la Iglesia católica, De la dimensión de alma y Del libre albedrío*”.

En esos momentos tuvo la gran tristeza de la muerte de su amigo Verecundo, que le había prestado la granja de Casiciaco para su retiro, pero también tuvo la alegría de saber que, antes de morir, se había convertido y recibido el bautismo como católico.

Regreso a África

Peña (2011) sigue escribiendo que “en otoño del año 388 se va definitivamente de Italia. Desembarcó en Cartago y, después de descansar unos días, se fue a Tagaste con su hijo Adeodato, Alipio, Evodio y Severo. Sólo Nebridio se quedó en Cartago, pero estaba en constante comunicación epistolar con él.”

“Lo primero que hace es vender su modesto patrimonio familiar y entregarlo a los pobres. Después organiza sin demora la vida monacal en un pequeño fundo de su propiedad, que tenía casa y huerta. Sus primeros compañeros monjes fueron los anteriormente nombrados, a quienes pronto se añadieron dos hermanos: Privato y Emiliano, y poco a poco algunos otros”.

“Agustín, como Superior perpetuo, organizó la vida de comunidad con estudio, oraciones y trabajo. Él, personalmente, se dedicó a estudiar la Biblia con fervor, aprendiendo de memoria páginas enteras. Se consiguió varios códices de la Biblia en latín, especialmente el llamado Vetus latina, que fue el que más usó, para poder comparar las traducciones y, buscando el texto más conforme con el original, escribió más tarde a Belén, a san Jerónimo, para que le enviara un texto traducido del original”.

El año 389 tuvo la tristeza de la muerte de su hijo Adeodato y de su gran amigo Nebridio.

Agustín sacerdote de Hipona

Ferrer y Román (2010) nos dice que “aunque en Cassiciaco el joven Agustín resolvió no casarse nunca, probablemente no aspiraba al sacerdocio. El no deseaba otra cosa sino la vida de un monje – vivir un estilo de vida silencioso y monástico. Sin embargo, el Señor tenía otros planes para él”.

Y Peña (2011) escribe “Llevaba ya tres años viviendo como monje en Tagaste y en el año 391 hizo un viaje a Hipona con el fin de convencer a un amigo para que le acompañara en el convento de Tagaste. Pensaba regresar en cuatro días y probablemente hizo el viaje a caballo, llevando sólo la ropa puesta”.

Él mismo cuenta en un Sermón lo que sucedió: *“Vine a esta ciudad a ver a un amigo a quien quería ganármelo para Dios y para nuestro convento. Venía seguro, porque teníais obispo. Pero sorprendiéndome, me forzaron a recibir las sagradas órdenes, y por esta grada, he llegado a la dignidad episcopal. No traje nada aquí; sólo vine con lo puesto. Y como aquí quería vivir en comunidad con mis hermanos, el anciano Valerio, de feliz memoria, conociendo mi propósito, me dio el huerto donde ahora está el convento. Comencé a reclutar algunos hermanos que tenían vocación, pobres como yo, pues nada poseían, e imitando lo que hice cuando vendí y di a los pobres el precio de mi hacienda, siguieron mi ejemplo los que quisieron adherirse a mí para vivir en vida común, siendo grande y ubérrima heredad de todos, Dios, nuestro Señor”.*

Ya no pudo volver a Tagaste y a sus 35 años se quedó como sacerdote al lado del obispo, pero le pidió unos meses de descanso para prepararse al ministerio sacerdotal, estudiando intensamente la Biblia. Valerio, al conocer que deseaba vivir en comunidad, le dio un huerto donde fundó otro convento de monjes. Por su

parte, el obispo le encargó la instrucción de los catecúmenos que se preparaban para el bautismo.

Al año siguiente, 392, se preocupó de convertir a un amigo suyo maniqueo, llamado Honorato, y para él escribió el libro *De la utilidad de creer*. Este mismo año tuvo disputas públicas en las termas de Sosio, en Hipona, en el mes de agosto, con el maniqueo Fortunato.

El año 393, en el Sínodo de Hipona, donde se reunieron los obispos de África, le encomendaron que les hablara sobre el credo o símbolo de los apóstoles. Él, por su parte, vivía en el convento de monjes.

San Posidio ³³, su primer biógrafo, que llegó a ser obispo de Calama y tuvo una gran amistad con Agustín durante 40 años escribe: "Ordenado sacerdote fundó un monasterio junto a la iglesia y comenzó a vivir con los siervos de Dios según el modo y regla establecida por los apóstoles. Sobre todo miraba a que nadie en aquella comunidad poseyese bienes, que todo fuese común y se distribuyese a cada cual según su menester, como lo había practicado él primero, después de regresar de Italia a su patria. Y el santo Valerio, su obispo ordenante, como varón pío y temeroso de Dios, no cabía en sí de gozo, dando gracias al cielo por haber escuchado sus peticiones tan favorablemente; porque, según contaba él mismo, con mucha instancia, había pedido al Señor que le diese un hombre capaz de edificar con su palabra y su doctrina saludable la Iglesia, pues, siendo griego de origen y no muy perito en lengua y literatura latina, se tenía por menos apto para este fin. Y dio a su presbítero Agustín potestad para predicar el Evangelio en su presencia y dirigir frecuentemente la palabra al pueblo, contra el uso y costumbre de las Iglesias de África. Después, propagándose la fama de este hecho, como de un buen ejemplo precursor, algunos presbíteros, facultados por sus obispos, comenzaron también a predicar al pueblo delante de sus pastores".

³³ Obispo de Calama en Numidia. Próspero en su "Crónica" afirma que Posidio y otros dos obispos fueron perseguidos y expulsados de sus sedes por el rey vándalo Genserico, quien era arriano. La fecha de su promoción al episcopado fue, según Tillemont alrededor del 397. Siguiendo el ejemplo de Agustín, fundó un monasterio en Calama. En un concilio de Cartago retó a Crispino, el obispo donatista de Calama a una discusión pública, que éste no quiso aceptar. Poco después uno de los clérigos de Crispino, homónimo de su obispo, intentó asesinar a Posidio. Se iniciaron procedimientos legales contra Crispino, el obispo, quien rehusó castigar a su presbítero. Se probó que era hereje y se le impuso una pesada multa, pero, por la intercesión de Posidio, no se exigió la multa. En el 407 Posidio, con Agustín y otros cinco obispos, formó parte de un comité nombrado para juzgar un asunto eclesiástico. En el 408 casi perdió su vida en una revuelta promovida por los paganos en Calama. En 409 fue uno de los cuatro obispos diputados para ir a Italia para obtener la protección del emperador contra los donatistas. Fue uno de los siete obispos elegidos para representar al partido católico en la "Collatio" de 411. En 416 asistió al concilio de Milevo, donde cincuenta y nueve obispos nómadas dirigieron una carta sinodal al Papa San Inocencio I pidiéndole que actuara contra el pelagianismo. Cuando los vándalos invadieron África, huyó a Hipona. Su "Vita S. Augustini", compuesta antes de la caída de Cartago (439), está incluida en todas las ediciones de las obras de San Agustín.

Normalmente predicaba los domingos y fiestas, sentado en la cátedra. Los hombres a un lado y las mujeres al otro lado. La mayoría de sus feligreses eran artesanos y pescadores.

Muchos de los oyentes escribían las homilias, que se difundieron en colecciones, más o menos voluminosas, e influyeron hasta en las predicaciones de la Edad Media. De modo que llegó a ser común el dicho: *Mesa sin vino, sermón sin Agustino*. Así como una comida sin vino, no era considerada buena, lo mismo un sermón sin citar a san Agustín.

Agustín obispo

Según Peña (2011) “el obispo Valerio estaba muy contento de la gran ayuda que le brindaba el joven sacerdote Agustín. Pero comenzó a temer que se lo arrebatasen para alguna otra Iglesia, consagrándole obispo. Por lo cual, acudió con letras secretas al primado de Cartago, rogando que nombrase obispo auxiliar de Hipona a Agustín. Más tarde, reclamado para la visita y presente en la basílica de Hipona el primado de Numidia, Megalio, Valerio sorprendió con la manifestación de su propósito a todos los obispos presentes, y a todos los clérigos y fieles de Hipona, siendo acogida la propuesta por todos los oyentes con alegría, congratulaciones y clamores de aprobación y deseo. Sólo Agustín rehusaba la consagración episcopal, alegando la costumbre en contra, mientras viviera su obispo”.

Así pues, fue elegido obispo auxiliar a finales del año 395 con 41 años y consagrado por Megalio, Primado de Numidia. Al año siguiente, Valerio murió y Agustín asumió toda la responsabilidad. Como obispo tuvo que preocuparse de las propiedades de la Iglesia, sobre todo después que las autoridades traspasaron a la Iglesia católica muchas propiedades de los donatistas. Muchos lo criticaron por ser demasiado desinteresado por los bienes materiales y fácilmente devolvía a quienes los reclamaban, otros lo tildaban de bonachón y fácil de dar a los pobres. Decían: El obispo Agustín por su bondad lo da todo, sin quedarse nada.

San Agustín celebraba misa y predicaba cada día. Aconsejaba la comunión diaria y que comulgaran en ayunas.

Una de sus cruces más pesadas fue la administración de justicia. Según el código del emperador Teodosio, el obispo tenía potestad de juzgar como juez, y no sólo a los cristianos, sino a todos, incluso aunque el proceso se hubiera debatido ante el juez imperial. La gente acudía a él, porque consideraba que había más confianza y justicia en la sentencia que en los tribunales civiles. Él decía: *Son tantos los pleitos que caen sobre mí que apenas puedo respirar.*

Normalmente se le iba toda la mañana en solucionar pleitos y, a veces, también hasta la tarde. Tenía que solucionar toda clase de problemas, incluso sobre paredes divisorias de las casas con ventanas abiertas sin autorización o construcciones elevadas que robaban el aire y el sol.

Por otra parte, como obispo fue un gran predicador. Un día san Agustín no explicó en el sermón el tema que les había prometido y, al terminar, se lo hizo notar diciendo que el Señor lo había llevado por otro camino. A los dos días se presentó ante él un negociante, llamado Firmo, quien le dijo que había sido maniqueo y, al oír su sermón, se había convertido. *“Y repitió el sermón con un orden verdadero y con gran estupor admiramos todos el profundo consejo del Señor, glorificándolo y bendiciendo su nombre, porque Él, cuando quiere y como quiere, por instrumentos conscientes o inconscientes, obtiene la salvación de las almas... Y aquel hombre de la profesión del comercio, fue promovido a la dignidad de sacerdote y conservó firme siempre su propósito de santidad”*.

Por otra parte, tuvo que defender la fe católica contra los distintos herejes de su tiempo con libros y promoviendo discusiones públicas con ellos, pero también tuvo que enfrentarse a sus propios fieles para corregir malas costumbres arraigadas o para animarles a vivir la fe en plenitud. Podemos decir que fue un gran polemista contra los herejes, un gran pastor de su rebaño, un gran Padre para todos, aconsejando y haciendo justicia como juez ordinario y, sobre todo, un gran escritor, profundizando cada vez más en su conocimiento de Dios y de la fe católica y transmitiendo a las generaciones futuras un gran tesoro de ciencia hasta el punto de llamarlo el padre espiritual de Occidente.

Además cabe señalar con Peña (2011) que “Agustín fue un gran místico, aunque quizás no se hayan manifestado en él como en otros santos algunos carismas sobrenaturales como la bilocación o las llagas de Cristo, pero sí podemos apreciar en su vida dones místicos como éxtasis, el don de hacer milagros como ya hemos anotado, el conocimiento sobrenatural para entender los grandes misterios de la fe, como la Santísima Trinidad y, sobre todo, el don más grande de todos y que abarca a todos los demás: el don del amor”.

Toda su vida fue una ascensión hacia Dios por medio de la oración continua. Él nos dice: *“Tú, Señor, eres la luz permanente a quien yo acudía para consultar... y sigo haciéndolo con frecuencia. Me llenas de alegría. Por eso, tan pronto como tengo posibilidad de liberarme de los quehaceres forzosos, me refugio en este gozo”*.

En ocasiones el Señor le hacía sentir en la oración su amor de modo extraordinario como a los grandes místicos y sentía que su corazón era demasiado pequeño para amarlo y le decía: *“La casa de mi alma es demasiado estrecha para que entres en ella, agrándala Tú 180. Oh, amor, que siempre ardes y nunca te apagas, Dios mío, abrázame 181. Me haces sentir dentro de mí mismo una dulzura que no sé definir y que, si llegara a alcanzar su plenitud, no sé qué sería, pero no algo de esta vida”*.

El corazón de san Agustín era un verdadero volcán de fuego, que no podía saciarse con las pequeñas cosas de este mundo. Quería con el fuego de su amor calentar e iluminar al mundo entero y a todas las generaciones venideras. Por eso, pudo decir también: *“Soy plenamente consciente y estoy totalmente seguro de que te amo, Señor. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Por Ti suspiro día y noche Dios mío, vida mía, dulzura mía.”*

Última enfermedad y muerte

Agustín tenía varios problemas de salud. Él mismo dice que era muy sensible al frío. En Casiciaco tenía dificultad de respiración y dolor del pecho. También sufrió de dolor de estómago, de dientes, de un tumor hemorroidal que no le dejaba estar de pie, ni sentado, ni caminar y algunas veces diversas fiebres como en su última enfermedad.

Sus últimos días los pasó triste, pues veía las ciudades destruidas y saqueadas, los moradores de las granjas pasados a cuchillo o dispersos; las iglesias sin ministros ni sacerdotes; las vírgenes sagradas y los que profesaban vida de continencia, cada cual por su parte, y de ellos, unos habían perecido en los tormentos, otros sucumbieron al filo de la espada; muchos cautivos, después de perder la integridad de su cuerpo y alma y de su fe, gemían bajo la dura servidumbre enemiga... De las innumerables iglesias, apenas tres quedaban en pie, a saber: la de Cartago, la de Hipona y la de Cirta.

En el tercer mes del asedio, el santo enfermó con unas fiebres, y aquella fue la última prueba de su vida. No privó Dios a su buen siervo del fruto de su plegaria. Porque para sí y para la misma ciudad alcanzó oportunamente la gracia que con lágrimas pidiera.

Posidio escribió: “En su última enfermedad mandó copiar para sí los salmos de David, que llaman de la penitencia, los cuales son muy pocos, poniendo los cuadernos en la pared ante los ojos. Día y noche, el santo enfermo los miraba y leía, llorando copiosamente; y para que nadie le distrajera de su ocupación, unos diez días antes de morir, nos pidió en nuestra presencia que nadie entrase a verle fuera de las horas en que lo visitaban los médicos o se le llevaba de comer. Al fin, conservando íntegros los miembros corporales, sin perder ni la vista ni el oído, asistido de nosotros, que lo veíamos y orábamos con él, se durmió con sus padres... Asistimos nosotros al sacrificio, ofrecido a Dios por la deposición de su cuerpo, y fue sepultado. No hizo ningún testamento, porque como pobre de Dios, nada tenía que dejar... Al morir deja la Iglesia clero suficientísimo y monasterios llenos de religiosos y religiosas, con su debida organización y su biblioteca

provista de sus libros y tratados y de otros santos; y en ellos se refleja la grandeza singular de este hombre, dado por Dios a la Iglesia, y allí los fieles lo encuentran inmortal y vivo”.

Murió el 28 de agosto del año 430 a los 76 años de edad. Al conocer su muerte, el Papa Celestino, escribió el año 431: “La vida y los méritos de Agustín, de santa memoria, siempre lo tuvieron en nuestra comunión sin que jamás haya pesado sobre él la más mínima sospecha. Lo recordamos como un hombre de inmenso saber que mis predecesores siempre lo consideraron como uno de los más grandes maestros”.

Su cuerpo, en fecha incierta, fue trasladado a Cerdeña y, hacia el 725, a Pavía, a la basílica de San Pietro in Ciel d'Oro ³⁴ donde reposa hoy.

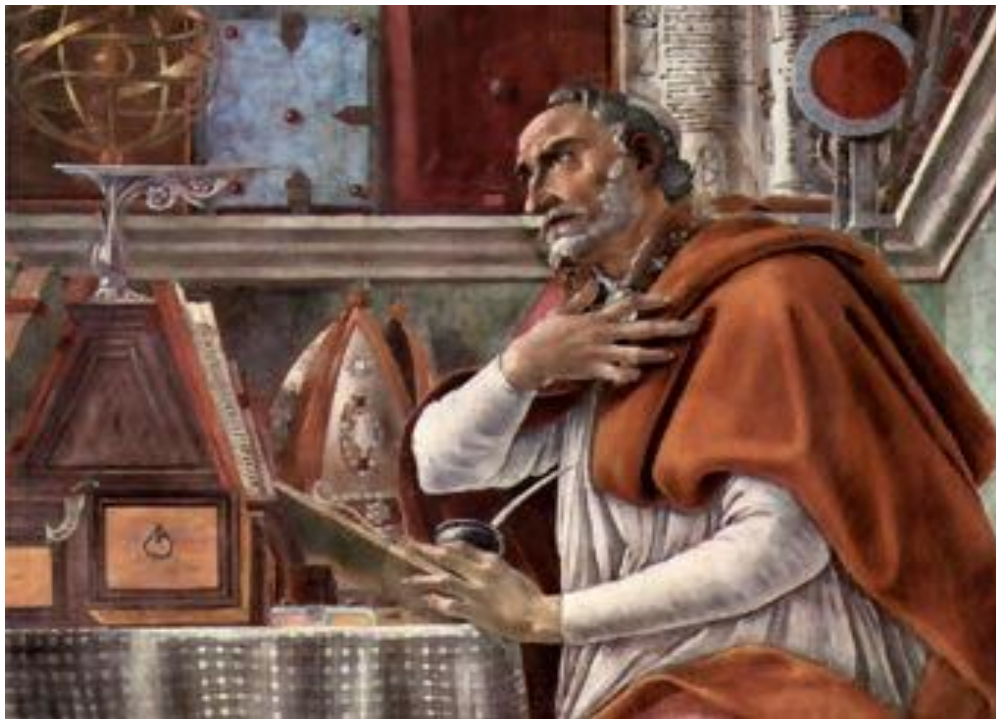
Fue canonizado por aclamación popular, ya que la costumbre de la canonización papal con la intervención de la Congregación para la Causa de los Santos aún no había surgido. La fecha permanece incierta.

Pero se sabe que su proclamación como Doctor de la Iglesia fue realizada el 20 de septiembre de 1295 por el Papa Bonifacio VIII, conociéndose desde entonces como el “Doctor de la Gracia”. San Agustín, también es considerado uno de los cuatro grandes Padres Latinos de la Iglesia.

³⁴ San Pietro en el Ciel d'Oro es una basílica católica romana de los Agustinos en Pavía, Italia. El Papa Benedicto XVI la visitó en abril del año 2007. Las primeras novedades que tenemos acerca de esta Basílica datan del año 604. La Basílica no es el edificio original. Sigue a otro que era del estilo cristiano de los principios, con columnas simples y techo de madera. La Basílica actual, de forma Románica-Lombarda, data del siglo doce. La misma fue consagrada por el Papa Inocente II en 1132. En el año 1327, el Papa Juan XXII expidió la bula papal Veneranda Sanctorum Patrum, en la cual nombra a los Agustinos custodios de la tumba de San Agustín, que fue erigida nuevamente en 1362 y tallada de manera elaborada con escenas de la vida de San Agustín. Dichas escenas incluyen la conversión de San Agustín, su bautismo, los milagros luego de su muerte y el traslado de sus reliquias a Pavía. La Basílica heredó el nombre de “ciel d'oro” debido a que el techo de Madera de la iglesia Cristiana de los principios era decorada con pintura de color dorado. El exterior es simplemente de ladrillos. La Basílica es mencionada por Dante, Petrarca y Boccaccio.

Tercera parte

Las obras de Agustín



La actividad episcopal de Agustín es enorme y variada. Predica a todo tiempo y en muchos lugares, escribe incansablemente, polemiza con aquellos que van en contra de la ortodoxia de la doctrina cristiana de aquel entonces, preside concilios, resuelve los problemas más diversos que le presentan sus fieles. Se enfrentó a maniqueos, donatistas, arrianos, pelagianos, priscilianistas, académicos, etc. Participa en los Concilios regionales III de Hipona del 393, III de Cartago del 397 y IV de Cartago del 419, en los dos últimos como Presidente y en los cuales sancionaron definitivamente el Canon bíblico que había sido hecho por el Papa Dámaso I en Roma en el Sínodo del 382.

Ya como obispo, escribió libros que lo posicionan como uno de los cuatro principales Padres de la Iglesia latinos. La vida de Agustín fue un claro ejemplo del cambio que logró con la adopción de un conjunto de creencias y valores.

Por lo tanto cuando hablamos de obras nos referimos y trabajaremos acerca del apostolado que Agustín llevó a cabo siendo sacerdote y obispo y también a los libros que escribió.

Obras de apostolado

En este estudio entendemos por apostolado a las actividades que, en su buen ejercicio y bajo ciertas circunstancias, significan un nivel eminente de entrega y dedicación como ocurrió con Agustín. Por lo tanto veremos su predilección por los pobres, pastor y guía de su pueblo, fundador de conventos, sus milagros, sus refutaciones y diatribas contra los herejes y los malos católicos,

Digamos antes que Agustín brindó generosamente su tiempo y su talento para las necesidades espirituales y temporales de su rebaño, muchos de los cuales eran gente sencilla e ignorante. El mismo escribió constantemente para refutar las enseñanzas de ese entonces, acudió a varios consejos de obispos en África y viajó mucho a fin de predicar el Evangelio.

Su predilección por los pobres

Peña (2011) sostiene que “una de sus principales preocupaciones de Agustín como obispo fueron los pobres. Organizó en Hipona un ropero para vestir a los pobres cada invierno y les decía a sus fieles: *“Ya se acerca el invierno. No os olvidéis de los pobres. Procurad vestir a Cristo desnudo.*

“Dad a los pobres, os lo ruego, os lo aviso, os lo ordeno, os lo mando. Dad a los pobres lo que os parezca. No quiero ocultaros el motivo de haber hecho este sermón. Desde que estoy aquí, al entrar y salir de la iglesia, me piden los pobres que os hable de esto para que hagáis caridad con ellos. Me han rogado que os hable y, al no recibir de vosotros, piensan que estoy trabajando en vano con vosotros”.

En una ocasión, cuando estaban vacías las arcas de la Iglesia, faltándole con qué socorrer a los pobres, mandó fundir los vasos sagrados para socorrer a los autivos y otros muchísimos indigentes. Y decía: *“Si das al hermano necesitado, das a Cristo. Si das a Cristo, das a Dios. Dios quiso necesitar de ti ¿y tú esconderás la mano? Escuchadme, pobres, ¿qué no tenéis, si tenéis a Dios? Escuchadme, ricos ¿qué tenéis, si no tenéis a Dios”?*

Por otra parte, fustigaba a los malos ricos y les decía: *“Hay quienes roban lo ajeno y de lo robado dan limosna a los pobres, pensando que así cumplen lo mandado, pero no es posible sobornar al juez Cristo. Las cosas superfluas de los ricos son las necesidades de los pobres. Cuando se poseen bienes superfluos, se poseen bienes ajenos. Que nadie cierre sus oídos al necesitado. Si no puedes dar algo, no lo desprecies. Si puedes dar, da; si no tienes algo material que dar, dale afabilidad. Que nadie diga: Yo no tengo nada que dar”*.

Por eso, a sus monjes les recalca en la Regla: *Es mejor necesitar poco que tener mucho*.

Pastor y guía de su pueblo

La vida de Agustín como obispo no fue fácil. Su diócesis no era un lago de aguas tranquilas y cristalinas. Había muchos problemas pendientes. Ya hemos hablado de cómo tenía que soportar todos los días las querellas de los litigantes como juez ordinario, lo que le cansaba y le hacía perder un tiempo precioso, que hubiera deseado dedicar a realizar tareas pastorales. De todos modos, hubo de solucionar muchos problemas que se le presentaron. Veamos algunos.

Siendo sacerdote tuvo que sufrir una grave calumnia. De modo que, cuando el obispo Valerio le pidió al Primado de Numidia que lo consagrara obispo, no quiso, porque había creído las calumnias que los enemigos de Agustín le habían ontado. Le dijeron que al repartir algunos trozos de pan bendito a una señora, le había hecho un maleficio amoroso con la aprobación de su esposo. Durante el concilio de Cartago del año 393, los demás obispos le pidieron al Primado pruebas de su acusación y, al no tenerlas, Megalio reconoció su culpa y pidió perdón.

Agustín dice sobre esto al hereje Petiliano que se lo echó en cara: *“Puedes desacreditar con el apelativo de venenosa ignominia y delirio los pedazos de pan dadas con sencillez y alegría, tú puedes tener tan bajo concepto que hasta presumas admitir unos filtros amatorios dados a una mujer, no sólo con el conocimiento, sino aun con la aprobación de su marido. Puedes admitir contra mí lo que escribió en un arrebató de cólera el que me había de consagrar obispo, y no quieres admitir en mi favor que este obispo pidió perdón al santo concilio por haber fallado así contra mí y que obtuvo el perdón. Eres tan desconocedor y olvidadizo de la mansedumbre cristiana y del mandato evangélico que llegas a acusar de lo que ya se le perdonó benignamente a un hermano, al pedir humildemente perdón”*.

Una costumbre bárbara que pudo suprimir era la llamada Caterva, que tenía lugar en Cesárea de Mauritania. Al respecto refiere: *“Trataba yo de disuadir al pueblo y evitar que se librara un combate digno de una guerra civil o, más bien, peor que una guerra civil y que ellos llamaban Caterva: combate en bandos. En efecto no eran solamente conciudadanos, sino personas cercanas como hermanos y hasta padres e hijos quienes, divididos en dos bandos, se enfrentaban ritualmente en un*

periodo determinado durante varios días, matándose unos a otros a pedradas, a cual más. Y ya son más de ocho años que se ha suprimido”.

Un grave problema se suscitó en los años 422 y 423, cuando las autoridades civiles, a pesar de llamarse católicas, dieron permiso para que en los puertos pudiera realizarse tráfico de esclavos. Estos esclavos eran gente libre, campesinos del norte de África, hombres, mujeres y niños, que eran raptados y después los vendían en los latifundios devastados de Italia y del sur de Francia. Los secuestradores iban en cuadrillas, vestidos con uniforme militar. Muchos de ellos pasaban por Hipona, llevando columnas de cautivos, para llevarlos a los barcos, atracados en el puerto.

El santo escribe a Alipio: *“Yo, aunque quisiera, no podría hacer una lista con todos los crímenes cometidos por los mercaderes de esclavos, aquí en África. Te daré solamente un ejemplo por el cual podrás juzgar lo que está sucediendo por África, y a lo largo de sus playas. Unos cuatro meses atrás, había gente traída de diferentes lugares, especialmente de Numidia, para ser deportada desde el puerto de Hipona. Esto era hecho por los Gálatas, puesto que son ellos solamente quienes, por su codicia, se embarcan en tales negocios. Un miembro de nuestra Iglesia fue avisado de esto y, conociendo nuestra política de ayudar con dinero en tales circunstancias, trató de ponerse en contacto con nosotros. Por esos días, no me encontraba en Hipona, pero inmediatamente nuestros fieles liberaron a ciento veinte personas, algunos desde el barco donde ya estaban embarcados; a otros de las prisiones donde los tenían escondidos antes de embarcarlos. De estos excarcelados, unos cinco o seis habían sido vendidos por sus padres”.*

En el año 413 Agustín puso todo su prestigio e hizo todo lo posible para salvar a su amigo Marcelino, ex-prefecto de Roma, de la muerte a que fue condenado por haber participado en una rebelión. Pero no pudo conseguirlo. Agustín se sintió decepcionado de las autoridades y consideró en sus últimos años que era mejor la separación de la Iglesia y del Estado, aunque hubiera colaboración mutua.

En 426 para evitar problemas de sucesión, convocó al pueblo y les dijo: *“Sé que, después de la muerte de los obispos, la ambición y las disputas perturban a menudo las Iglesias. Por eso, vengo a manifestaros mi voluntad y creo que es también la voluntad de Dios. Deseo tener como sucesor al sacerdote Heraclio. Heraclio no será consagrado obispo hasta después de mi muerte. Pero, desde ahora, administrará nuestra Iglesia y yo podré así quedar libre para terminar los libros que me han pedido que escriba”.*

Algo que le dolió mucho fue que, en su ausencia, no quisieron aceptar en la iglesia a un donatista arrepentido. Dice: *“Nos causó tristeza lo que hemos oído. Estando ausente, un donatista que venía a la Iglesia confesando su yerro, fue rechazado por algunos hermanos y no se le admitió. Digo a vuestra caridad, esto ha causado tormento a mi corazón, os lo confieso, no me ha agradado esto”.*

Pero lo que más le hizo sufrir fue un error suyo. En la ciudad de Fusala pensó en nombrarles un obispo y puso para ello los ojos en un sacerdote que sabía la lengua púnica, hablada en aquella región. Llamó al primado de Numidia para consagrarlo y todo estaba listo para la ceremonia, cuando el candidato elegido renunció a último momento. Entonces, Agustín, para que el anciano Primado no hubiera hecho el viaje en vano, designó a un joven llamado Antonio, a quien había educado desde niño y todavía era simple lector, y lo consagraron obispo de Fusala. Al poco tiempo, comenzó Agustín a recibir gravísimas acusaciones de robos, violencias y otros vicios. Tal fue el escándalo que lo suspendieron y le obligaron a restituir todo lo robado. El joven obispo destituido supo convencer al Primado de la supuesta injusticia y el Primado llevó el asunto al Papa Bonifacio, apoyando al joven obispo, pero anotando: Si se nos ha dado noticia fiel del orden de los acontecimientos.

Esto fue un duro golpe para san Agustín y para los católicos de Fusala, quienes presentaron sus quejas a Roma. Agustín pensó en dejar el episcopado y retirarse a llorar su imprudencia. Le escribió al Papa Celestino, sucesor de Bonifacio: *“He de confesar que en este peligro de ambos partidos me atormenta tal temor y tristeza que pienso retirarme de la administración del oficio episcopal y dedicarme a hacer penitencia conveniente a mi yerro, si veo que aquel que fue presentado al episcopado por mi imprudencia, devasta la Iglesia de Dios y, lo que Dios no permita, perece esa misma Iglesia con el devastador. Pero, si consuelas mi ancianidad con esa justicia misericordiosa, tanto en esta vida como en la futura, te pagaré bien el que en esta tribulación nos socorre por mediación tuya y te puso en esa Sede”*.

El Papa suspendió al obispo de Fusala y apoyó a Agustín.

Fundador de conventos

Una vez que fue ordenado sacerdote, fundó en el huerto que le dio el obispo Valerio otro convento de monjes. Dice: *“En Hipona comencé a reunir hermanos con el mismo buen propósito que en Tagaste, siendo pobres, sin nada, para que me imitasen. Yo había vendido mi escaso patrimonio y había dado a los pobres su valor. Así debían hacerlo quienes quisiesen estar conmigo, viviendo todos de lo común. Dios sería para nosotros nuestro grande, rico y común patrimonio”*.

En estos conventos suavizó el ascetismo de los monjes del desierto con un programa de cultura y apostolado. Se preocupó de que tuvieran una buena biblioteca y les hizo estudiar de modo especial la Sagrada Escritura. En estos conventos no debían recibir mujeres para evitar escándalos, ni aceptar regalos personales, ni vestir de modo diferente.

Al quedar obispo titular, hizo de la casa episcopal una especie de Seminario. No ordenaba a nadie que no viviera con él. Más que un Seminario era un verdadero convento de clérigos en el que había, no sólo sacerdotes, sino también clérigos:

acólitos, lectores, subdiáconos y diáconos. Todos vivían en común, teniendo todo en común, sin nada propio. En este convento se discutían problemas como el libre albedrío, la providencia de Dios, la Santísima Trinidad, las diferencias entre pecados, la naturaleza del Verbo de Dios, la Santísima Trinidad y otras cuestiones teológicas y morales de actualidad.

En un sermón explicó el motivo por el que fundó este convento de clérigos: *“Vi la necesidad que tenía de ofrecer hospitalidad a los clérigos que sin cesar iban y venían, ya que, de no hacerlo, parecería inhumano. Delegar esta función al monasterio de monjes me parecía inconveniente. Por esta razón, quise tener en esta casa episcopal el monasterio de clérigos. A nadie le está permitido tener nada propio”*.

En este convento de clérigos, en vez del trabajo manual de los monjes se dedicaban al estudio y a la actividad pastoral. La comida y la cena eran actos de comunidad donde se leía algún libro piadoso. Todos debían estar ocupados. Él odiaba la ociosidad. Por eso, dice: *“No debe uno estar tan libre de ocupaciones que no piense en medio de su ocio en la utilidad del prójimo, ni tan ocupado que ya no busque la contemplación de Dios”*.

“Si la Iglesia reclama vuestro concurso, no os lancéis a trabajar con orgullo ávido ni huyáis del trabajo con torpe desidia. Obedeced a Dios con humilde corazón, llevando con mansedumbre a quien os gobierna a vosotros. No antepongáis vuestra contemplación a las necesidades de la Iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistirle cuando ella da a luz, no hubieseis encontrado medio de nacer. Amad la contemplación, carísimos, de modo que os moderéis en toda terrena satisfacción, recordando que no existe lugar alguno donde no pueda tender sus lazos el diablo, que teme vernos volar a Dios”.

Es muy interesante anotar que entre sus monjes y clérigos salieron grandes obispos como Alipio, obispo de Tagaste; Profuturo, obispo de Cirta; Posidio, obispo de Calama; Evodio de Uzalis, Severo de Milevi, Urbano de Sicca Veneria, Peregrino de Thena, Bonifacio de Catagua y otros más.

En cuanto a mujeres, fundó al menos un monasterio. Su fundadora fue la hermana de san Agustín, Perpetua.

En una carta hace referencia a la velación o ceremonia donde emitían el voto de virginidad. Y les exhorta a todas a dejar de pedir el cambio de Superiora. Les dice: *“Ella es la madre que os recibió. Todas las que vinisteis al Monasterio la habéis encontrado, o bien sirviendo y complaciendo a la santa prepósita mi hermana, o bien siendo ella la prepósita que os recibió. Bajo su dirección fuisteis instruidas”*.

Este convento femenino de Hipona lo fundó entre el año 395 y el 400. También se sabe que fundó otro monasterio de monjes en Cartago, ya que en una carta agradece al Primado Aurelio la cesión de un campo para fundar un monasterio.

Su biógrafo san Posidio nos dice: Sus vestidos, calzado y ajuar doméstico eran modestos y convenientes: ni demasiado preciosos ni demasiado viles... La mesa era parca y frugal, donde abundaban verduras y legumbres, y algunas veces carne, por miramiento a los huéspedes y a personas delicadas. No faltaba el vino en ella.

Dentro de su casa, nunca permitió la familiaridad y la permanencia de ninguna mujer ni siquiera de su hermana carnal que, viuda y consagrada al Señor, hasta la muerte fue Superiora de las siervas de Dios... Nunca debían Cohabitar las mujeres con religiosos, aun siendo castísimos, para no dar pretexto de escándalo a los débiles. Si alguna vez acudían a él mujeres a verlo o saludarlo, nunca se presentaba ante ellas sin acompañamiento de clérigos ni conversaba con alguna de ellas a solas, a no ser que hubiera algún secreto.

Milagros en vida

En sus *Confesiones* Agustín habla de los milagros de san Protasio y Gervasio. *“En una visión, Señor, le manifestaste al obispo Ambrosio el lugar en que yacían sepultados los cuerpos de los mártires Protasio y Gervasio. Tú los habías mantenido ocultos e incorruptos durante muchos años en tu secreto, para sacarlos a la luz pública en esta oportunidad, y así apaciguar la cólera de una mujer que por añadidura era la emperatriz. Tras su descubrimiento y exhumación, al proceder al solemne traslado con los debidos honores a la basílica ambrosiana, no sólo se produjeron curaciones de personas atormentadas por espíritus inmundos y reconocidas por ellos mismos, sino que un ciudadano conocidísimo en la ciudad, que llevaba varios años ciego, al preguntar por las razones del alboroto del pueblo que exteriorizaba ruidosamente su alegría, y al enterarse del hecho, dio un salto e hizo que su guía le condujera al lugar. Una vez que llegó, rogó que se le permitiera el acceso para tocar con su pañuelo el féretro de tus santos cuya muerte es preciosa a tus ojos. Tan pronto como realizó este gesto y aplicó el pañuelo a sus ojos, éstos se abrieron al instante. En seguida corrió la noticia y resonaron tus alabanzas cálidas y radiantes. Aunque con este suceso aquella mujer hostil no se acercó a la fe salvadora, por lo menos sirvió de freno en su persecución. ¡Gracias a Ti, Dios mío!”*

“Por aquellos días me estabas haciendo sufrir con un dolor de muelas. Cuando el dolor estuvo al punto de impedirme hablar, se me ocurrió la idea de avisar a todos los amigos presentes, para que te rogaran por mí, Dios de mi salud. Escribí mi deseo en unas tablillas de cera, y luego se las di para que las leyeran. Apenas nos pusimos de rodillas en ademán de súplica, desaparecieron los dolores. ¿Qué clase de dolores eran? ¿Cómo desaparecieron? Confieso que me quedé boquiabierto, Señor mío. Nunca me había ocurrido nada parecido desde mi nacimiento. En lo más profundo de mi ser abriste camino a tus insinuaciones. Yo, radiante de gozo en tu fe, alabé tu nombre. Sin embargo, esta misma fe no me

dejaba vivir tranquilo respecto de mis pecados pasados, porque aún no me habían sido perdonados por medio del bautismo”.

Cuando el año 388 regresó a Cartago para nunca más volver a Italia, se alojó en casa de una familia muy cristiana, donde estaba enfermo un antiguo abogado de la prefectura, llamado Inocencio, que llevaba varios años enfermo. Todos los días lo visitaba Saturnino, obispo de Uzala, el presbítero Geloso y algunos diáconos de Cartago.

Para curarle unas fístulas, los médicos le habían hecho una carnicería espantosa, pero sin resultado alguno. Y cuando le prometieron la salud con una nueva intervención quirúrgica, le entró pánico. Daba pena verlo. Oraba, gemía, sollozaba y temblaba de miedo. Todos los asistentes oraban por él. Y Agustín manifiesta: *“Yo apenas podía orar, viendo aquella escena. Sólo recuerdo que dije al Señor brevemente en mi corazón: “Señor, qué preces de tus siervos vas escuchar si no escuchas éstas?”.*

Al día siguiente aparecen los médicos, *“aprestan los temibles instrumentos, estando todos atónitos y suspensos”*, pero al quitar los vendajes encuentran la llaga perfectamente curada. Y termina Agustín diciendo: *“No serán mis palabras las que expresen la alegría, alabanza y acción de gracias al Dios omnipotente y misericordioso, que fluyeron de la boca de todos con lágrimas de gozo; es mejor dejarlo a la imaginación que tratar de expresarlo con palabras”.*

El año 416 hubo una oleada de milagros en Hipona, el sacerdote español Orosio había traído de Jerusalén las reliquias del cuerpo de san Esteban, recientemente descubierto. Por todas partes de África se diseminaron unas pequeñas capillitas con algunos restos del santo. Y la gente hablaba de milagros al contacto directo con su sepulcro o con objetos que lo habían tocado.

Dice san Agustín: *“Todavía hoy se realizan milagros tanto por los sacramentos como por las oraciones o reliquias de sus santos... Si quisiera reseñar solamente los milagros que por intercesión del gloriosísimo mártir Esteban han tenido lugar en la colonia de Calama y lo mismo en la nuestra, habría que escribir varios libros. No hace dos años aún que está en Hipona Regia la capilla de este mártir y, sin contar las relaciones de las muchas maravillas que se han realizado y que tengo por bien ciertas, de sólo las que han sido dadas a conocer al escribir esto, llegan casi a setenta; y en Calama, donde la capilla existió antes, tienen lugar con más frecuencia y se cuentan en cantidad inmensamente superior. También en Uzala sabemos que se han realizado muchos milagros antes que la que tuviéramos aquí. Pero allí no existe, o mejor, no existió la costumbre de publicar esas informaciones. Quizás ahora hayan comenzado. Así que se realizan todavía hoy muchos prodigios; los realiza el mismo Dios a través de quienes le place y como le place, lo mismo que realizó los que tenemos escritos. Pero los actuales no son muy conocidos ni se menudea su lectura como un repiqueteo de la memoria a fin de que no caigan en el olvido. Porque a pesar del esmero que se empieza a poner entre nosotros para relatar al pueblo esas narraciones hechas por los interesados,*

las escuchan una vez los presentes, pero la mayoría no lo están; y los mismos que las oyeron, pasados unos días, se olvidan de lo que oyeron; y apenas se encuentra quien comunique lo que oyó a quien sabe no estuvo presente”.

San Agustín refiere con detalle 22 milagros realizados por intercesión de san Esteban y de san Cipriano.

Para él estos milagros eran una prueba más de la veracidad de la fe católica. Para hacer las cosas bien, exigió una declaración por escrito de los milagros por parte de las personas curadas y que después fueron leídos en las iglesias en presencia de sus autores para bien de todos y gloria de Dios. A continuación los archivaba en la biblioteca episcopal para testimonio de las generaciones venideras. De esta manera sólo a los hechos bien comprobados se les dio la máxima publicidad. Este sistema de comprobación y registro lo recomendó Agustín también a otros bispos. Pero pedía a todos los fieles que divulgaran estos milagros para reafirmar la fe católica.

El mismo Agustín no se desdeñaba en rezar por los enfermos y algunos quedaban curados. Dice san Posidio: Si algún enfermo le pedía que rogase por él y le impusiese las manos, lo cumplía sin dilación. Me consta que él fue suplicado para que orase por unos energúmenos, y con llanto oró al Señor, y quedaron libres del demonio. En otra ocasión, un hombre se acercó a su lecho con un enfermo pidiéndole que le impusiera las manos para curarlo. E hizo el Señor que aquel enfermo, al punto partiese de allí sano.

El mismo san Agustín refiere dos casos de endemoniados, pero no dice su nombre por humildad. Dice simplemente: *“Sé de una doncella de Hipona que, habiéndose ungido con el aceite en que había dejado caer sus lágrimas un sacerdote, que oraba por ella, al punto se vio libre del demonio. También sé de un adolescente que por solo una vez que un obispo sin conocerlo, oró por él, de pronto quedó libre del demonio”.*

Milagros después de su muerte

Veamos algunos de los milagros relatados por Santiago de la Voragine.³⁵ Se dice en general que san Agustín hizo muchos milagros y liberó a endemoniados.

³⁵ Santiago de la Voragine es el nombre españolizado del beato Jacopo da Varazze o Jacopo della Voragine que nació en Varazze, Italia. Fue obispo de Génova entre 1292 y 1298. Escribió una crónica de la ciudad de Génova, y es considerado como autor de *La leyenda dorada*, la más célebre recopilación de leyendas piadosas en. En 1244, tomó los hábitos de la Orden de los Predicadores. Tras pasar por las etapas habituales de novicio y profeso, enseñó Escritura y Teología desde 1252 en las casas de su orden y obtuvo un cierto éxito como predicador en los más altos púlpitos del norte de Italia. Fue elegido provincial de Lombardía en 1267, conservando este cargo hasta 1286, en que se convirtió en definidor de la provincia lombarda de los dominicos. Era representante de su provincia en los capítulos de Lucca (1288) y Ferrara (1290), cuando el papa Nicolás IV le encargó pedir la destitución de Munio de Zamora, maestre de la Orden de los Predicadores desde 1285, que sería, en consecuencia, destituido por una bula pontifical fechada el 12 de abril de 1291. En 1286, a la muerte del Arzobispo de Génova Carlos Bernard, es propuesto como su sucesor, pero se negó a aceptar el cargo. En 1288, la ciudad de Génova envió a Santiago de la Voragine ante

Concretamente se habla de un joven con el *mal de piedra*, a quien su madre encomendó a la intercesión de san Agustín y quedó curado. Y lo mismo de un ciego, que lo invocó con fe.

El rector de cierta iglesia llevaba tres años en cama, aquejado de una grave enfermedad. Como era muy devoto de san Agustín, el día anterior a su fiesta, por la tarde, al oír que tocaban a Vísperas, comenzó a invocarlo y a encomendarse a él. San Agustín se le apareció vestido de blanco y le dijo: *“Tú me has llamado. Aquí estoy, levántate y celebra con fervor la fiesta en mi honor”*. Y el enfermo, completamente curado, se acerca la iglesia con gran admiración de todos.

Hacia el año 912, más de cuarenta hombres procedentes de Alemania y Francia, todos ellos enfermos, emprendieron una peregrinación a Roma para visitar la tumba de los Apóstoles. Al llegar a Pavía y enterarse de que allí estaba el cuerpo de san Agustín, comenzaron a gritar: *“San Agustín, ayúdanos”*. Se acercaron a su sepulcro y quedaron todos curados. De modo que la fama del santo se esparció por todas partes y muchos enfermos comenzaron a acudir a esa iglesia y quedaban curados.

Lo cierto y real es que muchos enfermos eran curados en su sepulcro y dejaban exvotos en agradecimiento. Y era tal la cantidad de ellos que la capilla del mausoleo se llenaba y los religiosos debían llevarlos a otro lugar, porque impedían el paso.

Un milagro más reciente sucedió en el pueblo de Arafo, de Tenerife Sur en España. Se había cegado el manantial de agua de Añavingo, debido a un gran derrumbamiento de tierra y piedras. Los trabajos realizados para destaparlo no dieron resultado. Después de casi seis años, el 21 de setiembre de 1751, los vecinos colocaron una imagen de san Agustín en una cueva del barranco. A la mañana siguiente, quedó todo destapado y del manantial comenzó de nuevo a brotar agua limpia. Todos lo consideraron un milagro. Dejaron la imagen permanentemente en la cueva y, desde entonces, cada cuatro años realizan una romería para recordar el milagro. Y bajan la imagen de la cueva hasta el pueblo. El año 2009 asistieron más de 3.000 personas.

Por otra parte, recordemos que en la iglesia de san Pietro in Ciel d’Oro de Pavía todos los años, el 24 de abril, fiesta de su conversión, y el 28 de agosto, fiesta de su muerte, los restos de san Agustín son expuestos a la veneración de sus fieles en una urna de cristal y bronce dorado, donde se colocaron en 1833.

el papa para pedir la liberación de los genoveses de la excomuni3n a que se les haba condenado por apoyar a los sicilianos contra el rey Carlos II de N3poles y Sicilia. En 1292, Nicol3s IV lo llam3 a Roma para consagrarlo pero, al llegar, se lo encontr3 gravemente enfermo y falleci3 sin haberlo consagrado, por lo que fueron los cardenales del c3nclave sucesorio los que realizaron el acto. En su cargo multiplic3 sus esfuerzos por reconciliar a g3elfos y gibelinos, lo que consigui3 en enero de 1295. Tambi3n particip3, como enviado del papa, en las intermediaciones del conflicto que opuso G3nova a Venecia. Poco antes de su muerte en 1298 orden3 que el dinero destinado a sus funerales fuera repartido entre los pobres.

Y Dios sigue concediendo por su intercesión gracias extraordinarias, no sólo en Pavía, sino en todos los lugares del mundo, donde se le invoca con fe.

Polémicas y diatribas

Como hemos analizado tras la muerte de Valerio, hacia finales del 395, Agustín fue nombrado obispo de Hipona y desde este pequeño pueblo de pescadores proyectó su pensamiento a todo el mundo occidental. Sus antiguos correligionarios maniqueos, y también los donatistas, los arrianos, los priscilianistas y otros muchos sectarios vieron combatidos sus errores por el nuevo campeón de la Cristiandad. Dedicó numerosos sermones a la instrucción de su pueblo y escribió sus célebres *Cartas a amigos, adversarios, extranjeros, fieles y paganos*. .

Veamos sus polémicas con los herejes y las diatribas acerca de los malos católicos:

a) Maniqueos

Agustín los conocía bien, pues había creído en sus ideas durante mucho tiempo y los atacó con fuerza. Publicó varios libros como *Comentario del Génesis contra los maniqueos* en 388-389, *Contra Fausto maniqueo* en 398-404, *Contra Félix maniqueo* en 404 y *Contra Secundino maniqueo* en 405-406.

También les provocó a discusiones públicas. El año 392 disputó en Hipona contra Fortunato en las termas de Sosio. Dice san Posidio que en la controversia pública con el maniqueo Fortunato, éste no supo qué responder y se escurrió diciendo que consultaría a los jefes de la secta, lo que no pudo refutar. De este modo, el que era tenido por eminente y sabio entre los suyos, apareció a los ojos de todos como incapaz de mantener las posiciones de su secta, y lleno de confusión, al poco tiempo desapareció de Hipona. Así, por medio del mencionado varón de Dios, fue extirpado el error de los corazones de todos los presentes y ausentes, a quienes llegó la noticia de este hecho y se arraigó y confirmó la verdadera religión católica.

También disputó contra Félix el año 398 en la iglesia de Hipona con gran concurso del pueblo de ambas partes. Se levantaron actas de lo ocurrido y, después de la tercera discusión, el error quedó rebatido y Félix se convirtió a la fe católica.

b) Donatistas

Peña (2011) escribe: “Agustín quiso establecer diálogos y debates públicos con los obispos donatistas, pero ellos se negaban, conociendo sus victorias contra los maniqueos”.

“Agustín pidió celebrar una conferencia para buscar la paz entre los dos obispos, católico y donatista, de Guelma. En esa conferencia el obispo donatista fue

convencido de hereje y obligado por la ley imperial a una multa, que por intercesión de Alipio no se cobró”.

Hallándose por orden pontificia con otros colegas en Cesárea de Mauritania, tuvo ocasión de entrevistarse con Emérito, obispo donatista de aquella ciudad, y retarle a pública discusión en la iglesia con el concurso de católicos y disidentes. Pero él no aceptó la propuesta, quedando sin eficacia las instancias de sus parientes y ciudadanos, los cuales le prometían volver a su comunión, si lograba rebatir las aseveraciones de los católicos.

Agustín recomendó a los católicos atraerlos por las buenas. Les decía: *“En la medida que podamos les recomendamos a los laicos de nuestra Iglesia que no agredan a los donatistas que caen en sus manos y que nos los traigan para que podamos instruirlos. Algunos de nuestros laicos nos escuchan y, en lo posible, siguen nuestros consejos. Otros actúan con ellos como si fueran malhechores, ya que el trato que han recibido de ellos es propio de malhechores. Viéndose físicamente amenazados, hay quienes previenen los ataques dando el primer golpe por temor a ser golpeados primero”*.

San Agustín escribió varias cartas a los oficiales de la administración imperial para que no hicieran ejecuciones, y les decía: *“No buscamos venganza de nuestros enemigos. Amamos a nuestros enemigos y rezamos por ellos. Deseamos corregirlos, no matarlos, para que no incurran en la condenación eterna”*.

Hablando con los donatistas, les decía: *“Volveré al redil a la oveja errante, buscaré a la descarriada, queráis o no queráis, éste es mi plan. Y aunque para ir donde están me laceren los pinchos del matorral, me colaré por todas las angosturas y derribaré las vallas”*.

Contra los donatistas escribió el libro *Sobre el bautismo* (404-407), *Contra las cartas de Petiliano* (401-405), *Contra la carta de Parmenio* (404-407), y *Sobre la unidad de la Iglesia* (año 405).

c) Pelagianos

Pelagio escribió un libro explicando sus ideas, titulado *De la naturaleza*, al que Agustín respondió el año 415 con otra titulado *De la naturaleza y de la gracia*.

Con los pelagianos luchó Agustín durante 10 años, publicando varios libros y refutando sus errores en sus predicaciones ante el pueblo. Agustín les hizo entender que era necesaria la gracia de Dios, pero también el esfuerzo personal. Por eso, Agustín escribió la frase lapidaria: *“Quien te hizo a ti, sin ti, no te salvará sin tí”*.

Pelagio consiguió que un Sínodo de 14 obispos, reunido en Dióspolis, Palestina, el 20 de diciembre de 415 aceptara como válida su doctrina. Pelagio le envió a san Agustín, sin añadir una sola palabra, las Actas del Sínodo.

Agustín comprendió la gravedad del asunto y decidió con su amigo el primado de África, Aurelio, obispo de Cartago, convocar dos concilios africanos, uno dirigido por Aurelio y otro por Agustín y Alipio. Los 300 obispos de África aceptaron unánimemente los decretos redactados por Aurelio, Agustín y Alipio; y enviaron las Actas al Papa Inocencio el año 416.

En la carta de Agustín al Papa Inocencio I, suscrita también por los otros obispos africanos, pidiendo la condenación del pelagianismo.

Agustín escribió varios tratados y cartas contra Julián de Eclana, porque desde su exilio, Julián se dedicaba a escribir y hablar contra Agustín.

Dice san Posidio: “Contra los pelagianos san Agustín luchó durante diez años, publicando multitud de libros y refutando con muchísima frecuencia sus errores en la iglesia ante el pueblo... Los obispos africanos trabajaron activamente en los concilios para desenmascarar sus errores, primero ante el Santo Padre de Roma, el venerable Inocencio, y después ante Zósimo, su sucesor, persuadiéndoles cuán abominable y digna de condenarse era para la fe católica la mencionada secta. Y aquellos prelados de tan ilustre sede, en diversos tiempos, los censuraron y separaron de la comunión católica con rescriptos dirigidos a las Iglesias africanas del Occidente y del Oriente, fulminando contra ellos la condenación y declarándolos vitandos para los católicos”.

Los escritos de san Agustín contra los pelagianos fueron: *Sobre las obras de Pelagio*, *Del libre albedrío*, *Sobre el espíritu y la letra*, *Sobre la naturaleza y la gracia*, y otros sobre el bautismo de los niños, sobre la concupiscencia, sobre la predestinación, sobre el don de la perseverancia, sobre el pecado original, sobre el alma y su origen... Su último libro, que dejó inconcluso, fue contra Julián de Eclana: *Obra inacabada contra Julián*.

d) Semipelagianos

El año 425 algunos monjes semipelagianos del monasterio de Adrumeto, en Túnez, no vieron con buenos ojos las doctrinas de san Agustín sobre la gracia. Algunos de estos monjes fueron personalmente a visitar a san Agustín para que les explicara su doctrina sobre la gracia. Para ellos escribió en 425 y 427 los tratados *Sobre la gracia y el libre albedrío* y *Sobre la corrección y la gracia*.

e) Arrianos

Contra ellos escribió precisamente el libro *Sobre la Santísima Trinidad*.

Posidio escribe: En Cartago tuvo una controversia con el arriano Pascencio, funcionario palatino, el cual, abusando de su poder y mordacidad de severísimo cobrador del fisco, continua y ferozmente combatía la fe católica, turbando muchas conciencias... Agustín, con verdaderas razones y autoridad de las Santas Escrituras, probó que las afirmaciones del arriano carecían de todo fundamento y apoyo en la divina palabra... También disputó en Hipona con un obispo arriano, Maximino, llegado con los godos a África. Lo que ambas partes dijeron se puede leer en los documentos.

Maximino, al día siguiente, se marchó de Hipona y Agustín le respondió con dos libros a sus herejías. A Pascencio ya le había respondido.

f) Paganos

También luchó con fuerza contra el paganismo y las costumbres paganas de su tiempo. Tenían fiestas populares como las de la diosa Flora, donde ofendían públicamente la moral y el pudor. El ideal de su vida estaba escrito en una inscripción que decía: Cazar, ir a los baños, a los juegos y reírse, eso es vivir.

Los romanos que se refugiaron en las ciudades del norte de África echaban en cara a los cristianos: Cuando ofrecíamos sacrificios a nuestros dioses, Roma era feliz. Ahora que los sacrificios están prohibidos, Roma ha sido destruida. Agustín les respondió con una carta; pero, para hacerlo de modo sistemático, escribió la gran obra de *La Ciudad de Dios* entre 413 y 426. Esta obra es una apología del cristianismo contra el paganismo donde desarrolla una teología de la historia.

Nueve años más tarde, el año 408, los paganos de Calama, donde era obispo Posidio, el amigo de Agustín, se rebelaron contra la autoridad, organizaron un desfile, apedrearon y saquearon iglesias cristianas y quisieron prender fuego a la basílica, matando a un monje e hiriendo a muchos cristianos.

San Agustín debió acudir en ayuda de Posidio. Los paganos, conscientes de que se les venía el castigo de la autoridad imperial, estaban atemorizados. Agustín calmó la situación. Él buscaba con amor paternal la conversión de los paganos, pues sabía que por su camino nunca encontrarían la verdad y la felicidad. Por eso, decía: "*Todos debemos querer que todos amen a Dios con nosotros*".

g. Los malos católicos

Había muchos católicos que llevaban vida de paganos y contra ellos tuvo mucho que luchar y que sufrir.

Comilonas y borracheras

El año 395, recién nombrado obispo, trató de desarraigar la costumbre de los banquetes profanos que se celebraban en honor de los muertos en los cementerios. También los feligreses profanaban la fiesta de san Leoncio, mártir y obispo de Hipona, patrono de la ciudad, celebrando la fiesta con abusos de comida y bebida dentro de la misma basílica.

A pesar de que el obispo Valerio había prohibido comer y beber en la iglesia, nadie hacía caso. San Agustín se lanzó a la batalla y durante tres días pronunció cuatro discursos.

Le escribía a Alipio: *“Después de tu partida me anunciaron que ciertos individuos se habían alborotado protestando que no podían tolerar la supresión de la solemnidad de san Leoncio) que ellos llaman “alegría”. Tratan en vano de enmascarar el nombre de borrachera. Ya anunciaban la protesta cuando tú estabas presente. Hube de hablar de perros y puercos, procurando obligar a los rebeldes a avergonzarse de sus costumbres e impertinentes ladridos contra los preceptos de Dios; hablé también de su entrega al placer carnal. La conclusión tendía a hacerles ver qué vergonzoso era ejecutar dentro de las paredes de la iglesia, o bajo el nombre de religión, lo que no podrían hacer durante mucho tiempo dentro de sus casas... Estas advertencias las recibieron con agrado, pero como la asistencia fue escasa, no se resolvía con ellas asunto tan importante. Y, cuando los presentes hablaron fuera sobre la homilía, hallaron numerosos contradictores. Al día siguiente, llamé la atención, planteando el problema de la embriaguez y les hablé sobre con cuánto mayor motivo e ira hubiese desterrado nuestro Señor del templo los convites y embriagueces siempre torpes cuando así desterró el comercio ilícito de los sacrificios tradicionales”.*

“Desenmascaré, cuanto el tiempo me lo permitió, el pecado de la embriaguez con textos de san Pablo. y advertí que en la iglesia no se deben celebrar ni siquiera convites honestos y sobrios... Les obligué a considerar cuán vergonzoso y lamentable era que, no sólo viviesen de los frutos de la carne privadamente, sino que desearan quitarle su honor a la iglesia y llenar todo el amplio espacio de esta gran basílica de turbas de tragonos y borrachos, contando con una supuesta autorización... Al final, no fueron mis lágrimas las que provocaron las suyas, pues confieso que, mientras estaba hablando, ellos se adelantaron a llorar y yo no pude contenerme de hacer otro tanto... Al día siguiente, por la mañana, al ver que todos con un solo sentir manifestaban buena voluntad y repudiaban la mala costumbre, les exhorté a que asistiesen por la tarde a la lectura divina para celebrar así el día de fiesta con mayor pureza y sinceridad. Por la tarde la asistencia fue mayor. La plática fue breve para dar gracias a Dios. Mientras, oíamos en la basílica de los herejes el rumor de los acostumbrados convites celebrados por ellos. Allí seguían entregados a la bebida durante el tiempo de nuestras funciones. Hube de hacer constar que la hermosura del día resaltaba por el contraste de la noche y les exhorté a apetecer las cosas espirituales y a gustar cuán suave es el Señor. Refiriéndome a los herejes, dije al pueblo que eran dignos de lastima”.

La mentira

La mentira era también frecuente entre sus feligreses y sobre ella les escribe todo un libro, titulado *Sobre la mentira*. Dice que la mentira es decir una falsedad con intención de engañar. Lo importante es la intención de engañar.

Agustín recuerda: *“La voz de la verdad no calla nunca. No mueve los labios, pero vocifera en el interior del corazón”*.

El robo

San Agustín dice: *“Absteneos vosotros hermanos; absteneos vosotros, hijos, de la costumbre de robar; incluso absteneos del deseo de robar. El que es poderoso roba y tú lloras bajo la mano del ladrón y, si no robas, es porque no puedes hacerlo. ¡Qué se te presente la ocasión! Y entonces alabaré tu deseo dominado. Dime ¿has devuelto lo que recibiste sin otra presencia que la de Dios? Si lo devolviste, si restituiste al difunto en la persona de su hijo, que nada sabía de ello, entonces te alabaré, porque pudiste obrar mal y no lo hiciste. Al igual que, si hallaste en la calle una bolsa de monedas de oro y se la entregaste a su dueño”*.

“Os voy a contar lo que hizo un hombre muy pobre, cuando yo me “encontraba en Milán. Era tan pobre que hacía de portero a un profesor de gramática, pero era cristiano a carta cabal, aunque el gramático era pagano. Era mejor quien estaba a la entrada que quien se sentaba en la cátedra. Encontró una bolsa con cerca de doscientas monedas de oro, si no me engaño en el número. Sabía que tenía que devolverla, pero ignoraba a quién. Puso un anuncio público: “Quien haya perdido monedas de oro, venga a tal lugar y pregunte por fulano de tal”. El que las había perdido, visto el anuncio, se acercó a aquel hombre. Éste, por temor a que viniese buscando lo que no era suyo, le pidió explicaciones, preguntándole por el tipo de bolsa, por la imagen e incluso el número de monedas. Y como sus respuestas se acomodaron a la realidad, le devolvió lo que había encontrado. El otro, a su vez, queriendo corresponder a su honradez, le ofreció una décima parte, es decir, veinte monedas, que no quiso recibir. Le insistió el otro y, al fin, aceptó lo que se le ofrecía; y, acto seguido, lo dio todo a los pobres, no dejando en su casa ni una sola moneda”.

El adulterio

Agustín arremete contra los adúlteros y les aconseja: *“Se te dice: No cometerás adulterio, es decir, no buscarás otra mujer que no sea la tuya. Y tú exiges eso de tu esposa, pero no le correspondes en la misma forma. Cuando deberías preceder a tu mujer en la virtud, caes bajo el ímpetu de la libido. Quieres que tu mujer sea vencedora y tú caes vencido. Eres cabeza de tu mujer y ella es ante Dios más que tú. Si el varón es cabeza, debe preceder a su mujer en toda obra buena. ¿Por qué quiere ir el varón adonde no quiere que le siga su mujer?”*

“Cada día hay conflictos, aunque ya las mismas esposas no se atreven a quejarse de sus maridos. Así, en lugar de la ley, se observa ya una costumbre que lo

invade todo, de modo que las mismas mujeres tienen ya la persuasión de que eso es lícito para los varones, no para las mujeres. Oyen que algunas han sido llevadas a los tribunales por haber sido sorprendidas con un esclavo, pero nunca han oído que un varón haya sido llevado a los tribunales por haber sido sorprendido con su esclava, aunque el pecado es el mismo. Siendo el pecado igual, hace que parezca más inocente el varón; no ante la divina verdad, sino ante la humana perversidad”.

La maldición

En uno de los sermones presenta la historia escrita por uno de los interesados en que narra cómo su madre maldijo a sus diez hijos. El efecto de la maldición hizo que todos se enfermaran y ella, viendo la espantosa eficacia de sus maldiciones, no pudo soportar por más tiempo la conciencia de su maldad y, echando una soga al cuello, concluye su deplorable vida de forma aún más deplorable... A mi hermana se le apareció en visión tu imagen tal como ahora te vemos. Por lo cual, se nos indicó que debíamos venir a este lugar.

Astrología

Agustín dice: “Hay quienes cuentan las estrellas, atienden, describen y conjeturan los espacios del tiempo, los cursos, la volubilidad, la fijeza y los movimientos de los astros. Se creen grandes sabios. Todo este conocimiento experimental y altanero es defensa de pecados, pues dicen: “Eres adúltero, porque así lo quiere Venus”.

“Eres homicida, porque así lo desea Marte”. Luego Marte es homicida y no tú. Tú no eres adúltero, sino Venus. Cuida de que no seas tú condenado por Marte y Venus. Tú que despreciaste la vida gratuita dada por Cristo, compras con dinero la muerte propinada por el astrólogo”.

Algunos dicen: “No partiré hoy, porque es día nefasto o porque la luna se halla así, o bien partiré para lograr prosperidad, porque la posición de las estrellas es ésa; en este mes no me dedicaré al comercio, porque aquella estrella me influye en el mes; o bien me dedicaré, porque está en su mes. No plantaré la viña en este año, porque es bisiesto”.

“Alguno aparenta ser cristiano, cuando no sufre en sus bienes detrimento, pero cuando le viene alguna adversidad, corre al adivino, al astrólogo. Se le dice: “Eres creyente y consultas al astrologo?”. Pero él contesta: “Apártate de mí, déjame en paz”. El adivino me encontró mis cosas; de otro modo las hubiera perdido y permanecería llorando. ¡Hombre bueno! ¿No te signas con la señal de la cruz de Cristo? La ley prohíbe todo esto. ¿Te alegras de encontrar tus cosas y no te entristeces por haber perecido tú? ¡Cuánto mejor hubiera sido que hubiese perecido tu vestido y no tu alma!”

Supersticiones y amuletos

Agustín dice: *“Eres cristiano y no abandonas la Iglesia, pero consultas a los astrólogos, arúspices, augures y maléficos. Con alma adúltera, no dejas la casa de tu marido, y, quedándote en su compañía, fornicas”*.

“Está uno enfermo con dolores y ora sin ser escuchado; mejor dicho, es escuchado, pero es probado. En medio del tormento del dolor, llega la tentación de la lengua y se acerca al lecho alguna mujerzuela o varón y dicen al enfermo: “Haz tal vendaje y sanarás”; “recurre a tal encantamiento y sanarás”. “Fulano y mengano y zutano curaron así, pregúntales”. Si no cede, no les obedece y no doblega su corazón, sino que lucha, vence al diablo”.

“Es execrable la superstición de los amuletos entre los que hay que contar los pendientes que los varones llevan en la parte alta de una de las orejas, no para agradar a los hombres, sino para agradar a los demonios”.

El circo

Agustín afirma: *“Decís que sois cristianos, ¿cuánto dinero gastáis en espectáculos frívolos? ¿Cuánto dais a los cazadores de las bestias salvajes en el circo? ¿Cuánto a personas torpes? Dais a aquellos que os asesinan. Por la misma exhibición de los placeres asesinan vuestra alma. Decís: somos cristianos; y tiráis vuestros bienes por adular al pueblo y los retenéis contra lo que manda Dios. Ea, Cristo no manda, Cristo ruega, Cristo pasa hambre en los pobres. Enmendad y redimid vuestros pecados”*.

“Cuántos males causa la torpe curiosidad, la vana concupiscencia de los ojos, la avidez de espectáculos frívolos, la locura de los estadios, los combates sin premio alguno! Siendo hombre de mala fama quien da el espectáculo, ¿puede ser honesto quien lo contempla? Contemplando lo que es infame, lo estás apoyando ¿por qué contribuyes a que exista lo que tú mismo acusas? ¿Osaré prohibir los espectáculos? Me atrevo a hacerlo, claro que me atrevo. Me da valor este lugar y quien me puso en él. ¿Temeré yo las ofensas que se me hacen por lo bajo? Tu placer ha de ir de acuerdo con tu dignidad. Elimina todas estas cosas. Quien no quiere asistir a esos espectáculos, se muestra misericordioso con ellos”.

El teatro

Para Agustín, el teatro era una escuela de deshonestidad y, por ello, luchó contra él, desaconsejando a los cristianos de asistir a él.

En una ocasión fue a la ciudad de Bula y les dijo: *“En nuestra ciudad de Hipona estas cosas casi han desaparecido por completo y nos llegan desde vuestra ciudad esas torpes personas. ¿No os avergonzáis de que sólo entre vosotros haya permanecido la torpeza venal? ¿Qué buscáis? ¿Comediantes? ¿Meretrices? En Bula los tenéis ¿Pensáis que es una gloria?... Con gran dolor os estoy diciendo*

esto. Ojalá que llegue el momento en que la herida de mi corazón se cure con vuestra corrección. Hacedos este regalo, cristianos, no vayáis a los teatros”.

Los chismes

“Hay católicos que procuran averiguar la caída de algún obispo, clérigo, monje o monja. En seguida creen, discuten, pregonan que todos son lo mismo, aunque no en todos se pueda averiguar. Pero cuando alguna casada ha caído en adulterio, esos mismos no despiden a sus mujeres ni acusan a sus madres. Sólo cuando se descubre algún pecado verdadero en alguno que ostente una profesión santa, insisten, se interesan, se fatigan para que se crea que todos son lo mismo”.

La vergüenza

Muchos cristianos se avergonzaban de decir públicamente “soy cristiano”. Por eso Agustín afirma: *“Hay quienes critican a otros. Pero tú, oh cristiano, ... no temas ni escondas tus buenas obras por temor. Los que te reprenden, ¿qué te dicen? ¡He aquí a un gran apóstol! ¿De dónde vienes? Y temes responder: “De la iglesia” para que no repliquen: “No te avergüenzas, hombre barbado, de ir donde van las viudas y las viejas?” Por no escuchar tales cosas temes decir: “Estuve en la iglesia”. No os avergonzáis de avergonzaros de lo que es digno de glorificación? ¿No se avergüenzan ellos de sus torpezas y os avergonzáis de algo glorioso?*

La falta de fe

Él escribe: *“No sólo niega la resurrección el pagano o el judío o el hereje, sino algunas veces el hermano católico que frunce el ceño, cuando se dan a conocer las promesas de Dios, cuando se anuncia la futura resurrección. Y, todavía más, este mismo dice: “Hasta ahora quién resucitó? No he oído hablar a mi padre, levantado del sepulcro desde que lo sepulté No veo, dice, cómo voy a creer? Necio, se ve tu alma?”*

La indiferencia

“El Señor conoce a los suyos, a los cristianos que temen, que son fieles, que guardan sus mandamientos y caminan por las sendas de Dios, que no cometen pecados y, si caen, se confiesan. Estos pertenecen al número. Pero hay un sobrenúmero. Son las turbas que llenan las iglesias, que empujan por decirlo así las paredes, que se agolpan en masa apiñada, de suerte que casi se ahogan debido a la multitud; pero, si hay espectáculos, corren al anfiteatro... Pocos son los convertidos, muchos los convertidos falsamente, porque se multiplicaron sobre todo número”.

“Que nadie, fijándose en el mal ejemplo de los malos católicos, hable mal de la Iglesia católica, pues ella misma desapueba eso que critican y además corrige a los que lo hacen como a malos hijos. Sed cristianos verdaderos y sinceros, no imitéis a los que son cristianos de nombre, pero vacíos de obras”.

Obras literarias

La importancia de san Agustín entre los padres y doctores de la Iglesia es comparable a la de san Pablo entre los apóstoles. Agustín es el padre espiritual de occidente por la influencia universal de sus escritos en la espiritualidad cristiana de Europa. Como hemos visto el año 414 decía: “*si Dios me ayuda todo el tiempo que me dejen libre las ocupaciones que me exige la necesidad de la Iglesia a la que sirvo por obligación personal, pienso dedicarlo a cultivar el estudio de las ciencias eclesiásticas. De este modo pienso servir de provecho a la posteridad*”.

Y así fue pues llegó a escribir más de 100 libros. Con ellos se da como legado a la posteridad el pensamiento filosófico-teológico más influyente de la historia.

Ahora bien Peña (2011) escribe que “sus obras no fueron escritas sistemáticamente siguiendo un orden. Muchos de sus tratados son circunstanciales, respondiendo a cuestiones planteadas en carta o tratando de responder a los grandes problemas del momento.

Por ejemplo al diácono cartaginés Deogracias, que le pide ayuda para hacer la catequesis más atractiva, le escribe el libro *Sobre cómo catequizar a los principiantes*. Otro día es Quodvuldeus, también diácono cartaginés, que le pide ayuda para discernir las herejías, y le escribió el libro *Sobre las herejías* en el que hace un recuento de 88 herejías.

Las consultas le venían de distintos países como Italia, Francia, España, y de distintas partes del norte de África y hasta de Palestina. A todas trataba de responder por carta, que, a veces, eran pequeños tratados.

Sus sermones eran copiados por taquígrafos que los copiaban según hablaba y después las distribuían a mucha gente por muchos lugares. Se conservan cientos de ellos.

En 1969 la Academia austríaca de las Ciencias comenzó a catalogar todos los manuscritos conocidos de san Agustín existentes en las bibliotecas de Europa. Sólo del libro de las *Confesiones*, escrito entre 396 y 400, hay 262 manuscritos entre el siglo VI y XV.

En sus *Retractaciones* san Agustín enumera 93 tratados escritos, que comprenden 232 libros.

Gracias a Dios, casi todos sus libros pudieron escapar del saqueo de Hipona del año 432 por los vándalos. El mismo san Agustín según dice san Posidio mirando a los venideros, mandaba siempre que guardasen con esmero toda la biblioteca y los códices antiguos.

Las obras pueden clasificarse así:

Autobiográficas

- Confesiones
- Retracciones

Filosóficas

- Contra los académicos
- La vida feliz
- El orden
- Soliloquios
- La inmortalidad del alma
- La dialéctica
- La dimensión del alma
- El libre albedrío
- La música
- El maestro

Apologéticas

- De la verdadera religión
- La utilidad de la fe
- De la fe en lo que no se ve
- La adivinación diabólica
- La ciudad de Dios

Dogmáticas

- La fe y el símbolo de los apóstoles
- Ochenta y tres cuestiones diversas
- Cuestiones diversas a Simpliciano
- Respuesta a las ocho preguntas de Dulcicio
- La fe y las obras
- Manual de fe, esperanza y caridad
- La Trinidad

Morales y pastorales

- La mentira
- Contra la mentira
- El combate cristiano

- La catequesis a principiantes
- La bondad del matrimonio
- La santa virginidad
- La bondad de la viudez
- La continencia
- La paciencia
- Las uniones adulterinas
- La piedad con los difuntos

Monásticas

- Regla a los siervos de Dios
- El trabajo de los monjes

Exegéticas

- De doctrina Christiana
- El espejo de la Sagrada Escritura
- Comentario al Génesis en réplica a los maniqueos
- Comentario literal al Génesis
- Locuciones del Heptateuco
- Cuestiones sobre el Heptateuco
- Anotaciones al libro de Job
- Ocho cuestiones del Antiguo Testamento
- El Sermón de la Montaña
- Exposición de algunos textos de la Carta a los Romanos
- Exposición de la Carta a los Gálatas
- Exposición incoada de la Carta a los Romanos
- Diecisiete pasajes del Evangelio de Mateo

Polémicas

- Las herejías, dedicado a Quodvultdeo
- A Orosio, contra priscilianistas y origenistas
- Réplica al adversario de la Ley y los Profetas
- Tratado contra los judíos
- Réplica al sermón de los arrianos
- Debate con Maximino, obispo arriano
- Réplica a Maximino, obispo arriano
- De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos
- Las dos almas del hombre
- Actas del debate con el maniqueo Fortunato

- Réplica a Adimanto, discípulo de Manés, llamada «del Fundamento»
- Réplica a Fausto, el maniqueo
- Actas del debate con el maniqueo Félix
- La naturaleza del bien
- Respuesta al maniqueo Secundino
- Salmo contra la secta de Donato
- Réplica a la carta de Parmeniano
- Tratado sobre el bautismo
- Carta a los católicos sobre la secta donatista (La unidad de la Iglesia)
- Réplica a las cartas de Petiliano
- Réplica al gramático Cresconio, donatistas
- El único bautismo (Resumen del debate con los donatistas)
- Mensaje a los donatistas después de la Conferencia
- Sermón a los fieles de la Iglesia de Cesárea
- Actas del debate con el donatista Emérito
- Réplica a Gaudencio, obispo donatista
- Consecuencias y perdón de los pecados, y el bautismo de los niños
- El espíritu y la letra
- La naturaleza y la gracia
- La perfección de la justicia del hombre
- Actas del proceso a Pelagio
- La gracia de Jesucristo y el pecado original
- Naturaleza y origen del alma
- El matrimonio y la concupiscencia
- Réplica a las dos cartas de los pelagianos
- Réplica a Juliano
- Réplica a Juliano (obra inacabada)
- La gracia y el libre albedrío
- La corrección y la gracia
- La predestinación de los santos
- El don de la perseverancia

Homiléticas

- Tratados sobre el Evangelio de san Juan (1º y 2º) 1-124
- Tratados sobre la primera carta de san Juan
- Comentarios a los salmos (1º, 2º, 3º, 4) 1-150⁴⁴
- Sermones (1º) 1-50: Sobre el Antiguo Testamento
- Sermones (2º) 51-116: Sobre los evangelios sinópticos
- Sermones (3º) 117-183: Sobre el Evangelio de San Juan, Hechos y Cartas de los apóstoles⁴⁵
- Sermones (4º) 184-272B: Sobre los tiempos litúrgicos
- Sermones (5º) 273-338: Sobre los mártires

- Sermones (6º) 339-396: Sobre temas diversos
- Sermón a los catecúmenos sobre el Símbolo de los apóstoles
- La devastación de Roma
- Sermón sobre la disciplina cristiana
- La utilidad del ayuno

Cartas

El extenso epistolario agustiniano prueba su celo apostólico. Sus cartas son muy numerosas y a veces extensas. Fueron escritas desde el 386 al 430. Se pueden haber conservado unas 800.

De todas estas obras hay cuatro que nos han inspirado mayor atención por su particularidad. Veámoslas someramente.

Confesiones

Confesiones es un libro en el que San Agustín escribió acerca de su juventud pecadora y de cómo se convirtió al cristianismo. Es ampliamente aceptada como la primera autobiografía occidental jamás escrita, y se convirtió en un modelo para otros autores cristianos de los siguientes siglos. No es una autobiografía completa pues fue escrita tras sus primeros 40 años de vida y vivió hasta los 76, tiempo durante el cual produjo otros importantes trabajos como *La ciudad de Dios* que veremos enseguida.

De todos modos, proporciona gran información sobre la evolución de su pensamiento en sus primeros años. El libro es un acabado trabajo de filosofía y también un importante aporte a la teología.

La obra está dividida en 13 libros. En ellos se narra la niñez de Agustín, su adolescencia y juventud, su carrera académica, su estancia en el maniqueísmo, su proceso personal de acercamiento al cristianismo (ya conocido en la niñez), su conversión, y sus primeras experiencias como católico.

Entre las ideas que más influyen en el mundo occidental se encuentran las que se refieren a la memoria y la interioridad (libro X) y al tiempo (libro XI).

Tienen una gran importancia para la vida cultural y literaria en Europa. San Agustín fue, en general, un autor muy admirado durante toda la Edad Media y que formó la escuela platonicoagustiniana.

Concretamente, Francesco Petrarca va a ser lector de las *Confesiones*. Su lírica amorosa está precisamente marcada por el interés por el mundo interior, que es la nota predominante en las *Confesiones*, que no son una biografía sólo de los acontecimientos exteriores, sino, sobre todo, de la evolución interior de san Agustín. Ese interés por describir los estados del alma en la relación amorosa, tal como se manifiesta en el *Cancionero* de Petrarca marcó toda la corriente de lírica petrarquista, tan fuerte en todo el Renacimiento europeo.

El profesor Henry Chadwick escribió sobre *Confesiones* que siempre será la obra maestra de la literatura europea.

La ciudad de Dios

La ciudad de Dios es uno de los libros más importantes del pensador. Es principalmente una obra teológica pero también de profunda filosofía. La primera parte del libro busca refutar las acusaciones paganas de que la Iglesia y el cristianismo tuvieron la culpa de la decadencia del Imperio Romano y más particularmente del saqueo de Roma. Predice el triunfo de un Estado cristiano sostenido por la Iglesia y defiende la teoría de que la historia tiene sentido, es decir, que existe la Providencia divina para las naciones y para los individuos.

Conforme avanza el libro, se convierte en un vasto drama cósmico de la creación, caída, revelación, encarnación y eterno destino. Según Agustín, las visiones de clase y nacionalidad eran triviales comparadas con la clasificación que en verdad importa: si uno pertenece al «pueblo de Dios».

Desde la creación, en la historia coexisten la «ciudad terrenal» (*Civitas terrea*), volcada hacia el egoísmo; y la «ciudad de Dios», que se va realizando en el amor a Dios y la práctica de las virtudes, en especial, la caridad y la justicia. Ni Roma ni ningún Estado es una realidad divina o eterna, y si no busca la justicia se convierte en un magno latrocinio. La ciudad de Dios, que tampoco se identifica con la Iglesia del mundo presente, es la meta hacia donde se encamina la humanidad y está destinada a los justos.¹⁶

La división agustiniana en dos ciudades (y dos ciudadanías) influirá de forma decisiva sobre la historia del Occidente medieval, marcado por lo que se ha dado en llamar el «agustinismo político». El cristiano que se siente llamado a ser habitante de la ciudad de Dios y que ordena su vida de acuerdo con el *amor Dei* no puede evitar ser a la vez ciudadano de un pueblo concreto. Sea cual sea este pueblo, no podrá identificarse nunca de forma plena con la ideal ciudad de Dios, motivo por el que el cristiano permanecerá estructuralmente escindido entre dos ciudadanías: una de carácter estrictamente político, que es la que lo vincula con una ciudad o un estado concreto; y otra que no puede dejar de ser parcialmente política, pero que en buena parte es también espiritual.

“La verdadera justicia no existe, excepto en esa república cuyo fundador y gobernante es Cristo”.

La teoría de las dos ciudades plantea cómo ha de vivir el cristiano: debe tener la vista puesta en el fin último de la plena ciudadanía celestial, pero sin olvidar, a la vez, dar un sentido a su paso por esta vida terrestre, visto que la historia no parece que tenga que llegar de inmediato a su fin.

Teológicamente, *La ciudad de Dios* es un trabajo muy importante según su visión de la historia de la salvación y por haber dado cuerpo a las doctrinas clave del cristianismo como la creación, el pecado original, la gracia de Dios, la resurrección, el cielo y el infierno.

Filosóficamente, por mostrar cómo la filosofía sirve de valor para construir una visión exhaustiva del cristianismo, como por proveer un marco general dentro de la que se hizo la mayor parte de la filosofía política en el Occidente cristiano con una visión utópica, de forma que influyó en escritores cristianos como Bossuet, Fénelon, De Maistre, y Donoso Cortés..

Sobre la Trinidad

Agustín escribió un gran tratado *Sobre la Trinidad* durante un período de 16 años³⁶, meditando sobre este gran misterio de Dios casi diariamente³⁷.

La importancia que tiene la doctrina trinitaria de San Agustín es tanta, que la idea expresada por el teólogo catalán Rovira Belloso (1979)³⁸ es buena: San Agustín podría ser llamado el "Doctor Trinitatis" en vez de "Doctor Gratiae".

La influencia que ha tenido su doctrina sobre la Trinidad se puede perseguir con facilidad hasta el día de hoy. No se trata sólo de que toda la primera Edad Media le haya seguido, y que lo hayan hecho los agustinianos, como San Anselmo o San Buenaventura, sino que el mismo Santo Tomás, que tiene otros presupuestos que los de San Agustín, en la doctrina trinitaria le ha seguido punto por punto.

³⁶ La redacción de los quince libros sobre la Trinidad abarcó un espacio considerable de años. San Agustín mismo dice, en la carta que envía a Aurelio, junto con la obra terminada, para que la ponga separada al frente de sus libros, que la empezó joven y la terminó anciano. Agustín dice que cesó su trabajo, interrumpió su dictado al darse cuenta de que los primeros doce libros le habían sido "arrebataados", "hurtados". Se desanimó y pensó no seguir escribiendo, pero "solicitado por los ruegos insistentes de muchos hermanos" siguió su trabajo: corrigió en cuanto pudo los anteriores y los publicó junto con los libros restantes

³⁷ Una tradición medieval inicialmente narrada sobre un teólogo, que más tarde fue identificado como san Agustín, cuenta la siguiente anécdota: cierto día, san Agustín paseaba por la orilla del mar, junto a la playa, dando vueltas en su cabeza a muchas de las doctrinas sobre la realidad de Dios, una de ellas la doctrina de la Trinidad. De pronto, al alzar la vista ve a un hermoso niño, que está jugando en la arena. Le observa más de cerca y ve que el niño corre hacia el mar, llena el cubo de agua del mar, y vuelve donde estaba antes y vacía el agua en un hoyo. El niño hace esto una y otra vez, hasta que Agustín, sumido en una gran curiosidad, se acerca al niño y le pregunta: «¿Qué haces?» Y el niño le responde: «Estoy sacando toda el agua del mar y la voy a poner en este hoyo». Y san Agustín dice: «¡Pero, eso es imposible!». A lo que el niño le respondió: «Más difícil es que llegues a entender el misterio de la Santísima Trinidad».

³⁸ Josep Maria Rovira Belloso nació en Barcelona el 10 de marzo de 1926. Ordenado sacerdote en 1953, estudió teología y derecho, primero en la Universidad de Barcelona, donde se doctoró en 1956, y luego en la Universidad Gregoriana de Roma. Ha tenido varios cargos eclesiásticos y ha sido catedrático de teología de la Facultad de Teología de Cataluña desde 1964 y desde 1996, rector de la parroquia de la Virgen de los Ángeles de Barcelona. Desarrolló su actividad pastoral en diversas parroquias y, en especial, con el equipo sacerdotal del barrio de Gornal en L'Hospitalet de Llobregat. Fue patrón y patrón emérito de la Fundación Joan Maragall. Fue uno de los principales representantes de la teología moderna catalana. Durante sus últimos años había reflexionado sobre la presencia de la fe y el papel de los cristianos en la sociedad contemporánea. En 1999 recibió la Cruz de Sant Jordi. Falleció el 16 de junio de 2018.

Esta doctrina es "de una gran luminosidad y agudeza -de una prudente sobriedad y circunspección- y resulta ser, en definitiva, más 'moderna' y actual que otras síntesis sobre la Trinidad". "San Agustín es el que mejor enfocó en Occidente el tema trinitario". Incluso hoy sus preguntas son las nuestras; los problemas que él se plantea y no resuelve, no han pasado; sus intentos por comprender la Trinidad desde las imágenes creadas continúa siendo un ejemplo para nuevas búsquedas.

Los temas que se han introducido sobre Jesucristo, aunque parecen ser apéndices, sirven para darse cuenta de la dimensión histórica y económica, de la Trinidad. Se da en él un pensamiento histórico, exegético, filosófico y especulativo.

Apoyado y sostenido en lecturas de obras ya divulgadas sobre este tema, emprendió la búsqueda de cuanto juzgo se puede piadosamente investigar y escribir referente a la Trinidad. Cita a autores latinos como Ambrosio, Jerónimo, Hilario, Eusebio Vercelense, Tertuliano y Mario Victorino; y griegos como Clemente de Alejandría, Orígenes, Basilio, Juan Crisóstomo, Dídimo el Ciego, Gregorio Nacianceno e Ireneo de Lyon.

San Agustín propone al principio de su obra el plan que desea seguir: *Primero es necesario probar, fundado en la autoridad de las Santas Escrituras, si esto es lo que dice la fe. Luego, si Dios quiere y nos socorre, ayudaremos quizás de tal modo a estos gárrulos³⁹ racionadores, más hinchados que capaces, y por ello enfermos de una gran enfermedad, para que encuentren algo de lo cual no puedan dudar, poniendo en tela de juicio, a causa de lo que no son capaces de entender, su propia inteligencia antes que la verdad misma o la validez de nuestras razones.*

Según ese planteamiento, el escrito que comienza a escribir san Agustín constaría de dos partes. Una escriturística. Se trata de probar que la fe de la Iglesia se corresponde con lo que dice la Escritura. San Agustín parte, pues, de la fe de la Iglesia, e intenta demostrar que esta fe coincide con lo que dice la Escritura. En esta parte tendrá que vérselas con los que tienen una idea de Dios diferente de la católica e interpretan la Escritura de otro modo que los intérpretes católicos, los arrianos o seminarianos. Una vez aclarada la coincidencia de la Escritura con la confesión de fe católica, el santo quiere dedicarse a ayudar a los que dudan o niegan esta verdad a ir más allá: mediante la razón, la agudeza y profundización inteligente, hacerles descubrir esta verdad. Esta sería la segunda parte, que suele llamarse especulativa. De esta manera volverán de nuevo a la fe y al orden.

Cuando san Agustín entra a tomar parte del debate teológico, la fe en la divinidad de Jesucristo y del Espíritu Santo se había ya consolidado. El Concilio de Nicea (325) y el de Constantinopla (381) habían conseguido implantarse.

La afirmación de la consustancialidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo estaba admitida. Sin embargo no estaban todos los problemas resueltos. San Agustín quiere, por interés propio, abordar la solución de estos problemas. Para

³⁹ Se dice de las personas que son muy habladoras o se extienden demasiado al explicar las cosas.

ello se propone su propio punto de partida. Parte, ciertamente, de la fe de la Iglesia, pero enunciada de manera especial: a partir de la unidad divina y de la igualdad de las personas. Esto se nota fácilmente al confrontar sus propias palabras: *Por lo cual, con la ayuda del Señor, nuestro Dios, intentaré contestar, en cuanto pueda, a la cuestión que mis adversarios piden, a saber: que la Trinidad es un solo, único y verdadero Dios, y cuán rectamente se dice, cree y entiende que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una misma esencia o sustancia.* Se trata, pues, de demostrar o mostrar que Dios es la Trinidad y que no hay ni ha habido otro Dios que la Trinidad. Es verdad que se supone un largo recorrido dentro de la Iglesia, para llegar a la afirmación hecha. Había que probar la divinidad de Jesucristo y del Espíritu Santo. Pero ahora san Agustín da un paso más adelante. Se sitúa en el punto final de un proceso. No busca en la Escritura que Jesucristo sea Dios o que el Espíritu Santo lo sea; esto ya había sido hecho. Busca demostrar que el Uno es Trino; que lo que judíos y paganos tenían por Dios Uno, Bueno, Poderoso, necesariamente era La Trinidad.

Durante mucho tiempo se vio a san Agustín como el causante de que la teología occidental fuera demasiado filosófica, independiente de la Encarnación. Hoy ya no se anda más por estos caminos. Se reconoce el talante especulativo de san Agustín, pero también la dimensión económica de su teología.

Después de afanarse, san Agustín, no le queda más que volver a fijar su atención en la regla de fe. Pero con el ansia siempre nueva de seguir buscando:

“Busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontremos con el afán de buscar. Cuando el hombre cree acabar, entonces principia. Pues se busca para que sea más dulce el hallazgo; se encuentra para buscar con más avidez”.

El símbolo de la fe

Seguimos aquí a Muñoz Alonso (1943)⁴⁰ para quien todas las ideas de san Agustín están polarizadas en la Verdad, en Dios. Pero no un Dios sinaítico, sino un Dios saciador de anhelos de vida, un Dios «causa subsistendi, et ratio intelligendi, et ordo vivendi», en acepción platónica.

⁴⁰ Adolfo Muñoz Alonso nació en Peñafiel, Valladolid, el 7 de julio de 1915. Realizó estudios de Teología y Filosofía en Roma, donde le sorprende la sublevación militar que dio origen a la Guerra Civil. Obtiene el doctorado en Teología en 1937, y en 1941, el de Filosofía por la Universidad de Murcia. Fue delegado nacional del Profesorado y Presidente del Instituto de Estudios Sindicales. En 1944 consiguió por oposición la cátedra de Historia de la Filosofía de la Universidad de Murcia, en 1956 la de Valencia y en 1961 la de Madrid, de la que fue Rector. Fue profesor y conferenciante en países de Europa y América, y su presencia ha sido reconocida con distinciones académicas: Miembro de honor de las universidades nacionales argentinas doctor "honoris causa" de la Universidad Católica de Santiago de Chile, profesor extraordinario de la Universidad Católica de La Plata, miembro honorario del Consejo Investigador de Monterrey (México), presidente del Instituto Internacional de Estudios Europeos "Antonio Rosmini" de Bolzano (Italia), presidente de la Sociedad Iberoamericana de Filosofía, consultor del Secretariado Pontificio para los no creyentes, y relator oficial en los Congresos Internacionales de Filosofía XII (1958) y XIII (1963), celebrados en Venecia y México respectivamente. Falleció en Santander dirigiendo un curso en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en el verano de 1974.

Para Agustín la fe, el conocimiento, no es sino una forma genuina de amar. La fe no subsiste en sí misma; es más bien condición necesaria de la caridad. Es lo que se admira en todas las páginas en que desarrolla el Símbolo hermosa y claramente. En uno de sus sermones dice: *“Creemos en Dios. Creer en Dios es algo más que confesar su existencia y su veracidad. Reconocer en Dios a la verdad infalible, muchos lo hacen; confesando la divinidad de la Escritura no obran conforme a sus máximas. La existencia de Dios los mismos demonios la aseguran. Creer en Dios es algo más: es amar a Dios, confesarle, a juntar nuestras obras y nuestras palabras, nuestra mente y nuestro corazón a esa verdad en la que vivimos y nos movemos. Porque sin amor no hay fe verdadera”*.

Este vocablo—Símbolo—recibe su origen del pacto que como fundamento de su unión establecen entre sí los negociantes. *“Nosotros, dice, negociamos por un lucro más encumbrado aún que las riquezas terrenas; buscamos la margarita preciosa de que nos habla el Evangelio. La base espiritual es el Símbolo. Es el distintivo, la tésera, por la que son reconocidos los fieles de la Iglesia de Jesucristo. No basta tenerlo en la mente como conclusión silogística; hay que abrazarlo con fe viva. Creyéndolo con todo nuestro corazón viviremos bajo el cetro de Dios; quien ordenará nuestras costumbres y limpiará de afectos inúndanos nuestro corazón. Purificado el corazón, presto podremos entender lo que creemos”*.

“Recibe también el nombre de Confesión y Sacramento. Confesión que abraza no solo a los fieles de Hipona, sino a toda la Iglesia difundida por el mundo. Lo que a nosotros vivifica es también lo que todos los miembros de Jesucristo creen y respiran. No cabe duda alguna de la más pequeña de sus fórmulas. Todas son palabras de Dios, y Dios es veraz y sapientísimo. Como recibieron la fe los apóstoles, así la consignaron. Si se ofrenda a los fieles en fórmulas concisas es únicamente para que todos, aun los idiotas, puedan decir y poseer lo que creen. En él se contiene lo que debemos creer para salvarnos. En fórmulas, a primera vista, tan sencillas está encerrada toda la doctrina católica. Sus palabras son el fundamento sobre el que se asienta Nuestra Santa Madre la iglesia. Al fin no es otro más que Jesucristo mismo. Ya que Jesucristo vive en sus palabras”.

“Aprendedlo bien, exclama, saboreadlo, entrañaros su sentido; enseñadlo a vuestros hijos. Los paganos se valen de hechicerías y sortilegios; nosotros tenemos el Símbolo, que nos preserva y siempre al exponer el inmunes de todo peligro. Si nos signamos con su fe, nada ni nadie podrá jamás dañarnos. El Símbolo ha de ser como la luna del espejo en que diariamente nos miremos. No emperezcamos en obra tan santa. Repetidlo hasta la saciedad, les dice a sus oyentes. Así veremos nuestra fe en todo momento y nos gozaremos en ella. Sea el Símbolo nuestro tesoro máspreciado. El ropaje áureo de nuestra memoria. Si vestimos todos los días y arropamos el cuerpo con nuestras galas, hermoseemos también nuestra alma y engarcemos nuestra memoria con las perlas de la fe”.

Pensamiento de san Agustín

El tema central del pensamiento de San Agustín de Hipona es la relación del alma, perdida por el pecado y salvada por la gracia divina, con Dios, relación en la que el mundo exterior no cumple otra función que la de mediador entre ambas partes. De ahí su carácter esencialmente espiritualista, frente a la tendencia cosmológica de la filosofía griega. La obra del santo se plantea como un largo y ardiente diálogo entre la creatura y su Creador, esquema que desarrolla explícitamente en sus *Confesiones*.

Si bien el encuentro del hombre con Dios se produce en el amor, Dios es concebido como bien y verdad, en la línea del idealismo platónico. Sólo situándose en el seno de esa verdad, es decir, al realizar el movimiento de lo finito hacia lo infinito, puede el hombre acercarse a su propia esencia. Según algunos autores su visión pesimista del hombre contribuyó a reforzar el papel que, a sus ojos, desempeña la gracia divina, por encima del que tiene la libertad humana, en la salvación del alma. Este problema es el que más controversias ha suscitado, pues entronca con la cuestión de la predestinación, y la postura de San Agustín contiene en este punto algunos equívocos.

En este apartado veremos cómo fue el pensamiento del santo y cómo se lo considera hoy en día. Para ello analizaremos con Ferrer ⁴¹ y Román ⁴² (2010) algunos aspectos globales y luego entraremos a los específicos siguiendo en este

⁴¹ Urbano Ferrer Santos, Doctorado en la Universidad Complutense. Catedrático de Filosofía Moral de la Universidad de Murcia, Profesor Visitante de las Universidades de Dresde (Alemania) y Lublin (Polonia). En el área de la Fenomenología se ha ocupado de modo particular del pensamiento de Husserl, Edith Stein y Adolf Reinach. Ha colaborado como ponente en varias Jornadas de la AEP. Es miembro de la Sociedad Española de Fenomenología (SEFE), así como miembro fundador de la Asociación Española de Personalismo (AEP). Entre sus libros destacan *Perspectivas de la acción humana* (PPU, Barcelona, 1990); *Filosofía Moral* (PUM, Murcia, 1997); *¿Qué significa ser persona?* (Palabra, Madrid, 2002); *Desarrollos de Ética fenomenológica* (Albacete, 2003); *La trayectoria fenomenológica de Husserl* (Eunsa, 2008); *El principio antropológico de la Ética. En diálogo con Zubiri* (Thémata, 2011); en colaboración con S. Sánchez-Migallón, *La Ética de Husserl*, 2ª ed. ampliada (Thémata, 2018); *Para comprender a Edith Stein* (Palabra, 2015). Ha participado en buen número de Congresos nacionales e internacionales, en Alemania, Salzburgo (Austria), La Sorbona, Córdoba (Argentina), Santiago de Chile. Ha sido investigador en distintos proyectos subvencionados por el Ministerio o bien por la Generalitat de Valencia, últimamente sobre temas de Bioética. En este sentido, ha colaborado en los Proyectos Investigadores “Células troncales: aspectos filosóficos, jurídicos y sociales” y “Presupuestos para una regulación jurídica convencional del uso y producción de células madre en España y la Unión Europea”. Ha dirigido quince tesis doctorales. Se le concedió la Medalla Alfonso X el Sabio de reconocimiento investigador por la Universidad de Murcia en 2013. Cuenta con cuatro sexenios investigadores.

⁴² Ángel Damián Román Ortiz nació en Orihuela en 1973. Es doctor cum laude en Filosofía por la Universidad de Murcia con una tesis sobre la influencia de San Agustín de Hipona en la ética y los valores contemporáneos (2011). Es premio Nacional Fin de Carrera de educación universitaria (2006) y licenciado en Derecho. Forma parte del grupo de investigación Noesis de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Murcia, donde realiza su actividad investigadora sobre el amor y los valores. Ha publicado diversos trabajos en diferentes revistas entre las que destaca *Daimon*. Y también *Carthaginencia* de la Universidad de Murcia. En esta última publicó en 2014 un artículo sobre “La influencia de San Agustín en el concepto de amor de Scheler”. Igualmente en *Studia Gilsoniana* publicó en el 2012 el artículo “Valor y educación del amor según Max Scheler y san Agustín de Hipona”.

último caso a Peña (2011). Todo ello libremente, es decir eligiendo los párrafos que consideremos que sintetizan las ideas que se están tratando.

Aspectos globales

La superación del escepticismo académico

“Se pueden destacar ciertos hitos fundamentales en la biografía de san Agustín por la relación que tienen con su evolución intelectual. Uno de ellos es la lectura de Cicerón, que le impulsó a dedicarse a los problemas filosóficos y a consagrar sus esfuerzos intelectuales a ellos cuando sólo tenía diecinueve años. La lectura de la obra Hortensio llevó al joven Agustín a acercarse al terreno de la filosofía. Se trataba de una apología de la filosofía. Cicerón (106-43 a. C.), filósofo ecléctico sostenía un escepticismo moderado conveniente, según él, para defenderse frente al dogmatismo”.

“Por otro lado, también rechazaba el escepticismo radical por una razón de carácter moral y social más que epistemológico: es necesario que exista un consenso universal y unas ideas innatas para mantener la cohesión social. En sus Cuatro libros académicos sostenía que era suficiente para la vida práctica alcanzar una seguridad transitoria basada en una probabilidad subjetiva”.

“No es difícil apreciar la relación existente entre la obra citada de Cicerón y uno de los primeros escritos filosóficos de Agustín. Nos referimos, naturalmente, a su obra *Contra Académicos* que, junto con dos obras más, *Sobre la felicidad* y *Acerca del orden* que fueron terminadas en noviembre de 386 en Casiciaco”.

Escrita en forma de diálogo, y evidenciando una cierta influencia platónica, *Contra Académicos* recoge la refutación del escepticismo académico sin ambages. La cuestión central que domina la obra consiste en si es necesaria la posesión de la verdad para ser feliz. San Agustín rebatió la tesis de Cicerón de que bastaba la investigación de la verdad, aun sin alcanzarla, para lograr la felicidad. Dando por sentado que todo hombre aspira a la felicidad, el santo de Hipona defiende que ésta se alcanza viviendo conforme a la razón. De modo que, siendo ésta el órgano de la verdad, no tendría sentido vivir conforme a la razón si ésta renunciase al objeto de su actividad: el conocimiento de la verdad”.

“El cristianismo es para san Agustín la culminación de la Filosofía, entendida como sabiduría. De ahí que identifique sabiduría con sabiduría cristiana y Filosofía con religión. Pero lo que formula San Agustín no es una doctrina religiosa sin más: es la filosofía verdadera, la sabiduría que ha alcanzado con el cristianismo su plenitud. No obstante, se debe subrayar que el interés de la investigación filosófica agustiniana es eminentemente práctico, no especulativo. Quiere que los resultados de su investigación le sirvan para alcanzar la felicidad. Por esa razón, en el Doctor de la gracia aparecen imbricados tanto los aspectos teóricos como los

aspectos prácticos de la investigación filosófica: *Dios no es sólo el fundamento de la verdad sino que es también la fuente de la felicidad*”.

La certeza de la autoconciencia

“Una vez que se ha sentado que no hay felicidad sin sabiduría ni sabiduría sin verdad, y que la duda es la auténtica enemiga de la razón, san Agustín va a concluir afirmando la certeza de la autoconciencia en virtud de un razonamiento puramente filosófico, precedente directo del *cogito ergo sum* cartesiano, que podemos sintetizar en los siguientes estadios: 1º) la intuición intelectual coloca, cualquiera que sea la profundidad de la duda, ante una certeza: yo dudo; 2º) esa duda se realiza mediante el acto de pensar, de modo que la duda supone una nueva certeza: yo pienso; 3º) aunque en todas las cosas me engañara, no podría engañarme si no existiera, de forma que se llega así a la certeza de la autoconciencia: Yo existo. Por consiguiente, cualquiera que sea el nivel de la duda planteada, Agustín de Hipona la ha derrotado definitivamente con el célebre aforismo: «si me engaño, existo, pues quien no existe no puede tampoco engañarse» [*La ciudad de Dios: XI, 26*] La certeza indubitable del conocimiento existencial del «yo» acompaña a toda operación mental”.

“El autoconocimiento del alma puede ser de dos tipos: a) conocimiento existencial, como percepción o experiencia individual inmediata, no conceptualizable ni comunicable a otros hombres, por la que se constata intelectualmente el ser del alma; y b) conocimiento esencial, por el que se obtiene una definición de la esencia que debe tener el alma para ser alma, no desde la generalización del conocimiento existencial, que posee un carácter temporal y mutable, sino desde la intelección esencial que facilita el verdadero conocimiento, de carácter inmutable y eterno”.

Escribe san Agustín a este respecto: “*No es viendo con los ojos del cuerpo una muchedumbre de mentes como nos formamos, por analogía, un concepto general o concreto de la mente humana, sino contemplando la verdad indeficiente, según la cual definimos, en cuanto es posible, no lo que es la mente de cada hombre, sino lo que debe ser en las razones eternas* [*La Trinidad: 9, 6, 9*]. A su vez, la presencialidad del alma tiene dos formas: conociéndose y pensándose. El santo de Hipona expone la diferencia entre el conocer (*noscere*) y el pensar (*cogitare*) con el ejemplo del médico que sabe la gramática: cuando actúa como médico piensa en la medicina y no en la gramática, lo que no impide que la conozca. Para aclarar el problema de la presencialidad del alma Santo Tomás de Aquino, al profundizar siglos más tarde en la metafísica del espíritu agustiniano, introducirá los conceptos aristotélicos de acto y potencia, caracterizando: a) la noticia conocida como un conocimiento habitual; y b) la que se da en el pensar, como conocimiento actual [*Santo Tomás, De anima: q. 1, a. 15, ad. 17*]. Dicho pensar, como conocimiento esencial, se puede definir como el acto de la inteligencia por el que se busca conocer la verdad esencial y que necesita el auxilio de la iluminación divina”.

La investigación agustiniana de la verdad

Al principio de *Soliloquios*, san Agustín define los objetivos de su tarea de investigación filosófica: conocer a Dios y conocer el alma. Dicha investigación no requiere dos vías diferentes, como podría parecer a primera vista, sino que se resume en una: puesto que Dios está en la más profunda intimidad de nuestra alma, buscar a Dios requiere recogerse en el alma y recogerse en el alma supone encontrar a Dios. Así las cosas, la mirada hacia dentro mediante la que se inicia la búsqueda de Dios y del alma significa un confesarse. Dicha confesión no se agota en la mera descripción de un estado sentimental interior sino que trata de aclarar los problemas más profundos que radican en el núcleo del alma, arrojando luz sobre la propia existencia. Éste es el significado del célebre aforismo pronunciado por el de Hipona: «*No salgas de ti mismo, vuelve a ti, en el interior del hombre habita la verdad*» [*La verdadera religión*: 39]. San Agustín asume un método de investigación filosófica que se basa, con las debidas matizaciones, en la dialéctica característica de la tradición platónica. Así se aprecia en *Acerca del orden*, una de sus primeras obras, en la que considera: a) que la filosofía se resuelve en una investigación de la unidad; b) que la razón no es sino la capacidad de distinción y unión; y c) que la investigación del alma o de uno mismo debe ser anterior a la investigación de Dios [*Acerca del orden*: II, 18]. Pero lo anterior no justificaría la originalidad agustiniana, que no sería tal si el Doctor de la gracia se hubiera quedado ahí. En *Soliloquios*, cuando se refiere a las condiciones de la visión racional, añade los siguientes requisitos que completan su propio método de investigación filosófica: a) el alma debe ser apta para conocer la verdad, para lo cual debe recibir la ayuda de la gracia, es decir, el alma debe ser sana, estar purificada mediante las virtudes sobrenaturales de la fe, la esperanza y la caridad para poder conocer la verdad y ver a Dios; b) estando sana el alma por las virtudes teologales, es preciso que mire, y esta mirada es la que propiamente lleva a cabo la razón; c) se requiere que el alma no sólo mire, sino que también vea, para lo que debe poseer la virtud, definida en un primer momento como recto orden de la razón”.

“No obstante, se debe advertir que el concepto agustiniano de virtud evolucionó desde el racionalista *ordo est rationis* de las obras de Casiciaco, hasta el emocional *ordo est amoris*, escrito más tarde en *De moribus Ecclesiae* tras su ordenación sacerdotal. Precisamente la originalidad y la modernidad de Agustín se encuentran en conciliar razón y amor, esto es, en integrar con la razón la sana emoción que se vuelca en Dios como condición sine qua non de la visión racional de la verdad”.

La doctrina de la iluminación agustiniana

“La percepción de lo inteligible de la que brota la sabiduría, a diferencia de Platón, no depende de la reminiscencia del mundo de las ideas sino de la irradiación divina de la luz eterna de la razón. En esta cuestión san Agustín se interesó por el modo de percibir la verdad inteligible, y no tanto por el modo en que se produce el mecanismo de la abstracción, que será tratado siglos más tarde de modo mucho

más detallado por Santo Tomás de Aquino. No obstante, se aprecia en esta cuestión en San Agustín un motivo neoplatónico que se remonta, en última instancia, a la comparación platónica entre la idea de Bien y el sol. Como es sabido, para Plotino el Uno o Dios se identificaba con el sol de lo inteligible, esto es, con la luz trascendente. En esta línea, el Doctor de la Gracia también sostiene que es imposible percibir la verdad inmutable de las cosas si no están iluminadas como por un sol [*Soliloquios: I, 6*]. Pero dicho sol es para el Obispo de Hipona la luz divina del Dios cristiano, que ilumina la mente humana y la capacita para percibir las notas de necesidad e inmutabilidad de las verdades eternas. Del mismo modo que el ojo, mediante la luz del sol que los hace visibles, ve los objetos sensibles, la mente humana, mediante la luz inteligible procedente de Dios, comprende y es capaz de ver las ideas ejemplares o verdades eternas: Las ideas son las (a) formas principales, las razones estables e invariables de las cosas, (b) que en sí mismas son no formadas, y por eso son eternas, siempre permaneciendo de un mismo modo en el divino entendimiento. (c) No nacen ni mueren, sino que según ellas se forman todas las cosas que pueden nacer o existir y las que en realidad nacen y perecen. (d) No toda alma, sino el alma racional las puede intuir con aquella parte más excelente que tiene y que se llama mente o razón, como con una especie de ojo o vista interior e inteligible. (e) Aún más, esta intuición de las ideas no las logra un alma racional cualquiera, sino el alma pura y santa, que tiene una vista sincera, serena, sana y semejante a las cosas que intuye en su inteligibilidad [*Ochenta y tres cuestiones diversas: q. 46*].

“Se debe subrayar que, lejos de interpretaciones ontologistas, no parece seguirse que la mente humana perciba la iluminación misma, es decir, el mismo Dios o sol inteligible. La mente humana no puede contemplar directamente la mente divina ni, por tanto, las ideas ejemplares contenidas en ella. Todo lo que puede alcanzar la razón humana, finita y limitada, son las características de eternidad y necesidad de las verdades eternas y necesarias, hechas visibles a la mente humana mediante la actividad iluminativa de Dios”.

“Queda planteado así el problema del estatuto ontológico de las ideas divinas en relación con la doctrina de la iluminación agustiniana. Frente a interpretaciones ontologistas habría que decir que se trata de una iluminación refleja, cuyas características serían las siguientes: a) la iluminación que Dios ofrece a la mente humana es luz reflexiva, esto es, imagen de la Luz eterna proyectada en el alma humana; b) el alma humana es capaz de percibir las ideas inteligibles, pero no es capaz de percibir las ideas en su esencia total y completa, sino que lo que recibe es sólo un reflejo; c) sólo en esa iluminación refleja se puede ver, como un reflejo y nunca directamente en su esencia, a Dios; y d) la iluminación refleja no suministra conceptos, sino que capacita al alma para identificar lo absoluto, necesario y eterno de las cosas”.

La verdad y los niveles del conocimiento

“En *Contra Académicos* el santo de Hipona superó los argumentos escépticos afirmando la posibilidad del hombre de alcanzar la verdad. Cualquiera que sea la

profundidad de la duda planteada, el Doctor de la gracia defendió la capacidad racional humana para poseer la verdad, considerada ésta dentro de sus límites. Las verdades indubitables que planteó san Agustín fueron las siguientes: a) cualquiera que sea el nivel de duda al que acceda, de lo que puedo estar cierto es del principio de no contradicción: de dos proposiciones disyuntivas contradictorias, una es verdadera y la otra es falsa; b) por lo que se refiere a los sentidos, es cierto que pueden presentarme apariencias que en el fondo no son verdad, como en el caso de la apariencia del remo torcido metido en el agua, pero si me limito a asentir diciendo que «me parece que el remo está torcido» no me engaño, pues no estoy dando asentimiento más que al hecho de la apariencia. Y es que para la vida práctica se necesita el conocimiento sensorial, de la misma forma que depende de los sentidos gran parte del conocimiento humano; c) el hombre puede estar cierto, así mismo, de las verdades matemáticas; d) también puede estar cierto de la capacidad de dudar pues, en cualquier caso, el hombre sabe que duda; e) en cuanto a las existencias reales, el hombre sabe de su propia existencia, a la que San Agustín asocia la certeza de la propia vida y del entendimiento: la certeza de la propia existencia requiere que el hombre esté vivo y entienda el hecho de la propia vida y de la propia existencia, de modo que el hombre sabe que existe, que vive y que entiende; f) pero, además de eso, se puede añadir otra certeza más: el hombre sabe lo que quiere; de ahí que en *La ciudad de Dios* san Agustín afirme no sólo la certeza de la propia existencia sino también la certeza del amor a ella y de su conocimiento: «*existimos, y sabemos que existimos, y amamos ese hecho y nuestro conocimiento de él*» [*La ciudad de Dios: XI, 26*].

“Lo que interesó realmente a San Agustín fue el conocimiento de las cosas eternas -las ideas ejemplares o los inteligibles-, y su relación con Dios. En esto consiste la sabiduría (ratio superior), así que su actitud hacia los objetos sensibles es platónica: no puede obtenerse verdadero conocimiento de ellos por su carácter mudable, lo que les priva del status de verdadero objeto de conocimiento. Siendo la sensación común a hombres y animales, al hombre le diferencia del animal la posibilidad de conocimiento racional de los objetos corpóreos (ratio inferior), de forma que los niveles del conocimiento serían los siguientes: a) el nivel inferior de conocimiento lo constituye la sensación, común entre el hombre y los brutos; b) en un nivel intermedio se sitúa el conocimiento racional, dirigido a la acción, que supone el uso de los sentidos y se dirige a los objetos sensibles, pero en el que la mente juzga los objetos corpóreos de acuerdo con modelos eternos e incorpóreos (ratio inferior); y c) el nivel más alto lo constituye la contemplación que hace la mente de las cosas eternas por sí mismas, sin intervención de la sensación, lo que se conoce como sabiduría, de carácter puramente contemplativo (ratio superior).

El mismo modo que la sensación refleja los objetos corpóreos en los que tiene su fundamento, las verdades eternas reflejan también su fundamento. Éste no puede ser sino la Verdad misma, el Ser necesario e inmutable, esto es, Dios. La necesidad e inmutabilidad de las verdades eternas son reflejo de la necesidad e inmutabilidad de Dios. Dios es el fundamento de todas las normas, ideas o modelos ejemplares. En este sentido, se encuentra en san Agustín un precedente

del célebre *Proslogio* de san Anselmo y su argumento ontológico de la existencia de Dios, partiendo de la definición de Él como aquello mayor que lo cual nada puede ser concebido. Así, el santo de Hipona escribió varios siglos antes que «*todos concurren en creer que Dios es aquello que sobrepasa en dignidad a todos los demás objetos*», refiriéndose al único Dios de dioses como «*algo más excelente y más sublime que lo cual nada existe*» [*La doctrina cristiana: 1, 7, 7*]

El problema del tiempo

“La solución de Agustín de Hipona al problema del tiempo se conoce como la teoría del triple presente. Frente a los argumentos escépticos, que niegan la propia existencia del tiempo, la experiencia articulada en el lenguaje es suficiente para refutarlos y, en concreto, el testimonio de la historia y de la previsión permiten afirmar la existencia de las cosas futuras y de las cosas pasadas: Habría que decir que los tiempos son tres: presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las futuras. Las tres existen en cierto modo en el espíritu y fuera de él no creo que existan [*Confesiones: XI, 20, 26*]”.

“Admitida la realidad del tiempo, el pasado no sería sino memoria de lo que ha dejado de existir, el futuro se definiría como la expectación de lo que no existe todavía y el presente no consistiría más que en la atención sobre un punto, un instante que pasa y que carece de duración. Pero quedaría por resolver el problema de la medición del tiempo. San Agustín había afirmado la posibilidad de la medida del tiempo en el alma humana por cuanto permanece la impresión – *affectio*- de las cosas al pasar. Dicha impresión, que supone un elemento pasivo, debe colocarse en relación con un elemento activo: la actividad del espíritu que se extiende como memoria, atención y espera en direcciones opuestas. Así que la extensión del tiempo se aprecia, según el santo de Hipona, en la distensión del espíritu humano, solución que Plotino había apuntado en relación con el espíritu del mundo. La relevancia del elemento activo, de carácter psicológico, se pone de relieve a medida que san Agustín desarrolla su argumentación y describe el presente, no ya como un punto que carece de duración, sino como una intención presente. La atención merece llamarse intención por cuanto asegura el tránsito del tiempo: la intención presente traslada el futuro al pasado, hasta que, consumido el futuro, todo se convierte en pasado. La actividad del espíritu permite la vivencia del tiempo, ya que no habría futuro ni pasado sin una espera y sin un recuerdo. Es decir, la impresión del tiempo depende de la actividad de un espíritu que espera, atiende y recuerda. La memoria y la espera radicarían en el espíritu humano como imágenes-huella e imágenes-signo, respectivamente. Aunque el presente se redujera a un punto, en la medida en que la atención hace pasar el tiempo, y dicha atención perdura, se explica la medición del tiempo en el alma humana. Frente a la temporalidad humana, la eternidad es para san Agustín siempre estable, estabilidad consistente en que todo está presente -a diferencia del tiempo, que nunca está presente en su totalidad. San Agustín considera que el tiempo ha sido creado con el mundo, pero deja abierta la posibilidad de la existencia de otros tiempos antes del mundo, reservando así a los seres angélicos una dimensión temporal. Por lo tanto, la idea central que caracteriza el tiempo según San Agustín

es el ser creado. Por ese motivo, cualquier especulación acerca del tiempo antes de la creación es absurda, como absurda sería la atribución de temporalidad a Dios, el Ser eterno: «Tú precedes a todos los tiempos pasados por la magnitud de la eternidad, siempre presente» [*Confesiones: XIII, 13, 16*].

Elementos fundamentales de la ética agustiniana

La virtud agustiniana se definió en *La Ciudad de Dios* en términos de *ordo amoris*: amar lo que debe ser amado [*La Ciudad de Dios: XV, 22*]. Por ese motivo, las virtudes teologales -fe, esperanza y caridad- eran consideradas superiores a las cuatro virtudes morales tomadas de Platón -fortaleza, justicia, prudencia, templanza. No en vano las primeras ordenan la vida hacia Dios, mientras que las segundas ordenan la vida del alma y de la sociedad. No sólo eso, sino que, en virtud de su jerarquía natural, también las virtudes morales debían estar ordenadas hacia Dios. Las virtudes eran concebidas por San Agustín como variados afectos o manifestaciones del amor, y el mandamiento del amor a Dios y al prójimo las reunía a todas: aquí está la ética, puesto que una vida buena y honesta no se forma de otro modo que mediante el amar, como deben amarse, las cosas que deben amarse, a saber, Dios y nuestro prójimo [*Epístolas: 137, 5, 17*].

A san Agustín de Hipona le interesa conocer a Dios como fuente de felicidad eterna, y conocer al alma no sólo porque Dios se revele en el interior del hombre, sino también porque la unión con Dios se produce por medio del amor. Y el amor es el lugar donde se encuentra el alma: «Los cuerpos están contenidos en los lugares; mas para el alma, el propio afecto es su lugar» [*Enarraciones sobre los salmos: 6, 9*]. Por eso, la investigación acerca del alma humana como espíritu se tradujo en una exposición del amor verdadero, y la Filosofía de Agustín se convirtió en una investigación acerca del amor. Una investigación acerca del amor cuyo concepto nuclear es el de orden del amor en la medida en que el eudemonismo trascendente agustiniano define la virtud precisamente así: «Una definición breve y verdadera de virtud es el orden del amor» [*La ciudad de Dios: XV, 22*].

San Agustín fue pionero en hacer evolucionar el concepto ético de virtud, desde la clásica «disposición del alma conforme a la naturaleza y a la razón» [*Ochenta y tres cuestiones diversas: q. 31*] –*ordo est rationis*- hasta la consideración de la misma como «manifestación del amor» [*Las costumbres de la Iglesia y las de los maniqueos: I, 15, 25*] –*ordo est amoris*. De ese modo se consumó la consagración de la investigación ética del amor y de los afectos del hombre, quedando el concepto intelectualista de razón relegado a un segundo plano en cuestiones morales. La razón del corazón humano no es otra que el amor. Conviene aclarar entonces, dada la centralidad del concepto, qué entiende el Doctor de la gracia por amor.

El amor

“Desde un punto de vista histórico se pueden distinguir tres concepciones del amor: una concepción antigua, una concepción cristiana y una concepción moderna del amor”.

“Según la noción antigua del amor, cuyo ejemplo se encontraría en Aristóteles, el universo puede ser entendido como una cadena de unidades dinámicas espirituales, jerarquizada desde la materia prima hasta las esferas celestes, en la que lo inferior aspira a lo superior y es atraído por éste hasta llegar a la divinidad, no amante, que supone el término eternamente inmóvil de todos los movimientos del amor. El amor, como ya pusiera de relieve Platón [Platón, *El Banquete*: 203b-204b], es una aspiración o tendencia de lo inferior hacia lo superior, del no-ser al ser, un amor de la belleza, de forma que lo amado sería lo más noble y perfecto. De ahí se desprende una cierta angustia vital en el amado, en la medida en que teme contaminarse al ser arrastrado por lo inferior, y que constituye la principal diferencia entre la concepción antigua y la cristiana del amor”.

“Por el contrario, en la concepción cristiana se da un cambio de sentido en el movimiento del amor, es decir, una inversión del movimiento amoroso. El amor parte de lo superior y se dirige hacia lo inferior no con el temor de ser contaminado sino con la convicción de alcanzar lo más alto en ese acto de humildad y humillación de rebajarse a sí mismo. De ahí que la primera iniciativa en el amor parta de Dios. El amor es sobrepuesto a la esfera racional, según san Agustín, para quien el amor a Dios nos hace más bienaventurados que toda razón. El amor es considerado por San Agustín la dimensión más fundamental del espíritu humano, responsable de su movimiento tendencial: «*El peso mío es mi amor; por el peso de mi amor soy llevado adondequiera que voy*» [Confesiones: XIII, 9]”.

“San Agustín concibe el universo como una jerarquización de bienes dispuestos en diferentes niveles de perfección y bondad, en cuanto semejanzas, vestigios o imágenes más alejadas o cercanas a Dios. Dios ha creado todas las cosas, materiales y espirituales, y las crea, según las Sagradas Escrituras, con medida, número y peso. San Agustín puso estos conceptos bíblicos en relación con la estructura triádica modo, especie y orden que definía la estructura general de los bienes del universo: entendemos por medida la que determina el modo de existir de todo ser, y por número el que suministra la forma de la existencia, y por peso el que reduce a la estabilidad y quietud a todo ser [Del génesis a la letra: IV, 3, 7]. El modo es aquello por lo que las realidades finitas existen y son concretas, pudiendo estar y actuar en un cierto lugar y espacio temporal. La especie supone la dimensión esencial de las cosas, el aspecto conceptualizable que atrae la inteligencia y es reflejo de las Ideas divinas. El orden es un elemento relativo fundado en los anteriores, que son absolutos, consistente en el dinamismo tendencial de las cosas según su especie, que supone una inclinación tanto de apetición o búsqueda como de difusión de sí. Identificado con el peso, el orden inclina a la acción y a su fin”.

“Esta tríada ontológica sirve también para establecer un paralelismo con la estructura tridimensional del espíritu humano según san Agustín como mente,

noticia y amor. La mente, que expresa la misma naturaleza del alma humana, es su especie; la noticia, como autoconciencia o conocimiento que tiene el alma de sí, en el hombre se da en el plano existencial del modo; y, finalmente, el amor, con el que el espíritu se ama a sí mismo, reproduce el orden o dinamicidad que el alma desarrolla respecto a sí. Así mismo, la actividad inmanente del alma humana desplegada en memoria, inteligencia y voluntad, se define mediante la misma estructura de modo, especie, orden: a) la memoria es el modo de la vida del espíritu como unidad originaria del alma en su triple dimensión de mente, noticia y amor, que posibilita la presencialidad en el orden existencial; b) la inteligencia es la especie de la actividad inmanente del espíritu, porque nace de la memoria y expresa en su interior la palabra interna orientada en el horizonte de lo esencial; c) la voluntad, que surge también de la memoria, es el orden o inclinación del espíritu como tal. El amor es para san Agustín la fuerza de la voluntad en el hombre. Su importancia radical estriba en constituir el verdadero corazón del alma. Así como todas las facultades y actividades del espíritu son movidas por la voluntad, el amor que mueve a la voluntad es lo que da sentido y unidad a todas las operaciones humanas. Mucho antes que Scheler escribiera, ya en el siglo XX, que el *ordo amoris* de un hombre permite poseerlo, Agustín de Hipona ya había caracterizado esencialmente al hombre por su amor. Sus pasiones o sus movimientos de la voluntad se califican por el amor que los vivifica. Por eso afirmaba que «*los hombres se especifican por su amor*» [Sermones: 96, 1, 1]”

Clases de amor: caritas y cupiditas

San Agustín usó los conceptos fundamentales de caritas y cupiditas para referirse a los dos tipos fundamentales de amor según su objeto. El santo de Hipona concebía el amor como un movimiento del alma, un apetito ligado a un objeto determinado como desencadenante del propio movimiento. El amor dirigido al mundo por el mundo, la cupiditas, condena al ser humano a la más terrible de las infelicidades en la medida en que todo bien temporal se halla bajo la amenaza de su desaparición. Sólo la caritas, el amor a Dios por Dios y al prójimo por Dios, puede asegurar la verdadera felicidad en la posesión de un bien que no puede perderse por ser inmutable y eterno.

“De ahí que san Agustín, como explica Hannah Arendt ⁴³, oponga a la felicidad de tener no tanto la tristeza por la pérdida del bien como el temor de perder. La clave

⁴³ Hannah Arendt nació en 1906 cerca de Hannover. Tras la muerte de su padre en 1913, fue educada de forma bastante liberal por su madre, que tenía tendencias socialdemócratas. En los círculos intelectuales de Königsberg en los que se crió, la educación de las niñas era algo que se daba por supuesto. No pertenecía a ninguna comunidad religiosa, pero siempre se consideró judía. En 1920, a los catorce años, ya había leído la *Crítica de la razón pura* (1781) de Kant y la *Psicología de las concepciones del mundo* (1919) de Jaspers. En 1923, a los diecisiete años, tuvo que abandonar la escuela por problemas disciplinarios, dirigiéndose entonces sola a Berlín, donde, sin haber acabado la escolaridad, tomó clases de teología cristiana y estudió por primera vez la obra de Søren Kierkegaard. En 1924, comenzó sus estudios en la universidad de Marburgo y durante un año asistió a las clases de Filosofía de Martin Heidegger y de Nicolai Hartmann, y a las de teología protestante de Rudolf Bultmann, además de griego. A comienzos de 1926 se trasladó durante un semestre a la universidad Albert Ludwig de Friburgo, para aprender con Edmund Husserl. A continuación estudió Filosofía en la universidad de Heidelberg y se doctoró en 1928 bajo la tutoría de Karl Jaspers, con la tesis *El concepto del amor en san Agustín*. Solo mantenía amistad con pocos alumnos, como Hans Jonas,

de la vida moral del hombre no es tanto si ha de amar cuanto qué es lo que debe amar. Un amor equivocado puede llevarle a la más irremisible de las desgracias haciendo de la felicidad una meta inalcanzable por sí misma. Por esa razón advierte el santo de Hipona que se debe tener especial cuidado al escoger el amor: Amad, pero pensad qué cosa améis. El amor de Dios y el amor del prójimo se llama caridad; el amor del mundo y el amor de este siglo se denomina concupiscencia. Refrénese la concupiscencia; excítese la caridad [*Enarraciones sobre los salmos: 31, II, 5*]. Por consiguiente, se puede afirmar que de la distinción agustiniana entre caritas y cupiditas resulta claramente una jerarquización fundamental. Los amores deben situarse en un correcto orden u ordo amoris: en la cúspide de la pirámide se halla el amor a Dios y, por debajo del mismo, sucesivamente, el amor al prójimo, el amor a uno mismo y, por último, el amor al cuerpo”.

“San Agustín no niega absolutamente su valor a los bienes temporales, pero los sitúa en su orden correcto: el cuerpo debe someterse al alma y el alma a Dios. En el mandamiento de amor a Dios y al prójimo se incluye todo los género de bienes y su cumplimiento coincide con el ordo amoris que lleva a una vida buena, justa y feliz. La definición agustiniana de caritas como amor de lo que debe amarse evoca la idea de un orden del amor: «*El amor de las cosas dignas de ser amadas se llama con más propiedad caridad o dilección*» [*Ochenta y tres cuestiones diversas: q. 35*].”

“En Agustín de Hipona se observa un sistema ético cuyas herramientas sirven para alcanzar la felicidad absoluta consistente en la unión del hombre con Dios por amor. La idea de un orden en el amor adquiere así un carácter subordinado: la caridad o dilección presupone un orden en el amor cuya finalidad directa no es otra que lograr la libertad, con la ayuda de la gracia. Esta libertad como dominio de la voluntad se identifica con la facultad de orientarse hacia el verdadero objeto formal del querer: el Bien, identificado con Dios. Dios es el único bien absoluto porque es el único que no está afectado por la mutabilidad radical característica de todas las criaturas. Todo bien distinto es un bien inferior ya que se dirige por su propia naturaleza hacia la nada, es caduco. Sólo la unión del hombre con Dios por amor garantiza su contemplación y, como consecuencia, la vida y la felicidad eterna. En la caridad se cumple el orden en el amor que prescribe amar a Dios por sí mismo y todas las demás cosas por

quien se trasladó a Heidelberg y realizó trabajos sobre san Agustín. Su primer libro lleva el título *El concepto del amor en San Agustín: ensayo de una interpretación filosófica*. Se trata de su tesis doctoral publicada en 1929 en Berlín. Se criticó que Arendt contemplase a san Agustín como filósofo y no como padre de la Iglesia, además del hecho de que no citase la literatura teológica más reciente. En Berlín se encontró en 1929 al filósofo Günther Stern, a quien ya había conocido en Marburgo, se casaron. Arendt escribía para el periódico *Frankfurter Zeitung* y participaba en seminarios de Paul Tillich y Karl Mannheim, La privación de derechos y persecución en Alemania de judíos a partir de 1933, así como su breve encarcelamiento ese mismo año, contribuyeron a que decidiera emigrar. El régimen nacionalsocialista le retiró la nacionalidad en 1937, por lo que fue apátrida, hasta que consiguió la nacionalidad estadounidense en 1951. Tras un primer infarto de miocardio en 1974, retomó sus escritos y la enseñanza y en 1975 tuvo un segundo infarto mortal en su despacho, en presencia de amigos. Las oraciones fúnebres las pronunciaron, entre otros, su viejo amigo Hans Jonas y representantes de sus alumnos.

Dios. Además, la dilección agustiniana implica un doble orden en el amor: por un lado, un orden de las cosas amadas y, por otro, un orden en el sujeto que ama. Como afirma Alesanco Reinares ⁴⁴, este doble orden natural objetivo y subjetivo del amor es el que refleja el mandamiento evangélico: «*Amarás a Dios con toda tu alma, con todo tu corazón y con toda tu mente*».

“El orden objetivo en el amor recae sobre cosas amadas. Los bienes útiles inferiores deben subordinarse siempre al único objeto de amor fruíble: Dios. Dentro de los bienes útiles puede establecerse una ordenación de inferior a superior rango, desde los bienes materiales, pasando por los seres racionales distintos de sí mismo, hasta uno mismo y, dentro de sí, la virtud, como gran bien moral, sobre la libertad como bien medio y, naturalmente, sobre el cuerpo, como bien mínimo: Esto es conveniente: que lo inferior se someta a lo superior, para que quien quiere que le esté sujeto lo que le es inferior, a su vez obedezca al superior. Reconoce el orden, busca la paz. Tú, sometido a Dios, y a ti, el cuerpo
[Enarraciones sobre los salmos: 143]”.

“El orden subjetivo en el amor que predicaba el santo de Hipona es el que permite interpretar los términos alma, corazón y mente del citado mandato evangélico, en

⁴⁴ Tirso Alesanco Reinares nació en el pueblo de San Millán, a escasos metros del monasterio, en 1917, y en él pasó no pocos años de su vida. Primero, como estudiante de filosofía, durante los años de la República; luego, como profesor de la misma materia; y, finalmente, desde 1992 como miembro teóricamente jubilado de la comunidad. Poseía conocimientos superiores a lo normal, amor a las letras, agudeza y apertura de mente, gracejo y buen decir. Durante varios lustros la cátedra fue su ocupación casi única y a ella dedicó todos sus afares, con gran fruto de sus discípulos que aún recuerdan su claridad expositiva. Leyó las obras de Agustín y reflexionó largamente sobre ellas. Y sus escritos son fruto de esa reflexión. En 1987 dirigió el número con que la revista CONFER quiso celebrar el XVI Centenario de la Conversión de san Agustín, contribuyendo con un ensayo sobre el «*Sentido agustiniano de la obediencia, de la pobreza y de la castidad*». Pero su aporte más sustantivo fue el libro *Filosofía de San Agustín. Síntesis de su pensamiento*, publicado el año 2004. Las últimas décadas de su vida las dedicó a compartir sus conocimientos con las agustinas recoletas de clausura recorriendo todos los monasterios de España. Falleció el 11 de febrero del 2011 en el monasterio de Yuso, en San Millán de la Cogolla, La Rioja, España. Será recordado, sobre todo, por su dedicación al magisterio, para el que tenía cualidades excepcionales.

la medida en que se relacionan con las tres partes del alma humana. La antropología platónica es corregida por Agustín del siguiente modo: el alma humana, una en sí misma, despliega su actividad en los planos de la actividad vegetativa o reproductiva («con toda tu alma»), de los afectos humanos y espirituales («con todo tu corazón»), así como del amor y conocimiento de las ideas puras y Dios («con toda tu mente»). Con el mandato evangélico se alude a la necesidad de amar a Dios con todas las potencias del alma, de modo que la voluntad sea libre, es decir, no quede dominada por ninguna tendencia natural inferior. Sólo si el alma se atiene al orden subjetivo y objetivo del amor alcanzará el señorío sobre las tendencias inferiores subordinándolas a la mente contemplativa”.

“Ahora bien, una vez que el pecado ha sido introducido en el mundo y se ha producido la caída del hombre, es preciso que su libertad sea asistida por la gracia para luchar contra las tendencias naturales inferiores. Por eso san Agustín aconseja prestar atención para no sucumbir ante ellas: *«No puede el alma señorear lo que le es inferior si ella no se digna servir a lo que le es superior»* [Enarraciones sobre los salmos: 46, 10]”.

La distinción uti-frui

“Para clarificar mejor esta cuestión debe traerse a colación la clásica distinción agustiniana entre uti y frui y recordar propiamente su sentido. Solo Dios puede ser amado por Él mismo. Sólo con respecto a Dios cabe gozar como frui en la medida en que constituye el fin último del querer humano, el bien más alto: *«Porque amar no es otra cosa que desear una cosa por sí misma»* [Ochenta y tres cuestiones diversas: q. 35]. Así pues, no hay más amor verdadero que el amor a Dios puesto que con relación a las demás personas y cosas sólo cabe uti, es decir, su ordenación en relación con el único bien que cabe amar por sí mismo: Dios. En el fondo, late en la doctrina agustiniana la distinción ciceroniana entre bien honesto, como summum bonum, y bien útil, como medio para alcanzar el primero. Toda interpretación incorrecta del amor, y, en consecuencia, toda perversión humana estriba, según san Agustín, en la confusión entre uti y frui, bien por usar aquello que debe gozarse, bien por gozar con lo que debe usarse [Ochenta y tres cuestiones diversas: q. 30]. Como se acaba de decir, el único amor honesto, según San Agustín, es aquél que se dirige a Dios. Pero eso no significa que deba instrumentalizarse al prójimo en el sentido de hacerlo medio para lograr un provecho propio a su costa. Que el amor a los demás hombres e incluso el amor a sí mismo sea un amor útil significa que deben estar correctamente ordenados con referencia a Dios, es decir, deben estar subordinados al amor a Dios: Aún no es claro el decir que gozamos de una cosa cuando la amamos por sí misma, y que solamente debemos gozar de ella cuando nos hace bienaventurados; y que de las otras usamos [La doctrina cristiana: I, 31]”.

El problema del mal

“Frente a la doctrina maniquea, que afirmaba la existencia de dos principios creadores, antitéticos y en eterna lucha -Ormuz, el dios del bien o de la luz, y Ahriman, el dios del mal o de las tinieblas-, el santo de Hipona reacciona negando sustancialidad al mal con base en el principio metafísico de la incorruptibilidad divina: si Dios no se puede corromper, entonces tampoco puede recibir ningún daño, así que carece de sentido combate alguno. Todo lo que es, en cuanto creado por Dios, posee también la cualidad de la bondad. Es decir, todo lo que es, es bueno: *quaecumque sunt, bona sunt* [*Confesiones: VII, 12*]. Si las creaturas se corrompen, es precisamente porque participan a la vez de la bondad y del ser, de manera que su corrupción no sólo les quita el bien, sino también el ser”.

“Estos razonamientos sirven para analizar primordialmente el problema del mal físico. Sin embargo, a san Agustín le interesó sobre todo el problema del mal moral y, pese a que su tratamiento se asiente en un primer momento sobre las mismas bases metafísicas que el mal físico, el mal moral supone la irrupción de un elemento nuevo que le infunde un carácter ineludiblemente positivo. El mal moral o pecado es aquél que depende de la voluntad de la persona, cuya realización supone, en consecuencia, necesariamente un acto de libre voluntad. Así pues, es cierto que el mal físico no es propiamente un mal considerado ontológicamente. Pero de lo que se trata aquí no es de la reflexión acerca de la naturaleza del mal físico, sino de la del mal moral, y el Doctor de la gracia dejó bien claro que el mal propiamente dicho era éste, por cuanto procedía de la voluntad humana”.

El pecado o mal moral es el mal propiamente dicho considerado deontológicamente. La raíz última del mal es consecuencia del pecado original cometido por los progenitores, en los que se hallaba representada toda la especie humana. Consecuencia del pecado original fue la mancha que caracteriza a la naturaleza humana como naturaleza caída y que ha dado lugar a una libertad deficiente, causa deficiente del mal como apartamiento voluntario de Dios”.

“Ahora bien, la voluntad como facultad de autodeterminación, de donde arranca el pecado, es en sí misma considerada un bien. Por lo que, aunque ontológicamente el mal no es, la voluntad sí es, y por lo tanto, actúa positivamente tanto determinándose hacia el bien como hacia el mal. El mal, para san Agustín, existe positivamente en la voluntad considerada deontológicamente cuando se produce un apartamiento de la ley de Dios a través de un acto culpable y responsable. En este sentido, se aprecia en san Agustín una brillante doctrina en torno al concepto de obligación y responsabilidad moral. El mal moral implica que el hombre subvierte el correcto orden de lo que debe ser amado: antepone lo efímero y temporal a lo eterno, el mundo a Dios. San Agustín estableció como causa del mal moral la preferencia desordenada de los bienes, definiendo el mal en sentido estricto como aquél que procede positivamente de la voluntad del hombre y que supone el abandono de lo mejor. El mal no sería tanto el apetito de naturalezas malas –porque todo lo que es, es bueno-, sino el abandono de las mejores. [*La naturaleza del bien: XXXIV*]”.

Libertad, voluntad y destino

“No parece demasiado aventurado afirmar que la principal preocupación vital de Agustín de Hipona consistió precisamente en el problema del destino del hombre. Dicho destino aparecía vinculado esencialmente a su felicidad, que no podría darse sino en Dios. Ensayó diferentes argumentos racionales basados en los neoplatónicos a favor de la inmortalidad del alma como requisito imprescindible para alcanzar el destino ultraterreno del hombre. Dichos argumentos presentaban dificultades insalvables. Por ejemplo, el argumento de la inmortalidad del alma humana por ser sujeto del atributo de la verdad eterna sólo resultaba aplicable al verdadero sujeto de la verdad como propiedad esencial, esto es, a Dios, por ser el alma humana un sujeto mutable frente a la verdad inmutable y eterna. Así pues, san Agustín tuvo que reconocer que sólo con la ayuda de la fe podía el hombre adquirir seguridad acerca de la inmortalidad del alma: De si puede la naturaleza humana alcanzar esta inmortalidad, es un problema muy grande. Pero si hay fe, que la tienen todos aquellos a los que Jesús dio la potestad de ser hijos de Dios, el problema desaparece [*La Trinidad: XIII, 9, 12*]”.

“San Agustín consideraba que la felicidad a que aspira el hombre no es auténtica si no incluye la inmortalidad del alma: una vida que no fuera eterna no podría ser una vida feliz. Puesto que todos los hombres desean alcanzar la felicidad y no perderla, deberían conservar la vida, puesto que, evidentemente, nadie podría ser feliz si no viviera. Por eso, sólo la vida eterna podrá llamarse propiamente bienaventurada. Felicidad, destino, vida eterna e inmortalidad del alma eran cuestiones íntimamente ligadas en san Agustín que sólo pudieron recibir una respuesta definitiva de la mano de la fe en Jesucristo, nuestro Señor. Una vida y una felicidad completa que no serían perfectas hasta que se realizase la resurrección de los cuerpos, puesto que, siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo, sólo lograría la felicidad total cuando se le restituyese la armonía entre el alma y el cuerpo, convenientemente transformado, que había sido destruida por el pecado original. La naturaleza caída del hombre por la soberbia hacía así preciso el auxilio divino para elevarse humildemente por encima del pecado y retornar a Dios”.

“San Agustín recurrió a la gracia como elemento clave en su doctrina para restituir al hombre la libertad, concebida como un «*no poder pecar*», tras haber degenerado por el pecado original en libre albedrío, caracterizado como un «*no poder no pecar*». La libertad deficiente del hombre a consecuencia del pecado original supone una natural tendencia o inclinación a obrar el mal, así que la gracia de Dios como don o favor divino ayuda a salvar esa tendencia rectificando el movimiento mal inclinado de la voluntad”.

“Así mismo, el mecanismo de recepción de la gracia no anula la libre determinación de la voluntad humana, sino que requiere la voluntad libre y favorable de quien la recibe en forma de aceptación. Por consiguiente, libre voluntad y gracia divina son dos elementos perfectamente compatibles en el pensamiento agustiniano: «*La Ley se dio, pues, para que la gracia pudiera ser buscada; la gracia se dio para que la ley pudiera ser cumplida*» [*El espíritu y la letra: 19, 34*]”.

“Exactamente igual sucede con la doctrina de la predestinación de los santos. Ésta se debe poner en relación con la presciencia divina sin que suponga menoscabo alguno para la libre determinación de la voluntad humana y su necesario concurso, junto con la gracia, para lograr la salvación. Y es que Dios conoce quiénes responderán a su llamada, quiénes aceptarán la gracia santificante antes de que ellos obren. La predestinación encierra en sí la presciencia divina, pero ese conocimiento no afecta a la libre voluntad de los hombres, que son los que realmente se condenan a sí mismos al rechazar la gracia que Dios les ofrece. La presciencia divina no implica necesidad en todas las causas sino que Dios conoce el orden de todas las causas, tanto necesarias como contingentes. Por lo que se refiere a la voluntad humana como causa contingente y libre, Dios conoce las futuras determinaciones de nuestra voluntad sin que ese conocimiento la convierta en necesaria: «*Esta es la predestinación de los santos y no otra: es la presciencia y preparación de beneficios, por los que muy ciertamente se salvan los que se salvan*» [El don de la perseverancia: 14, 35]”.

“Lo cierto es que destino y felicidad humana quedaron íntimamente vinculados en el pensamiento del santo, sin perjuicio de que para alcanzar la bienaventuranza se requiriese el doble concurso de la voluntad humana y del auxilio divino. La experiencia cristiana de la salvación se sitúa entre dos momentos: un primer momento que parte del amor del mismo Dios, en forma de gracia, anterior a toda actividad individual; y un segundo momento final, caracterizado por la gracia santificante, de redención por el amor divino. La libertad y el mérito humano se situarían entre ambos momentos, de modo que el comienzo y el fin de todo proceso de salvación estaría en Dios. En este contexto Cristo se identifica con la verdad, actuando como modelo y punto de partida de la emoción amorosa, encarnada de ese modo en una persona: la persona de Dios. Así mismo, el amor que derrama Dios sobre sus criaturas y que es condición imprescindible para comenzar a amarle, es también un amor de Dios por todas sus criaturas. De ahí que tras su recepción por la persona humana, el amor de Dios se concrete también en un amor al prójimo en cuanto amado por Dios. Si Dios ama a todas sus criaturas y la persona humana recibe el amor de Dios, la persona humana se hace depositaria también del amor de Dios por todas sus criaturas”.

Aspectos específicos

Veamos ahora los aspectos específicos que considera Peña (2011):

La amistad

“San Agustín tuvo muchos amigos. No era un solitario. Los amigos eran para él como su media alma. No podía vivir sin amigos y era fiel a ellos en todo momento. Cuando estando en Tagaste de profesor muere un amigo, fue tan fuerte el golpe recibido que le parecía que la vida no tenía sentido para él. Sólo se recuperó, yendo a Cartago y consolándose con otros amigos, especialmente con Alipio y Nebridio”.

“Para Agustín la verdadera amistad no es una vinculación de intereses comunes o de búsqueda de placeres en común. Para que haya verdadera amistad, ésta debe llevar a Dios. Si nos aparta de Dios, es una mala amistad, de la que hay que huir como del demonio. Por eso, dice: *Bienaventurado el que te ama a Ti, Señor, y al enemigo en Ti. Porque no perderá ningún amigo aquel que los ama a todos en Aquel que no puede perderse. No hay verdadera amistad sino entre aquellos que Vos unís en el amor, que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. Por eso, ama verdaderamente a su amigo quien en su amigo ama a Dios, o porque Dios vive en él o para que Dios viva en él. Si amas por otro motivo, es más odio que amor*”.

“Por ello, el que por amor a un amigo desagrada a Dios, se hace enemigo de sí mismo y de su amigo. Nos dice: *¿Niegas a tu Señor solamente por no desagradar a tu amigo? Estoy viendo lo que te quita tu amigo, muéstrame lo que te va a dar... Ése no sería amigo tuyo... y piensas que es amigo tu enemigo. No se niega a Cristo por agradar al amigo perverso. Se amigo de Cristo. Él quiere alojarse en tu casa. Hazle sitio. ¿Qué quiere decir hazle sitio? Que no te ames a ti mismo y que lo ames a Él. Si te amas a ti mismo, le cierras la puerta. Si lo amas, le abres*”.

El alma

San Agustín dice: *Señor, has herido mi corazón con tu palabra y te he amado (Confesiones. 10, 6). Por Ti suspiro día y noche (Confesiones. 7, 10). Mi alma tiene hambre y sed de Ti (Confesiones. 3, 6).*

“Él nos dice: *Sanarás de todas tus enfermedades. Me dices que son muy grandes, pero mayor es el médico. Para el médico omnipotente no hay enfermedad incurable, únicamente ponte en sus manos y déjate curar por él*”.

“El alma llena de vicios, nos dice, es como una paloma. Cuando está esclavizada por el amor terreno, su plumaje se vuelve pesado a causa del lodo y no puede volar. Pero, cuando el lodo de los afectos terrenos es removido de sus plumas, recobra su libertad y, ayudándose de las alas del amor de Dios y del amor del prójimo, comienza su ascensión. *Asciende porque ama*”.

“Después de la muerte debemos purificar el alma de las manchas de los pecados. Al cielo no puede entrar nada manchado. Sobre ello, san Agustín escribió el libro *Del cuidado que debemos tener de los difuntos*”.

“Según el santo *no se deben tirar ni despreciar los cuerpos de los difuntos, sobre todo los de los justos y fieles, de quienes usó el Espíritu Santo como de vasos y órganos para todas las obras buenas*”.

“*Todo lo tocante a las honras fúnebres, a la calidad de la sepultura o a la*

solemnidad del entierro constituyen más un consuelo de vivos que ayuda a los muertos. Pero nos espera una gran recompensa, pues ante Dios no caerán en el vacío las delicadezas derrochadas con los difuntos”.

“Algunos tienen miedo a la muerte, que es separación del alma y del cuerpo, pero la muerte verdadera, a la que no le temen es la separación del alma de Dios. Temen la muerte del cuerpo y no temen la muerte del alma, que es la verdadera muerte”.

La vida es una lucha

*“Agustín en su libro *La Ciudad de Dios* dice: *Hasta la vida de los santos está empeñada en esta batalla contra el mal. Nuestro corazón es un continuo campo de batalla. Un solo hombre pelea con una multitud en su interior. Porque allí le molestan las sugerencias de la avaricia, los estímulos de la liviandad, las atracciones de la gula... y con todo esto es difícil que no reciba ninguna herida”.**

“Escuchadme pues, vosotros, quienquiera que seáis. Hablo con luchadores: los guerreros me entienden, no me entiende el que no pelea. ¿Qué desea el hombre casto? Que no se levante en él ningún deseo contrario a la castidad en los miembros de su cuerpo. Quiere la paz, pero no la tiene aún”.

“Lucha y trabaja, que ningún atleta es coronado sin sudor y sin esfuerzo. La vida es una lucha, un certamen. Debemos luchar para ser buenos, pero a tanto llega la perversidad humana que se llama hombre al que es vencido por la pasión carnal, y no se considera hombre al que la vence”.

*Agustín en sus *Confesiones* nos dice: *Mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, aquella carnal y esta espiritual, luchaban entre sí y con su desavenencia desgarraban mi alma”.**

“Pero al final triunfó: ¡Qué agradable me resultó dejar de golpe la dulzura de las frivolidades! Antes tenía miedo de perderlas y ahora me gustaba dejarlas. Eras Tú quien las iba alejando de mí, Tú, Dios mío”.

“Dos amores han construido dos ciudades, quiero decir: la terrena, el amor de sí mismo que llega hasta el desprecio de Dios; y la celestial, el amor de Dios que llega hasta el menosprecio de sí mismo”.

“En el santo bautismo se borran vuestros pecados, pero quedan en vigor las concupiscencias con que hay que pelear. Sigue el combate dentro de vosotros mismos. No temáis a ningún enemigo externo. Vécete a ti mismo y el mundo será vencido. ¿Qué te puede hacer un tentador desde fuera, sea el diablo u otro ministro suyo? Te propone por ejemplo el disfrute de una mujer hermosa, tú interiormente sé casto y quedará vencida toda torpeza. Para que no te cautive con la hermosura de una mujer ajena, lucha interiormente con la libido. No ves al enemigo, pero sientes la fuerza de tu deseo; no ves al diablo, pero sí lo que te

atrae y deleita. Vence lo que sientes en tu interior. Combate sin tregua. Tu juez te dio la gracia de renacer, te ha puesto a prueba y te propone la corona”.

La ociosidad

“La vida, decía san Agustín, es un instante de tiempo ante Dios. Es un punto entre dos eternidades”.

“Hay un dicho antiguo que dice: Los tiempos pasan, las generaciones mueren y sólo Dios permanece. Sí, hay que pensar en el más allá y vivir para la eternidad que nos espera. Como dice nuestro santo: Vive bien para no morir mal. Y no seas ocioso. Haz siempre algo útil, porque: El tiempo no toma vacaciones. Y decía: el amor nunca puede estar ocioso y una vida sólo la hace buena el amor”.

“Él se consideraba el servidor de todos, mendigo de los mendigos, y en algunas cartas comienza el encabezamiento, diciendo: Agustín, siervo de Cristo y siervo de los siervos de Cristo. Con vosotros soy cristiano, para vosotros (para vuestro bien) soy obispo”.

“El santo dice: En esta vida somos caminantes. ¿Me preguntáis qué es caminar? Avanzar siempre, debes estar siempre descontento de lo que eres, si quieres llegar a ser lo que no eres. Si te complaces en lo que eres, ya te has detenido allí. Y si te dices: “Ya basta”, estás perdido. Vete siempre sumando, camina siempre, avanza siempre, no quieras quedarte en el camino, no vuelvas atrás, no te desvíes. Se detiene el que no adelanta, vuelve atrás el que retorna a las cosas que ya dejó; se desvía el que pierde la fe. Más seguro anda el cojo en el buen camino que el corredor fuera de él. Alivia tu fatiga de caminante con el canto. No te domine la pereza. Canta y camina: ¿Qué significa camina? Avanza siempre en el bien. Pues no faltan quienes retroceden, yendo de mal en peor, como dice el Apóstol. Si tú progresas y adelantas, caminas; pero progresa en el bien, progresa en la fe, progresa en las buenas costumbres. Canta y camina. No te vuelvas atrás, no te detengas”.

“Nuestra alma, debido a la única fe, es una sola y nosotros, los que creemos en Cristo, somos un solo hombre. Ea, hermanos, amemos juntos, juntos nos inflamemos en esta sed, corramos juntos a la fuente. En Dios está la fuente de la vida”.

La libertad

“San Agustín nos dice: No abuses de tu libertad para pecar libremente, sino úsala para no pecar. Serás libre, si eres libre del pecado y siervo de la verdad. ¿Qué cosa puede haber más gloriosa, hermanos, que ser sometidos y vencidos por la verdad?”

“La ley de la libertad es la ley del amor. Sólo el hombre bueno es libre. Un hombre malo, aunque sea rey, es esclavo, no de los hombres, sino, lo que es peor, de tantos dueños cuantos vicios tiene”.

“Hay que poseer las cosas y no ser poseídos por ellas. La verdadera libertad no consiste en hacer lo que nos da la gana, sino en la alegría del bien obrar”.

“El santo escribe: Ama y di lo que quieras. Ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. De la raíz del amor no puede brotar sino el bien”.

Camino de la interioridad

“Agustín afirma: Buscar la felicidad en la cosas externas, es prostituir el alma. Cuando el hombre se divierte con lo que está fuera de él, descuidando su interior, se convierte en un pródigo que apacienta los puercos de sus vanidades”.

“Hay hombres que van de un lugar a otro para contemplar las alturas de los montes, las grandes olas del mar, las caudalosas corrientes de los ríos, la inmensidad del mar y el curso de los astros, y se alejan de sí mismos”.

“Por eso, decía: No salgas de ti mismo, entra dentro de ti, porque en el interior del hombre habita la verdad. Vuelve a tu corazón. Como en un destierro andas errante fuera de ti. ¿Te ignoras a ti mismo y te vas en busca de quien te creó? Vuelve a tu corazón”.

“¿Hasta cuándo vas a seguir dando vueltas como un sonámbulo por todo lo que te rodea? Vuélvete a ti mismo, sondéate, inspecciónate. Deja fuera tu vestido y tu carne; baja a ti mismo y entra en tu interior y en tu mente. Y mira allí lo que quiero decir, si es que puedes. Porque si tú mismo estás lejos de ti, ¿por dónde vas a poder aproximarte a Dios?”

“Entra dentro de ti mismo, pero no te estaciones en ti. Ponte en las manos de Aquel que te hizo y te buscó cuando estabas perdido, y te halló cuando huías de él, y te convirtió y volvió a sí, cuando tú le volvías las espaldas. Entra en ti y vete a Aquel que te creó”.

“Dios es más interior que lo más íntimo de mí mismo y más superior que lo supremo de mí mismo”.

“Tarde te amé, hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé. El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera y por fuera te buscaba y feo como estaba me echaba sobre la belleza de tus criaturas. Tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo. Me llamaste, me gritaste y rompiste mi sordera. Brillaste, y tu resplandor hizo desaparecer mi ceguera. Exhalaste tus perfumes y respiré hondo. Suspiro por ti y tengo hambre y de sed de Ti”.

La humildad

“El santo escribe: Comenzaba a creer que era un sabio y no lloraba, sino que me hinchaba con la ciencia, pero ¿dónde estaba el amor que edifica sobre la base de la humildad, que es Cristo Jesús? ¿O cuándo me la iban a enseñar aquellos libros?”

“Como no era humilde, no podía poseer a mi Dios, al humilde Jesús, ni sabía que me quería enseñar con su flaqueza. La soberbia es el principio de todo pecado... Por este vicio, por este gran pecado de soberbia, vino Dios humilde. Esta es la causa de esta venida”.

“Dios se humilló y el hombre sigue soberbio. Los humildes se parecen a las piedras. Se encuentran siempre en el suelo, pero son sólidas. La soberbia en cambio es como el humo, sube muy alto, pero se esfuma”.

“¿Tú quieres ser grande? Comienza desde abajo. ¿Quieres construir un palacio de mucha altura? Zanja primero el fundamento de la humildad y, según sea la mole del edificio que se pretende y se dispone a levantar, cuanto más alto sea el edificio, tanto más profundos serán los cimientos. Así el palacio grande va subiendo a lo alto, mientras se edifica. Por tanto el edificio, antes de erguirse, se abate y, después de haberse humillado, alcanza la elevación de su remate”.

“A todos les agrada la cumbre, pero la humillación es la escalinata por dónde se sube. ¿Quieres caer en vez de subir? Para subir a la cima comienza por subir la escalinata de la humildad. Aspiráis al vértice de la sublimidad, pero ¿podéis beber el cáliz de la humildad?”

“La medida de la humildad le ha sido tasada a cada uno por la medida de su grandeza. Cuanto más arriba se está, tanto más peligrosa es la soberbia y te tenderá mayores lazos. La humildad es el único cimiento con suficiente profundidad como para sostener el alto edificio de la caridad.”

“No hay otro camino para buscar y hallar la verdad que el que ha sido trazado por Él (Jesús) que como Dios conoce nuestros pasos vacilantes. Y te digo que el primer camino es la humildad, el segundo la humildad y el tercero la humildad y cuantas veces me lo preguntes te repetiré lo mismo”.

“La gran ciencia del hombre es saber que él por sí mismo, es nada y que todo cuanto es, le viene de Dios y es de Dios”.

El amor

“Agustín nos dice: Una vida sólo la hace buena el amor y la medida del amor es el amor sin medida. ¿Quieres saber cómo es tu amor? Mira a dónde te lleva.

Hermanos y hermanas, estamos de camino, amemos con ternura y caridad y olvidemos todo aquello que se acaba con el tiempo”.

“El santo por el amor, estima la medida de la grandeza humana. Dice alguien ponderando a uno: ¡Qué grande es ese hombre, qué valioso, qué excelente! Yo te preguntó ¿por qué? Porque sabe mucho, contesta. No pregunto lo que sabe, sino lo que ama”.

“Cada cual es lo que es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra ¿Amas a Dios? No me atrevo a decirlo yo, escucha la Escritura: “Yo dije: Sois dioses todos e hijos del Altísimo”.

“¿Cómo es la cara del amor? ¿Cómo es su cuerpo, su estatura, sus pies, sus manos? Nadie puede decirlo, porque el amor, Dios, es invisible. Sin embargo, es verdad que tiene pies: son los que caminan a la iglesia. Tiene manos: son las que se extienden hacia el pobre. Tiene ojos: son los que ven a los necesitados. Tiene oídos: son los que escuchan al Señor .

“Recuerda que a Dios vamos, no caminando, sino amando. Amar es caminar. Si tienes el corazón rebosante de amor, aunque tengas los bolsillos vacíos, siempre tendrás algo que dar”.

“Oh amor, que siempre ardes y nunca te apagas. Caridad, Dios mío, abrázame. ¿Mandáis la continencia? Dame lo que mandas y mándame lo que quieras”.

Buscando a Dios

“Sólo sé, Señor, que sin Ti me va mal, no sólo fuera de mí, sino aun dentro de mí mismo. Y que toda abundancia que no es mi Dios, es indigencia. Yo caminaba por tinieblas y resbaladeros y te buscaba fuera de mí y no hallaba al Dios de mi corazón. Estaba metido en lo profundo del mar y desconfiaba y desesperaba de hallar la verdad”.

“Mi pecado más incurable era el no crearme pecador. Y había perdido la esperanza de hallar la verdad en tu Iglesia, de la que ellos (maniqueos) me habían apartado”.

“¡Oh, eterna verdad, verdadera caridad y amada eternidad! Tú eres mi Dios. Por Ti suspiro día y noche. Cuando te conocí por vez primera, Tú me acogiste para que viera que había algo que ver y que yo no estaba capacitado para ver. Volviste a lanzar destellos y a lanzarlos contra la debilidad de mis ojos. Dirigiste tus rayos con fuerza sobre mí y sentí un escalofrío de amor y de terror. Me vi lejos de Ti, en la región de la semejanza”.

“Me sentía atraído hacia Ti por tu belleza, pero pronto me veía arrancado de Ti por mi propio peso y, en medio de lamentos, volvía a desplomarme sobre las realidades de la tierra. Este peso era mi costumbre carnal”.

“Oh Dios, de quien separarse es morir, a quien acercarse es resucitar, con quien habitar es vivir. Dios, de quien huir es caer, a quien volver es levantarse, en quien apoyarse es estar seguro. Dios, a quien olvidar es perecer, a quien buscar es renacer, a quien ver es poseer. A Él nos urge la fe, nos acerca la esperanza y nos une el amor”.

“Pregunté a la tierra y me respondió: “No soy yo”. Idéntica respuesta me dieron todas las cosas que se hallan en ella. Pregunté al mar, a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: “Nosotros no somos tu Dios. Búscalo por encima de nosotros”. Pregunté a la brisa, y me respondió la totalidad del aire con todos sus habitantes: “Yo no soy tu Dios”.”

“Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. “Tampoco nosotros somos el Dios que buscas”, respondieron”.

Cristo

“El santo dice: Nadie puede llegar a la salvación si no tiene a Cristo por cabeza, si no estuviera en su Cuerpo, que es la Iglesia, a la cual, como a la misma cabeza, debemos reconocer en las santas Escrituras”.

“Cristo ruega por nosotros como sacerdote nuestro, ruega en nosotros como cabeza nuestra y nosotros oramos a Él como nuestro Dios. Reconozcamos pues en Él nuestras voces y su voz en nosotros”.

“En realidad tu alma no es solo tuya, sino de todos los hermanos, como sus almas son también tuyas, mejor dicho, sus almas juntamente con la tuya, no son varias almas sino una sola, la única de Cristo”.

“Con esto nos está diciendo que estamos tan unidos que no podemos desentendernos de la salvación de los demás y que, si uno va por buen o mal camino, de alguna manera esto afecta a los demás”.

“Reconoce a Cristo y, por el hombre, sube a Dios, uniéndote a Él, pues por nuestras fuerzas no lo conseguiremos. Predicad a Cristo donde podáis, a los que podáis, como podáis. Se os pide a vosotros la fe, no la elocuencia. Hable la fe en vosotros, pues es Cristo quien habla. Si hay fe en vosotros, habita Cristo en vosotros”.

“Esto que veis, hermanos, en la mesa del Señor es pan y vino, pero este pan y este vino, por mediación de la palabra, se hacen cuerpo y sangre del Verbo. Porque si no se dicen las palabras, lo que hay es pan y vino; añade las palabras y ya son otra cosa. ¿Y qué otra cosa son? El cuerpo de Cristo y la sangre de Cristo. Suprime la palabra y sólo es pan y vino, añade la palabra y será hecho el sacramento”.

“Por eso, decís Amén. Decir amén es dar asentimiento a lo que dice. Amén quiere decir en latín es verdad”.

“Siguiendo el camino de la humanidad llegarás a la divinidad. No andes buscando por dónde ir fuera de Él. Si no hubiera querido ser nuestro camino, estaríamos extraviados. Se hizo camino por dónde ir. ¡Levántate y anda! Anda con la conducta, no con los pies. Muchos andan bien con los pies y mal con la conducta. Y hay quienes andan bien, pero fuera de camino, corren bien, pero no por el Camino y cuanto más andan, más se extravían, pues se alejan del Camino. ¡Qué lástima dan por bien que anden! Preferible es ir por el Camino cojeando, que ir bravamente fuera del Camino”.

La Virgen María

“San Agustín decía: Siendo Virgen concibió; admiraos: sin perder la virginidad, dio a luz; admiraos más todavía: permaneció virgen después del parto. ¿De dónde te viene a ti tan soberano don? Eres virgen, eres santa. Mucho es lo que periclitaste y mucho más lo que recibiste de gracia”.

“Jesús nació de Padre sin Madre, de Madre sin Padre; Dios sin madre, hombre sin padre; sin madre antes de todos los tiempos; sin padre en el fin de los tiempos”.

“Por el sexo femenino cayó el hombre, por el sexo femenino fue reparado; porque la Virgen dio a luz a Cristo, la mujer anunció la resurrección. Por la mujer vino la muerte, por la mujer vino la vida”.

“Él es el más hermoso entre los hijos de los hombres: es el hijo de santa María, el esposo de la santa Iglesia, a la que hizo semejante a su madre”.

“La piedad exige que confesemos a María exenta de pecado. Exceptuando, pues a la santa Virgen María, acerca de la cual, por el honor debido a nuestro Señor cuando se trata de pecados, no quiero tener absolutamente ninguna discusión; pues a ella le fueron concedidos más privilegios de gracia para vencer de todo punto el pecado, pues mereció concebir y dar a luz al que no tuvo pecado alguno”.

“Imitadla en cuanto os sea posible... Lo que os admira en la carne de María, obradlo en lo íntimo de vuestras almas. Pues el que profesa una fe auténtica, concibe a Cristo y el que lo confiesa con su boca, da a luz a Cristo”.

Sagrada Escritura

“El santo dice en la Confesiones: Tomé la decisión de dedicarme al estudio de las Sagradas Escrituras. Entonces me di cuenta de que no están al alcance de la gente orgullosa, algo que está asimismo oculto a los niños. Algo cuya entrada es humilde, pero que en el interior es sublime y lleno de misterios. Yo no era la persona apta para poder adentrarme en ellas, ni para agachar la cabeza para trasponer sus pasos. Cuando me interesé por su lectura, mis sentimientos no

coincidían con los sentimientos que actualmente expreso. A primera vista, me dio la impresión que no tenían categoría suficiente para confrontarse con la majestad de los escritos de Tulio. Mi pedantería no aceptaba su estilo simple, y mi corta vista no era capaz de penetrar en sus interioridades. Pero en el fondo, esta Escritura está hecha para crecer con los pequeñuelos. Y, claro, yo rehusaba ser pequeñuelo; por estar hinchado de orgullo, me consideraba un fuera de serie”.

“Les decía a sus fieles: Al verme enfermo y débil para encontrar la verdad basada en la razón pura y, al tener necesidad de la autoridad de las Sagradas Escrituras, comenzaba a penetrarme la convicción de que Tú no le habrías dado tal prestigio y competencia a aquellas Escrituras a lo largo y ancho del mundo, si no hubieras querido que creyéramos en Ti y te buscáramos por medio de ellas... La autoridad de las Escrituras se me hacía tanto más respetable y digna de fe sagrada, cuanto más accesible y cercana es su lectura a todos; guardando por un lado la autoridad de sus misterios secretos bajo un sentimiento más profundo y exteriorizándose por otro lado ante la totalidad de los hombres con palabras bien claras y con un lenguaje sencillísimo”.

“En un sermón decía: Os hablo yo, escarmentado cuando muy joven quise llevar a estudio de la divina Escritura la agudeza dialéctica más que la piedad en la investigación. Yo mismo, con mis malas costumbres, me cerraba la puerta de mi Señor. Debía llamar para que se me abriese y yo la empujaba para cerrarla. Soberbiamente quería entender lo que sólo con humildad se halla. ¡Cuánto más felices sois vosotros ahora y con qué seguridad y resguardo, siendo todavía pequeñitos, estáis en el nido de la fe, recibiendo los alimentos espirituales. Yo, en cambio, desgraciado, creyéndome con arrestos para volar, abandoné el nido y antes de volar caí al suelo. Pero el Señor misericordioso me levantó y me volvió al nido para que no me pisoteasen y matasen los transeúntes. Porque a mí me trastornaron estas mismas cosas que ahora, seguro, en nombre del Señor, os expongo y declaro”.

“Recordad que es una misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las Escrituras, que es un mismo Verbo el que resuena en la boca de todas las Escrituras sagradas, el que siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas, porque no está sometido al tiempo”.

“Tened en cuenta que Dios en las Escrituras habla a los hombres a la manera de los hombres. Los herejes... no son herejes por haberlas menospreciado, sino por no haberlas entendido”.

“Es maravillosa la profundidad de las Escrituras, Dios mío, maravillosa profundidad. Da vértigo asomarse a esa profundidad. Es un vértigo de respeto y un temblor de amor”.

“Si pudiésemos entender con facilidad todo lo que contienen las Escrituras, ni nuestra búsqueda sería trabajosa, ni podríamos saborear la dulzura del encuentro con la verdad”.

Iglesia Católica

“Agustín dice: Amemos a Dios nuestro Señor, amemos a la Iglesia; a Aquel como Padre, a ésta como Madre; a Aquel como Señor, a ésta como su esclava; porque somos hijos de su esclava. Amad pues, carísimos hermanos, unánimemente a Dios Padre y a la Iglesia Madre”.

Nadie puede tener propicio a Dios Padre, si desprecia a la Iglesia Madre. Amad, honrad a la santa Iglesia, vuestra Madre, como a la santa ciudad de Dios, la Jerusalén celestial”.

“Oh Iglesia católica, verdadera esposa del verdadero Cristo, guárdate mucho de la impiedad maniquea... No te dejes engañar por esta palabra: “Verdad”. Solo tú la posees en tu leche y en tu pan. Los maniqueos tienen únicamente el vocablo. Ciertamente puedes estar segura de tus hijos mayores, pero tiemblo por los pequeños, mis hermanos, mis hijos, por esos párvulos que tú calientas como polluelos bajo tus alas y nutres con tu leche”.

“Siento el gozo y la vergüenza de haber vociferado durante tantos años, no contra la fe católica, sino (contra lo que creía era la fe católica) contra las quimeras creadas por mi propia imaginación. Mi actitud había sido temeraria e impía, porque lo que debía aprender preguntando, lo había formulado acusando”.

“Cuando comencé a conocer la fe católica, pude comprobar que en ella había más tolerancia, equilibrio y sinceridad en la aplicación del mandato de creer. En cambio los maniqueos se burlaban de la fe con promesas temerarias de conocimiento científico para luego obligar a creer una cantidad de fábulas y absurdos imposibles de demostrar”.

“Con la autoridad apostólica se resuelven muchos enigmas de la Escritura. Amemos a la Iglesia católica, permanezcamos en ella y la defendamos. Os amonesto que améis esta Iglesia, que permanezcáis en esta Iglesia”.

“Que nadie os engañe, la Iglesia católica es la auténtica. A Cristo no lo hemos visto, pero sí a la Iglesia; creamos lo que nos dice de él. Los apóstoles lo veían a él y creían lo referente a ella. Ellos veían a Cristo y creían en la Iglesia, que no veían. Nosotros vemos a la Iglesia, creamos también en Cristo a quien no vemos”-

El cielo

“Peregrinamos, suspiramos, gemimos, pero nos llegan cartas de nuestra patria y os las leemos. Aquí somos inquilinos, en el cielo seremos moradores”.

“¡Qué inmensa será aquella felicidad donde no habrá mal alguno, donde no faltará ningún bien, donde toda ocupación será alabar a Dios, que será todo para todos!

La felicidad completa consiste en esto: gozar de Ti, para Ti y por Ti. Esta es la felicidad, ni más ni menos. Y todos los que piensan que la felicidad es otra cosa, es claro que el tipo de felicidad que andan buscando es otro y no la felicidad auténtica”.

“Señor, Tú eres mi Dios, por Ti suspiro día y noche Ven a mí, Dios mío. Mira cómo te amo y, si es poco, haz que te ame con más fuerza. Estrecha es la casa de mi alma para que vengas a ella, ensánchala”.

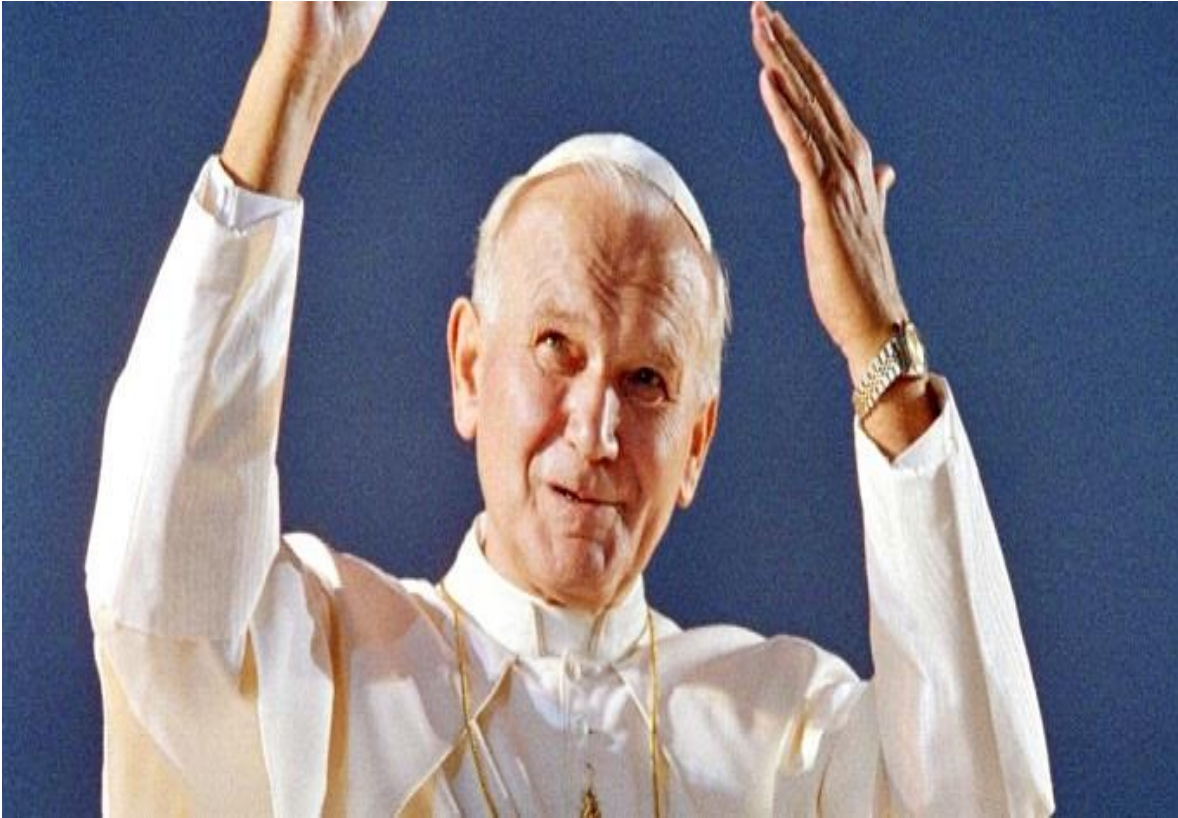
“Dios no manda cosas imposibles. Haz lo que puedas y pide lo que no puedas. Por eso digamos al Señor: Dame lo que me mandas y mándame lo que quieras”.

“Allí disfrutaremos de la grandeza de su hermosura. Amémosla antes de verla para que lleguemos a su visión”.

“Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que será el fin que no tiene fin. Oh Señor, nos hiciste para Ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descanse en Ti”.

Cuarta parte

Permanencia o vigencia de San Agustín



Usamos aquí los términos permanencia y vigencia para designar al mantenimiento de la influencia de determinado personaje más allá del paso del tiempo. Tal es el caso de San Agustín como veremos a continuación.

Las órdenes religiosas de san Agustín

En el siglo XII, el Papa Inocencio II (1130-1142) asignó la Regla de san Agustín a todos los grupos de canónigos regulares. En el siglo XIII, en Italia, había muchos grupos de ermitaños que seguían también esta Regla y, deseando que hubiera unidad entre ellos, enviaron cuatro representantes en 1243 al Papa para unirse en una sola Orden. El Papa Inocencio IV aprobó el proyecto para los ermitaños de Toscana (Italia) en 1244. Ésta es la llamada pequeña Unión.

En el capítulo general tenido bajo la iniciativa del Papa Alejandro IV en 1256 se realizó la GRAN UNIÓN de todos los mencionados y se constituyó oficialmente la Orden de Ermitaños san Agustín. Así pues, la nueva Orden era fundada por la Iglesia por medio de los Papas el año 1256. Al poco tiempo se retiraron los guillermistas y los ermitaños de Monte Favali, pero ya estaba formada la nueva Orden como Orden mendicante, a semejanza de los dominicos y franciscanos, sin tener propiedades. No se dedicarían estrictamente a la vida eremítica y contemplativa, vivirían en ciudades y se dedicarían al apostolado y al estudio. Podrían ser sacerdotes y vivirían unidos en comunidad bajo Regla de san Agustín,

considerándolo como su fundador. Por eso, desde el principio pusieron a san Agustín como titular de muchas iglesias y conventos.

Veamos ahora los aspectos fundamentales tanto de la Orden de san Agustín (OSA) como de la Orden de Agustinos Recoletos (OAR) en el mundo en general y en el Perú en particular.

La Orden de San Agustín (OSA)

Históricamente conocida como Orden de Ermitaños de San Agustín (O.E.S.A.) es una orden religiosa mendicante establecida por la Iglesia católica bajo el pontificado de Inocencio IV en el año 1244, ante la necesidad de unificar una serie de comunidades de eremitas que habían surgido bajo la experiencia monástica de san Agustín y su Regla del siglo IV.

El nacimiento de la Orden de San Agustín se remonta al año 1243 cuando cuatro ermitaños: Esteban de Cataste, Hugo de Corbaria, Guido de Rosia y Pedro de Lupocavo en representación de grupos de eremitas situados en la antigua Tuscia, Lacio superior y zonas limítrofes de Umbría, se dirigieron al papa Inocencio IV para pedirle una regla común y un prior general.

Luego de conocida la propuesta, en el primer año de su pontificado, Inocencio IV determinó la creación de una nueva orden mendicante, también llamada orden de pobreza evangélica o de fraternidad apostólica, la tercera después de los franciscanos y dominicos. *Incumbit nobis* y *Praesentium vobis* fechadas el 16 de diciembre de 1243, sentaron las bases jurídicas de la erección canónica de la Orden de San Agustín.

Incumbit nobis ordenó que los eremitas de Tuscia enviaran uno o dos representantes de cada casa al primer Capítulo General, profesaran “la regla y el género de vida del bienaventurado Agustín”, redactaran sus Constituciones y eligieran un Prior General.

El proceso estuvo bajo la dirección del cardenal Ricardo degli Annibaldi por medio de la bula *Praesentium vovis*. La reunión tuvo lugar en marzo de 1244, en la ciudad de en lo que se llama ahora La Pequeña Unión.

La bula *Licet Ecclesiae Catholicae* marcó una segunda fase en el desarrollo inicial de la Orden ocurrida el 9 de abril de 1256 en una antigua iglesia romana, hoy Basílica de Santa María del Popolo. En esta ocasión se produjo la anexión de otras órdenes de ermitaños situados en las regiones centrales y septentrionales de Italia como los de *Juan Bueno*, los *Ermitaños de Santa María de Cesena*, los *Ermitaños de Bréttino*, los *Ermitaños de Monte Favale* e incluso los *Guillermitas* que profesaban la Regla de San Benito.

Los agustinos en el Perú

Se encuentran organizados en tres vicariatos conformando la Provincia Autónoma de la Orden de San Agustín.

Se acepta unánimemente por los historiadores que los religiosos de la Orden de San Agustín llegaron al país en 1551. Eran doce y, después de embarcar en Sanlúcar, llegaron a Lima el 1º de junio. Se alojaron en una casa de sus bienhechores, el matrimonio de Hernán González de la Torre y Juana de Cepeda, que, durante 22 años, constituyó el primer convento en la capital del Virreinato del Perú. La fecha fundacional de esta Provincia agustiniana que abarcó los límites del Perú y Bolivia, fue el 19 de septiembre de 1551.

La dependencia de la Provincia de Castilla continuó por unos años. En el segundo Capítulo, el de 1554, se aceptó el Convento de Huamachuco. El convento situado en Trujillo, fue reconocido en el Capítulo de 1560; pero en el trienio 1557-1560, ya se pudieron fundar los conventos de Conchucos, Leimebamba, Cusco y Paria, aceptados jurídicamente en el Capítulo de 1560. Cusco será uno de los principales conventos. Conchucos y Leimebamba pasaron a sacerdotes seculares; Paria pasó también, pero la Real Audiencia de Charcas le reintegró a la Orden.

En 1578, se erigió el nuevo convento de *Nuestra Señora de Gracia* conocido por todos como convento de San Agustín entre los jirones Ica y Camaná, más cerca de la plaza de Armas, por mandato del Provincial Fray Luis López de Solís, quien luego fue obispo de Quito; pero ocasionó el malestar de dominicos y mercedarios siendo la cuestión solucionada por el Arzobispo de Lima Fray Jerónimo de Loayza, quien colocó la primera piedra del convento.

Para fines del siglo XIX la Provincia Peruana estaba con una escasez de hermanos, por lo que la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas mandó un grupo de misioneros agustinos españoles para revitalizarla. El padre Eustasio llegó al Perú en 1894 y refundó, el 5 de marzo de ese mismo año la Provincia de Nuestra Señora de Gracia bajo el cuidado de la Provincia de Filipinas.

Antes de 1903 había funcionado en el convento de Lima la Escuela de Primaria "Santo Tomás de Villanueva". Desde 1903 y hasta 1955, lo hizo el "Colegio San Agustín". En 1955 se trasladó la institución al nuevo local del distrito de San Isidro.

En 1984, el 25 de marzo, se inauguró la Iglesia del Convento, tratando de rescatar su antiguo estilo colonial. En una de sus capillas, reposan los restos del padre Eustasio.

En 1907 se aceptó la parroquia de Santo Toribio de Chosica. En 1911 se abrió el Colegio Santa Rosa de Chosica.

En 1952 la Orden retornó a lugares en donde ya evangelizó la Provincia en el siglo XVI: se hizo cargo de la Parroquia de San Pedro de Lloc, también de la de Nuestra Señora de Guadalupe en Pacasmayo. El 6 de agosto de 1961, se consagró el templo al Señor de los Milagros en Pacasmayo, junto a un modesto convento.

En el 2005 la Provincia de Nuestra Señora de Gracia recuperó su autonomía de la Provincia de Agustina de España.

La Orden de Agustinos Recoletos (OAR)

Surge de la Orden de San Agustín, en el siglo XVI, cuando el Capítulo de la Provincia de Castilla, celebrado en Toledo en 1588, determinó a petición de algunos religiosos agustinos que en algunas casas se viviera un modo de vida distinto. Nacen así los Agustinos «Recoletos» como una forma de vivir más intensamente la interioridad, y la austeridad. A los pocos años de iniciarse la recolección, en 1606, parte la primera expedición misionera a Filipinas. Después de más de tres siglos de historia, en 1912, los agustinos recoletos fueron reconocidos por la Iglesia católica como orden religiosa mediante el Breve Pontificio "*Religiosas Familias*" de san Pío X.

Primera orden o Rama masculina

En 1602, la Santa Sede desligó los cinco conventos reformados de la obediencia del provincial agustino de Castilla y erigió con ellos la «Provincia de san Agustín de frailes recoletos descalzos de España». La provincia continuaba dependiendo del prior general de la orden, a cuya autoridad, sin embargo, se señalaban límites precisos. En adelante, no podría modificar sus estatutos ni visitar sus conventos sin la compañía de dos frailes reformados.

Tres años más tarde, en 1605, el segundo capítulo provincial abrió a la reforma el horizonte misional. Esta determinación perfeccionó el carisma de la nueva orden, acomodándolo más al modelo agustiniano. Al igual que san Agustín había rechazado la tentación de huir al desierto, la Recolección rechazó la de recluirse en el convento, asoció al «ocio santo» el «negocio justo» y acudió en ayuda de la Iglesia que solicitaba su concurso para alumbrar nuevos hijos para Dios.

En 1621 la Santa Sede elevó la provincia al rango de congregación religiosa, encomendando su gobierno a un vicario general elegido por sus miembros. El prior general de la orden de agustinos conservaba intacta la jurisdicción, pero la presencia de una autoridad supraprovincial dentro del cuerpo de la reforma contribuyó a afirmar su propia identidad y a desvincularla de la orden. En el mismo año se celebró el primer capítulo general y en él se dividió la congregación en cuatro provincias: tres tenían todos sus conventos en España; la cuarta, en Filipinas.

Otros hitos importantes en este proceso de búsqueda y afirmación de la propia individualidad son la publicación de las primeras Constituciones propias (1631 y 1637), del ceremonial (1639-1640), libro muy importante en una comunidad de tendencia contemplativa, y de la historia general de la congregación (1664).

A principios del siglo XVII y a imitación de la Recolección castellana, surgió otro movimiento reformista entre los agustinos colombianos. En 1604, el definitorio de la provincia de Nuestra Señora de Gracia asignó a sus promotores el convento de El Desierto de la Candelaria y les dio unas normas de vida substancialmente idénticas a las de fray Luis de León. En 1616, los recoletos colombianos, que ya contaban con los conventos de Panamá y Cartagena, adoptaron la forma de vivir de la Recolección española, en 1629 se incorporaron a ella y en 1666 pasaron a formar la quinta provincia de la congregación.

En el siglo XIX, la congregación experimentó un cambio profundo. Las desamortizaciones de España (1835–1837) y Colombia (1861) la despojaron de

sus conventos, impidieron la vida común y la transformaron en una comunidad apostólica y misionera. Durante más de un siglo, las misiones y el apostolado ministerial han sido las ocupaciones casi exclusivas de sus miembros.

A principios del siglo XX, la comunidad consiguió su plena autonomía jurídica. Importante fue el Capítulo General que tuvo lugar en el monasterio de San Millán de la Cogolla, (La Rioja, España) en 1908, en el que se aceptó el cambio de orientación de la Orden. Por rescripto del 18 de julio de 1911, la congregación de religiosos sancionó su total independencia del prior general de los agustinos. Un año más tarde, el 16 de septiembre de 1912, san Pío X la inscribía en el catálogo de las órdenes religiosas, concediendo a su superior el título y las facultades de prior general.

Segunda orden o Rama femenina

El carisma agustino recoleto es compartido por los monasterios de monjas agustinas recoletas, o segunda Orden, nacidas en el mismo tiempo y con las mismas aspiraciones espirituales que los primeros recoletos. Las hermanas con su vida contemplativa ponen de relieve esta dimensión fundamental del carisma agustino recoleto.

Agustinas recoletas contemplativas

El origen de la recolección femenina fue idéntico al de la masculina. El mismo capítulo de Toledo de los Agustinos mandó destinar tres o más monasterios para monjas que desearan abrazar una vida más austera. En cumplimiento de esta orden, el 24 de diciembre de 1589 se abrió en Madrid el primero de ellos y se impuso el hábito a las primeras candidatas. En 1594 fundaron el segundo convento en Salamanca. Pero sólo a principios del siglo XVII apareció la figura carismática que encendió sus ánimos y dio cauce jurídico a sus aspiraciones.

Fue la Madre Mariana de San José quien en 1603, en estrecha colaboración con el padre Agustín Antolinez, catedrático de Salamanca, organizó en Éibar el tercer convento y dio reglas más completas y acordes con la espiritualidad del momento.

Esas constituciones, aprobadas por el papa Paulo V en 1616, proponían un programa religioso que en nada difería del delineado en la forma de vivir de los frailes. Con estas Constituciones en la mano y en el corazón la madre Mariana pudo iniciar el despliegue que en pocos años condujo a las recoletas a las principales ciudades de España y a algunas extranjeras: Lisboa, Galway (Irlanda), México, Oaxaca, Guadalajara y Lima.

En todos estos monasterios han vivido siempre almas selectas que han mantenido muy alto el nivel religioso de la comunidad.

Agustinas descalzas de San Juan de Ribera

Las agustinas descalzas son hijas del fervor apostólico de san Juan de Ribera (1532-1611). Al no poder contar directamente con la aprobación de santa Teresa de Jesús para que estableciera un convento en la diócesis de Valencia, él mismo impulsó una nueva fundación de la que formaron parte tres monjas de un

convento de carmelitas descalzas y otras tres de las agustinas canonesas. La nueva comunidad toma posesión del monasterio de Alcoy el 18 de diciembre de 1597.

El Santo Fundador les dio la regla de san Agustín y las constituciones de Santa Teresa. El espíritu agustino, el espíritu teresiano y la devoción a la Eucaristía son rasgos característicos de su carisma.

El 30 de julio de 1957, después de una asamblea por decreto de la Congregación de Religiosos, se erigió y constituyó la Federación de los Monasterios de Agustinas Descalzas de España. Desde entonces han sido atendidas espiritualmente por agustinos recoletos.

Hermanas Agustinas Recoletas (AR)

La Congregación de las Augustinian Recollect Sisters tiene su origen en Filipinas, a comienzos del siglo XVIII. En 1719 las hermanas, Dionisia y Cecilia Rosa Talangpaz y Pamintuan se establecieron junto al santuario de la Virgen del Carmen en Manila.

Su vida retirada y devota atrajo la atención de los recoletos que atendían el templo, quienes en agosto de 1725 les impusieron el hábito terciario y las recogieron en beaterio.

Su vida era la típica de los beaterios de la época: recogimiento, vida común, hábito de la Orden, oración prolongada, trabajo manual, prácticas ascéticas. Atendían también el culto de la Virgen y desde antes de 1754 a la educación de algunas jóvenes.

Su desarrollo numérico e institucional se dio a principios del siglo XX. Comenzaron a pronunciar votos públicos (1907), actualizaron sus leyes, abrieron colegios en Cavite (1910) y Cuyo (1921), y alcanzaron el status de congregación de derecho diocesano (1929). Comenzó así su vida autónoma y su auténtico desarrollo. Alcanzaron la confirmación pontificia el 20 de noviembre de 1970.

Agustinas recoletas del Sagrado Corazón de Jesús (ARCJ)

En 1893, el sacerdote Justo Vicente López Aveledo organizó en su parroquia de Maracay (Venezuela), en unión con la señorita Laura Alvarado, una "*Pía Unión*" con el fin de atender a los enfermos del hospital que acaba de fundar.

Tras nueve años de prueba, el arzobispo de Caracas elevó la *Pía Unión* a congregación religiosa con el título de *Hermanas Hospitalarias de San Agustín* y les dio la regla del santo. En 1903 confió su dirección a Laura, quien el año anterior había trocado su nombre por el de *María de San José* y con este nombre dirigió la nueva congregación hasta 1960. María de San José fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 7 de mayo de 1995.

En 1927 se consiguió la aprobación diocesana de su congregación; y en 1952, la pontificia. Dos años antes había adoptado el nombre de *Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús* y se agregó a la Orden de Agustinos Recoletos, con la que mantenía relaciones desde principios de siglo. En 2008 se realizó la fundación en la diócesis de Cajamarca, Perú.

Misioneras agustinas recoletas (MAR)

Esta congregación hunde sus raíces en el doble subsuelo contemplativo y activo de la Orden. En 1931 Mons. Francisco Javier Ochoa (1889-1976) llevó consigo a China a tres agustinas recoletas de clausura para dirigir un orfanato y formar a las jóvenes chinas con vocación a la vida religiosa. En 1937 las incorporó a las agustinas recoletas filipinas.

La necesidad de reclutar nuevas misioneras sugiere la idea de fundar un noviciado en España. Con ese fin regresan las madres Esperanza y Carmela y, tras no pocas dificultades, logran abrirlo en Monteagudo (1941). Las vocaciones son abundantes, pero la guerra impide enviarlas a China y tienen que contentarse con establecerse en Gabia, España (1943) y Bogotá, Colombia (1945). La incomunicación con Manila sugiere la separación de la congregación filipina y la fundación de una congregación autónoma, que fue aprobada por el obispo de Tarazona el 18 de enero de 1947. En este mismo año acoge a 11 religiosas brasileñas, fruto de los desvelos de otras tres recoletas que en 1935 habrían trocado la paz del monasterio por el trabajo misionero en Lábrea, Brasil. Los años siguientes fueron vitales para la congregación. En 1949 se agrega espiritualmente a la Orden de Agustinos Recoletos; en 1950 publica sus primeras Constituciones y en 1955 incorpora a las Terciarias Agustinas de Cali, Colombia.

A continuación se propaga por España y Colombia, se afianza en Brasil y se instalan en Venezuela, Argentina y Ecuador. El 5 de junio de 1964 la Congregación de Religiosos aprueba sus Constituciones y les concede el decretum cum laudis. El 31 de octubre de 1983 fueron aprobadas sus Constituciones posconciliares. Y en 1985 muere, mártir de la caridad y de la justicia, sor Cleusa R. Coelho (1933-85), misionera en Lábrea, Brasil, y defensora de los derechos de los indígenas.

La congregación culmina su proceso legislativo dividiéndose en cuatro entidades de gobierno: Provincia de Nuestra Señora de la Consolación, presente en España, Ecuador y México; Provincia de San Agustín, presente en Colombia y Perú; Provincia de Santa Rita de Casia presente en Brasil y Argentina; y Viceprovincia de Santa Mónica presente en Venezuela y Cuba. Además tiene casas en Taiwán, China.

Agustinas recoletas de los enfermos (ARE)

No se puede hablar de estas hermanas sin mencionar a su fundador, el agustino recoleto Sebastián López de Murga. Según confesión propia, “la providencia divina me llevó a trabajar en Colombia por tres ideales: la canonización de fr. Ezequiel Moreno y Díaz, la Fundación que lleva el nombre del santo y las Agustinas Recoletas de los Enfermos”. No había pasado un año de la beatificación del obispo de Pasto, en noviembre de 1975, cuando Fray Sebastián constituye una Fundación con el nombre de Ezequiel Moreno. Más tarde el misionero riojano sería canonizado en Santo Domingo, República Dominicana, el 11 de octubre de 1992. La figura de este santo ha estado siempre ligada a los enfermos, sobre todo a los de cáncer.

En enero del año 1985 se comienza a gestar la andadura religiosa de las hermanas. Serán ellas las encargadas de estar cerca de estos enfermos, no sólo para consolarlos con ayudas de orden espiritual, sino para socorrerlos con toda clase de atenciones en su enfermedad. Las dificultades del grupo son en un principio muchas. Algunas abandonan a los pocos años, el grupo es y permanece muy reducido. El 11 de marzo de 1996, a petición de su fundador, el Arzobispo de Bogotá, Pedro Rubiano, aprueba sus estatutos como una “Asociación pública de fieles mujeres”, (Hermanas Pías Sodalicias), con el nombre conocido de “Religiosas Agustinas Recoletas de los Enfermos”, cuyo carisma es “la asistencia a los enfermos especialmente de cáncer, tanto en lo espiritual como en lo económico”

Tercera orden o Fraternidad Seglar Agustino Recoleta (FSAR)

La Fraternidad Seglar Agustino Recoleta (FSAR) está conformada por los laicos comprometidos a vivir el carisma agustiniano que, después de una larga preparación, son admitidos a formar parte de la Orden de Agustinos Recoletos, firmando unas promesas.

Además, tienen sus propios estatutos que fueron a probados por la Iglesia y se rige con la “Regla de Vida”.

En la Regla de Vida se resaltan los elementos fundamentales del carisma agustino recoleto: interioridad, comunidad y apostolado.

Interioridad: al estilo de San Agustín que dice que “en el hombre interior habita la verdad”, la FSAR vive el recogimiento interior evitando salir al exterior para reconocer, a través de la oración, la debilidad humana y la necesidad que el ser humano tiene de Dios.

Comunidad: es la vivencia comunitaria del amor contemplativo, porque se busca vivir no solo en comunión con Cristo sino con todos aquellos que han llegado a conocer y amar a Cristo (la Iglesia). Y a través de esta comunión, los seglares disfrutará de la dulzura y la delicia de convivir los humanos unidos.

Juventudes Agustino Recoletas (JAR)

Los religiosos Agustinos Recoletos pretenden formar un laicado juvenil cristiano, que viva con alegría una espiritualidad fundamentada en el amor y la amistad, y se sienta unido a la familia agustino recoleta. Las Juventudes Agustino Recoletas surgen como expresión, en el mundo de los jóvenes, del estilo y vida que San Agustín llevó y quiso que sus amigos y seguidores llevaran. Los jóvenes de estos grupos quieren seguir a Jesús a través del carisma de San Agustín, quien da unas claves, unas consignas, que concretan y ayudan en el día a día para vivir mejor el Evangelio.

En cada uno de los grupos JAR, los jóvenes se sienten vinculados íntimamente y espiritualmente a los demás, lo que les hace ser comunidad, y viven juntos cuatro

dimensiones esenciales de la vida cristiana: la formativa, celebrativa, apostólica y de comunión. Estos jóvenes son llamados a ser “tocados” por Cristo y por San Agustín, quien convierte sus corazones en “corazones inquietos”.

Los agustinos recoletos en el Perú

La ordenanza segunda del capítulo celebrado en 1614 manda la creación de una casa recoleta “donde los varones espirituales se puedan recoger y darse más a la vida contemplativa y más estrecha penitencia”. En busca de información y así establecer, de la mejor forma, el nuevo estilo de vida en el Perú el P. Pedro Altamirano y el hermano Guillermo de Jesús viajan para conocer más de cerca la recolección española. En su paso por Cartagena, en el convento recoleto de la Popa, conocen más de cerca el espíritu de la recolección vivido con exigencia por los frailes. Allí el P. Altamirano toma el hábito recoleto y, luego, en el desierto de la Candelaria conoce al P. Mateo Delgado, iniciador de la recolección en América.

En 1617 se concretiza el anhelado proyecto de tener el primer convento recoleto en Perú, situado en la localidad de Mizque, el Alto Perú, hoy Bolivia: La Recoleta de San Agustín de Mizque. Su primer superior fue el P. Pedro Altamirano, y le acompañaron el P. Cristóbal de Villarreal junto con el hermano Miguel Gutiérrez.

En 1618 se reúne nuevamente el Capítulo Provincial e indica que los frailes se llamarán recoletos y no descalzos recoletos, usarán calzado, y vivirán de limosnas; además se ordena la fundación de una segunda casa recoleta en el Perú, la que estaría ubicada en Lima. En 1619 se funda el nuevo convento en el distrito del Rimac, dedicado a la Virgen de Copacabana y Guía. Por cuestiones de la monarquía española este fue demolido en 1625 y gracias a la intercesión del P. Juan Pecedor, hombre fuerte de la recolección, ante Felipe IV, fue reconstruido en 1630. Una nueva y hermosa construcción del convento fue inaugurada en 1644 pero, fue demolida en 1647 por un terremoto. Se tiene noticias que en 1632 se proyecta la edificación de un tercer convento recoleto en Huamanga, actual Ayacucho, pero no se tiene certeza de su construcción.

Lamentablemente para 1657, por múltiples factores, el espíritu de la recolección en la provincia agustiniana de Perú está muy debilitado. Los intentos de levantar el ánimo son insuficientes y la llama que inflamó los primeros corazones está menguada. Entre 1673 y 1677 se intentó implantar la recolección en Ica y Arequipa pero no hubo resultados favorables por la falta de frailes interesados en el espíritu recoleto. Para 1801 la Recoleta de Guía, en el Rimac, está casi destruida y se traslada al convento de Guadalupe, en La Libertad.

Luego de la independencia de Perú vendrán los decretos desamortizadores de Bolívar y Monteagudo y así desaparece la vida agustina y recoleta en el Perú republicano. Los conventos de Guía y Mizque son convertidos a espacios militares por Orbegozo y Antonio José de Sucre, respectivamente.

Años después los agustinos recoletos aparecen con fuerza y vitalidad en varias naciones de América. Venezuela fue una de ellas y posteriormente Perú. De Venezuela parten misioneros entusiasmados, deseosos de “ver sobre el terreno” las posibilidades de fundar nuevos ministerios. Los padres José Gómez e Ireneo Ojer arriban al Perú el 5 de junio de 1939. Desde aquella fecha la labor en el país ha sido intensa, en medio de múltiples dificultades para comenzar.

Los primeros ministerios en Perú aparecen en marzo de 1940 en Chaluanka, en el departamento de Apurímac, de la diócesis de Cusco y Cutervo en el departamento de Cajamarca, de la diócesis de Cajamarca. El celo pastoral de los hermanos en todo momento fue aplaudido por las autoridades eclesiásticas, a simple vista se notaban los resultados. Por cuestiones que convenían a la provincia y a los frailes en diciembre de 1947 se deja Chaluanka y todos los anexos en los que se trabajaba.

En 1943 hay problemas en España, es así que en marzo, salvando muchas dificultades, se instala un coristado provisional en Cusco con estudiantes provenientes de España, a la vez, el obispo pide a la provincia atender la parroquia San Sebastián. En agosto de 1943 la comunidad religiosa entra en Cañete y en setiembre del mismo año comienza a atenderse la vice parroquia de Imperial..

En enero de 1944, con gozo y alegría, la comunidad recibe el encargo de trabajar en la parroquia Santa María Magdalena, en Pueblo Libre. En agosto de 1944 comienza la presencia de los agustinos recoletos en Arequipa en la parroquia San Antonio Abad. En enero de 1945 comienza el trabajo en Chota, en Cajamarca. La estadía en Cañete permanece y se amplía el trabajo con la parroquia de San Vicente, en octubre de 1947.

1948 es un año especial para la Orden y para el Perú. El 12 de octubre se da la solemne promulgación del decreto que crea la Provincia de San José, a la que se le asignan las casas de la Provincia San Nicolás de Tolentino en Venezuela, Perú y San Millán de la Cogolla en España. Esto cambia el ritmo de crecimiento en la nueva Vicaría de Perú.

En julio de 1962 se comienza una nueva etapa en Lima con la apertura de una segunda parroquia. Se trata de la parroquia Santa Rita de Casia, en Miraflores, erigida como tal el 29 de marzo de 1961.

1963 es un año de referencia en la vida de los agustinos recoletos en Perú. En el mes de abril la Santa Sede erige la Prelatura de Chota y Cutervo y la confía al cuidado de la Orden. Creada la Prelatura se amplía el campo de trabajo para los religiosos agustinos recoletos que no dudan en poner alma y corazón por extender el Reino. Los agustinos siguen expandiéndose y en 1965 incursionan en el campo educativo al crearse el Colegio Agustiniiano San Martín de Porres, anexo a la parroquia Santa María Magdalena de Lima. No cabe duda que se quiso conmemorar

los 25 años de los agustinos recoletos en Perú. Poco después, en 1972, se crea el Colegio Santa Rita de Casia de Miraflores a petición de la vecindad.

En Arequipa en setiembre de 1968 se crea la parroquia Nuestra Señora de Chapi, más conocida como Chapi Chico, con territorio desmembrado de la parroquia San Antonio Abad y encomendada a los agustinos recoletos.

Por el norte del país, los comienzos de la Parroquia Nuestra Señora de la Consolación, en Chiclayo, datan de 1963. Después de trámites y adquisiciones, el 8 de junio de 1967 es bendecida e inaugurada la residencia de la comunidad, la que funcionará como sede parroquial. El 2 de octubre del mismo año se da el decreto de erección de la parroquia bajo la protección de Nuestra Señora de la Consolación y se confía a los agustinos recoletos. Años después, por gestiones del P. Juan Cuña y Ángel Jiménez, se construye el nuevo templo parroquial y consagrado el 8 de diciembre de 1980.

De regreso por Lima, tenemos el convento San Agustín, en Pachacamac, que se comienza a construir el 6 de diciembre de 1986 al colocarse la primera piedra de los cimientos. Este edificio funcionaría como noviciado y es erigido como tal en enero de 1990. El 13 de marzo del mismo año comienza oficialmente la vida de comunidad en dicha casa. En Lima ciudad encontramos por esta época el Seminario san Ezequiel Moreno que se construye para acoger a los jóvenes que recién comienzan su camino en la vida religiosa. En 1989 se hizo la compra del terreno en el distrito de San Miguel, y el 5 de diciembre del mismo año se bendice la primera piedra. En 1991, en la festividad de San José, se inaugura esta nueva casa de formación.

Siguiendo el orden de las fechas, y en tierras chotanas, en 1993, a iniciativa del P. Jacinto Anaya, se funda Radio Santa Mónica. En la provincia de Chota no se puede dejar de mencionar la ONG Haren Alde cuyo objetivo es atender las necesidades de los más pobres.

El año 2003 marca una nueva etapa en el trabajo pastoral de la Prelatura de Chota y Cutervo. Mons. Carmelo Martínez Lázaro, obispo prelado de Chota y Cutervo divide la parroquia Todos los Santos de Chota y decreta la creación de otra. El documento oficial la crea el 1 de enero de 2003, le da como titular a Santa Mónica y la pone bajo la dirección de los agustinos recoletos.

En diciembre de 2004 Mons. Carmelo es nombrado obispo de Cajamarca y con él comienza un nuevo ministerio para los agustinos recoletos en esa jurisdicción: la parroquia Dulce Nombre de Jesús. En abril de 2014 las autoridades aceptan la propuesta del obispo de Cajamarca de seguir trabajando por esas tierras y, ahora también, en la parroquia Espíritu Santo. Gracias a Dios, con la fuerza que sólo Él puede dar, se están dando grandes pasos en el trabajo pastoral y en la infraestructura de ambas parroquias.

La voz de personalidades

Aquí vamos a presentar algunas voces de personalidades que admiran y siguen creyendo en las portentosas obras de san Agustín. Ello nos muestra la permanencia en el tiempo del santo.

San Juan Pablo II

Carta Apostólica Augustinum Hipponensem del Sumo Pontífice Juan Pablo II a los obispos, sacerdotes, familias religiosas y fieles de toda la Iglesia católica en el XVI centenario de la conversión de san Agustín, Obispo y Doctor de la Iglesia

Venerables hermanos y queridos hijos e hijas, salud y bendición apostólica. Agustín de Hipona, desde que apenas un año después de su muerte fue catalogado como uno de los "mejores maestros de la Iglesia" por mi lejano predecesor Celestino I, ha seguido estando presente en la vida de la Iglesia y en la mente y en la cultura de todo el Occidente. Después, otros Romanos Pontífices, por no hablar de los Concilios que con frecuencia y abundantemente se han inspirado en sus escritos, han propuesto sus ejemplos y sus documentos doctrinales para que se les estudiara e imitara.

León XIII exaltó sus enseñanzas filosóficas en la Encíclica *Aeterni Patris*; Pío XI reasumió sus virtudes y su pensamiento en la Encíclica *Ad salutem humani generis*, declarando que por su ingenio agudísimo, por la riqueza y sublimidad de su doctrina, por la santidad de su vida y por la defensa de la verdad católica nadie, o muy pocos se le pueden comparar de cuantos han florecido desde los principios del género humano hasta nuestros días; Pablo VI afirmó que "además de brillar en él de forma eminente las cualidades de los Padres, se puede afirmar en verdad que todo el pensamiento de la antigüedad confluye en su obra y que de ella derivan corrientes de pensamiento que empapan toda la tradición doctrinal de los siglos posteriores.

Yo mismo he añadido mi voz a la de mis predecesores, expresando el vivo deseo de que "su doctrina filosófica, teológica y espiritual se estudie y se difunda, de tal modo que continúe... su magisterio en la Iglesia; un magisterio, añadía, humilde y luminoso al mismo tiempo, que habla sobre todo de Cristo y del amor".

He tenido ocasión además de recomendar especialmente a los hijos espirituales del gran Santo que mantengan "vivo y atrayente el encanto de San Agustín también en la sociedad moderna", ideal estupendo y entusiasmante, porque "el conocimiento exacto y afectuoso de su pensamiento y de su vida provoca la sed de Dios, descubre el encanto de Jesucristo, el amor a la sabiduría y a la verdad, la necesidad de la gracia, de la oración, de la virtud, de la caridad fraterna, el anhelo de la eternidad feliz" .

Me es muy grato, pues, que la feliz circunstancia del XVI centenario de su conversión y de su bautismo me ofrezca la oportunidad de evocar de nuevo su figura luminosa. Esta nueva evocación será al mismo tiempo una acción de gracias a Dios por el don que hizo a la Iglesia, y mediante ella a la humanidad entera, gracias a aquella admirable conversión; y será también una ocasión propicia para recordar que el convertido, una vez hecho obispo, fue un modelo espléndido de Pastor, un defensor intrépido de la fe ortodoxa o, como decía él, de la "virginidad" de la fe, un constructor genial de aquella filosofía que por su armonía con la fe bien puede llamarse cristiana, y un promotor infatigable de la perfección espiritual y religiosa.

Conocemos el camino de su conversión por sus mismas obras, es decir, por las que escribió en la soledad de Casiciaco antes del bautismo, y sobre todo por sus célebres *Confesiones*, una obra que es al mismo tiempo autobiografía, filosofía, teología, mística y poesía, en la que hombres sedientos de verdad y conscientes de sus propios límites, se han encontrado y se siguen encontrando a sí mismos. Ya en su tiempo, el autor la consideraba como una de sus obras más conocidas. "*¿Cuál de mis obras*", escribe hacia al final de su vida, "*pudo alcanzar una más amplia notoriedad y resultar más agradable que los libros de mis Confesiones?*"

La historia no ha desmentido nunca este juicio; al contrario, no ha hecho más que confirmarlo ampliamente. Todavía hoy las *Confesiones* de san Agustín son muy leídas y, como son muy ricas de introspección y de pasión religiosa, obran en profundidad, agitan y conmueven. Y no sólo a los creyentes. Aun aquellos que, aun cuando no tengan fe, por lo menos van buscando una certeza que les permita comprenderse a sí mismos, sus aspiraciones profundas y sus tormentos, sacan provecho de la lectura de esta obra.

La conversión de san Agustín, condicionada por la necesidad de encontrar la verdad, tiene no poco que enseñar a los hombres de hoy, con tanta frecuencia perdidos y desorientados frente al gran problema de la vida. Se sabe que esta conversión tuvo un camino particularísimo, porque no se trató de una conquista de la fe católica, sino de una reconquista. La había perdido convencido, al perderla, de que no abandonaba a Cristo, sino sólo a la Iglesia. En efecto, había sido educado cristianamente por su madre, la piadosa y santa Mónica. Como consecuencia de esta educación, Agustín permaneció siempre no sólo un creyente en Dios, en la Providencia y en la vida futura, sino también un creyente en Cristo, cuyo nombre "había bebido", como dice él, "*con la leche materna*".

Tras volver a la fe de la Iglesia católica, dirá que había vuelto "*a la religión que me había sido imbuida desde niño y que había penetrado hasta la médula de mi ser*".

Quien quiera comprender su evolución interior y un aspecto, tal vez el más profundo, de su personalidad y de su pensamiento, debe partir de esta constatación.

Al despertarse a los 19 años al amor de la sabiduría con la lectura del Hortensio de Cicerón —"*Aquel libro, tengo que admitirlo, cambió mi modo de sentir... y me*

hizo desear ardientemente la sabiduría inmortal con increíble ardor de corazón" —, amó profundamente y buscó siempre con todas las fibras de su alma la verdad. "¡Oh verdad, verdad, cómo suspiraba ya entonces por ti desde las fibras más íntimas de mi corazón!" .

No obstante este amor a la verdad, Agustín cayó en errores graves. Los estudiosos buscan las causas de esto y las encuentran en tres direcciones: en el planteamiento equivocado de las relaciones entre la razón y la fe, como si hubiera que escoger necesariamente entre una y otra; en el presunto contraste entre Cristo y la Iglesia, con la consiguiente persuasión de que para adherirse plenamente a Cristo hubiera que abandonar la Iglesia; y en el deseo de verse libre de la conciencia de pecado no mediante su remisión por obra de la gracia, sino mediante la negación de la responsabilidad humana del pecado mismo.

Así, pues, el primer error consistía en un cierto espíritu racionalista, en virtud del cual se persuadió de que *"había que seguir no a los que mandan creer, sino a los que enseñan la verdad"*. Con este espíritu leyó las Sagradas Escrituras y se sintió rechazado por los misterios en ellas contenidos, misterios que hay que aceptar con humilde fe.

Después, hablando a su pueblo acerca de este momento de su vida, le decía: *"Yo que os hablo, estuve engañado un tiempo, cuando de joven me acerqué por primera vez a las Sagradas Escrituras. Me acerqué a ellas no con la piedad del que busca humildemente, sino con la presunción de quien quiere discutir... ¡Pobre de mí, que me creí apto para el vuelo, abandoné el nido y caí antes de poder volar!"* . Fue entonces cuando topó con los maniqueos, les escuchó y les siguió. Razón principal: la promesa *"de dejar a un lado la terrible autoridad, conducir a Dios y librar de los errores a sus discípulos con la pura y simple razón"*. Y tal precisamente era como se mostraba Agustín, *"deseoso de poseer y absorber la verdad auténtica y sin velos"* con la sola fuerza de la razón.

Convencido después de largos años de estudios, especialmente de estudios filosóficos, de que le habían engañado, pero, por efecto de la propaganda maniquea, convencido siempre de que la verdad no estaba en la Iglesia católica, cayó en una profunda desilusión y perdió de hecho la esperanza de poder encontrar la verdad: *"Los académicos mantuvieron durante mucho tiempo el timón de mi nave en medio de las olas"*.

De esta peligrosa actitud lo sacó el mismo amor de la verdad que albergaba siempre dentro de su alma. Llegó a convencerse de que no es posible que el camino de la verdad esté cerrado a la mente humana; si no la encuentra, es porque ignora o desprecia el método para buscarla. Animado por esta convicción, se dijo a sí mismo: *"Ea, busquemos con mayor diligencia, en lugar de perder la esperanza"*

Y así, prosiguió en la búsqueda y esta vez, guiado por la gracia divina, que su madre imploraba con lágrimas, llegó felizmente al puerto. Llegó a comprender que razón y fe son dos fuerzas destinadas a colaborar para conducir al hombre al

conocimiento de la verdad, y que cada cual tiene un primado propio: la fe, temporal; la razón, absoluto —*"por su importancia viene primero la razón, por orden de tiempo la autoridad de la fe"*—. Comprendió que la fe, para estar segura, requiere una autoridad divina, que esta autoridad no es más que la de Cristo, sumo Maestro —de esto Agustín no había dudado nunca— y que la autoridad de Cristo se encuentra en las Sagradas Escrituras, garantizadas por la autoridad de la Iglesia católica.

Con la ayuda de los filósofos platónicos se libró de la concepción materialista del ser, que había absorbido del maniqueísmo: *"Amonestado por aquellos escritos a que volviera a mí mismo, entré en lo íntimo de mi corazón bajo tu guía... Entré en él y divisé con el ojo de mi alma... por encima de mi inteligencia, una luz inmutable"*. Esta luz inmutable fue la que le abrió los inmensos horizontes del espíritu y de Dios.

Comprendió que, a propósito de la grave cuestión del mal, que constituía su mayor tormento, la primera pregunta que hay que formularse no es de dónde procede el mal, sino en qué consiste, e intuyó que el mal no es una sustancia, sino una privación de bien: *"Todo lo que existe es bien, y el mal, cuyo origen yo buscaba, no es una sustancia"*.

Dios, pues —concluyó él— es el creador de todas las cosas y no existe sustancia alguna que no haya sido creada por Él.

Comprendió también, refiriéndose a su experiencia personal —y éste fue su descubrimiento decisivo—, que el pecado tiene su origen en la voluntad del hombre, una voluntad libre e indefectible: *"Yo era quien quería, yo quien no quería, yo, yo era"*

A este punto uno podría creer que había llegado al fin, y sin embargo no había llegado todavía; las asechanzas de nuevo error le envolvían. Fue la presunción de poder llegar a la posesión beatificante de la verdad con solas sus fuerzas naturales. Una experiencia personal que terminó mal lo disuadió. Fue entonces cuando comprendió que una cosa es conocer la meta y otra muy diversa llegar a ella. Para dar con la fuerza y el camino necesarios *"me lancé con la mayor avidez, escribe él mismo, "sobre la venerable Escritura de tu Espíritu, y antes que nada sobre el Apóstol Pablo"*.

En las Cartas de Pablo descubrió a Cristo maestro, como lo habla venerado siempre, pero también a Cristo redentor, Verbo encarnado, único mediador entre Dios y los hombres. Fue entonces cuando se le mostró en todo su esplendor *"el rostro de la filosofía"*: era la filosofía de Pablo, que tiene por centro a Cristo, *"poder y sabiduría de Dios"* (1 Cor 1, 24), y que tiene otros centros: la fe, la humildad, la gracia; la "filosofía", que es al mismo tiempo sabiduría y gracia, en virtud de la cual se hace posible no sólo conocer la patria, sino también llegar a ella.

Una vez encontrado Cristo redentor, fuertemente abrazado a Él, Agustín había retornado al puerto de la fe católica, a la fe en la que su madre lo había educado:

"Había oído hablar de la vida eterna desde niño, vida que se nos prometió mediante la humildad del Señor nuestro Dios, abajado hasta nuestra soberbia". El amor a la verdad, sostenido por la gracia divina, había triunfado de todos los errores.

Pero el camino no había terminado. En el ánimo de Agustín renacía un antiguo propósito, el de consagrarse por completo a la sabiduría, una vez que la había hallado, esto es, abandonar toda esperanza terrena para poseerla. Ahora ya no podía aducir más excusas: la verdad por la que tanto había suspirado era finalmente cierta. Y, sin embargo, todavía dudaba, buscando razones para no decidirse a hacerlo. Las ligaduras que lo ataban a las esperanzas terrenas eran fuertes: los honores, el lucro, el matrimonio; especialmente el matrimonio, dados los hábitos que había contraído. No es que le estuviera prohibido casarse —esto lo sabía muy bien Agustín—, lo que no quería era ser cristiano católico solamente de esta manera: renunciando al ideal acariciado de la familia y dedicándose con "toda" su alma al amor y a la posesión de la Sabiduría. A tomar esta decisión, que correspondía a sus aspiraciones más íntimas pero que estaba en pugna con los hábitos más arraigados, lo estimulaba el ejemplo de Antonio y demás monjes, ejemplo que se iba difundiendo incluso en Occidente y que él conoció un poco fortuitamente. Con gran rubor se preguntaba a sí mismo: *"¿No podrás tú hacer lo que hicieron estos jóvenes y estas jóvenes?"*.

De ello se originó un drama interior, profundo y lacerante, que la gracia divina condujo a buen desenlace. He aquí cómo narra Agustín a su madre esta serena pero fuerte determinación: *"Fuimos donde mi madre y le revelamos la decisión que habíamos tomado. Ella se alegró. Le contamos el desenvolvimiento de los hechos. Se alegró y triunfó. Y empezó a bendecirte porque tú puedes hacer más de lo que pedimos y comprendemos (Ef 3, 20). Veía que le habías concedido, con relación a mí, más de lo que te había pedido con todos sus gemidos y sus lágrimas conmovedoras. De hecho, me volviste a Ti tan absolutamente, que ya no buscaba ni esposa, ni carrera en este mundo"*.

A partir de aquel momento comenzaba para Agustín una vida nueva, terminó el año escolar —estaban cercanas las vacaciones de la vendimia—; se retiró a la soledad de Casiciaco; al final de las vacaciones renunció al profesorado, regresó a Milán a principios del 387, se inscribió entre los catecúmenos y en la noche del Sábado Santo —23/24 de abril— fue bautizado por el obispo Ambrosio, de cuya predicación había aprendido tanto. *"Recibimos el bautismo y se disipó de nosotros la inquietud de la vida pasada. Aquellos días no me hartaba de considerar con dulzura admirable tus profundos designios sobre la salvación del género humano"*. Y añade, manifestando la íntima conmoción de su alma: *"Cuántas lágrimas derramé oyendo los acentos de tus himnos y cánticos, que resonaban dulcemente en tu Iglesia"*.

El XVI centenario de la conversión de san Agustín brinda una ocasión muy propicia para incrementar los estudios y para difundir la devoción a él. A tal fin y compromiso exhorto especialmente a las Órdenes religiosas —masculinas y femeninas— que llevan su nombre, viven bajo su patrocinio o de cualquier modo

siguen su regla y le llaman padre. Que todos ellos aprovechen esta ocasión para revivir y hacer revivir más intensamente sus ideales. Con ánimo agradecido y con los mejores augurios de bien estaré presente en las diversas iniciativas y celebraciones que con este motivo se organicen por todas partes. Para cada una de ellas invoco de corazón la protección celestial y el auxilio eficaz de la Virgen María, a la que el obispo de Hipona exaltó como Madre de la Iglesia. Sea prenda de ello mi bendición apostólica, que me es grato impartir mediante esta Carta.

Roma, junto a San Pedro, 28 de agosto de 1986, fiesta de San Agustín, Obispo y Doctor de la Iglesia, año VIII de mi pontificado.

IOANNES PAULUS PP. II

Benedicto XVI

El Papa Benedicto XVI en la Audiencia General del miércoles 25 de agosto de 2010 se expresó así de san Agustín:

Queridos hermanos y hermanas:

En la vida de cada uno de nosotros hay personas muy queridas, que sentimos particularmente cercanas; algunas están ya en los brazos de Dios, otras comparten aún con nosotros el camino de la vida: son nuestros padres, los familiares, los educadores; son personas a las que hemos hecho el bien o de las que hemos recibido el bien; son personas con las que sabemos que podemos contar. Es importante, sin embargo, tener también «compañeros de viaje» en el camino de nuestra vida cristiana: pienso en el director espiritual, en el confesor, en las personas con las que se puede compartir la propia experiencia de fe, pero pienso también en la Virgen María y en los santos. Cada uno debería tener algún santo que le sea familiar, para sentirlo cerca con la oración y la intercesión, pero también para imitarlo. Quiero invitaros, por tanto, a conocer más a los santos, empezando por aquel cuyo nombre lleváis, leyendo su vida, sus escritos. Estad seguros de que se convertirán en buenos guías para amar cada vez más al Señor y en ayudas válidas para vuestro crecimiento humano y cristiano.

Como sabéis, yo también estoy unido de modo especial a algunas figuras de santos: entre estas, además de san José y san Benito, de quienes llevo el nombre, y de otros, está san Agustín, a quien tuve el gran don de conocer de cerca, por decirlo así, a través del estudio y la oración, y que se ha convertido en un buen «compañero de viaje» en mi vida y en mi ministerio. Quiero subrayar una vez más un aspecto importante de su experiencia humana y cristiana, actual también en nuestra época, en la que parece que el relativismo es, paradójicamente, la «verdad» que debe guiar el pensamiento, las decisiones y los comportamientos.

San Agustín fue un hombre que nunca vivió con superficialidad; la sed, la búsqueda inquieta y constante de la Verdad es una de las características de fondo de su existencia; pero no la de las «pseudo-verdades» incapaces de dar paz

duradera al corazón, sino de aquella Verdad que da sentido a la existencia y es la «morada» en la que el corazón encuentra serenidad y alegría. Su camino, como sabemos, no fue fácil: creyó encontrar la Verdad en el prestigio, en la carrera, en la posesión de las cosas, en las voces que le prometían la felicidad inmediata; cometió errores, sufrió tristezas, afrontó fracasos, pero nunca se detuvo, nunca se contentó con lo que le daba sólo un hilo de luz; supo mirar en lo íntimo de sí mismo y, como escribe en las Confesiones, se dio cuenta de que esa Verdad, ese Dios que buscaba con sus fuerzas, era más íntimo a él que él mismo, había estado siempre a su lado, nunca lo había abandonado y estaba a la espera de poder entrar de forma definitiva en su vida (cf. III, 6, 11; X, 27, 38). Como dije comentando la reciente película sobre su vida, san Agustín comprendió, en su inquieta búsqueda, que no era él quien había encontrado la Verdad, sino que la Verdad misma, que es Dios, lo persiguió y lo encontró (cf. L'Osservatore Romano, edición semanal en lengua española, 4 de septiembre de 2009, p. 3). Romano Guardini ⁴⁵, comentando un pasaje del capítulo III de las *Confesiones*, afirma: san Agustín comprendió que Dios es «gloria que nos pone de rodillas, bebida que apaga la sed, tesoro que hace felices, [...él tuvo] la tranquilizadora certeza de quien por fin comprendió, pero también la bienaventuranza del amor que sabe: esto es todo y me basta» (*Pensatori religiosi*, Brescia 2001, p. 177).

También en las Confesiones, en el libro IX, nuestro santo refiere una conversación con su madre, santa Mónica —cuya memoria se celebra el próximo viernes, pasado mañana—. Es una escena muy hermosa: él y su madre están en Ostia, en un albergue, y desde la ventana ven el cielo y el mar, y trascienden cielo y mar, y por un momento tocan el corazón de Dios en el silencio de las criaturas. Y aquí aparece una idea fundamental en el camino hacia la Verdad: las criaturas deben callar para que reine el silencio en el que Dios puede hablar. Esto es verdad siempre, también en nuestro tiempo: a veces se tiene una especie de miedo al silencio, al recogimiento, a pensar en los propios actos, en el sentido profundo de la propia vida; a menudo se prefiere vivir sólo el momento fugaz, esperando ilusoriamente que traiga felicidad duradera; se prefiere vivir, porque parece más fácil, con superficialidad, sin pensar; se tiene miedo de buscar la Verdad, o quizás se tiene miedo de que la Verdad nos encuentre, nos aferre y nos cambie la vida, como le sucedió a san Agustín.

⁴⁵ Romano Guardini nació en Verona, Italia; el 17 de febrero de 1885 pero con solo un año su familia se mudó a Maguncia, Alemania. Vivió la mayor parte de su vida en este país, donde su padre trabajó como diplomático. Se ordenó sacerdote de la Iglesia católica y fue uno de los líderes de los movimientos espirituales e intelectuales que desencadenaron después las reformas aprobadas por el Concilio Vaticano II. En 1923 se le dio una posición en filosofía de la religión en la Universidad de Berlín, que mantuvo hasta ser forzado a renunciar por los nazis en 1939. En 1945 fue nombrado profesor en la Facultad de Filosofía en la Universidad de Tübinga, y dio lecciones de filosofía de la religión. Finalmente, en 1948, se convirtió en profesor de la Universidad de Múnich, donde permaneció hasta retirarse, por razones de salud, en 1962. Se lo considera uno de los teólogos más acreditados del siglo XX: su influencia se extendió a figuras como el filósofo Josef Pieper, su amigo el director de orquesta Eugen Jochum, el sacerdote Luigi Giussani (fundador del movimiento *Comunión y Liberación*), el educador Félix Messerschmid, Heinrich Getzeny, el arquitecto Rudolf Schwarz, el filósofo Jean Gebser, y los papas Benedicto XVI, y Francisco. Falleció en Múnich, el 1 de octubre de 1968)

Queridos hermanos y hermanas, quiero decir a todos, también a quienes atraviesan un momento de dificultad en su camino de fe, a quienes participan poco en la vida de la Iglesia o a quienes viven «como si Dios no existiese», que no tengan miedo de la Verdad, que no interrumpen nunca el camino hacia ella, que no cesen nunca de buscar la verdad profunda sobre sí mismos y sobre las cosas con el ojo interior del corazón. Dios no dejará de dar luz para hacer ver y calor para hacer sentir al corazón que nos ama y que desea ser amado.

Que la intercesión de la Virgen María, de san Agustín y de santa Mónica nos acompañe en este camino.

Francisco

El Papa Francisco recibió en audiencia a alrededor de ciento cincuenta participantes en el Capítulo General de la Orden de San Agustín a quienes alentó a vivir en sus comunidades de tal manera que puedan experimentar juntos a Dios, para así mostrarlo vivo al mundo.

El discurso del Papa a miembros de la Orden de San Agustín, recibidos en la mañana del 13 de setiembre con ocasión de su Capítulo General, partió con un desafío: el de vivir juntos la experiencia de Dios para que puedan mostrar a Dios a este mundo de una manera "clara, valiente, sin compromisos o titubeos".

La vida comunitaria se compone de muchos detalles cotidianos

Pensando en las comunidades de personas consagradas, en las que “se quiere vivir la experiencia de Dios desde una interioridad y en comunión”, el Santo Padre les recordó que “la unidad en la caridad” es punto central en la experiencia y espiritualidad de san Agustín, y también fundamento de toda la vida agustiniana. Así, pues, hizo presente que fue en esa perspectiva que quiso recordar en la *Exhortación apostólica Gaudete et exsultate* “aquel encuentro espiritual sublime que vivieron juntos san Agustín y su madre Santa Mónica”: “un momento en el que sus almas se fundieron en la intuición de la Sabiduría divina”. El Papa precisó sin embargo, que estas experiencias “no son lo más frecuente, ni lo más importante”, sino que “la vida comunitaria se compone de muchos pequeños detalles cotidianos”: *La comunidad que conserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es el lugar de la presencia del Resucitado que lo santifica según el designio del Padre.*

El primer propósito comunitario de cada día es la búsqueda de Dios

Así, señaló que para mantener viva esta “llama de caridad fraterna” es necesaria la orientación cotidiana hacia Dios: *¡Siempre! Cada miembro de la comunidad debe estar orientado, como el primer ‘propósito santo’ de cada día, a la búsqueda de Dios. Esta ‘dirección’ debe ser declarada, confesada, testificada entre ustedes*

sin falsos pudores. La búsqueda de Dios no puede ser oscurecida por otros propósitos, por generosos y apostólicos que sean. Porque ese es su primer apostolado. Estamos aquí -deberían poder decir todos los días entre ustedes- porque estamos caminando hacia Dios. Y como Dios es Amor, caminamos hacia Él en amor.

La caridad es el fin, pero también el medio y el centro de la vida religiosa

Francisco también volvió sobre las palabras de san Agustín sobre la vida religiosa, citadas por el padre Agostino Trapé: "la caridad no es sólo fin y medio de la vida religiosa, sino también el centro: de la caridad debe proceder y a la caridad debe orientarse, con un movimiento perpetuo de causalidad circular, cada pensamiento, cada afecto, cada actitud, cada acción" (San Agustín, Regla, Milán 1971, Ancora).

Es bueno volver a menudo a aquella meditación que Agustín dio a sus fieles sobre la Primera Carta de Juan, donde la Iglesia es llamada por él "mater charitas", una madre que llora por la división de los hijos y los llama a la unidad de la caridad: "Si quieres saber si has recibido el Espíritu, pide a tu corazón que no corra el riesgo de tener el sacramento, pero no el efecto de él". Pregúntale a tu corazón y si hay caridad hacia tu hermano allí, quédate tranquilo.

Cada uno con la propia cruz, porque es la medida del amor

Para esta caridad fraterna, "signo profético" de los agustinos, la advertencia es "sabia", según Francisco: *No podremos realizar todo esto si no tomamos nuestra cruz diaria por Cristo, con humildad y mansedumbre. La cruz es la medida del amor, siempre. Es verdad que se puede amar sin cruz, cuando no hay cruz, pero cuando está la cruz, el modo, como tomo yo la cruz, es la medida del amor. Es así.*

Y la "perfección del amor", es también "amar a nuestros enemigos y amarlos para que se hagan hermanos", añadió.

"Queridos hermanos, éste es también para ustedes hoy el desafío y la responsabilidad: ¡vivir en sus comunidades de tal manera que puedan hacer juntos la experiencia de Dios y puedan mostrarlo vivo al mundo! Que María, madre de Jesús y figura luminosa de la Iglesia, los acompañe y proteja siempre. Los bendigo de corazón y les pido, por favor, que recen por mí".

Cardenal Giacomo Biffi ⁴⁶

⁴⁶ Giacomo Biffi nació en Milán el 13 de junio de 1928 y estudió en el Seminario de la misma ciudad. Fue ordenado presbítero por el cardenal Alfredo Ildefonso Schuster O.S.B. el 23 de diciembre de 1950. De 1951 a 1960 enseñó Teología dogmática en el Seminario de Milán y publicó numerosos trabajos de teología, catequesis y meditación cristiana. Recibió un doctorado en teología por la Facultad de Teología de Venegono en 1955. Su tesis fue titulada *La colpa e la libertà nell'odierna condizione umana*. Entre 1960 y 1975 sirvió como párroco en la arquidiócesis de Milán en diferentes parroquias. En la arquidiócesis también

En la homilía de la XLVIII Semana Litúrgica el Cardenal Giacomo Biffi, Arzobispo de Bolonia dijo sobre San Agustín:

Esta eucaristía -en el contexto de los días de luz y de gracia de la 48va. Semana Litúrgica- se celebra en la memoria de San Agustín. Es una circunstancia providencial, que no queremos dejar pasar. Agustín -con sus escritos admirables, con su figura de Pastor ejemplar y, ante todo, con su inquieta actitud de búsqueda de Dios- sigue siendo para todos un maestro que siempre vale la pena escuchar.

"Fuimos bautizados, y se disipó en nosotros la inquietud de la vida pasada" (Confesiones 9, 6, 4).

Con estas palabras simples y breves, Agustín evoca la conclusión de una larga y enmarañada aventura interior. El renacimiento "del agua y del Espíritu" tiene lugar durante la Vigilia pascual, la noche entre el 24 y el 25 de abril del año 387, en el baptisterio octagonal que Ambrosio, el gran obispo de Milán, recientemente había terminado de erigir.

Finalmente había llegado "a casa", porque había llegado al conocimiento vivo del Señor Jesús y a la comunión con Él; lo cual, aún en los años más turbios y confusos, había sido el anhelo casi inconsciente de todo su ser.

En su larga dispersión, en medio de la diversidad de las opiniones, y en la maraña de los vicios, había mantenido una especie de inconsciente atracción hacia la persona de Cristo. "Aquel nombre de mi Salvador, de tu Hijo, mi corazón aún tierno lo había absorbido en la leche misma de mi madre, y lo conservaba en lo profundo. Así que cualquier obra en la que Él faltase, así fuese docta y limpia y verdadera, no podía conquistarme totalmente" (Confesiones 3,4,8)

Uno de los momentos decisivos de su conversión se produce cuando se da cuenta de que Cristo no es un personaje literario o una idea filosófica, sino que es el Señor vivo que palpita, respira, enseña y ama en la liturgia y en la vida de la Iglesia, su Esposa y su Cuerpo. Por lo tanto, no es con la investigación erudita y solitaria del intelectual como se puede llegar a Él, sino con la cordial participación en el misterio eclesial, que no es otro que el misterio del Hijo de Dios crucificado y resucitado que se entrega a los suyos.

En tal comunión de vida, el individuo se trasciende a sí mismo y verdaderamente realiza de manera integral su naturaleza humana como ha sido querida y pensada por el Padre desde toda la eternidad: "Nos hemos transformado en Cristo. En efecto, si Él es la cabeza y nosotros los miembros, el hombre total es Él y nosotros" (Tract. In Ioan. 21, 8), dice audazmente Agustín.

sirvió como ministro de cultura y director del Instituto Lombardo de Pastoral y la Comisión para el Rito Ambrosiano. Fue elevado a cardenal por el papa Juan Pablo II en 1985. Durante la Cuaresma de 1989 fue llamado a predicar los ejercicios espirituales para la Curia Romana en la que el papa Juan Pablo II tomó parte. Una vez más, durante la Cuaresma de 2007 predicó los ejercicios espirituales para la Curia Romana en presencia del papa Benedicto XVI. En 1993 recibió el Premio Internacional a la Cultura Católica. Falleció en Bolonia, el 1 de julio de 2015)

Esta activa pertenencia eclesial, sean cuales fueren las virtudes y la santidad de los hombres de Iglesia, funda la certeza salvífica de los creyentes. "Lo he dicho frecuentemente y lo repito insistentemente - dice el obispo de Hipona a los fieles "cualquier cosa que seamos nosotros, vosotros estáis seguros, tenéis a Dios por Padre y a la Iglesia por madre" (Contra litt. Pet. 3, 9, 10).

Los escolásticos le darán un nombre tosco ("ex opere operato"), pero en verdad, no hay nada más misericordioso de parte de Dios, ni más consolador para nosotros que esta certeza: la certeza de que en la Iglesia que enseña, que actúa, que celebra está siempre operante la inmanencia salvífica de Cristo.

Quizá fue ésta justamente el provecho más fuerte de su estancia en Milán. Ambrosio no fue para Agustín un interlocutor disponible para coloquios personales, pacientes y clarificadores; tanto menos se prestó a hacerle de director espiritual. Sin embargo su aporte a la conversión del maestro africano fue decisivo, justamente porque aquel obispo era un "liturgo" excepcional, que con su presidencia homilética y ritual, sabía verdaderamente comunicar el sentido de la presencia activa del Salvador en todos los actos religiosos comunitarios. Posidio, el biógrafo del obispo de Hipona, recapitula todo con una frase lacónica y convincente: "de Ambrosio recibió la enseñanza salvífica de la Iglesia Católica y los sacramentos divinos" (Vita Agustini 1, 6).

De Ambrosio, Agustín había aprendido que "hablamos con Cristo cuando oramos y lo escuchamos cuando se lee la Palabra de Dios" (cf. De officiis 1, 20, 88)

De Ambrosio había aprendido a traspasar las "imágenes" (aquello que los ojos ven) para llegar a captar la "verdad" (el Cristo que bajo las imágenes está siempre actuante). "Oh Señor Jesús - había exclamado el obispo de Milán el día de Pascua del año 381 - en nuestra sede has hoy bautizado mil. Y cuántos has bautizado en la Urbe de Roma, cuántos en Alejandría, en Antioquía, en Constantinopla... Pero no han sido Dámaso ni Pedro ni Ambrosio ni Gregorio quienes han bautizado: nosotros te prestamos nuestros servicios, pero tuyas son las acciones sacramentales" (Cf. *De Spiritu Sancto I*, 17.18: "nostra enim sercitia sed tua sunt sacramenta").

Nosotros podemos celebrar en los ritos el misterio de Cristo, porque es Cristo quien antes celebra en los ritos, el misterio de la salvación del mundo; y en esta celebración, que es Suya, nos compromete y nos renueva.

Jesús es un hombre de palabra. Cada día, más allá de toda espera, su última promesa se realiza realmente: "He aquí que estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del tiempo" (Mt. 28, 20).

Es una frase de una sencillez absoluta, pero bajo cierto punto de vista es el centro y el sentido de todo el evento cristiano.

Al tomarla en serio, todo cambia: nuestro modo de pensar, de celebrar, de vivir, se hace diferente.

No es una expresión retórica, como cuando se dice que los héroes de la patria, los gigantes de la cultura y de la ciencia, los grandes filántropos, viven eternamente

en medio de su pueblo; que en el fondo es una manera gentil de decir que están muertos. Jesús está realmente con nosotros: aquí está la fuente de nuestra inalterable serenidad en medio de las oposiciones y los conflictos, de aquí mana la energía de nuestro dinamismo apostólico.

Es justamente esta actualidad del único Sacerdote de la Nueva Alianza la que congrega a la Iglesia y garantiza su fidelidad. Él la atrae y la enamora, de manera que ninguna estrella mundana alcanza a apresarla y ningún sortilegio de encantadoras ideologías logra seducirla.

Como dice Ambrosio: "No valen de nada los encantadores donde el cántico de Cristo se canta cada día; ella tiene ya su encantador, el Señor Jesús..." (Hexamerón IV, 33).

Una Iglesia que se absorbiera de tal manera en el trabajo -sin duda meritorio- a favor de los seres humanos, que no elevara más el himno cotidiano de alabanza a su Señor, se parecería más a la Cruz Roja Internacional que a la Nueva Eva, la Esposa fiel del Nuevo Adán y la Madre de los nuevos vivientes; y terminaría por dedicar sus canciones a los aventureros de turno. Pues necesitaría cantar para alguien.

Jesús está siempre con nosotros, pero no ha sido dicho que nosotros estemos siempre con Él. Nos es garantizada la fidelidad de Cristo: nuestra fidelidad sin embargo se comprueba y consolida en los hechos, cada día. Pero esto es otro discurso.

Mensajes sobre san Agustín

El Padre Angel Peña Benito, a quien citamos constantemente en este trabajo, culmina su libro "San Agustín de Hipona, el buscador de la verdad", con dos temas que colocamos a continuación por considerarlos de suma importancia en estos tiempos.

Agustín, genio de Europa

A san Agustín se le considera uno de los máximos genios de Europa. La historia europea lleva impresas en sus mismas raíces las huellas de su pensamiento. Durante siglos fue la máxima autoridad de la cristiandad y la autoridad teológica decisiva, que contribuyó eficazmente a definir los dogmas de fe. Un detalle significativo es que en el nuevo catecismo de la Iglesia católica, publicado en 1992, san Agustín es con diferencia el autor más citado; y lo mismo fue en el concilio Vaticano II.

Según algunos autores como Martín Grabmann, fue el mayor filósofo de los Santos Padres, y el teólogo más influyente de la Iglesia y el verdadero creador de la teología occidental. La filosofía y teología medievales, lo que se ha llamado

la Escolástica, tienen una inconfundible marca agustiniana. Hasta el siglo XIII fue el gran Maestro de Occidente y todos los principales autores de la Edad Media siguieron las huellas de san Agustín; entre ellos Hugo de san Víctor, Ricardo de san Víctor, san Anselmo, Alejandro de Hales, Enrique de Gante, Egidio Romano, Santiago de Viterbo, Pedro Lombardo, Graciano, Duns Scoto, san Buenaventura e incluso santo Tomás de Aquino. Agustín fue el primero en elaborar con sus escritos un sistema casi completo del pensamiento cristiano y fijó la terminología filosófica cristiana hasta el siglo XIII, en que santo Tomás de Aquino marcó su propia línea.

La influencia de san Agustín ha sido tan importante en la cultura cristiana occidental que es considerado el teórico de la historia del cristianismo, que guió la cultura europea. Sin él, Europa habría sido diferente.

Su influjo permanece vivo hasta la actualidad por medio de las Órdenes de agustinos y de 300 Congregaciones de religiosas agustinas. Todas ellas tienen como lema: *Amor y ciencia*. A san Agustín se le suele representar con un libro y un corazón traspasado por una flecha.

A los hombres de hoy

Agustín, después de sentirse defraudado de los maniqueos, cuando el gran maestro maniqueo Fausto no supo responder a sus preguntas, empezó a pensar que los Académicos, que eran escépticos y decían que nadie puede conocer la verdad, tenían razón. Desconfió en llegar un día a conocer la verdad y disfrutar de la auténtica felicidad, porque era materialista en sus ideas.

He aquí un claro mensaje para los hombres de nuestro tiempo que buscan sinceramente la verdad. Si son materialistas y creen que sólo existe lo material, están en un gravísimo error que les impedirá llegar a la verdad. Para llegar a ella, Agustín tuvo que desembarazarse de sus ideas materialistas y creer que existía el espíritu y concebir a Dios, no como algo corpóreo, según decían los maniqueos, sino como un ser espiritual.

Él les diría a tantos ateos y materialistas que hay algo más de lo que se ve a simple vista. Que no se dejen engañar por las apariencias. Que Dios es más grande que sus propios pensamientos, que nadie puede abarcar su infinitud con su pequeñísima mente humana. Que abran sus mentes a las realidades del espíritu y que no se desanimen de encontrar la verdad. Que no sean escépticos. Que sigan buscando. En una carta decía: *Me parece que hay que conducir a los hombres a la esperanza de encontrar la verdad*³⁶⁰. *Busquemos con mayor diligencia en lugar de perder la esperanza (Confesiones 6, 11)*.

Contra los arrianos actuales que no creen en la divinidad de Jesucristo, manifiesta a lo largo de todos sus escritos su gran amor por Jesucristo y su presencia real en la Eucaristía.

Contra los pelagianos actuales que creen que Dios no interviene con su gracia en la vida humana, como pueden ser los masones, escépticos, etc., él les habla que todo es gracia, que si algo tenemos es un don de Dios, que debemos ser agradecidos y, que hay que ser humildes para escuchar la voz de Dios en nuestra conciencia y a través de la Escritura.

Contra los donatistas violentos y todos los terroristas dice que hay que ser pacíficos, pero que también hay que acudir a las autoridades para que pongan orden. No se puede consentir impunemente que hagan el mal y, peor aún, si actúan en nombre de Dios, lo que sería una profanación del nombre divino.

Y a todos, incluso a los no creyentes, les invita a orar a Dios con humildad. *Porque la fe es un don de Dios. Y decía: Señor, dame fuerzas para la búsqueda, Tú que hiciste que te encontrara. Haz que me acuerde de Ti y te comprenda y te ame. Que me conozca a mí y te conozca a Ti.*

Para todos tiene san Agustín una palabra de aliento y una luz en su camino hacia Dios. Santa Teresa de Jesús fue muy bendecida por Dios con la lectura de las *Confesiones*, y amaba mucho a san Agustín. Ella dice: En este tiempo me dieron las Confesiones de san Agustín que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Yo soy muy aficionada a san Agustín, porque el monasterio donde estuve de seglar era de su Orden y también por haber sido él pecador... Como comencé a leer las Confesiones paréceme me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso santo. Cuando llegué a su conversión, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve un gran rato que toda me deshacía en lágrimas.

Un gran convertido actual por san Agustín es Gerard Depardieu ⁴⁷, famoso actor de cine francés. El año 2005 dejó su carrera cinematográfica para dedicarse a propagar la vida y obra de san Agustín, a quien considera como su padre espiritual; y va por muchas iglesias declamando la conversión de san Agustín. Él ha dicho: *Mi propósito es no solo leer las "Confesiones" en iglesias católicas.*

⁴⁷ Gérard Xavier Marcel Depardieu nació en Chateauroux, Francia, el 27 de diciembre de 1948, es un actor de antigua nacionalidad francesa, y que adoptó además la nacionalidad rusa en enero de 2013. Es caballero de la Legión de Honor, Caballero de la Orden Nacional del Mérito, ambas condecoraciones francesas, y Caballero Honorario de la *Ordre national du Québec*, condecoración otorgada por la provincia canadiense de Quebec. Su carrera como actor comenzó en una década de los setenta y al inicio de los ochenta ya era uno de los actores franceses de mayor prestigio, el cual ganó por su papel junto a Fanny Ardant, en la película dirigida por François Truffaut, *La mujer de al lado* Ganó su primer Premio César al mejor actor por su papel en *El último metro*. En la década de los noventa también alcanzó fama en Norteamérica. En 1984 dirige y protagoniza su primera película, *Tartufo*, basada en la obra homónima del clásico francés más popular en el mundo, "Molière". Se afincó en el pueblo belga de Néchin a un kilómetro de la frontera con Francia, hecho que generó una agria controversia entre aquellos que le apoyaban y sus detractores entre los que se encontraban incluso representantes del gobierno francés como el primer ministro Ayrault. En respuesta, Gérard Depardieu entregó su pasaporte y su tarjeta de la seguridad social. El 3 de enero de 2013, el presidente Vladímir Putin le otorgó la ciudadanía rusa, al haber trasladado su residencia habitual a Saransk, capital de la república de Mordovia.

También iré a otros templos, mezquitas, sinagogas... Mi sueño sería leer a san Agustín delante del muro de las Lamentaciones de Jerusalén.

San Agustín se sentirá feliz de ver que muchos pueden ser convertidos, leyendo sus *Confesiones*. Este era su deseo al escribirlas. Dice: *El relato de mis pecados pasados, si llega a ser conocido, excitará los corazones para que no sigan dormidos en la desesperación, diciendo: "No puedo", sino que se despierte en ellos el amor por tu misericordia y la dulzura de tu gracia; ella fortalece a los débiles, haciendo que tomen conciencia de su propia debilidad.*

San Agustín y los jóvenes

En este apartado vamos a presentar los párrafos del excelente trabajo del P. Enrique Eguiarte OAR ⁴⁸ que hemos juzgado más importantes para nuestro estudio.

Los jóvenes en el imperio romano

Al hablar sobre san Agustín y los jóvenes, es preciso en primer lugar, tomar en cuenta que el concepto de juventud o de joven que tenía san Agustín, es muy diferente al que podemos tener nosotros en la actualidad. No obstante la idea contemporánea de joven comparte con el concepto latino una cierta relatividad y ambigüedad. Es posible que la ambigüedad sea mayor en el mundo contemporáneo, debido sobre todo a la polisemia deliberada que la cultura del relativismo impone a los diversos términos, así como por la neanioteslatría que vive el mismo mundo posmoderno. En el caso del mundo latino las cosas eran distintas. Existía un cómputo más o menos común, donde la juventud comenzaba hacia los veinte años para terminar hacia los cuarenta.

Las seis edades del hombre

La cultura del tiempo de san Agustín distinguía con claridad seis etapas en la vida de todo ser humano, a saber, la infancia (infantia), la niñez (pueritia), la adolescencia (adulescentia), la juventud (iuventas), la edad madura (aetas media, gravior), y la senectud o ancianidad (senectus). San Agustín dentro de su obra nos ofrece un

⁴⁸ Enrique Eguiarte nació en Ciudad de México en 1960. Es religioso agustino recoleto. Licenciado en Ciencias Religiosas por la Universidad de Navarra en, 1985. Licenciado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Iberoamericana de México en 1999. Máster en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana en 1996. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Navarra en 1999; Doctor en Ciencias Patristicas del Institutum Patristicum Augustinianum de la Università Lateranese de Roma. Ha escrito muchos artículos en revistas especializadas sobre literatura, temas culturales, teología, Biblia, los manuscritos hebreos y san Agustín. Entre sus libros publicados, destacan: *De los nombres de la Esposa* (2001), e *Inventario crepuscular* (2002). Ha participado en numerosos congresos especializados en literatura y patristica, entre los que destacan los organizados por la Universidad de Navarra y la Universidad de Oxford. Ha sido catedrático de la Universidad Iberoamericana de México y de la Universidad Antonio de Nebrija de Madrid. Actualmente es director de las revistas *Mayéutica* y *AVGVSTINVS*.

hermoso ejemplo al ver reflejadas las diversas edades del hombre en las diferentes horas en las que son llamados los operarios a trabajar en la viña, en la célebre parábola del evangelio (Mt 20, 1-15). De este modo san Agustín en su interpretación nos dice que quienes fueron llamados a la hora prima, fueron los niños (pueri). Cabe señalar de entrada, que el relato agustiniano da por supuesto que todos hemos sido llamados en una «hora cero», que es la correspondiente a la infancia. Posteriormente nos dice que en la hora tertia fueron llamados los adolescentes; los jóvenes a la hora sexta; los más solemnes o serios (graviores), a la hora nona; los ancianos (decrepiti) en la última hora (novissima hora). San Agustín nos ofrece una distribución similar de las edades del hombre en la ep. 213.

San Agustín, siguiendo el cómputo propio de su época señala que se puede considerar joven quien tiene aproximadamente veinte años, como es el caso de Esaú, quien, según la interpretación agustiniana, tenía aproximadamente esa edad cuando vendió su primogenitura por un plato de lentejas (Gn 25, 31-34), y por ello podía ser considerado un joven (qu. 1, 75). Es más, en el pensamiento del Obispo de Hipona, Cristo mismo y Juan el Bautista pueden ser catalogados como jóvenes. Por ello comenta san Agustín que Cristo, cuando era joven, fue bautizado por un joven, que no era otro que Juan el Bautista (Mt 3, 13-17; cons. eu. 2, 2). Para san Agustín, Cristo solo vive tres edades según el cómputo romano, pues fue solo infans, puer y iuvenis, y siendo precisamente joven, fue llevado a la cruz (Cf. s. 370, 2; lo. eu. tr. 19, 10). Y cuando Cristo resucita, según el pensamiento agustiniano, lo hace con el cuerpo de un joven, que puede entrar en el cenáculo donde están reunidos los apóstoles sin abrir el portón, como lo había hecho cuando era infante, que salió del vientre de su madre sin abrir la puerta.

San Agustín como joven

Y así como el momento del comienzo de la etapa de la juventud está claro para san Agustín, su final muestra alguna relatividad y amplitud, con relación al cómputo tradicional romano, sobre todo cuando san Agustín se aplica a sí mismo dicho término, en su propio recuerdo y en su narración. De este modo, dentro de las Confesiones, san Agustín se identifica con el joven muerto, hijo de la viuda de Naím a quien Cristo resucita compadecido de las lágrimas de su madre (Lc 7, 14). San Agustín reflexiona sobre su propio pecado y cómo este le había dado muerte, y por otro lado pone de manifiesto cómo el mismo Cristo compadecido de Mónica, su madre, y atendiendo a sus súplicas y oraciones, le había devuelto la vida y le había dado la gracia de la conversión *Confesiones* 6, 1.

Por otra parte, predicando al pueblo, dice a sus fieles que él había llegado a Hipona siendo todavía joven, y sin saber los planes y designios que Dios le reservaba en esta ciudad (s. 355, 2; ep. 213, 1). Sabemos que san Agustín viajó a Hipona a finales del año 390 o principios del 391, por lo que tenía entonces 37 años. Más llamativo es cuando el mismo san Agustín nos cuenta dentro del *De haeresibus*, que él había afrontado la herejía de Joviniano cuando era todavía joven. Si tomamos en cuenta que el Obispo de Hipona llegó a conocer el pensamiento de Joviniano probablemente después de la condena que hace del hereje no solo san Ambrosio,

sino sobre todo el Papa Siricio (392), y fundamentalmente después de la obra de san Jerónimo, *Adversus Iovinianum*, para responder con sus dos obras gemelas, *De bono coniugali* (403) y *De sancta Virginitate* (403). Podemos establecer como fecha el año 400, cuando san Agustín tiene ya 46 años, y se llama a sí mismo «joven».

Posiblemente el mejor ejemplo de la cronología de las edades en san Agustín sea la carta 73 dirigida a san Jerónimo, en donde el Obispo de Hipona se queja de que no había todavía recibido respuesta a una carta que él mismo había escrito en su juventud a san Jerónimo, y ahora que él era ya senex, se volvía a dirigir al monje de Belén. Si tomamos en cuenta que la carta a la que hace referencia san Agustín es la carta 28, que es del año 395, podemos darnos cuenta de que san Agustín se consideraba joven cuando tenía cuarenta y un años. Mientras que la carta 73 es del año 404, cuando san Agustín tiene ya cincuenta años, y se considera un senex.

De este modo podríamos señalar que para san Agustín jóvenes son aquellos que tienen entre los veinte años, hasta un poco antes de los cincuenta. No obstante, es preciso señalar, como diremos a continuación, que para san Agustín la juventud, en un sentido espiritual, no es solo un momento de la vida en el que se disfruta de una plenitud corporal, sino una actitud del alma y del corazón, por eso señala el Obispo de Hipona que la juventud, «non corporis tantum, sed animi aetas est».

5. La juventud, divino tesoro: características espirituales

Es preciso partir de lo que habíamos dicho anteriormente, que la juventud para san Agustín, más allá de los cálculos de su tiempo, y de la propia valoración agustiniana con relación a los años, es una actitud del alma y del corazón. Es preciso no olvidar que los criterios para hablar de la juventud no son solo corporales, sino fundamentalmente del espíritu, de la juventud del alma: «non corporis tantum, sed animi aetas est». Si bien es cierto, esta cita agustiniana del *De moribus ecclesiae*, hace referencia directamente a las características espirituales y morales de la edad juvenil y la ancianidad, puede leerse también, según la presente interpretación. Por ello para san Agustín no es extraño que haya personas que puedan ser consideradas «viejos», aunque tengan veinte años, pues están desencantados de todo y viven sin esperanza, arrastrados por las pasiones y la rutina. Y en cambio puede haber también «jóvenes» que pueden tener ochenta años, pues viven con el gozo sereno y la ilusión de quien cree, espera y ama. La juventud está en el corazón.

Para conocer las características de esta juventud que todos los creyentes pueden tener, si son jóvenes en el corazón, es preciso recorrer diversas obras agustinianas. Un lugar que se ha vuelto ya común para exponer dichas características, es el segundo libro del *De Ordine*, donde san Agustín da una serie de consejos a los adolescentes que se quieran dedicar al estudio de la sabiduría, es decir de la filosofía. Aunque el texto no está literalmente dirigido a los jóvenes, sino a los adolescentes, etapa anterior a la juventud según el cómputo romano, es un texto interesante donde aparecen una serie de elementos que veremos con claridad en

otros textos agustinianos dirigidos explícitamente a los jóvenes. El famoso texto del *De ordine* es el siguiente: «*Los adolescentes dedicados al estudio de la sabiduría se abstengan de todo lo venéreo, de los placeres de la mesa, del cuidado excesivo y superfluo ornato de su cuerpo, de la vana afición a los espectáculos, de la pesadez del sueño y la pereza, de la rivalidad, murmuración, envidia, ambición de honra y mando, del inmoderado deseo de alabanza. Sepan que el amor al dinero es la ruina cierta de todas sus esperanzas. No hagan nada con desgano o con temeridad. En las faltas de sus familiares no den lugar a la ira o la refrenen de modo que parezca vencida. A nadie aborrezcan. Anden alerta con las malas inclinaciones. Ni sean excesivos en la reivindicación, ni tacaños en perdonar. No castiguen a nadie sino para mejorarlo, ni usen la indulgencia cuando es ocasión de más ruina. Amen como familiares a todos los que viven bajo su potestad. Sirvan de modo que se avergüencen de ejercer dominio; dominen de modo que les deleite servirles. En los pecados ajenos no importunen a los que reciban mal la corrección. Eviten las enemistades con suma cautela, súfranlas con calma, términenlas lo antes posible. En todo trato y conversación con los hombres aténganse al proverbio común: "No hagan a nadie lo que no quieren para sí". No busquen los cargos de la administración del Estado sino los perfectos. Y traten de perfeccionarse antes de llegar a la edad senatorial, o mejor, en la juventud*».

A continuación proporcionaremos un elenco no exhaustivo de las características espirituales que san Agustín pone de manifiesto con referencia a la juventud como edad no solo cronológica, sino fundamentalmente espiritual. Así pues las características serían las siguientes.

Testimonio alegre, solar y obediente.

San Agustín al hacer la exégesis del hexaemeron, es decir los seis días de la creación dentro de su primer comentario al libro del Génesis, en el *De Genesi adversus Manicheos*, ve en los seis días de la creación, seis momentos de la historia de la salvación, así como las seis edades del hombre. Se trata de un esquema que posteriormente san Agustín va a dejar de lado, para adoptar un proceso más paulino y soteriológico que tiene cuatro etapas, que serían: ante legem (antes de la ley), sub lege (bajo la ley), sub gratia (bajo la gracia), in pace (en la paz: exp. prop. Rm. 12). Así pues, cuando san Agustín habla de la juventud en su obra *De Genesi aduersus Manicheos*, la presenta dentro del cuarto día de la creación, haciendo el paralelo con la etapa de la historia de la salvación que va desde David hasta la deportación en Babilonia. Por el relato del Génesis sabemos también que en ese día fueron creados los astros del firmamento. Es interesante destacar las características espirituales que san Agustín pone de manifiesto, como elementos que deben darse dentro de la juventud. En primer lugar, el Obispo de Hipona hace un bello elogio de la juventud, sabiendo que no solo es la época de la vida en la que crecen las fuerzas que después menguarán en la senectud, sino que también la juventud es un «divino tesoro», pues: «el fundamento insigne, el centro cardinal de todas las edades y, por lo tanto, magníficamente se compara al cuarto día en el que fueron creados los astros en el firmamento del cielo». Por otro lado observa que en el cuarto día fueron creados la luna y el sol. Por ello destaca, hablando del sol, que la juventud debe

mostrar el esplendor del reino de Dios, señalando la importancia del testimonio claro, radiante y «solar» del reino de los cielos, que quienes son jóvenes deben dar en medio del mundo, que vive en tinieblas y en el frío del egoísmo (Mt 24, 12). Así comenta san Agustín diciendo: ¿Qué cosa puede simbolizar más evidentemente el esplendor de un reino que el brillo del sol?

Y este testimonio toma una connotación martirial en otros escritos tardíos de san Agustín, en los que invita a los jóvenes, en el cuerpo o en el espíritu, a no tener miedo de dar testimonio de su fe, a ser como los mártires, que no solo con su vida, sino con su propia sangre rubricaron el testimonio de su fe. Se trata de un testimonio vivo, coherente y alegre que ante todo vence el miedo: *«sigamos las huellas de los mártires y pongamos nuestra mirada en la cabeza de los mártires y nuestra. Quien nos ha hecho la promesa es veraz, es fiel, y no puede engañar (...)* A quienes amamos en sus solemnidades, no hemos de temer imitarlos con fe semejante».

Por otro lado, al hablar de la luna, san Agustín destaca la obediencia. Se trata de un testimonio no anárquico ni autárquico, sino siguiendo los lineamientos de la regla de fe de la Iglesia, de su sana tradición y de sus costumbres, para llegar a formar, como señala san Agustín, «un pueblo obediente al reino».

Fortaleza para vencer al maligno

En su comentario a la primera carta de san Juan, escrito hacia el año 407, san Agustín se detiene a comentar el texto de 1 Jn 2, 13, donde el apóstol se dirige a los jóvenes y comenta que ellos «han vencido al maligno». De este modo destaca el Obispo de Hipona que todos debemos ser jóvenes en el alma y en el corazón para tener la fuerza de vencer al maligno en la lucha cotidiana. No obstante, san Agustín no pierde la oportunidad para subrayar dos temas que son muy importantes para él. En primer lugar, la condición antropológica de todo ser humano, sea joven o no. Y esta condición no es otra que la debilidad. Ningún ser humano tiene en sí mismo la fuerza para vencer al maligno, si la gracia de Dios no lo acompaña y sostiene. Por ello, san Agustín destaca, por un lado, la necesidad absoluta de la gracia de Dios en la lucha contra el maligno. Por otro lado, y de manera paralela, acentúa la humildad. Quien es joven en el corazón, debe reconocer, en primer lugar, su propia debilidad con humildad, para recurrir a Dios, fuente de la gracia y recibir la fuerza para vencer al maligno, pues solo quien se reconoce débil, puede ser fuerte en Dios (Cf. s. 165, 1): *«Considerad una y otra vez que sois jóvenes; luchad para vencer; venced para recibir la corona; sed humildes para no caer en el combate».*

El peligro de la soberbia

San Agustín advierte que la juventud al ser el momento de la vida, del cuerpo y del alma, en el que se tiene una cierta plenitud, puede llevar a la persona a creer que no necesita a Dios, y comenzar a vivir centrada en sí misma, y olvidada de Dios, creyendo que puede hacer el bien y vencer las tentaciones con sus propias fuerzas.

Por ello san Agustín recomienda como virtud esencial en todas las etapas de la vida cristiana, y particularmente en la juventud, la humildad. Para ratificar esta idea, comenta san Agustín que san Pablo, para que no se llenara de soberbia por los dones tan extraordinarios que había recibido de Dios, era abofeteado por un emisario de Satanás (2 Cor 12, 7). Por ello, como señala san Agustín, para que pudiera vivir una auténtica juventud espiritual, era abofeteado como un niño: «Para que no me ensoberbeciese como joven, era azotado como niño. Pero ¿por quién? Por el ángel de satanás (...) sin embargo, por esto se curaba el Apóstol. Pero como lo que había aplicado el Médico era molesto al enfermo, éste rogó al Médico que se lo quitase (...) sin embargo, el médico le consuela y le aconseja paciencia, porque sabe cuan útil es lo que aplicó».

Un ejemplo de lo que puede hacer la soberbia en la vida de una persona es la del joven obispo Juliano de Eclana, quien arrastrado por su monstruosa vanidad, estaba dispuesto a descalificar a todos, con tal de prevalecer y de imponer sus propios puntos de vista. Por ello san Agustín en un diálogo retórico con quien el Obispo de Hipona llama Juan de Constantinopla (san Juan Crisóstomo), le advierte del peligro de la soberbia de este obispo del centro de Italia, señalándole que si le lleva la contraria, haciéndole ver sus errores, sin duda Juliano lo tachará de maniqueo entre otras cosas. La historia dará la razón a san Agustín, pues este «joven obispo» envejecería siendo rechazado por todos, llevando afrentosamente hasta el final de sus días, el sambenito de hereje, buscando asilo en el oriente cristiano y muriendo en el exilio, después de haber aportado el peaje ignominioso del fracaso que deben pagar quienes se niegan a ser humildes.

Castidad, avant toute chose

El poeta francés Paul Verlaine ⁴⁹ en su *Art Poétique* señaló que para escribir poesía hacía falta, la musicalidad, antes que ninguna otra cosa, pues la poesía es música, como ya lo había señalado el mismo san Agustín en su obra *De musica*. De este modo, haciendo una paráfrasis de las palabras del poeta francés, según san Agustín, para poder vivir la juventud en Cristo, hace falta antes que ninguna otra cosa, castidad, es decir, vivir la propia afectividad y sexualidad dentro del plan de Dios según la propia vocación.

San Agustín después de haber sufrido los fieros embates de las pasiones sensuales y las consecuencias de haber sido esclavo de los placeres carnales, exhorta a quienes quieren ser jóvenes en Cristo y en la Iglesia católica, a que sean castos. San Agustín en sus palabras no solo refleja la dura lucha que había vivido en sus

⁴⁹ Paul Marie Verlaine nació en Metz el 30 de marzo de 1844. Izo sus estudios en París, y llegó a trabajar en el ayuntamiento. En 1866 colaboró en el primer *Parnaso contemporáneo* publicando los *Poemas saturnianos*, influenciados por Baudelaire. La influencia de Verlaine fue grande entre sus coetáneos y no hizo más que crecer tras su fallecimiento, tanto en Francia como en el resto del mundo. En castellano, el modernismo no puede entenderse sin la figura de Verlaine. La obra de algunos grandes poetas del ámbito hispánico, como Rubén Darío, Manuel Machado, José Martí o Pablo Neruda son consecuencia directa o indirecta de la del poeta francés. Falleció en París el 8 de enero de 1896,

años mozos, sino que es a la vez consciente de la fuerza de las pasiones humanas, y de cómo el mundo en el que vivimos es un catalítico de dichas pasiones. La imagen que nos ofrece al inicio del libro tercero de las Confesiones, puede ser un retrato adecuado no solo del mundo en el que vivió san Agustín, sino también del mundo contemporáneo. Y si para él la ciudad de Cartago se convirtió una «sartago» (conf. 3, 1), en una «sartén» de pasiones, el mundo contemporáneo puede ser calificado como una nueva Cartago. Por ello el poeta Thomas Stearns Eliot⁵⁰ en su obra *“La tierra baldía”*, en la cuarta parte llamada *“El sermón del fuego”* se hace eco de las palabras de san Agustín, y comenta que san Agustín llegó a Cartago ardiendo, y que fue sacado de este fuego por la gracia de Dios: *Llegué a Cartago/ ardiendo ardiendo ardiendo ardiendo/ Oh Señor tú me sacaste/ Oh Señor tú me sacaste.*

Se trata de una castidad que es ante todo, una gracia y un don, que es preciso pedir a Dios (Cf. conf. 10, 40). Quienes son jóvenes también en el cuerpo, deben no solo orar, sino también acompañar dicha oración confiada con una sana disciplina y ascesis, para fortalecer la voluntad, pues como señala san Agustín, Dios no ayuda sino al que hace algo por sí mismo, pues la gracia de Dios prepara la voluntad y la dispone al bien, pero el ser humano debe colaborar con dicha gracia.

⁵⁰ Thomas Stearns Eliot nació en San Luis, Misuri, Estados Unidos, el 26 de septiembre de 1888 y se trasladó al Reino Unido en 1914, con veinticinco años. Se hizo ciudadano británico en 1927. El interés por la literatura se despertó en el poeta debido a varios factores. En primer lugar, Eliot tuvo que superar algunas limitaciones físicas de niño que limitaron su relación con sus compañeros. Debido a este aislamiento se desarrolló su pasión por la literatura. Una vez que aprendió a leer, el niño inmediatamente se obsesionó con los libros y se absorbió por entero en los cuentos del Salvaje Oeste, así como en las peripecias del Tom Sawyer de Mark Twain. Thomas estudió en la Smith Academy, de Saint Louis, desde 1898 hasta 1905. Empezó a escribir poesía a los catorce años, bajo la influencia de Edward Fitz Gerald, sobre todo de su traducción del Rubaiyat, de Omar Jayam. Su primer poema publicado, *“A Fable For Feasters”*, apareció como ejercicio escolar en el Smith Academy Record en febrero de 1905. También publicó tres historias breves, entre ellas *“The Man Who Was King”*, que refleja su visita a la Exposición Universal de San Luis, en 1904. En 1906 ingresa en la Universidad de Harvard, donde estudia griego, literatura inglesa, alemán, historia medieval e historia del arte. Publica poesía en la revista de la universidad, interesándose por los poetas simbolistas franceses (Rimbaud, Verlaine, Corbière, Laforgue, etc.). Bajo este influjo, marcha a París en 1909, donde asiste a las clases de Henri Bergson y conoce a Alain-Fournier. Estudia también en profundidad a Dante, a John Donne y a otros poetas metafísicos ingleses. De París, marcha a Múnich e Italia. En 1911 vuelve a Harvard y se doctora en filosofía. A lo largo de sus estudios universitarios, Eliot estudiará con George Santayana, Irving Babbitt, Henri Bergson, C. R. Lanman, Josiah Royce, Bertrand Russell y Harold Joachim. También se decanta por la filosofía y la filología hinduistas y por el budismo, a cuyos efectos estudió sánscrito y pali. En Harvard es nombrado profesor ayudante de filosofía. Conoce a Bertrand Russell, que ha acudido como visitante a esa universidad. Marcha becado a la universidad de Marburg en Alemania, pero, ante el inicio de la guerra, huye del país, trasladándose a Londres donde se establece. En 1917 Eliot comienza a trabajar en el banco Lloyd's de Londres, donde permanecerá varios años. Colabora regularmente en la revista *The Egoist*, fundada por Dora Marsden. También trabajará en la editorial Faber and Gwyer, más tarde Faber and Faber de la que llegó a ser directivo. Luego aparece su primer gran poema: La canción de amor de J. Alfred Prufrock. En 1920 publica Poesías y la colección de ensayos críticos *El bosque sagrado*. En 1922 publica *Trilce* de César Vallejo y aparece el poema que le haría mundialmente célebre, *La tierra baldía*. También en 1922, funda la que sería influyente revista *Criterion*. Otros libros importantes de esa etapa son: *Los hombres huecos* (1925) y *Miércoles de ceniza* (1930). En 1927 adopta la nacionalidad británica y convirtiéndose al anglicanismo. El máximo reconocimiento le llegó con la concesión del Premio Nobel de Literatura y la Orden del Mérito del Reino Unido, ambos en 1948. Falleció en Londres, el 4 de enero de 1965.

Por ello san Agustín exhorta a los jóvenes a que sean castos, particularmente a los varones que quieren encontrar esposas que sean castas. El Obispo de Hipona señala que no es justo exigir lo que uno no está dispuesto a dar. Por otro lado, señala que si el varón se distingue particularmente por su fortaleza, la debe demostrar precisamente en la renuncia a las pasiones, y en la vivencia cotidiana de la castidad, y no dejándose vencer por las pasiones mundanas (*Confesiones*. 132, 2). Por otra parte san Agustín utiliza las imágenes de la lucha contra las fieras propia del anfiteatro para hablar de aquellos que habiendo recibido el influjo negativo de las personas que les rodean, caen en pecados graves como puede ser el del adulterio, al querer demostrar que llevando a cabo ilícitamente el acto sexual son muy hombres, sin darse cuenta que es más viril vivir la castidad, que dejarse vencer por la fiera de la concupiscencia. De este modo san Agustín habla de estos que se han dejado engañar por el medio ambiente o los malos amigos y han faltado a la castidad buscando dar con ello pruebas de hombría, pues son como los cazadores en el anfiteatro que han terminado bajo las garras de las fieras, que no son los vencedores, sino los vencidos, mientras que quien realmente vence en el anfiteatro es el venator que ha podido matar a su presa. De igual modo el joven cristiano debe dar muerte en sí a las pasiones desordenadas, y saber que es más viril quien vence la tentación que quien cae derrotado en sus garras.

Y a quienes son jóvenes y quieren consagrar a Dios su propia castidad, es decir, el ejercicio de la sexualidad dentro del matrimonio, san Agustín les ofrece el ícono bíblico de los tres jóvenes en el horno de Babilonia. La castidad consagrada a Dios es un don especial de lo alto, que es preciso pedir, y que es preciso orar y trabajar para poder custodiarla. Los tres jóvenes en el horno de Babilonia son una buena imagen del mundo en el que vivimos, en donde al joven que quiera consagrar su castidad a Dios, le rodean tentaciones y peligros, como a los mismos tres jóvenes en Babilonia. No obstante lo que los libró del fuego fue su confianza infinita en Dios, y su oración confiada, desconfiando de sus fuerzas. Por ello san Agustín a los jóvenes que desean consagrar a Dios su propia castidad, les invitaría al realismo por una parte, pues vivir la castidad hoy es entrar en el horno. Y por otra parte, el Obispo de Hipona hace una exhortación a la confianza, a pedir la gracia y a vivir una sana ascesis: «Con todo, mucho mejor pueden exhortaros sobre el tema tratado en este opúsculo mío los tres jóvenes a quienes, envueltos en llamas, ofrecía refrigerio aquel a quien amaban con todo el ardor de su corazón».

San Agustín es consciente de que el reto de vivir la castidad en la juventud, no es una quimera, sino que con la fuerza de la gracia de Dios es algo posible. De hecho para san Agustín la juventud en el sentido espiritual, más que cronológico, ha quedado representada por la barba de Aarón, de la que nos habla el salmo 133. Es verdad que una primera interpretación agustiniana, es la referida a los apóstoles, que son los «primeros jóvenes de la Iglesia», por su fortaleza y entusiasmo de anunciar el evangelio. Pero en segundo lugar la barba, como explícitamente señala san Agustín, representa a los jóvenes, a los que une otras cuatro características que deben distinguir a quien vive la juventud espiritual. Así señala san Agustín que la barba de Aarón representa a los que son fuerte (fortes), jóvenes (iuvenes), esforzados (strenuos), trabajadores (impigros), alegres y con vivaz disponibilidad.

La conversión continúa

Es llamativo que en las obras agustinianas, el Obispo de Hipona no hable nunca, al referirse al hijo menor de la parábola del Padre misericordioso (Lc 15, 11-32), del «hijo pródigo», sino que siempre se refiera a él como el «hijo más joven». Y como «joven», se convierte en modelo para todos los jóvenes, particularmente por su capacidad de reflexión, de entrar dentro de sí mismo, de contemplar con objetividad su miseria y de levantarse para volver a su padre (Lc 15, 18). San Agustín es consciente de que la vida cristiana es una peregrinatio, es un camino en donde quien es joven en el espíritu, y todo creyente, va atravesando diversas etapas y momentos, y que el pecado no está nunca ausente, ni faltan nunca las tentaciones. Por ello ante todo, lo fundamental no es haber caído en el camino, sino el levantarse continuamente y proseguir la marcha. De aquí que san Agustín acentúe el deseo y el propósito de luchar, pero que si se ha caído, es preciso levantarse y volver a comenzar: «Procura sólo progresar, nunca desfallecer. Si el último día no te encuentra vencedor, que te encuentre al menos luchando, nunca cautivo o condenado». De este modo se puede vivir en lo que san Agustín llama «una continua conversión a los preceptos de Dios», como un elemento vital.

San Agustín utiliza una imagen sacada de los escritos de Plinio el Viejo, para hablar de la necesidad de la conversión y renovación espiritual continua. De este modo san Agustín observa que el salmo 103, 5, habla de una juventud que se renueva como la del águila, pues dice el salmo: «El Señor colma de bienes tus anhelos, tu juventud se renueva como la del águila». Y este texto hizo que san Agustín recordara el relato que Plinio el Viejo cuenta en su libro *Historia Natural*, X, 15, sobre cómo las águilas renuevan su propia vida, deprensiéndose de la protuberancia que les impide abrir el pico cuando llegan a viejas. De este modo, Plinio el viejo nos relata que a las águilas con el paso de los años les crece desmedidamente la parte superior del pico, de tal forma que llega un momento determinado en que este crecimiento excesivo les impide abrir el mismo pico y por ello ya no pueden alimentarse. Es el momento en el que las águilas deben tomar la opción de atreverse a comenzar el proceso doloroso de la renovación, intentando romper la protuberancia que les cierra el pico o bien dejarse morir. Las que eligen vivir, vuelan hacia las montañas, y ahí golpean el pico sin cesar contra las rocas para que se les desprenda la protuberancia que les impide abrir el pico. Después de mucho esfuerzo y dolor, las águilas lo consiguen, y es entonces cuando se renuevan, cuando pueden volverse a alimentar, cuando sus plumas adquieren un nuevo brillo y vuelven a volar libres por los aires. San Agustín comenta que el creyente debe también renovar continuamente su juventud espiritual, como el águila, mediante el proceso doloroso de la conversión, quitando de su vida todo aquello que le impide crecer, y golpeando sus pecados contra la roca, que es Cristo (1 Cor 10, 4). De esta manera, creyente puede desprenderse de lo que le estorba, y renovar su juventud espiritual en Cristo: «después de la vejez será como un águila joven, pues vuelve la fortaleza a su cuerpo, el brillo a sus plumas, el poder a sus alas; vuela, como antes a las alturas, y se da en ella una cierta resurrección (...) el águila: no se renueva para la inmortalidad. No así en nosotros. Nosotros nos

renovamos para la vida eterna (...) En Cristo se renueva nuestra juventud como la del águila» (en. Ps. 102, 9).

Agustín y los Milagros en la Historia

Nathan Busenitz (2012) ⁵¹ nos dice: recientemente recibí la siguiente pregunta por correo electrónico:

Me pregunto cuáles son sus pensamientos sobre “Ciudad de Dios,” capítulo 8 de Agustín, donde se registra muchos milagros que tienen lugar en Cartago. Algunas suenan dudosos – haciendo el símbolo de una cruz sobre la enfermedad. Agustín siempre me ha parecido digno de confianza, pero detecto algunos matices de superstición. ¿Existen otras fuentes que podrían arrojar algo de luz sobre su testimonio?

He hecho preguntas similares en el pasado, en relación con los relatos de milagros y sanidad a través de diferentes épocas de la historia de la iglesia. Aunque cada caso es diferente, *el testimonio de San Agustín en La Ciudad de Dios* proporciona un interesante caso de estudio.

Desde una perspectiva cesacionista, aquí están algunas ideas en respuesta a los relatos de sanidad de Agustín:

1. En todo, la Palabra de Dios es nuestra autoridad. Las experiencias humanas, ya sea contemporáneas o históricas, deben ser evaluadas en relación con la enseñanza de la Escritura. Agustín es uno de los Padres de la Iglesia más conocidos. Sin embargo, él no es ni inspirado ni autoritativo. Por lo tanto, su enseñanza debe ser medida contra la verdad de la Escritura.
2. A diferencia del registro de los milagros de la Biblia – que es absolutamente verdad – el informe de los fenómenos sobrenaturales a lo largo de la historia de la iglesia es imposible de verificar y sujeto a errores humanos. Agustín fue, sin duda sincero cuando afirmó que varios milagros ocurrieron en Cartago durante su vida. Pero eso no significa que su interpretación de lo que sucedió fuese correcta. Estar a siglos de distancia de la situación hace que sea imposible para nosotros

⁵¹ Nathan Busenitz es un teólogo que comenzó a enseñar en The Master's College in 2000, como un miembro adjunto en el Communication Department. En el verano de 2004, enseñó Bibliología y Hermeneutica en el TMC's Center of Professional Studies; y en el mismo año comenzó a enseñar Gramática Inglesa en The Master's Seminary una división en la escuela de posgrados teológicos de la universidad [The Master's University](#). Localizado en el campus de la iglesia Grace Community Church en Sun Valley, California inició sus labores en otoño de 1986. Desde entonces, TMS ha sido reconocido por su excelencia a la hora de preparar predicadores para la obra del ministerio, capacitándolos para interpretar la Escritura y exponer la verdad con fidelidad. De 2003 a 2009 actuó como miembro a tiempo en la Grace Community Church. Durante este tiempo trabajó como director del Shepherds' Fellowship y como editor de la Revista *Pulpit*. En 2008 empezó a enseñar Historical Theology en The Master's Seminary, y se unió a tiempo completo a la Facultad en 2009. Obtuvo un doctorado en historia de la Iglesia concretamente en teología patristica.

investigar a fondo todo lo que él describe, pero todavía podemos evaluar sus conclusiones en contra de la verdad de la Palabra de Dios.

3. Es importante señalar que los cesacionistas no niegan la posibilidad de que Dios pueda (y hace) obrar milagros en el mundo actual, en el sentido amplio de actos especiales de la providencia y respuestas a la oración. (El milagro de la regeneración, por ejemplo, es un acto sobrenatural realizado por Dios cada vez que un pecador viene a la fe salvadora) Por lo tanto, la mención de los “milagros” en las fuentes de la historia de la iglesia no hacen – de por sí – minar la posición cesacionista.

4. Los cesacionistas enseñan que los *dones* milagrosos del Espíritu (como los dones de sanidades, lenguas y profecía) cesaron poco después de la era apostólica. Bíblicamente definido, el don de sanidades involucra un agente humano que – por el poder de Dios – liberó milagrosamente a los enfermos de enfermedades reales de una manera que es innegable e instantánea. Fue dada como una señal para autenticar el ministerio de Cristo y de los apóstoles en la etapa fundacional de la historia de la iglesia. Los cesacionistas están convencidos de que no existen *obradores de milagros* o *sanadores* en el mundo de hoy como hubo durante los tiempos apostólicos.

5. Es importante destacar que los relatos milagrosos de Agustín no implican hacedores de milagros que poseían el don de sanidades. En cambio, estos relatos se presentan como actos inesperados y providenciales de Dios, que no dependían de un sanador intermediario. En ese sentido, son categóricamente diferentes que el tipo de milagros de sanidad que se describen en los Evangelios o en el libro de los Hechos. No hay nada en el relato de Agustín que sugiere que el “don de sanidad” estuvo involucrado en los episodios que relata.

6. Como nota al margen, para aquellos que desean clasificar Agustín como continuacionista, es útil tener en cuenta que él dice claramente que ciertos dones carismáticos (como el don de lenguas) habían cesado después de la época de los apóstoles. Por ejemplo, en relación con el hablar en lenguas, afirma:

En el primer momento en que el Espíritu Santo descendió sobre los que habían creído: ellos hablaron en lenguas que no habían aprendido “Según el Espíritu les daba que hablasen” Estas señales se adaptaron al tiempo. Para ello era adecuado que el Espíritu Santo se evidenciara a Sí mismo en todas las lenguas, y mostrar que el Evangelio de Dios había venido a todas las lenguas [idiomas] sobre toda la tierra. Esto se hizo para una autenticación y pasó. (*Ten Homilies on the first Epistle of John VI, 10*).

7. Pero todavía hay un gran problema con el reporte de Agustín sobre milagros. Su descripción es muy mística y llena de elementos supersticiosos. En el registro de estas sanidades, les atribuye a cosas como la oración a los santos, el poder de las reliquias, y el uso de símbolos religiosos. Estas descripciones son muy preocupantes y ponen en serias dudas la veracidad de sus supuestos milagros. Sumado a ello, la mayor parte de lo que informa es de fuentes de segunda o

tercera mano, que a su vez pone en duda la exactitud de los datos de sus interpretaciones.

8. En términos generales, la superstición medieval que caracteriza el cristianismo hace un hueco en la iglesia después de que el Imperio Romano se convirtió en “cristiano.” Como paganos fueron obligados a convertirse al cristianismo que sintetiza su paganismo con el cristianismo. La iglesia se contaminó. Incluso alguien tan notable como Agustín (siglo quinto) se vio afectado por lo misma.

Entonces, ¿dónde nos deja eso?

A. Por un lado, los cesacionistas afirmarían que Dios puede sanar a las personas de manera providencial repentina e inesperada – tanto hoy como a lo largo de la historia de la iglesia. Mientras que el *don de sanidad* ya no está activo (es decir, que los “sanadores de fe” del movimiento carismático moderno son fraudes), Dios puede y en ocasiones responde la oración de manera providencial extraordinarias. A veces la gente se refiere a estos actos especiales de la providencia como “milagros” – aunque esa etiqueta no siempre es útil a la luz de los abusos del movimiento carismático contemporáneo del término.

B. Por otra parte, con respecto al relato de Agustín en particular, los elementos supersticiosos que destaca (como orar a los santos y la búsqueda de poder curativo en las reliquias) son completamente antibíblicos. Encuentran su origen en influencias paganas, y deben ser rechazadas de plano.

C. Los elementos supersticiosos ponen en duda la veracidad de todos los informes de milagros de san Agustín – ya que su interpretación de los hechos fue perjudicada por las supersticiones religiosas del siglo V, la sociedad romana (que estaba activamente buscando milagros en cada esquina). Agustín parece listo para etiquetar cualquier cosa y todo como un “milagro”, aunque hay otras explicaciones para lo que ocurrió. De esa manera, sus informes milagrosos parecen algo similar a la moderna Iglesia Católica Romana o informes pentecostales milagrosos – en los que los presupuestos supersticiosas y místicos producen peligrosamente conclusiones erróneas.

D. Si bien apreciamos a Agustín por muchas maravillosas contribuciones a la teología histórica (como su articulación de las doctrinas de la gracia), su informe de sanidades divinas es un área en la que es mucho menos útil. En este caso, el reporte de los eventos es tan llena de superstición que proyecta una sombra de duda sobre su interpretación de los acontecimientos.

Elementos de economía en San Agustín

Mercado (2005) ⁵² considera que “aunque san Agustín fue el filósofo más importante después de la muerte de Aristóteles y antes de la aparición de Santo

⁵² Consejero Académico del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL). Director del Instituto de Investigaciones Socio Económicas (IISEC) de la Universidad Católica Boliviana. Es Licenciado en Economía en la Universidad Católica Boliviana, y Doctor en Economía en la Universidad Nacional de

Tomás de Aquino, y, sin lugar a dudas, el primer filósofo cristiano. Sin embargo, probablemente se sepa más sobre el milagro que originó su conversión al cristianismo que sobre su legado filosófico, que influiría en gran parte del pensamiento posterior a su muerte. No se lea esto como que después de la muerte de Aristóteles la filosofía quedó en completo letargo, pues los cínicos, los estoicos, los escépticos y otras escuelas menores mantuvieron cierto impulso en la especulación filosófica. Sin embargo, hasta san Agustín, tales reflexiones giraron en torno a lo que podríamos denominar la tradición helénica; por otra parte, la asimetría a favor de la vida de san Agustín en detrimento de sus aportes filosóficos probablemente se deba a que él mismo buscó ello en sus *Confesiones* -

un libro dedicado a presentar su difícil búsqueda de la virtud y de la verdad- para dejarnos un profundo texto de fe.

En su búsqueda de conciliar las ideas de Plotino con el cristianismo de San Pablo, San Agustín logró tender puentes entre el cristianismo y la tradición filosófica griega, los mismos que serían fortalecidos después por Santo Tomás de Aquino en su exégesis de las teorías de Aristóteles. San Agustín ejerció profunda influencia sobre varios pensadores de la era medieval, el más importante de los cuales fue, probablemente, San Anselmo, fundador en el siglo XI del escolasticismo, pensamiento que habría de regir durante toda la Edad Media. A través de su obra *La ciudad de Dios*, San Agustín formuló una filosofía teológica de la historia. En la colosal fundamentación que hace sobre su visión del tiempo colocó las bases para la teoría de Kant, que más de mil doscientos años después habría de constituirse como el parte aguas de la filosofía, y dio los elementos que habrían de ser utilizados por René Descartes en su famoso *Discurso del método* (Strathern, 2000).

Entrando en la temática económica, destaquemos que la problemática sobre la propiedad ha sido el factor que ha dividido y continúa abriendo la brecha entre liberales y antiliberales. La forma de propiedad: individual, estatal, comunitaria o colectiva, se constituye en la base filosófica de cualquier interpretación de la realidad económica. La teoría económica convencional, cuyo desarrollo cierra una especie de círculo que se inicia con la Economía Clásica y se retroalimenta en la actual Nueva Macroeconomía Clásica, tiene como fundamento filosófico la propiedad individual, entendida ésta en el sentido de Locke, como parte de los derechos naturales, donde cada uno tiene el derecho a su propio esfuerzo. Por contrapartida, las escuelas del pensamiento económico que veían a la propiedad como un mecanismo de opresión no lograron construir una teoría económica sólida.

San Agustín no discurre sobre la forma cómo se producen los bienes, ni siquiera la forma de su distribución. Su tratamiento está en un plano distinto, de carácter

Córdoba, Argentina. Ha sido Viceministro de Planificación Económica, Consultor de Organismos Internacionales y tiene varias publicaciones de libros y artículos en revistas de economía.

ético, por lo que la posesión y uso de los bienes materiales es de segunda importancia respecto a las acciones morales; en ese marco, no existe un rechazo a la posesión de bienes, siempre y cuando los mismos resulten de una adquisición legítima y se haga un correcto uso de ellos. Más aún, la posesión de los bienes al parecer no es el centro del problema sino el excesivo deseo de ellos. La posesión de los bienes no es mala por si misma, si se tiene el cuidado de no quedar amarrado a ellos, y siempre y cuando se haga un uso apropiado y con objetivos justos. Las palabras de Nuestro Señor en Mateo 6: 31-33 nos muestran la base sobre la que descansa esta lectura: "No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre Celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas".

En el plano conceptual, san Agustín establece dos elementos que se constituirían en los pilares de la futura construcción del pensamiento económico. Por una parte, descubre que las cosas tenían un valor distinto en correspondencia con quien hacía uso de ellas y, por otra, que el precio de las cosas variaba con la necesidad, siendo ésta quien regulaba el valor. Como se puede ver, san Agustín abría el camino por el que transitaría el pensamiento económico hasta la actual conceptualización del valor.

Epílogo

Después de haber visto la vida de san Agustín y el amplio alcance de su obra, podemos decir que realmente ha sido una lumbrera del mundo occidental y el más importante Padre de la Iglesia latina. Algunos lo han llamado el serafín de Hipona, el martillo de los herejes, el doctor de la gracia, el más santo de los sabios y el más sabio de los santos.

Según Peña (2011) "san Agustín fue un incansable buscador de la verdad. Sentía en su corazón un hambre inmensa de ella y de la felicidad. Y buscaba la verdad

en los filósofos de su tiempo y buscaba la felicidad en los placeres de la vida, especialmente en el amor carnal. Y no se sentía satisfecho. En su corazón había un vacío profundo que no le dejaba descansar en paz. Él no era de los hombres que se contentan con poco. Buscaba la plenitud, buscaba a Dios sin saberlo y, sólo cuando lo encontró, pudo por fin respirar y decir en las Confesiones: *Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descanse en Ti (Confesiones. 1, 1”)*.

Toda la vida de Agustín fue una continua búsqueda. Ni siquiera cuando encontró a Dios en la fe católica, se quedó estancado. Fue un caminante empedernido, siempre quería profundizar más en su fe y compartirla con los demás. Sentía verdadero celo apostólico para convertir a aquellos que estaban extraviados por los caminos del error como los pelagianos, donatistas, maniqueos, arrianos y paganos.

Agustín fue un peregrino por la vida, siempre en camino, que ha dejado a las generaciones futuras la gran noticia de que se puede llegar a conocer la verdad, pues ésta no es una meta imposible; y de que Dios es un Padre, que siempre nos espera y se hace el encontradizo donde menos lo esperamos. Pero sólo lo hallaremos por el camino de la humildad.

A tantos hombres que se quedan estancados o desanimados en el camino, les dice: *“Somos caminantes, camina siempre, avanza siempre. Si dices basta, estás perdido. Canta y camina. No te extravíes, no vuelvas atrás, no te detengas.*

Los análisis y críticas de Agustín aún son vigentes, pues filósofos contemporáneos como Hannah Arendt y Jacques Derrida ⁵³ se orientan, en sus reflexiones, por el autor de la *Ciudad de Dios*”.

⁵³ Jacques Derrida nació en El-Biar, Argelia francesa, el 15 de julio de 1930 en el seno de una familia judía sefardí, originaria de Toledo y de clase media acomodada. Sufrió la represión del gobierno de Vichy y fue expulsado en octubre de 1942 de su instituto argelino por motivos racistas. Pasó a Francia. Tras cuatro años de clases preparatorias literarias en el liceo Luis el Grande de París ingresó en la Escuela Normal Superior francesa en 1952; allí descubrió a Kierkegaard, a Martin Heidegger y a Louis Althusser. Pronto se hizo gran amigo de su tutor Louis Althusser. Después, obtuvo una beca para estudiar en la Universidad Harvard. Posteriormente dio clases en universidades de los Estados Unidos principalmente Universidad Johns Hopkins, Universidad Yale y Universidad de Nueva York. Se casó en junio de 1957 con Marguerite Aucouturier. Durante más de dos años fue soldado, pero sin usar el uniforme militar, y enseñó francés e inglés a jóvenes argelinos y franceses. En 1959 enseñó por vez primera en el liceo de Le Mans. En 1964 logró el premio Jean Cavallès de Epistemología por su traducción de *El origen de la geometría* de Edmund Husserl. En 1965, a la sombra de Althusser, obtuvo el cargo de director de estudios de la Escuela Normal Superior, en el departamento de Filosofía. Inició sus continuos viajes a los Estados Unidos, donde consideraba tener mayor libertad y donde su pensamiento influyó notablemente de por vida. En 1983 fundó el Colegio Internacional de Filosofía. En 1984 lo nombran director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde trabajó el resto de su vida. Inicialmente apoyó a los estudiantes durante las protestas del Mayo del 68. Manifestó su oposición a la guerra de Vietnam, con *Los fines del hombre*. En 1979 tomó la iniciativa de reunir «los Estados generales de la filosofía» en la Sorbona. En 1981 fundó la asociación Jan Hus para ayudar a los intelectuales checos disidentes. Participó en las actividades culturales a favor de Nelson Mandela. Tras solidarizarse con las víctimas de los ataques del 11 de septiembre en Nueva York, puso en duda que fuese un «acontecimiento nuevo y mayor» y recordó acciones bélicas

Según el científico Roger Penrose ⁵⁴, San Agustín tuvo una «intuición genial» acerca de la relación espacio-tiempo, adelantándose 1500 años a Albert Einstein y a la Teoría de la Relatividad cuando Agustín afirma que el universo no nació en el tiempo sino con el tiempo, que el tiempo y el universo surgieron a la vez. Esta afirmación de Agustín es rescatada por el colega de Penrose, Paul Davies ⁵⁵.

Agustín, quien tuvo contacto con las ideas del evolucionismo de Anaximandro, sugirió en su obra *La Ciudad de Dios* que Dios pudo servirse de seres inferiores para crear al hombre al infundirle el alma, defendía la idea de que a pesar de la existencia de un Dios no todos los organismos y lo inerte salían de Él, sino que algunos sufrían variaciones evolutivas en tiempos históricos a partir de creaciones de Dios.

estadounidenses,¹⁸ y se opuso a la invasión a Irak en 2003. Murió el 8 de octubre de 2004 en París, víctima de un cáncer pancreático.

⁵⁴ Roger Penrose, nació en Colchester el 8 de agosto de 1931. En 1955, siendo todavía un estudiante, Penrose reinventó la inversa generalizada (también conocida como la inversa Moore-Penrose. Consiguió su doctorado en Cambridge en 1958, escribiendo una tesis sobre *métodos tensores en geometría algebraica* bajo la supervisión del conocido algebrista y geómetra John A. Todd. En 1965 Penrose probó el primer teorema de las singularidades, que establece que una Singularidad gravitacional se forma inevitablemente durante el colapso de una estrella lo suficientemente masiva (proceso en el cual un agujero negro queda formado), y en este trabajo se basó luego el físico Stephen Hawking para demostrar el segundo Teorema de las singularidades, que establece la incompletitud geodésica hacia el pasado de todo espacio-tiempo globalmente hiperbólico en expansión que satisfaga la condición fuerte de energía. En 1967, Penrose inventó la teoría de twisters. En 1969 conjeturó la hipótesis de censura cósmica. Fue elegido miembro de la *Royal Society* de Londres en 1972. Compartió el Premio Wolf en Física con Stephen Hawking en 1988 y ganó el Premio Aventis en 1990. Fue nombrado *Knight Bachelor* en 1994. En 2004 publicó *El camino a la realidad: Una guía completa a las leyes del universo*,

⁵⁵ Paul Charles William Davies nació el 22 de abril de 1946. Ha ocupado cargos académicos en la Universidad de Cambridge, Universidad de Londres, Universidad de Newcastle, Universidad de Adelaida y en la Universidad de Macquarie, Sídney. Sus investigaciones se centran en el campo de la cosmología, teoría cuántica de campos, y astrobiología. En abril de 1999 el asteroide 1992 OG fue llamado oficialmente (6870) Pauldaves en su honor. En 2005 asumió como Presidente del Grupo de Trabajo de Postdetección del SETI de la Academia Internacional de Astronáutica. Davies es también miembro de la Sociedad Internacional Para la Ciencia y la Religión y de la Royal Society of Literature del Reino Unido. Es autor de unos 20 libros, incluyendo *La mente de Dios*, *Otros mundos*, *Dios y la nueva física*, *La frontera del infinito*, *El universo desbocado*, *Superfuerza*, *¿Cómo construir una máquina del tiempo?*, *Sobre el tiempo*, *Los últimos tres minutos* y *Un silencio inquietante*. En un artículo del New York Times del 2007, Davies abordó el tema de la fe en la indagación científica, argumentando que "tanto la religión como la ciencia están basadas en la fe" de un absoluto, y sugiriendo que la búsqueda científica es comparable con la teología de Newton sobre la certeza de que hay leyes eternas impuestas por una "divina providencia". El talento de Davies como divulgador científico ha sido reconocido en Australia con un Advance Australia Award y dos Eureka Prizes. En el Reino Unido con la 2001 Kelvin medal and prize por el Instituto de Física, y en el 2002 el Premio Faraday por la Royal Society. Por sus contribuciones a implicaciones profundas de la ciencia, Davies recibió el Templeton Prize en 1995. Actualmente ocupa el cargo de profesor en la Universidad Estatal de Arizona, donde dirige el instituto BEYOND: Center for Fundamental Concepts in Science.

El filósofo Bertrand Russell ⁵⁶ quedó impresionado por la meditación de Agustín sobre la naturaleza del tiempo en las *Confesiones*, comparándola favorablemente con la versión de Kant: Yo mismo no estoy conforme con esta teoría, por cuanto hace del tiempo algo mental. Pero es claramente una teoría muy hábil, digna de ser considerada en serio. Yo iría más lejos y diría que es un gran avance respecto a cuanto se halla en la filosofía griega. Contiene una exposición mejor y más clara que la de Kant de la teoría subjetiva del tiempo —una teoría que, desde Kant, ha sido ampliamente aceptada entre los filósofos.

Peña (2011) nos dice que “él es un buen ejemplo para tantos hombres de nuestro tiempo que buscan también sinceramente la verdad, pero por caminos equivocados. Al igual que Agustín, quizás desprecian a la Iglesia católica o las santas Escrituras, pero fue por este camino por donde san Agustín llegó a encontrar a Dios y la verdad que tanto anhelaba”.

Si, es un ejemplo para todos nosotros – un pecador que se hizo santo y que nos da esperanza a todos. Ojalá que lo imitemos en ese anhelo insaciable de encontrar la verdad, del que nunca debemos quedar satisfechos. Busquemos siempre amar más y más a Dios para compartir nuestra fe con los demás. Y, cuando veamos a otros que están en el error, digámosles que san Agustín vivió su experiencia y que, siguiéndolo a él, pueden encontrar la verdad. Toda su vida fue una búsqueda de ella y, al encontrarla, reconoció que había encontrado a Dios, que es la Verdad y el Amor. Por eso, dice: *Donde encontré la verdad, allí encontré a Dios.*

⁵⁶ Bertrand Arthur William Russell nació en Trellech, Monmouthshire, 18 de mayo de 1872. Quedó huérfano a la edad de seis años, tras la muerte de su hermana y su madre (de difteria), y seguidamente su padre. Russell y su hermano Frank se mudaron a Pembroke Lodge, una residencia oficial de la Corona donde por favor real vivían su abuelo lord John y su abuela lady Russell, quien sería la responsable de educarlo. Solía pasar mucho tiempo en la biblioteca de su abuelo, en donde precozmente demostró un gran amor por la Literatura y la Historia. No fue al colegio, sino que fue educado por diversos tutores y preceptores, de los que aprendió, entre otras cosas, a dominar perfectamente el francés y el alemán. En 1890, Russell ingresó en el Trinity College de Cambridge para estudiar matemáticas y más tarde Filosofía. En 1900 elabora *Los principios de la matemática*. Hizo muchos viajes que más tarde se tradujeron en libros, artículos o conferencias. Fue un conocido pacifista durante la Primera Guerra Mundial, lo que acabó llevándolo a la cárcel. En 1938 fue llamado a la Universidad de Chicago para dar conferencias de Filosofía. En 1950 recibió el Premio Nobel de Literatura. Falleció murió pacíficamente en Penrhyndeudraeth, Gwynedd, el 2 de febrero de 1970. Tras su muerte, el Trinity College de Cambridge. Su trabajo ha tenido una influencia considerable en las matemáticas, lógica, teoría de conjuntos, filosofía del lenguaje, epistemología, metafísica, ética y política.

Fuentes de información

ALESANCO REINARES, T.
2004 *Filosofía de San Agustín: síntesis de su pensamiento*. Augustinus,
Biblioteca agustiniana. Madrid.

ALTANER, B.
1992 *Patrologia*. Marietti. Casale Monferrato.

ALVAREZ TURIENZO, S.
1988 ***Regio media salutis: Imagen del hombre y su puesto en la Creación***,
Universidad Pontificia de Salamanca.

ANDRESEN C.,
1910 ***"Manichæism."*** The Catholic Encyclopedia. Vol. 9. Robert Appleton
Company. New York.

1962 ***Bibliographia augustiniana***, Augustinian Studies, Instituto
agustiniano de la universidad de Villanova de Estados Unidos.

ANOZ, J.
1996 ***Pensando con San Agustín***. Federación Agustiniiana Española. Madrid.

ANTUÑANO, S.
2012 ***Biblioteca de Grandes Pensadores***. Editorial Gredos. Madrid.

ARENDDT, H.,
2001 ***El concepto de amor en San Agustín***. Encuentro. Madrid.

BARRY, W.
1907 ***"Arrianism"*** The Catholic Encyclopedia. Vol. 1. Robert Appleton Company.
New York.

BENEDICTO XVI
2010 ***San Agustín***. Audiencia General del Miércoles 25 de agosto. Vaticano.

BERMEJO RUBIO, F.
2008. ***El maniqueísmo. Estudio introductorio***. Colección: Estructuras y
Procesos. Editorial Trotta. Madrid..

BLASQUEZ, N.
1975 ***La pena de muerte según San Agustín***. BAC. Madrid.

2012 ***Filosofía de San Agustín***. BAC. Madrid.

BONAIUTI, E.
1917 ***«The Genesis of St. Augustine's Idea of Original Sin»***. *Harvard
Theological Review*. Massachusetts.

BONNER, G
1986 ***St. Augustine of Hippo. Life and Controversies***. The Canterbury Press.
Norwich.

- BRACHTENDORF, J.
1997 «*Cicero and Augustine on the Passions*». Revue d'Etudes Augustiniennes et Patristiques 43. Paris.
- BROWN, P.
2001 *Agustín de Hipona*.: ACENTO Editorial. Madrid.
- BRYDER, P.
1985 *The Chinese transformation of Manichaeism: a study of Chinese Manichaean terminology*. Plus Ultra. Lund.
- BUSENITZ, N.
2012 *Agustín y los Milagros en la Historia*. Evangelio. Blog. Santiago de Chile.
- CAMPELO, M. M.
1995 *San Agustín, un maestro de espiritualidad*. Estudio Agustiniiano. Valladolid:
- CAPÁNAGA V.
1974 *Agustín de Hipona*. BAC. Madrid.
- CASPARI, W.
1891 *Letters, Treatises and Sermons from the two last Centuries of Ecclesiastical Antiquity*. Christiania. Copenhagen.
- CAYRÉ, F.
1953 "*Théologie, sagesse et contemplation dans le De Trinitate*". En L'année théologique augustiniennne 13. Paris.
- CISNEROS, E. A.
1988 "*Los Agustinos Recoletos en el Perú*". Editorial Augustinus. Madrid.
- COURCELLE D. DE
1998 *Agustín o el genio de Europa*. Ed. Dolmen. Santiago de Chile.
- CREMONA, C.
1991 *Agustín de Hipona: la razón y la fe*. Ediciones Rialp. Madrid..
- CROSS, F. L.,
2005 "*Donatism*", The Oxford dictionary of the Christian Church. New York: Oxford University Press.
- CUMONT, F.,
2017 *Los misterios de Mithras y doce estudios más sobre la religión del Dios Invicto en el Imperio romano*. Signifer Libros. Madrid.

- CHADWICK, H.
1992 ***St. Augustine, Confessions*** . Oxford University Press. Oxford.
- CHAPMAN, J.
1911 ***"St. Optatus"***. The Catholic Encyclopedia. Vol. 11. Robert Appleton Company. New York.
- DENZINGER-SCHONMETZER.
1973 ***Enchiridion Symbolorum et Definitionum***. Editorial: Herder. Barcelona.
- DOUGHERTY, W. H.
2003. ***Catholicism and the Economy: Augustine and Aquinas on Property Ownership***. Markets & Morality Vol. 6 Num. 2. Acton Institute for the Study of Religion and Liberty. Michigan, USA.
- DU ROY, O.
1966 ***L'intelligence de la foi en la Trinité selon Saint Augustin. Genese de sa théologie trinitaire***. Etudes Augustiniennes, París.
- FABO P.
1929 ***La juventud de san Agustín ante la crítica moderna***. Madrid.
- FERRER SANTOS, U.
1997 ***Filosofía Moral***. Publicaciones Universidad de Murcia.
- FERRER, U. Y Á.D. ROMÁN
2010 ***San Agustín de Hipona***. Universidad de Murcia.
- FITZGERAL A. D.
2001 ***Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo***. Ed. Monte Carmelo. Burgos.
- FORMENT, E.,
1989 ***El problema del "cogito" en san Agustín***. «AUGUSTINUS». Cegal Librerías de España. Madrid.
- GARCÍA, R. M.
2003 ***El concepto de libre albedrío en San Agustín***. Editorial UNS. Bahía Blanca. Argentina.
- GARRIDO ZARAGOZA, J.J.

- 1991 **San Agustín: breve introducción a su pensamiento.** Facultad de Teología de Valencia. Valencia.
- GONZÁLEZ, C.
1886 **San Agustín. Sus obras.** Historia de la Filosofía. Agustín Jubera. Madrid.
- GRANADOS VALDÉZ, J.
2019 **Análisis y crítica de la mentira en el pensamiento de San Agustín. Reflexiones Marginales.** Universidad Nacional Autónoma de México
- GUILLOUX P
1930 **El alma de san Agustín** Barcelona
- LAZCANO, R.
2007 **Bibliografía de San Agustín en lengua española (1502-2006).** Editorial Agustiniana. Madrid.
- MERCADO, A.F.
2005 **Elementos de economía en San Agustín y Santo Tomás de Aquino.** Revista Latinoamericana de Desarrollo Económico. Universidad Católica Boliviana. La Paz.
- MEYER, L.
1705 **De Pelagianis et Semipelag. Erroribus.** Antwerpen.
- MORENO VILLA, M.
2003 **«La Filosofía Escolástica».** Editorial MAD. Barcelona.
- MORIONES F.
1993 **Espiritualidad Agustino-Recoleta.** Ed. Augustinus, Madrid.
2004 **Teología de San Agustín.** BAC.Madrid.
- MUÑOZ ALONSO, A
1943 **El símbolo de la fe en san Agustín.** Universidad de Murcia.
- ORBE, A.
1987 **Introducción a la teología de los siglos II y III.** Analecta gregoriana 248. Tomo I. Universita Gregoriana. Roma.
- OROZ RETA J.
1996 **San Agustín.** Salamanca.
- OROZ RETA, J. Y GALINDO RODRIGO, J. A.
2010 **El pensamiento de San Agustín para el Hombre de Hoy.** Edicep. México.
- PEGUEROLES, J.

- 1985 **San Agustín, un platonismo cristiano.** PPU. Barcelona.
- PEÑA, A.
2011 **San Agustín de Hipona, el buscador de la verdad.** libroscatolicos.org.
Catholic.net.
- PLINIO SEGUNDO, G.
2012 **Naturalis historia.** Universidad de Cadiz.
- PONSATI-MURLÀ, O.
2015 **San Agustín: tanto la fe como la razón conducen a la misma verdad: Dios.** RBA. Barcelona.
- PORTALIÉ, E.
1907 **"Life of St. Augustine of Hippo."** The Catholic Encyclopedia. Robert Appleton Company . New York.
- PRZYWARA, E.
1984. **San Agustín, perfil humano y religioso.** Ediciones Cristiandad. Madrid.
- PUECH, H-CH,
2006 **Sobre el maniqueísmo y otros ensayos.** Siruela. Madrid: Editorial..
- QUASTEN, J.
2004 **Patrología. vol I: Hasta el concilio de Nicea.** BAC. Madrid.
- REINARES, T. A.
2004 **Filosofía de San Agustín.** Augustinus. Madrid.
- RESTREPO, F.
1925 **«San Agustín: Sus métodos catequísticos».** Madrid.
- ROJAS GÓMEZ, M.
1996 **Idea del Tiempo en San Agustín.** Universidad Adventista de Chile. Chillán.
- ROMÁN ORTIZ, A.D.
2012 **La filosofía del Amor de San Agustín de Hipona.** Editorial Casals.
Barcelona.
- 2012 **Valor y Educación del Amor según Max Scheler y San Agustín.** Studia
Gilsoniana. Lublin, Poland.
- ROSSI, M. Á.
2005 **«Cicerón y Agustín: contrafiguras para pensar la política».** Revista
Universidad EAFIT. Medellín.

- ROVIRA BELLOSO, J.M.
1979 ***Revelación de Dios, salvación del hombre***. Secretariado Trinitario. Salamanca.
- ROWAN, W.
2018 ***Sobre San Agustín***. Desclée De Brouwer. Bilbao.
- RUIZA, M., FERNÁNDEZ, T. Y TAMARO, E.
2004 ***Biografía de San Agustín***. En Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea. Barcelona.
- RUNCIMAN, S.
1982 ***The Medieval Manichee: a study of the Christian dualist heresy***. Cambridge University Press. Cambridge.
- RUSSEL, B.
1945 ***Historia de la Filosofía Occidental***. Editorial Espasa Calpe. Barcelona.
- SAAVEDRA, M. Y E. EGUIARTE
2018 ***San Agustín y la encíclica Laudato Si. Una presencia en la ausencia***. En Augustinus: revista trimestral publicada por los Padres Agustinos Recoletos, Vol. 63, N°. 248-249. Madrid.
- SAN AGUSTÍN
2010 ***Obras completas de San Agustín***. 41 volúmenes. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid.
- SANDBERG, K.,
2008 «***The So-Called Division of the Roman Empire. Notes On A Persistent Theme in Western Historiography***» Arctos 42. Madrid.
- SAN POSIDIO
1979 ***Vida de san Agustín***. BAC. Madrid.
- SERNA HOLANDA, B.
2004. ***Activación de la inteligencia***. Editorial LibrosEnRed. Buenos Aires.
- SCHELER, M.
1960 ***Amor y conocimiento***. Editorial Sur. Buenos Aires.
- SCIACCA, M. F.
1955 ***San Agustín***. Barcelona. Luis Miracle. Barcelona.
- SCHAFF, PH.
2015 ***History Of The Christian Church***. Scholar Select. London.

- SERGE L
1999 ***Saint Augustin*** Paris.
- SESÉ, B.
1993 ***Vida de San Agustín***. San Pablo. Madrid.
- STRATHERN, P.
2000. ***San Agustín***. Siglo XXI. Madrid:
- SUBLET, F.
1897 ***Le semipélagianisme des origines dans ses rapports avec Augustin, le pélagianisme et l'église***. Namur.
- TRAPE, A.
1973 ***Sant'Agostino. La Trinita***. Nuova Biblioteca Agostiniana. Roma.
- THOMAS F. M.
2008 ***Nuestro corazón inquieto***. Ed. Religión y cultura. Madrid.
- TIRSO, A.
2004 ***Filosofía de San Agustín***, Ed. Augustinus, Madrid.
- TRAPÉ A.
1988 ***Saint Augustin: l'homme, le Pasteur, le mystique***. Paris.
- UÑA JUÁREZ, A.
1994 ***San Agustín (354-430)***. Ediciones del Orto. Madrid.
- VAN DER MEER
1965 ***San Agustín, pastor de almas***. Ed. Herder. Barcelona.
- VILLALOBOS, J.
1987 ***Ser y verdad en San Agustín de Hipona***. Publicaciones Universidad de Sevilla.
- VILLARER, A.
1965 ***Los Agustinos en el Perú (1548-1965)***. Editorial "Ausonia". Lima.
- VORAGINE, S DELLA
2005 ***Legenda sanctorum***. Traducido por José Manuel Macías. Alianza Editorial. Madrid.
- WOHL DE, L.
2001. ***Corazón inquieto: la vida de San Agustín***. Ediciones Palabra. Madrid.

